

La Compañía Negra

Estación de Penurias



GLEN COOK

Lectulandia

«Me llamo Murgan, portaestandarte de la Compañía Negra, aunque cargo con la vergüenza de haber perdido el estandarte en combate. Me encargo de los Anales porque Matasanos está muerto, Un Ojo no quiere y pocos más saben leer o escribir. Seré tu guía durante algunos meses, o semanas, o días, lo que tarden los hombres del Maestro de las Sombras en llevar la presente situación a su inevitable final».

Así escribe Murgan, curtido veterano de la Compañía Negra, que ha arrebatado el control de la fortaleza de Borrascosa a los malvados Maestros de las Sombras, señores de la oscuridad provenientes de los confines de la tierra. Ahora comienza la espera, ya que, agotada por el asedio, hostigada por la hechicería y completamente superada en número, la Compañía parece encaminarse hacia su final.

Lejos de princesas elfas, príncipes prometidos, grandes palacios y mundos de ensueño, Glen Cook ha preferido un acercamiento más terrenal a la fantasía: un grupo de mercenarios envueltos en toda suerte de intrigas, batallas, apuros y lances fantásticos para ganarse su honesto jornal con el acero como única herramienta.

Lectulandia

Glen Cook

Estación de penurias

La Compañía Negra 7

ePUB r1.4

epublector 01.08.13

Título original: *Bleak Seasons*
Glen Cook, 1996
Traducción: Antonio Calvario, 2006

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Trish y Kim,
maravillosas amigas desde hace más de una década.

Un viento incesante azota la llanura. Susurra sobre el empedrado gris que va de horizonte a horizonte. Canturrea alrededor de dispersos pilares negros, como un coro de fantasmas. Mueve las hojas y esparce un polvo traído desde lejos. Acaricia el cabello de un cadáver que ha yacido imperturbable durante una generación, momificándose. Juguetón, el vendaval introduce una hoja en la boca del cadáver, abierta en un grito silencioso, y vuelve a sacarla. El viento trae el aliento del invierno.

El rayo salta de pilar en pilar como un niño que juega a la rayuela. Por un momento hay color en la llanura espectral.

Los pilares podrían confundirse con reliquias de una ciudad caída. No lo son. Son demasiado pocos y están colocados demasiado al azar. Y nunca se ha caído ninguno, aunque los dientes del voraz viento han roído profundamente muchos.

Capítulo 1

... fragmentos...

... nada más que fragmentos ennegrecidos que se desmenuzan entre mis dedos. Chamuscadas esquinas de páginas que revelan media docena de palabras en una escritura abigarrada, de contenido ilegible.

Todo lo que quedaba de dos volúmenes de los Anales. Mil horas de trabajo. Cuatro años de historia. Desaparecidos para siempre.

¿O no?

No quiero volver. No quiero revivir el horror. No quiero reclamar el dolor. Ahora mismo, aquí ya hay un dolor demasiado intenso para soportarlo. Y de todos modos no hay forma de abarcar la totalidad de un espanto así. La mente y el corazón, que ya han logrado cruzar hasta la otra orilla, se niegan a asumir la enormidad del viaje.

Y no hay tiempo. Estamos en guerra.

Siempre estamos en guerra.

El tío Doj quiere algo. Mejor que pare. Las lágrimas hacen que se corra la tinta.

Me va a hacer beber algún extraño filtro.

Fragmentos...

... por todas partes, fragmentos de mi trabajo, de mi vida, de mi amor y de mi dolor, esparcidos en esta estación de penurias...

Y en la oscuridad, esquirolas del tiempo.

Capítulo 2

¡Eh, ahí! Bienvenido a la ciudad de los muertos. No te importe que esos tipos te miren fijamente. Los fantasmas no suelen ver muchos extranjeros..., al menos muchos extranjeros de disposición amistosa. Tienes razón. Sí que parecen hambrientos. Suele pasar durante esto de los asedios.

Trata de no parecer un asado de cordero.

¿Crees que es una broma? Mantente alejado de los nar.

Bienvenido a Dejagore, nombre que los taglianos dan a esta trampa mortal. Los morenitos sureños a quienes se la arrancó la Compañía Negra la llaman Borrascosa. La gente que vive aquí siempre la había llamado Jaicur... incluso cuando eso era delito. Y quién sabe cómo la llaman los nyueng bao. ¿Y a quién le importa, eh? De todas formas ni hablan ni son parte de la ecuación.

Ese es uno de ellos. Ese golfillo de allí, escuchimizado y de rostro cadavérico. Todos los de por aquí son de alguna tonalidad del marrón, pero la suya es diferente. Tiene cierto tinte grisáceo. Casi mortecino. Es imposible confundir a un nyueng bao con cualquier otra cosa.

Sus ojos son como un carbón pulido que ningún fuego podrá calentar nunca.

¿Ese ruido?

Parecen Mogaba, los nar y la primera legión cazando sureños de nuevo. Casi todas las noches se cuele alguno. Son como los ratones de campo. Es imposible librarse de ellos.

El otro día encontraron unos que llevaban ocultos desde que la Compañía se apoderó de la ciudad.

¿Qué tal el olor de ahí afuera? Era peor antes de que los sureños empezaran a enterrar los cuerpos. Quizá las palas eran una maquinaria demasiado complicada para ellos.

Los terraplenes alargados que salen de la ciudad a modo de radios tienen cadáveres apilados dentro a modo de armazón. A veces no prensan la tierra bien y los gases de la putrefacción hacen explotar los montones. En esos momentos es cuando deseas que el viento sople en otra dirección.

Ya ves lo optimistas que son, todas las zanjas que están excavando para llenarlas. Gran parte de la tierra se usa en las rampas.

Los elefantes son lo peor. Tardan una eternidad en pudrirse por completo. Una vez intentaron quemarlos, pero solo lograron enfurecer a los buitres. Así que, donde pudieron, arrastraron los cuerpos y los incorporaron a las rampas.

¿Quién? ¿El tipo bajito y feo con el sombrero aún más feo? Ese es Un Ojo. Tienen que haberte advertido acerca de él.

¿Que a qué viene lo de Un Ojo? Por lo del parche. Ocurrente, ¿no?

El otro retaco es Goblin. También deberían haberte advertido acerca de él. ¿No? Bueno, mantente alejado de ellos. Mejor todo el tiempo, pero especialmente si están discutiendo, y muy particularmente si han estado bebiendo. Como magos no es que muevan montañas, pero son más de lo que tú puedes manejar.

Por patéticos que sean, son la principal razón de que los sureños se mantengan ahí fuera en el campo, pasándolas canutas, y dejen los opulentos lujos de la ciudad a las tropas taglianas y a la Compañía Negra.

No. Ahora presta atención. Goblin es el blanco. Vale, tienes razón, ya se está retrasando su baño anual. Goblin es el que parece un sapo, Un Ojo es el del sombrero y el parche.

Los chavales de los tabardos que en tiempos fueron blancos son soldados taglianos. Hoy en día, todos y cada uno de ellos se preguntan a diario qué estupidez los llevó a enrolarse en las legiones.

La gente que lleva las sábanas de colores y las expresiones infelices son los lugareños. Los jaicuri.

Imagínate. Cuando la Compañía y las legiones vinieron desde el norte y sorprendieron a Sombra de Tormenta, recibieron a los recién llegados como a liberadores. Sembraron las calles de pétalos de rosa y de sus hijas favoritas.

Ahora, el único motivo para que no apuñalen a sus liberadores polla espalda es que la alternativa es mucho peor. Ahora están lo bastante vivos para pasar hambre y sufrir abusos.

Conjura Sombras no es famoso por su dulzura y por besar niños.

¿Los niños que hay por todas partes? ¿Esos golfillos casi felices y regordetes? Nyueng bao. Todos nyueng bao.

Los jaicuri casi dejaron de hacer niños con la llegada de los Maestros de las Sombras. La mayoría de los pocos que nacieron no logró sobrevivir a las penalidades desde entonces. Al puñado que sigue respirando lo tienen protegido con más ferocidad que cualquier tesoro. No verás a ninguno correr desnudo por las calles, chillando e ignorando por completo a los extraños.

¿Quiénes son los nyueng bao? ¿Nunca has oído hablar de ellos?

Esa es una buena pregunta. Y difícil de responder.

Los nyueng bao no hablan con los que no son de su pueblo, salvo mediante su portavoz, pero se dice que son peregrinos que venían de vuelta de un hadj que han de hacer obligatoriamente una vez cada generación, y que se vieron atrapados por las circunstancias. Los soldados taglianos dicen que proceden de unas vastas marismas en el delta de un río al oeste de Taglios. Son una minoría minúscula y primitiva aborrecida por las religiones mayoritarias: gunni, vehdna y shadar.

El pueblo nyueng bao hace la peregrinación al completo. Y al completo se vieron atrapados en esta mierda de aquí, en Dejagore.

Tienen que mejorar su sentido de la oportunidad. O deberían trabajar su habilidad para aplacar a sus dioses.

La Compañía Negra hizo un trato con los nyueng bao. Goblin y su portavoz charlaron durante media hora y llegaron a un acuerdo. Los nyueng bao ignorarían a la Compañía Negra y a los taglianos que están bajo la responsabilidad de la Compañía, y a su vez los nyueng bao serían ignorados.

Funciona. Casi todo el tiempo.

Sus hombres son de esa clase a la que no quieres enfadar. No le aguantan mierda a nadie.

Nunca empiezan nada..., excepto, según los taglianos, cuando se ponen demasiado testarudos para hacer lo que se les dice.

Parecen que razonan igual que Un Ojo.

Patea a esos cuervos. ¡Se están volviendo cada vez más atrevidos! Se creen que son los dueños de esto... ¡Hey! Tienes uno. ¡Agárralo! No son buena comida, pero son mejor que nada.

Mierda. Se escapó. Demonios, suele pasar. Vamos a la ciudadela. La situación se ve mejor desde allí.

Capítulo 3

¿Esos tipos? Son de la Compañía. Nunca lo habrías dicho, ¿no? ¿Los blancos de ahí abajo? El del pelo revuelto es Cangilón. Ha resultado ser un sargento bastante bueno. Está lo bastante loco. Con él están Otto y Lamprea. Llevan por aquí más tiempo que cualquiera, salvo Goblin y Un Ojo. Esos dos han sido de la vieja guardia durante generaciones. Un Ojo tiene que estar ya por los doscientos.

Ese grupo también es de la Compañía. Escaqueándose del trabajo. El vejestorio es Resuello. No sirve para mucho. Nadie sabe cómo logró salir de la bronca gorda. Dicen que abrió cabezas como el que más.

Los otros dos negros son el Grotesco y el Fenómeno. No sé por qué. No tienen nada raro. Parecen un par de estatuas de ébano pulido, ¿no?

¿Crees que esos nombres salen de un sombrero? Hay que ganárselos con esfuerzo. De hecho, normalmente sí que salen del sombrero de Un Ojo. Sí, probablemente tengan nombres reales. Pero llevan tanto tiempo llamándolos por el mote que incluso a ellos les cuesta recordarlos.

Goblin y Un Ojo son los principales que no tienes que olvidar. Y recuerda no dejarlos nunca a tu espalda. No se les da bien enfrentarse a la tentación.

Esta es la Calle que brilla como las gotas del rocío. Nadie sabe porqué se llama así. Llena la boca, ¿eh? Tienes que oírlo en jaicuri. Te desencaja las mandíbulas. Esta es la ruta que siguió la Compañía para ir a apoderarse de la torre. Quizá le cambien el nombre por Calle del río de sangre.

Sí, la Compañía cargó por aquí en plena noche, matando todo lo que se movía, y llegó allí antes de que nadie supiera lo que estaba pasando. Subieron en tromba por la torre con la ayuda de Cambiaformas, y le dejaron ayudarles a liquidar a Sombra de Tormenta antes de eliminarlo a él.

Era una vieja deuda de la Compañía. Se la tenían jurada a Cambiaformas de otra generación, cuando Formas, al ayudar a Atrapa Almas a quebrar la resistencia de una ciudad, asesinó a Tam-Tam, el hermano de Un Ojo, mientras la Compañía estaba al servicio del síndico de Berilo. Matasanos, Un Ojo y Goblin, Otto y Lamprea son los únicos que quedan de aquellos tiempos. Joder, Matasanos ya no está. ¿No? El tontaina enamorado de la historia está enterrado en uno de esos montones, fertilizando la llanura. Ahora el Viejo es Mogaba. Más o menos, en su cabeza.

Los que la forman van y vienen, pero la Compañía permanece. Cada hermano, grande o pequeño, es un aperitivo que las fauces del tiempo aún no han devorado.

Aquellos monstruos de hombretones negros que vigilan las puertas son nar. Son descendientes de la Compañía Negra de hace siglos. Bestias imponentes, ¿no? Mogaba y un rebaño de sus colegas se unieron a la misión de la Compañía en Gea-Xle. A la vieja guardia no le caen bien.

Si los reúnes a todos y los exprimes, no sacarías ni dos onzas de sentido del humor.

Antes había más que ahora, pero es que siguen haciéndose matar. Están locos de atar todos ellos. Para ellos la Compañía es una religión. Solo que su Compañía no es la Compañía Negra de la vieja guardia.

Y eso se hace más evidente a cada hora que pasa.

Todos los nar miden más de metro ochenta. Todos los nar corren como el viento y saltan como gacelas. Mogaba seleccionó exclusivamente a los más atléticos y aguerridos para unirse a la búsqueda de Khatovar. Todos los nar son rápidos como felinos y fuertes como gorilas. Todos los nar usan las armas como si hubieran nacido con ellas en las manos.

¿El resto? ¿Los que se llaman a sí mismos la vieja guardia? Sí, es cierto. La Compañía es más que un trabajo. Si solo fuera un trabajo, solo alquilar las espadas al mejor postor, la Compañía Negra no estaría en esta parte del mundo. En el norte había trabajo de sobra. Al mundo nunca le faltan potentados con ganas de avasallar a sus súbditos o sus vecinos.

La Compañía es una familia para sus miembros. La Compañía es el hogar. La Compañía es una nación de marginados, solitaria y desafiante ante el mundo.

Ahora la Compañía intenta completar su ciclo vital. Está buscando su lugar de nacimiento, la legendaria Khatovar. Pero todo el mundo parece decidido a que Khatovar sea inaccesible, una virgen oculta para siempre tras un velo de sombras.

La Compañía es el hogar, cierto, pero Matasanos era el único que se ponía melancólico con esa maldita visión de las cosas. Para él la Compañía Negra era un culto misterioso... aunque nunca llegó tan lejos como Mogaba y lo convirtió en una vocación religiosa.

Cuidado donde pisas. Todavía no han limpiado el desastre del último ataque, por si no te habías dado cuenta con el olor. Los jaicuri ya no ayudan demasiado. Quizá sea falta de orgullo cívico.

¿Los nyueng bao? Se limitan a estar ahí. Se quitan de en medio. Tienen esta idea de que pueden mantenerse neutrales. Ya aprenderán. Conjura Sombras les va a enseñar. En este mundo nadie se mantiene neutral. Lo mejor que puedes hacer es escoger el bando.

¿Que estás un poco desentrenado? No pasa nada. Unas pocas semanas corriendo arriba y abajo, repeliendo los ataques de tanteo de Conjura Sombras y saliendo en alguna de las incursiones preventivas de Mogaba y estarás tan listo como el filo de una espada nyueng bao.

¿Es que pensabas que los asedios consistían en sentarse por ahí a relajarse y esperar a que el contrario se aburriera?

Amigo, resulta que el contrario es un lunático de los que echan espumarajos por

la boca.

Y no es solo que esté loco. Es un hechicero. Uno de los poderosos, aunque aquí todavía no ha demostrado mucho. Antes de que el Viejo se hiciera matar en la bronca que nos dejó a todos atrapados aquí, hirió malamente a Conjura Sombras. Desde entonces el viejo diablo no ha sido el mismo. Pobrecito mío.

Aquí estamos, la cima de la torre. Y ahí está el puñetero burgo, dispuesto como en uno de esos mapas tridimensionales que tanto le gustaban a la Dama.

Vaya, sí. Esos rumores también han llegado aquí. Empezaron con algunos prisioneros sureños. Quizá esa del norte era Kina. O algo. Pero no podía haber sido la Dama. Murió justo allí. Cincuenta tipos la vieron caer. La mitad murió tratando de rescatarla.

¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo que no estás seguro? ¿Cuántos testigos oculares hacen falta? Está muerta. El Viejo está muerto. Todos los que no lograron entrar antes de que Mogaba cerrara las puertas están muertos.

Toda la peña está muerta. Todos menos los que quedamos aquí. Y nosotros estamos atrapados entre lunáticos. No se sabe quién está más loco, si Mogaba o Conjura Sombras.

¿Lo ves todo? Eso es lo que hay. Dejagore resistiendo el asedio de los Maestros de las Sombras. No es demasiado impresionante, ¿no? Pero cada una de esas zonas quemadas recuerda una feroz negociación cuerpo a cuerpo, casa por casa, con los sureños.

En Dejagore los incendios empiezan con facilidad.

Se supone que en el infierno hace calor, ¿no?

Capítulo 4

... quién soy, en la improbable y remota probabilidad de que mis escritos sobrevivan. Me llamo Murgén, portaestandarte de la Compañía Negra, aunque cargo con la vergüenza de haber perdido el estandarte en combate. Me encargo de los Anales extraoficiales porque Matasanos está muerto, Un Ojo no quiere y pocos más saben leer o escribir. Yo soy el heredero preparado por Matasanos. Lo haré aunque no tenga permiso oficial.

Seré tu guía durante algunos meses, o semanas, o días, lo que tarden los sureños en llevar la presente situación a su inevitable final.

Ninguno de los que estamos dentro de las murallas va a salir de esta. Hay demasiados de ellos y demasiado pocos de nosotros. Nuestra única ventaja es que nuestro comandante está tan loco como el suyo. Eso nos hace impredecibles. Pero no es que proporcione mucha esperanza.

Mogaba no se rendirá mientras sea capaz de apoyarse con una mano y tirar piedras con la otra.

Supongo que mis escritos se los llevará un viento negro y nunca los tocará ojo alguno. O puede que se conviertan en la yesca que Conjura Sombras utilice para prender la pira del último hombre al que asesine tras tomar Dejagore.

Por si alguien encuentra esto, hermano, comenzamos. Este es el Libro de Murgén, último de los Anales de la Compañía Negra.

El largo relato se desarrolla.

Moriré perdido y asustado en un mundo tan extraño que de él no puedo comprender ni una décima parte concentrándome con toda mi alma. Es tan viejo...

El tiempo tiene su peso aquí. Tradiciones milenarias sustentan unas estupideces increíbles, perfectamente asumidas. Decenas de razas, culturas y religiones coexisten en una mezcla que debería ser volátil, pero que ha persistido tanto tiempo que los conflictos no son más que temblores reflejos en un cuerpo anciano demasiado cansado para seguir preocupándose.

Taglios no es más que un principado grande. Hay decenas más, la mayor parte ahora en las Tierras de las Sombras, todos muy parecidos.

Las principales etnias son los gunni, los shadar y los vehdna, nombres que definen religión, raza y cultura, todo a la vez. Los gunni son los más numerosos y extendidos. Los templos gunni, dedicados a un panteón pasmosamente extenso, son tan numerosos que siempre hay uno a la vista.

Físicamente son pequeños y de tez oscura, aunque no negroides como los nar. Los hombres gunni visten túnicas parecidas a togas siempre que el tiempo lo permite. La

brillante mezcla de colores describe la casta, culto y oficio de pertenencia. Las mujeres también se visten de colores brillantes, pero envueltas por varias capas de ropa. Llevan las caras cubiertas por velos si están solteras, aunque se casan jóvenes. Llevan la dote en forma de joyas. Antes de salir se pintan la frente con los símbolos de casta, culto y oficio de sus maridos y padres. Nunca llegaré a descifrar esos jeroglíficos.

Los shadar son de piel más clara, como blancos norteños bronceados. Son altos, normalmente más de un metro ochenta. Ni se afeitan ni se peinan la barba, a diferencia de los gunni. Algunas sectas nunca se cortan el pelo. No tienen el baño prohibido, pero es un vicio que practican con escasa frecuencia. Los shadar visten de gris y llevan turbantes para definir su posición social. Comen carne. Los gunni no. Nunca he visto ninguna mujer shadar. Quizá los niños se los traiga la cigüeña.

Los vehdna son el grupo étnico tagliano menos numeroso. Son de piel más clara, como los shadar, pero de menor estatura, constitución más delgada y rasgos fieros. No comparten los valores austeros de los shadar. Su religión lo prohíbe casi todo, prohibiciones que suelen honrar incumpléndolas a menudo. Les gusta algo de color en la ropa, aunque no tanto brillo como a los gunni. Llevan pantalones y zapatos de verdad. Incluso los más pobres se tapan el cuerpo y llevan algo en la cabeza. Los gunni de casta baja solo llevan taparrabos. Las mujeres casadas vehdna solo visten de negro. Solo se les pueden ver los ojos. A las mujeres vehdna solteras no se las puede ver.

Solamente los vehdna creen en otra vida. Y solo para los hombres, excepto unas pocas santas guerreras e hijas de profetas, que tuvieron bastantes pelotas como para ser consideradas hombres honorarios.

Los nyueng bao, que no se suelen dejar ver, llevan caftanes amplios y ligeros pantalones bombachos, normalmente negros. Hombres y mujeres. Los niños van desnudos.

Todas las ciudades de por aquí son un caos glorioso.

Siempre es día de festividad religiosa para alguien.

Capítulo 5

Desde la torre de la ciudadela resulta evidente que Dejagore es todo un invento. Por supuesto, la mayoría de las ciudades amuralladas están diseñadas teniendo en cuenta la probabilidad de que, parte del tiempo, los estados colindantes estén gobernados por matones. Por supuesto, los gobernantes de tu ciudad nunca serán peores que tiranos benévolos, y su única ambición será acrecentar la gloria de la ciudad.

Hasta la aparición de los Maestros de las Sombras hace poco menos de una generación, la guerra era un concepto ajeno a esta parte del mundo. Por aquí no se habían visto ejércitos ni soldados en los siglos transcurridos desde la partida de la Compañía Negra.

Y a este improbable paraíso llegaron los Maestros de las Sombras, señores de la oscuridad venidos de los confines de la tierra que trajeron consigo todos los lobos de la vieja pesadilla. Pronto hubo ejércitos ineptos acá y allá. Acecharon reinos desprevenidos como crueles leviatanes que ni siquiera los dioses pudieron contener. La marea oscura se extendió. Las ciudades se derrumbaron. Los Maestros de las Sombras decidieron reconstruir unas pocas afortunadas. A la gente de las recién formadas Tierras de las Sombras se les dio a elegir: obediencia o muerte.

Jaicur renació como Borrascosa, sede de la Maestra de las Sombras Sombra de Tormenta, la que podía hacer bramar al viento y el trueno en la oscuridad. La que había llevado el nombre de Tormentosa en otra época y lugar.

Primero Sombra de Tormenta levantó una mota de trece metros de altura sobre las ruinas de la capturada Jaicur, en el centro de una llanura que había hecho aplanar por completo a sus esclavos y prisioneros de guerra. La tierra para la mota provino del anillo de colinas que rodeaba la llanura por completo. Una vez estuvo completa y sus laderas estuvieron revestidas con varias capas de piedra importada, Sombra de Tormenta construyó su nueva ciudad sobre ella. Y la rodeó con murallas también de trece metros de alto. Y no olvidó las últimas teorías sobre torres albarranas para el fuego de cobertura y el papel de las barbicanas en la protección de los accesos elevados.

Todos los Maestros de las Sombras parecían poseídos por una necesidad paranoica de buscar la seguridad en sus hogares.

Pero en ningún momento sus planes tuvieron en cuenta la posibilidad de tener que resistir la brutal ofensiva de la Compañía Negra.

Desearía que fuéramos la mitad de malos de lo que parece por como hablo.

Dejagore tiene cuatro puertas. Cada una de ellas se encuentra en uno de los cuatro puntos de la rosa de los vientos. Cada una de ellas está al final de una calzada pavimentada que viene directamente de las colinas. Solo la carretera del sur registra algún tráfico en estos días.

Mogaba ha sellado tres de las puertas y solo ha dejado poternas que sus nar mantienen vigiladas constantemente. Mogaba está decidido a luchar. Y está igualmente decidido a que ninguno de nuestros andrajosos legionarios taglianos se escape y no caiga con él.

Ninguno de nosotros, seamos la vieja guardia de la Compañía Negra, nar, jaicuri, taglianos, nyueng bao ni nadie más que haya tenido la desgracia de quedar atrapado aquí, va a salir con vida. No a menos que Conjura Sombras y su banda se aburran tanto que se vayan a buscar a otro a quien avasallar. Eso mismo. Tienes el ocho y el diez de espadas y vas a jugarte el culo a que sacas el nueve.

Tienes más posibilidades de sacar ese nueve que nosotros de salir de aquí.

El campamento fortificado de los sureños está al sur de la ciudad. Está tan cerca que podemos alcanzarlo con la artillería pesada. Puedes ver los maderos chamuscados donde tratamos de incendiarlo el día de la gran batalla. Desde entonces también hemos hecho algunas incursiones, pero ya no tenemos suficientes fuerzas para arriesgarnos.

Pero no parecemos desanimar a Conjura Sombras.

Igual que la mayoría de los señores de la guerra, no deja que la realidad se interponga en su camino y le impida hacer lo que desee.

La artillería los despierta cinco noches de cada cinco, a horas aleatorias. Eso los mantiene malhumorados y cansados, y mucho menos efectivos cuando atacan. El problema es que tanto esfuerzo también nos tiene a nosotros malhumorados y cansados. Y también tenemos otros proyectos en marcha.

Conjura Sombras es un rompecabezas. No es el primero de su clase con el que se cruza la Compañía. Los pesos pesados que hemos conocido en el pasado, enfrentados a una situación como esta, habrían pasado por encima de Dejagore como si fuera un hormiguero antes de ir a buscar un desafío de verdad. Pero aquí los pesos ligeros Goblin y Un Ojo logran apañarse lo bastante rápido y traicioneramente para parar las débiles estocadas de Sombras.

Su debilidad es un misterio.

Te pone nervioso que un enemigo no haga todo lo que tú crees que puede hacer. Y un Conjura Sombras no llega a ser un cabrón de los gordos gracias a su amabilidad.

Un Ojo lo ve todo desde el punto de vista más perverso. Dice que Sombras no está dando la talla porque Sombra Larga lo tiene cogido y lo está debilitando deliberadamente. La típica lucha por el poder de toda la vida, pero con la Compañía de por medio.

Antes de que llegáramos nosotros, el mayor reto de los Maestros de las Sombras era enfrentarse unos con otros.

Por principio Goblin casi nunca está de acuerdo con Un Ojo en nada. Afirma que Conjura Sombras nos está dando una pausa mientras se repone de unas heridas que

eran más serias de lo que sospechábamos.

Lo que yo creo: seis de una y media docena de la otra.

Los cuervos vuelan en círculos sobre el campamento de los sureños. Siempre en círculos. Algunos vienen, algunos van, pero como mínimo hay una docena en todo momento. Más cuervos vienen a molestarnos día y noche. A cualquier sitio al que voy, en cualquier momento, hay un cuervo cerca. Excepto bajo techo. No entran bajo techo. No los dejamos. Los que lo intentan acaban en la cazuela de alguien.

Matasanos les tenía manía a los cuervos. Creo que ahora lo comprendo. Pero los murciélagos me gustan aún menos.

No vemos murciélagos tan a menudo. Los cuervos los cazan a casi todos (estos cuervos no temen salir de noche). Y a los que no cazan los cuervos los cazamos nosotros, casi siempre. Es inevitable que algunos escapen. Y eso no es bueno.

Espían para los Maestros de las Sombras. Son ojos de malignidad de largo alcance, que llegan a donde nuestros enemigos no pueden manipular la oscuridad viviente.

Solo quedan dos Maestros de las Sombras. Conjura Sombras tiene problemas. No tienen el alcance ni el control que exhibían cuando podían gobernar y gobernaban las sombras hasta el mismo corazón de los territorios taglianos.

Están desapareciendo de escena.

Es un sueño.

Pero los sueños se convierten fácilmente en pesadillas.

Capítulo 6

Cuando miras abajo desde la ciudadela tienes que preguntarte cómo pueden salir adelante los jaicuri, apiñados dentro de las murallas de Dejagore. La verdad es que no pueden, ni ahora ni nunca.

Hubo un tiempo en que las colinas que rodeaban la llanura estaban cubiertas de granjas, huertos y viñedos. Después de que llegara la sombra, las explotaciones fueron desapareciendo gradualmente y las familias de campesinos abandonaron la tierra. Y luego llegó la némesis de la sombra, la Compañía Negra, hambrienta tras la caminata al sur desde la victoria del vado de Ghoja. Y luego llegaron los ejércitos sureños que nos machacaron.

Ahora las colinas no tienen más que recuerdos de lo que una vez fueron. Ni siquiera los buitres limpian los huesos tan bien como han sido limpiadas esas colinas.

Los campesinos más inteligentes huyeron al principio. Sus hijos repoblarán la tierra.

Más tarde, los más tontos corrieron aquí, a la falsa seguridad de las murallas de Dejagore. Cuando Mogaba está de especial mal humor echa a varios cientos por la puerta. No son más que bocas que gritan pidiendo que las llenen. La comida hay que guardarla para los que están dispuestos a morir defendiendo las murallas.

Los lugareños que no contribuyen o que muestran propensión a enfermar o sufrir heridas salen por las puertas justo detrás de los campesinos.

Conjura Sombras solo acepta a los que están dispuestos a ayudarlo a levantar las obras de asedio y cavar las fosas para los muertos. Lo primero significa trabajar bajo andanadas de proyectiles disparados por los antiguos amigos de dentro, mientras que lo segundo significa preparar el lecho donde se yacerá una vez que ya no se sea útil.

Difícil elección.

Mogaba es incapaz de comprender por qué su genio militar no es aclamado universalmente.

No se mete con los nyueng bao. Todavía no. No han contribuido mucho a la defensa de Dejagore, pero tampoco consumen recursos.

Sus hijos engordan mientras el resto de nosotros tiene que apretarse el cinturón.

Ya no se ven muchos gatos ni perros. Los caballos sobreviven solo porque están protegidos militarmente, y solo un puñado de ellos. Vamos a comer bien cuando se acabe el pienso.

La caza menor, como ratas y palomas, empieza a escasear. A veces se puede oír el grito ultrajado de un cuervo pillado por sorpresa.

Los nyueng bao son supervivientes.

Son una raza que posee un solo rostro impasible.

Mogaba no los molesta básicamente porque cuando alguien lo hace, todos ellos se

dan por aludidos. Y consideran la lucha un asunto muy serio, religioso.

Se quitan de en medio siempre que pueden, pero no son pacifistas. Un par de veces los sureños han lamentado tratar de entrar en la ciudad por su zona.

En ambas ocasiones los nyueng bao organizaron unas carnicerías impresionantes.

Entre los jaicuri se rumorea que devoran a sus enemigos.

Cierto es que se han encontrado huesos humanos con evidencias de haber sido troceados y cocinados. Los jaicuri son principalmente de religión gunni. Los gunni son vegetarianos.

Yo no creo que los nyueng bao sean los responsables, pero Ky Dam se niega a desmentir incluso las afirmaciones más siniestras acerca de su gente.

Quizás acepte cualquier cosa que haga que los nyueng bao parezcan más peligrosos. Quizá le interesan esa clase de habladurías para generar miedo.

Los supervivientes saben echar mano de las herramientas que tienen a mano.

Me gustaría que hablaran. Me apuesto a que podrían contar historias que te harían palidecer y te pondrían los pelos como escarpas.

¡Ah, Dejagore! Esos días de solaz, paseando por el infierno con una sonrisa.

¿Cuánto pasará antes de que la diversión se vaya de la ciudad?

Capítulo 7

Cansado hasta los huesos, igual que he estado cada noche desde que puedo recordar, fui a hacer mi guardia en la muralla. No tenía ninguna gana e incluso menos fuerzas. Sentado en el parapeto, me dediqué a acordarme de la parentela de todos mis amiguetes del alma sureños. Me temo que no exhibí demasiada creatividad, pero lo compensé con virulencia. Ahí afuera estaban preparando algo. Podían oírse traqueteos y murmullos, y se veían antorchas moviéndose arriba y abajo.

Había todos los heraldos de una noche sin sueño. ¿No podía esa gente ser normal y ocuparse de sus asuntos durante las horas normales?

No sonaban más entusiastas que yo. Capté el ocasional comentario soez sobre mí o mis antepasados, como si este jaleo fuera culpa mía. Supongo que estaban motivados principalmente porque sabían con seguridad que nunca volverían a casa si no recapturaban Borrascosa.

Quizá ninguno de los dos bandos iba a salir de esta con vida.

Un cuervo graznó, burlándose de todos nosotros. Ni me molesté en tirarle una piedra.

Había niebla, una tenue bruma húmeda que iba y venía. Más allá de las colinas del sur acechaba el rayo. Todo el día había hecho calor y humedad, y se había puesto ferozmente tormentoso a la caída de la tarde. En las calles había lagos de agua. Los ingenieros de Sombra de Tormenta no habían dado demasiada prioridad al drenaje, a pesar de las ventajas naturales a su disposición.

No iba a ser una buena noche para asaltar murallas altas. Y tampoco mucho mejor para defenderlas.

Con todo, casi sentía pena por los pobres cabroncetes de abajo.

Candelas y Rubro terminaron gruñendo la larga subida desde la calle. Cada uno de ellos llevaba un pesado saco de cuero. Candelas se quejó.

—Ya estoy demasiado viejo para esta mierda.

—Si funciona, todos llegaremos a viejos.

Ambos se apoyaron en los mellones mientras recuperaban el aliento. Luego arrojaron los sacos a la oscuridad. Alguien allí abajo maldijo en un dialecto sureño.

—Te jodes, gilipollas —rugió Rubro en respuesta—. Vete a casa y déjame dormir.

Todos los de la vieja guardia invertían tiempo cargando tierra.

—Lo sé —me dijo Candelas—. Lo sé. ¿Pero de qué sirve estar vivo si estas demasiado cansado para que te importe?

Si lees los Anales sabrás que nuestros hermanos han dicho lo mismo desde el principio. Me encogí de hombros. No se me ocurrió nada inspirado. Normalmente uno no trata de justificar ni de motivar, sino de seguir adelante.

—Goblin quiere verte —gruñó Candelas—. Nosotros te cubriremos el sitio.

—¡Sí, conozco vuestra jerigonza de las Tierras de las Sombras! ¡Que os jodan! — gritó hacia abajo Rubro en un cascado dialecto de las Tierras de las Sombras.

Gruñí. Era mi guardia, pero podía irme si quería. Mogaba ya ni se molestaba en fingir que intentaba controlar a la vieja guardia. Nosotros hacíamos nuestra parte. Manteníamos las posiciones. Solo es que no nos amoldábamos a su idea de cómo debía ser la Compañía Negra.

Pero iba a haber una refriega de mil demonios si el Maestro de las Sombras y su circo se ponían en marcha.

—¿Dónde está?

—En la tres —eso lo dijo en lengua de signos. La usamos frecuentemente si hablamos de negocios estando a la vista. Los murciélagos y los cuervos no pueden leerlo. Ni nadie de la facción de Mogaba.

—Volveré —dije.

—Claro.

Bajé la empinada y resbaladiza escalera, con los músculos doloridos al anticipar el peso del saco que iba a cargar cuando subiera.

¿Qué podía querer Goblin? Probablemente alguna decisión sobre algo trivial. Ese enano y su colega monocular evitan religiosamente el asumir cualquier responsabilidad.

La mayor parte del tiempo yo estoy al mando de la vieja guardia, ya que nadie más quiere preocuparse.

Nos hemos establecido en una zona de edificios altos de ladrillo cerca de la muralla, al sudoeste de la puerta norte, que es la única puerta que sigue funcionando. Desde los primeros momentos del asedio hemos estado mejorando nuestra posición.

Mogaba piensa en términos ofensivos. No cree que pueda ganarse una guerra desde detrás de unas murallas de piedra. Quiere enfrentarse a los sureños en las murallas, rechazarlos y luego salir en tromba y aplastarlos. Lanza incursiones preventivas y ataques de hostigamiento para mantenerlos inseguros. No se prepara para la posibilidad de que entren en la ciudad en cantidad significativa, aunque casi todos los ataques colocan a los sureños en nuestro lado de las murallas antes de que podamos concentrar fuerzas suficientes para repelerlos.

Algún día, en algún momento, las cosas no irán al gusto de Mogaba. Algún día la gente de Conjura Sombras se apoderará de una puerta. Algún día vamos a presenciar un combate urbano a escala total.

Eso es inevitable.

La vieja guardia está preparada, Mogaba, ¿y tú?

Nos haremos invisibles, su Arrogancia. Ya hemos jugado antes a este juego. Hemos leído los Anales. Seremos los fantasmas que matan.

Eso esperamos.

Las sombras son la cuestión. Las sombras son el problema. ¿Qué saben? ¿Qué serán capaces de descubrir?

A esos villanos no se les llamó Maestros de las Sombras solo porque les encantara la oscuridad.

Capítulo 8

Con la excepción de tres puertas ocultas, todas las entradas al alojamiento de la Compañía han sido tapiadas con ladrillo. Y lo mismo con toda ventana por debajo del tercer piso. Los callejones y callejuelas ahora son un laberinto de trampas mortales. Las tres entradas practicables solo pueden alcanzarse mediante escaleras exteriores, tramos que en su totalidad están cubiertos por proyectiles. Donde hemos podido, hemos reforzado contra el fuego.

Para la Compañía Negra no hay inactividad durante los días de asedio. Hasta Un Ojo trabaja. Cuando logro encontrarlo.

Todos los hombres están demasiado ocupados y demasiado cansados para reflexionar sobre nuestra situación.

Después de entrar por una puerta oculta, conocida solo por los hermanos de la vieja guardia, los cuervos y los murciélagos, las sombras, los observadores nyueng bao del otro lado de la calle y cualquier nar interesado en llevar el control desde la barbacana norte, bajé pesadamente tramo tras tramo de escaleras. Llegué a un sótano donde Cangilón dormitaba junto a una escualida velita. A pesar de lo silencioso que yo caminaba, abrió un ojo. No perdió el tiempo pidiéndome la contraseña. Apoyado en la pared tras él había un destartado y combado armario con una puerta que colgaba precaria de una bisagra dañada. Abrí la puerta suavemente y entré.

Cualquier fuerza ajena a nosotros que hubiera llegado al sótano habría encontrado que el contenido del armario eran unas reservas de comida desesperadamente escasas.

El armario oculta un túnel. Hay túneles que unen todos nuestros edificios. Mogaba y cualquier otro interesado podrían esperárselo. Si lograban llegar hasta nuestro sótano, un poco de trabajo les mostraría lo que esperaban encontrar.

Aquello debería satisfacerlos.

El túnel llegaba a otro sótano. Allí dormían varios hombres, en medio de una enormidad de cacharros y un olor parecido al de la madriguera de un oso. Avancé lentamente hasta que me reconocieron.

Si hubiera sido un intruso, no habría sido el primero en no volver de los subterráneos.

Entonces entré en los sitios realmente secretos.

La nueva Borrascosa se alzaba sobre la antigua Jaicur. No se habían hecho esfuerzos por demoler la antigua ciudad. Muchas de las estructuras anteriores se encontraban en excelentes condiciones.

Tenemos un laberinto asombroso excavado aquí abajo, donde nadie debería pensar en buscar. Y se hace un poco más grande cada vez que un saco de tierra va por la muralla o alguno de nuestros otros proyectos. Pero no es un habitáculo acogedor. Hace falta fuerza de voluntad para descender a un sitio húmedo y oscuro donde el

aire apenas se mueve, las velas nunca llegan a cobrar vida del todo y hay al menos una posibilidad de que cualquier sombra albergue una muerte entre gritos.

Y yo personalmente tengo algo en contra de quedar enterrado vivo.

Y la práctica no hace que mejore.

Lamprea y Otto, Goblin, Un Ojo y yo ya hemos pasado por esto antes, en la Llanura del Miedo, donde estuvimos unos cinco mil años viviendo como tejones bajo el suelo.

—¿Dónde está Goblin, Cletus?

Cletus es uno de tres hermanos que sirven como ingenieros y maestros artilleros.

—Tras esa esquina. En el siguiente sótano.

Cletus, Loftus y Longinus son unos genios. Han descubierto cómo hacer bajar aire fresco por las chimeneas de estructuras existentes arriba hasta los túneles, hacerlo fluir lentamente por el complejo y luego expulsarlo por otras chimeneas. Simple ingeniería, pero a mi me parece magia. Un flujo de aire respirable, aunque lento y nunca puro, nos viene bien.

Aunque no sirve para aminorar la humedad y el olor.

Encontré a Goblin. Le sostenía una vela a Longinus mientras este colocaba mortero fresco en una cantería recién rascada, a la altura de los ojos.

—¿Cuál es el problema, Goblin?

—Ha llovido tela marinera allá arriba, ¿eh?

—Los dioses han cogido un río en alguna parte y lo han dejado caer aquí. ¿Por qué?

—Aquí abajo tenemos un millar de goteras.

—¿Problemas graves?

—Más adelante puede. No tenemos drenaje. Estamos en el punto más bajo que podemos alcanzar a menos que el duodécimo túnel vaya bien.

—Me parece un problema de ingeniería.

—Lo es —dijo Longinus alisando el mortero—. Y Cletus lo previo. Desde el principio fuimos impermeabilizando. El problema es que eso no puede verse hasta que empieza a llover realmente en serio. Hemos tenido suerte de que no haya sido como en la estación de lluvias. Tres días así y habríamos acabado inundados.

—Sigue sonando a problema de ingeniería. ¿Lo puedes resolver, no?

Longinus se encogió de hombros.

—Trabajaremos en ello. Eso es todo lo que podemos hacer, Matasanos.

Buena puya. Como diciéndome que dejara a cada uno hacer su trabajo.

—¿Para eso me queráis? —Parecía poca cosa, incluso para Goblin.

—No. Longo, no oirás nada. —El hombre de rostro de sapo hizo un complejo gesto con tres dedos de la mano izquierda al decir aquello. Los dedos dejaron tras de sí la estela de un casi imperceptible resplandor. Longinus volvió al trabajo como si

estuviera sordo.

—¿Es tan importante que tenías que dejarlo fuera?

—Habla. No pretende hacer mal alguno, pero no puede evitar repetir todo lo que oye.

—Y lo embellece al contarlo. Lo sé. Dime.

—Ha pasado algo con el Maestro de las Sombras. Ha cambiado. Un Ojo y yo convenimos que estamos seguros desde hace una hora, pero creemos que lleva así algún tiempo. Nos lo ha estado ocultando.

—¿El qué?

Goblin se inclinó para acercarse, como si Longinus todavía pudiera escuchar algo.

—Se ha recuperado, Murgan. Ha vuelto casi a la normalidad. Se ha estado recuperando antes de caer sobre nosotros con toda su fuerza. También convenimos que ha estado ocultando el cambio más a su compañero Sombra Larga que a nosotros. No le damos tanto miedo.

Me envaré al recordar los extraños movimientos que sucedían ahora mismo en la llanura que nos rodeaba.

—¡Mierda!

—¿Qué?

—Va a venir esta noche. Pronto. Cuando bajé estaban tomando posiciones. Pensé que era lo de siempre. Mejor ponerse en alerta.

Salí con la energía que me quedaba, anunciando el estado de alerta cada vez que veía a alguien.

Capítulo 9

Conjura Sombras no se dio prisa. La Compañía tomó sus puestos en la muralla. La escoria tagliana que estaba bajo nuestro mando se preparó tanto como era capaz normalmente. Mandé avisar a Mogaba y al portavoz Ky Dam. Mogaba es un capullo y un lunático, pero no es tonto. Cree que mantiene el trabajo separado de sus asuntos personales. Si Goblin afirmaba que teníamos problemas graves, lo escucharía.

Sonaron alarmas por todas partes. En el exterior de las murallas se alzaron gritos de ira al darse cuenta de que nos habíamos anticipado.

La población civil empezó a responder. El miedo se extendió por las calles oscuras. Esto daba la sensación de ser más gordo de lo normal. Como siempre, los más ancianos entre los jaicuri recordaron la primera llegada de los Maestros de las Sombras. Por aquel entonces la primera oleada enemiga consistió en mortíferos destellos de oscuridad.

—¿Alguna sombra ahí fuera, Un Ojo?

—Ninguna de esas, Murgén. Tienen que venir desde Lugar de Sombras. Sombra Larga tendría que estar en ello.

—Bien. —Yo he visto lo que las sombras pueden hacer, a pequeña escala. Los jaicuri tenían razón al estar asustados.

—Pero puedo prometerte que va a haber hechicería. Ya se está acumulando.

—Me encanta esa forma que tienes siempre de animarme, gorgojo. —Examiné las murallas más allá de nuestra sección. Costaba ver mucho, pero parecía que cualquier asalto se encontraría con una defensa decidida.

Lo que no significaría nada si Sombras estaba en buena forma.

—¡Murgén!

—¿Qué?

—¡Detrás de ti!

Miré.

Ky Dam, portavoz de los nyueng bao, acompañado por un hijo y varios nietos, me pidió con un gesto si podía subir al parapeto. Solo el hijo iba armado. Era un hombre achaparrado y frío del que se rumoreaba que era una especie de maestro espadachín. Asentí.

—Bienvenido a bordo.

El portavoz tenía el aspecto de ser mil años mayor que Un Ojo, pero tuvo la suficiente vitalidad para subir sin ayuda. Tampoco es que tuviera mucho que mover. Su pelo estaba distribuido uniformemente por su cabeza y su rostro, pero le quedaba bastante poco. Estaba cubierto de manchas de la vejez. La piel había perdido el color. Era más pálido que muchos de nosotros, los norteños.

Hizo una ligera reverencia.

Yo le respondí del mismo modo, intentando imitar exactamente su inclinación. Aquello indicaría un respeto entre iguales, lo que debería hacerme ganar algunos puntos, ya que aunque yo era más joven aquí tenía más autoridad, porque estaba en territorio de la Compañía y era un pez gordo de la misma.

Qué inteligente soy, me esfuerzo todo lo posible en ser cortés con el portavoz. Y constantemente les recuerdo a los muchachos que sean respetuosos y no se metan con los nyueng bao, aunque los provoquen. Estoy intentando que asuman una visión a más largo plazo de lo normal.

En estas extrañas tierras no tenemos ningún amigo.

Ky Dam miró la llanura oscurecida. Su presencia era fuerte. Muchos jaicuri creen que es un hechicero. Goblin y Un Ojo dicen que se le puede considerar mago en el sentido más arcaico de la palabra: un hombre sabio.

El vejete tomó una bocanada de aire que pareció incrementar su aura de fuerza.

—Esta noche será diferente.

Hablaba tagliano sin ningún acento.

—Su amo ha recuperado sus poderes.

El portavoz me miró con seriedad, y luego a Goblin y Un Ojo.

—Ah. Así.

—Exactamente. —Siempre había querido decir eso cuando algún carcamal se pusiera críptico. No pude contenerme cuando se me presentó la oportunidad perfecta.

Ojeé la escolta del portavoz. El espadachín parecía demasiado achaparrado y corpulento para su reputación. Pero así era. No muchas cosas cruzan la barrera cultural.

Los nietos tenían el mismo aspecto que cualquier hombre nyueng bao en la flor de la vida. Como si fueran a condenar sus almas si sonreían o demostraban alguna emoción. Como si llevaran tapones de cactus en el culo, en palabras de Goblin.

Seguí con mi trabajo mientras Ky Dam ponderaba la noche. La escolta se mantuvo fuera de mi camino.

Llegó Cangilón.

—Todo listo, jefe.

Y los hombres del Maestro de las Sombras también parecían estar listos para jugar. Sus cuernos empezaron a sonar como toros en celo.

—No tardará mucho —gruñí. Aunque podían posponerlo otros veinte años. No me importaba. No tenía prisa.

Un mensajero tagliano subió a trompicones desde la calle, tomó aliento a duras penas y logró transmitir que Mogaba me quería ver.

—De camino. En menos de cinco minutos —le dije. Rastreé la oscuridad con la mirada—. Defiende el fuerte, Cangilón.

—Justo lo que necesita esta unidad, otro cómico.

—Oh, los mataré.

Ky Dam dijo algo. El espadachín forzó la vista para mirar a la oscuridad. Por espacio de medio latido se produjo un resplandor fantasmagórico en las colinas. ¿Una estrella? ¿El reflejo de una estrella? No. La noche era fría, húmeda y estaba nublada.

—Puede que esté pasando más de lo que aparenta a primera vista, Guerrero de Hueso —dijo el portavoz.

—Quizá. —¿Guerrero de Hueso?—. Pero a diferencia de los nyueng bao no somos guerreros. Somos soldados.

El anciano comprendió aquello enseguida.

—Como desees, Soldado de Piedra. Puede que no todo sea lo que parece.

¿Se estaba inventando aquello sobre la marcha?

No parecía muy alegre con sus suposiciones. Se dio la vuelta y se apresuró a bajar las escaleras. A sus nietos les costó seguirle el ritmo.

—¿De qué iba eso? —preguntó Cangilón.

—No tengo ni idea. Me ha convocado su Santidad el Príncipe de la Compañía.

Al poner pie en la escalera, miré a Un Ojo. El diminuto mago contemplaba fijamente las colinas, más o menos el punto que había observado antes Ky Dam. Parecía a la vez intrigado e infeliz.

No tuve tiempo de preguntar. Ni me sentía muy inclinado.

Ya había recibido bastantes malas noticias.

Capítulo 10

Mogaba mide algo más de un metro noventa. Cualquier grasa que tenga tiene que estar entre sus orejas, ya que no hay ni un gramo en ninguna otra parte. Es todo hueso y músculo y se mueve como un gato. Su más leve tic es pura y fluida gracilidad. Trabaja duro para mantenerse duro, pero no para ponerse musculoso. Es de piel muy oscura, aunque tiende a la caoba más que al ébano. Resplandece con convicción, con una inamovible fuerza interior.

Es muy ingenioso pero nunca sonríe. Cuando exhibe humor suele ser una máscara, artificio, una ilusión desplegada para su audiencia. No lo siente y probablemente no lo comprende. Es el hombre más centrado en un propósito de todos cuantos han vivido. Y ese propósito es la creación y el mantenimiento de Mogaba, el más grande guerrero que nunca haya vivido.

Es casi tan bueno como quiere ser. Puede que sea tan bueno como cree ser. Nunca he visto a nadie que estuviera a la altura de sus habilidades personales.

El resto de los nar son casi tan buenos, casi tan arrogantemente confiados.

La opinión que tiene Mogaba de sí mismo es su gran debilidad, pero no creo que nadie pueda lograr que se lo crea. Él y su reputación están firmemente en el centro de cualquier asunto a considerar.

Por desgracia, la autoindulgencia y el egocentrismo no son siempre rasgos que inspiren a los soldados a ganar batallas.

Mogaba y el resto de nosotros no nos llevamos bien. Su rigidez ha dividido a la Compañía en dos facciones: los nar y la vieja guardia. Para Mogaba, la Compañía Negra es una antiquísima cruzada santa. Nosotros los de la vieja guardia la vemos como una familia infeliz que intenta sobrevivir en un mundo que va a por ella. El debate sería mucho más enconado si Conjura Sombras no estuviera aquí para ponerse el manto de enemigo común más importante.

Muchos entre la propia gente de Mogaba no están muy contentos con la forma en que funciona su mente estos días.

Algo de lo que Matasanos siempre hablaba, desde el mismo momento en que puso la pluma sobre el papel por primera vez, es de lo que podrían llamarse cuestiones de forma. No es conforme a las buenas formas enfrentarse con los superiores de uno, por muy equivocados que puedan estar y por muy terca que sea su convicción en su propia superioridad. Yo trato de mantener las formas.

Matasanos enseguida ascendió a Mogaba a tercero al mando de la Compañía después de sí mismo y la Dama, debido a sus excepcionales talentos. Pero eso no permitía automáticamente a Mogaba asumir el mando si Matasanos y la Dama desaparecían. Se supone que los nuevos capitanes han de ser elegidos. En una situación como la de aquí en Dejagore, la costumbre es reunir a los soldados en

asamblea para ver si creen que es necesaria una elección. Si creen que el viejo capitán se ha vuelto loco, senil, incompetente, ha muerto o necesita sustituto por algún otro motivo, entonces se celebran unas elecciones.

No puedo recordar ningún caso en los Anales en que el candidato de mayor rango fuese rechazado por los soldados, pero si hoy se celebrase la elección, puede que se sentara precedente. En una votación secreta puede que incluso muchos de los nar le retiraran la confianza a Mogaba.

No habrá votación mientras estemos bajo asedio. Me opondré a cualquier intento de celebrar alguna. Puede que Mogaba esté loco y puede que yo no sea capaz de llevarle la corriente en asuntos que él considera religiosos, pero solo él es capaz de controlar a miles de acobardados legionarios taglianos a la vez que mantiene en cintura a los jaicuri. Si cayera le sustituiría su ayudante, Sindawe, luego Ochiba, y solo entonces, si no puedo esconderme lo bastante rápido, yo.

Después de todo este tiempo de asedio los soldados y los civiles temen a Mogaba más de lo que lo respetan. Y eso me preocupa. Los Anales demuestran una y otra vez que el miedo es el suelo más fértil para la traición.

Capítulo 11

Mogaba celebra las reuniones de planificación en la ciudadela. Allí hay una sala de guerra, que una vez fue el juguete de la hechicera Sombra de Tormenta. Mogaba considera que reunirse aquí es una gran concesión a la distancia que nosotros, sus subalternos, debemos recorrer. No le gusta abandonar su parte de la acción. Por ese motivo yo podía estar seguro de que esto iba a ser corto.

Fue lo bastante amable, aunque con una cortesía forzada evidente para todos.

—He recibido tu mensaje —dijo—. No estaba completamente claro.

—Lo hice confuso a posta. No quería que el mensajero se lo contara a todo el mundo antes de llegar a ti.

—Entonces supongo que no se trata de buenas noticias.

Hablaba el dialecto de las Ciudades Joya que la Compañía había aprendido, mientras estaba al servicio del síndico de Berilo. La mayoría de nosotros lo usábamos solo cuando queríamos que los nativos no comprendieran lo que estábamos diciendo. Mogaba lo usaba porque aún no sabía bastante tagliano para apañarse sin intérpretes. Incluso su dialecto de las Ciudades Joya tenía un fuerte acento.

—Definitivamente no son buenas noticias —dije. Sindawe, el amigo de Mogaba, traducía para los oficiales taglianos presentes. Yo seguí—. Goblin y Un Ojo me han dicho que Conjura Sombras se ha recuperado por completo y pretende que esta noche sea su gran espectáculo de vuelta a escena. Así que esta noche no será una incursión más, será un ataque en toda regla por todos los flancos.

Una docena de pares de ojos se quedaron mirándome fijamente, rezando para que estuviese gastando la clase de broma de mal gusto que Goblin y Un Ojo encontrarían graciosa. Los ojos de Mogaba eran gélidos. Quería hacer que me desdijera con el peso de su mirada.

Mogaba no quiere tener nada que ver con Un Ojo ni con Goblin. Son una de las principales fuentes de enfrentamiento entre la vieja guardia y él. Está seguro de que los magos de verdad, por muy patéticos que sean, no tienen sitio entre los guerreros de verdad, que se supone que solo tienen que depender de su fuerza, su ingenio, su voluntad y quizá incluso de su acero superior, si lo tienen.

Lo peor de Goblin y Un Ojo, aparte de ser magos, aparte de ser desaliñados, indisciplinados y maleducados, es que no logran admitir que Mogaba es lo mejor que le podía haber pasado a la Compañía Negra.

Mogaba odia a Conjura Sombras en parte porque sabe que el Maestro de las Sombras nunca se enfrentará a él en un duelo singular que perdure en los cantares a través de los siglos.

Mogaba quiere un sitio en los Anales. Ansia un sitio importante en los Anales. Y lo va a conseguir, pero no como le gustaría.

—¿Tienes alguna sugerencia acerca de cómo hacer frente a la amenaza?

Mogaba no demostraba emoción alguna, aunque el hecho de que Conjura Sombras se hubiera repuesto significaba el adelanto de la fecha de nuestras ejecuciones.

Pensé en sugerir ponernos a rezar, pero era evidente que Mogaba no se encontraba de humor.

—Me temo que no.

—¿No hay nada en tus libros?

Se refería a los Anales. Matasanos se había esforzado por que Mogaba los estudiara. Matasanos daba mucha importancia a buscar precedentes y cernirse a ellos... principalmente porque no tenía demasiada confianza en su manejo de la estrategia y el liderazgo. Por otro lado, a Mogaba lo que le faltaba no era precisamente confianza en sí mismo. Siempre tenía una excusa para no estudiar la historia de la Compañía. Solo recientemente se me había ocurrido que quizá no supiera leer ni escribir. Esas habilidades se consideran poco masculinas en algunos sitios. Quizá era así entre los nar de Gea-Xle, a pesar del hecho de que mantener los Anales era un deber sagrado de nuestros antepasados de la Compañía Negra.

Los nar no hablan mucho de sus creencias. Pero el resto de nosotros sabemos que nos consideran herejes.

—Muy poco. La táctica probada a lo largo del tiempo es atraer la atención del mago hacia un objetivo secundario donde haga menos daño del que pretende. Y se mantiene su atención allí hasta que se cansa o hasta que se logra infiltrar alguien hasta él y se le rebana el pescuezo. Y aquí la infiltración no es práctica. Esta vez Conjura Sombras se protegerá mejor. Puede que ni siquiera salga de su campamento si no lo obligamos.

Mogaba asintió. No estaba sorprendido.

—¿Sindawe?

Sindawe es el amigo más íntimo y más viejo de Mogaba. Desde la infancia. Ahora Sindawe es el segundo al mando de Mogaba y jefe de la primera legión tagliana, que es la mejor formación tagliana. Y la más antigua. Matasanos puso a Mogaba a cargo del entrenamiento nada más llegar a Taglios, y la primera es el monstruo imparable que Mogaba había construido.

Sindawe podría pasar por hermano de Mogaba. A veces actúa como su conciencia. Mogaba valora su buena opinión probablemente más de lo que debería.

—Deberíamos intentar correr más que ellos... —dijo Sindawe—. ¡Tranquilo, Ga! Es broma.

Mogaba no lo pilló, o si lo hizo no le vio la gracia.

Yo contribuí.

—Usemos la artillería para distraerlo, donde quiera que esté. Y si lo pillamos

dentro del alcance a lo mejor tenemos suerte.

Lo habíamos hecho durante la gran batalla que acabó con nosotros atrapados aquí. Y funcionó. Incluso tuvimos suerte, un poco, motivo por el que ahora estamos vivos para encontrarnos en mierda hasta el cuello. Pero no estuvimos ni cerca de eliminar a Conjura Sombras.

—Incluiremos movimiento en todo —decidió Mogaba—. Nuestros artilleros dispararán y correrán. Dondequiera que el Maestro de las Sombras ataque directamente desapareceremos de inmediato. Cubriremos con disparos de flanqueo hasta atraer su atención a otro sitio. No lo miraremos a los ojos.

Mogaba me miró a mí a los ojos. Quería ayuda de Goblin y Un Ojo, pero su orgullo no le dejaba pedirla. Ha proclamado en público que no puede soportar la hechicería, que la hechicería no tiene lugar en la Compañía Negra. Es perversa, deshonrosa, el recurso de los bribones. El hombre es incapaz de dejar a un lado la adulación. Y le suelta eso mismo a los dos payasos cada vez que los ve. Les ha hecho algunas ofertas sustanciosas con la intención de que se licencien de «su» Compañía.

¿Ayuda? ¿No es divertido ver lo flexible que puede volverse uno cuando la destrucción absoluta lo mira a los ojos?

Más o menos flexible. Mogaba nunca se refirió abiertamente al asunto.

Yo no le tiré del rabo. Nunca lo hago. Espero que eso lo vuelva loco.

—Ejercitaremos nuestros talentos al límite —le dije—. Si no salimos de esta, nuestras diferencias no significan una mierda.

Mogaba hizo una mueca. Entre las muchas cosas que un guerrero nar no hace se encuentra el emplear un lenguaje florido. Sea cual sea el lenguaje que use.

Buena cosa que estuviéramos usando el dialecto berilio. Nuestra discusión se había prolongado tanto que los oficiales taglianos estaban empezando a dudar de las suaves traducciones de Sindawe. Intentamos mostrarle al mundo exterior un solo rostro. Engañar a nuestros patrones era especialmente importante. Seguramente, siguiendo la tradición de estas cosas, ya estaban pensando cómo jodernos tan pronto salvásemos sus reales traseros.

Contando a los hermanos juramentados que hemos tomado desde nuestra llegada a este olvidado fin del mundo, los nar y la vieja guardia totalizamos sesenta y nueve hombres. Los defensores de Dejagore son diez mil legionarios taglianos mal entrenados; algunos antiguos esclavos de los Maestros de las Sombras, voluntariosos pero ineficaces, y algunos jaicuri incluso menos efectivos. Cada día nuestros efectivos disminuyen. Las viejas heridas y las enfermedades actuales diezman nuestras filas con tanta eficacia como los ataques enemigos. Matasanos trató de implantar una higiene de campaña decente, pero no tuvo éxito fuera de la Compañía propiamente dicha.

Mogaba me otorgó una pequeña reverencia, como suele demostrarse respeto por

estos andurriales. No iba a darme las gracias abiertamente.

Sindawe y Ochiba tenían ahora las cabezas juntas sobre varios informes de unidades que acababan de llegar.

—No queda tiempo de charla —anunció Sindawe—. Están a punto de atacar.

Habló en tagliano. A diferencia de Mogaba, se esforzaba por pasar del chapurreo. Trataba de comprender la cultura y la forma de pensar de los diferentes pueblos taglianos... por muy raros que fueran.

—Entonces vayamos a nuestros puestos —dijo Mogaba—. No queremos decepcionar a Conjura Sombras.

Se podía ver el ánimo del hombre. Estaba ansioso. Su excitación era casi irracional. Repasó las tácticas que pretendía utilizar para reducir las bajas propias.

Me fui sin decir palabra. Sin que me lo ordenara.

Mogaba sabía que yo no lo consideraba capitán. Lo discutíamos ocasionalmente. No lo reconoceré como tal sin una votación formal. Él todavía no quiere una elección, sospecho que porque teme que su popularidad no sea la que debería ser la de un capitán.

Yo no forzaré la cuestión. Podría resultar elegido por la vieja guardia. Y no quiero el trabajo. No estoy preparado.

Conozco mis limitaciones. No soy un líder. Demonios, ni siquiera manejo bien los Anales. No sé cómo Matasanos podía mantenerlos y hacer todo lo demás que hacía al mismo tiempo.

Fui corriendo todo el trayecto hasta mi sección de muralla.

Capítulo 12

Algo me golpeó como un pequeño y silencioso ciclón de oscuridad que salió en mitad de la noche y de ninguna parte. Me devoró, sin que nadie de los que hubiera alrededor lo viera. Aferró mi alma y tiró. Me sumí en la oscuridad pensando: *chico, vaya si el Maestro de las Sombras ha vuelto a lo grande.*

Esto no se parecía a nada que hubiera encontrado antes.

¿Pero por qué venir tras mí? Había pocos menos importantes que yo.

Capítulo 13

Fui invocado. No pude resistirme. Luché, pero pronto me di cuenta de que una gran parte de mí mismo no deseaba ganar.

Estaba confundido. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Tenía sueño... ¿Se debía todo esto a la falta de sueño?

Una voz me llamó. La voz parecía vagamente familiar.

—¡Murgen! ¡Vuelve a casa, Murgen! —Sentí un movimiento violento, probablemente debido a un golpe que no me dolió—. ¡Vamos Murgen! Tienes que luchar contra eso.

—¿Qué?

—¡Vuelve! ¡Está volviendo!

Gemí. Aparentemente todo un logro, a juzgar por la excitación que generó.

Volví a gemir. Ahora sabía quién era pero no dónde estaba ni por qué, ni a quién pertenecía aquella voz.

—¡Voy a levantarme! —traté de decir. Tiene que ser algún tipo de entrenamiento—. ¡Voy a levantarme, idos a tomar por saco!

Y lo intenté, pero los músculos no me levantaron.

Estaban agarrotados.

Unas manos tiraron de mis brazos.

—Ponlo de pie. Hagámoslo andar —dijo una nueva voz.

—Tenemos que encontrar una forma de abortar estos ataques antes de que se produzcan —dijo la voz original.

—Estoy abierto a sugerencias.

—Tú eres el médico.

—No es una enfermedad, Goblin. Tú eres el hechicero.

—Tampoco es hechicería, jefe.

—¿Entonces qué demonios es?

—En todo caso no se parece a ninguna hechicería que yo haya visto o de la que haya oído hablar.

Ahora me tenían incorporado. Mis rodillas no cooperaban, pero los dos hombres no me dejaban caer.

Abrí un ojo. Vi a Goblin y al Viejo. Pero el Viejo estaba muerto... Traté de hablar.

—Creo que he vuelto.

Esta vez lo logré. Mis palabras fueron confusas pero inteligibles.

—Ha vuelto —dijo Goblin.

—Mantengámoslo en movimiento.

—No es una borrachera, Matasanos. Ha vuelto. Está consciente. Puede

mantenerse aquí. Te puedes mantener aquí, ¿no, Murgen?

—Sí. Estoy aquí, y no me iré mientras siga despierto.

¿Dónde era aquí? Miré a mi alrededor. Ah, allí, otra vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el Viejo.

—He vuelto a ser arrastrado al pasado otra vez.

—¿Dejagore?

—Siempre es Dejagore. Esta vez fue el día en que volviste. El día en que conocí a Sari. —Matasanos gruñó—. Cada vez me duele menos. Este viaje no ha sido malo. Pero se pierde mucho aparte del dolor. No vi ni la mitad del horror que sé que había allí.

—Quizá eso sea bueno. Quizá si puedes desprenderte de todo aquello puedas salir de esto.

—No estoy loco, Matasanos. Esto no me lo estoy haciendo yo mismo.

—Cada vez es más difícil traerlo de vuelta —dijo Goblin—, no más fácil. Esta vez no lo habría conseguido sin nosotros.

Me tocó gruñir a mí. Podía verme atrapado en un ciclo de revivir el nadir de mi vida una y otra vez.

Goblin no había descubierto lo peor. Todavía no estaba de vuelta. Me habían sacado de las profundidades del pasado, pero yo no estaba en casa. Este también era mi pasado, solo que esta vez yo era consciente de no estar donde debía. Y sabía los males que acechaban en mi futuro.

—¿Cómo era? —Goblin me miraba fijamente, como todas las veces. Como si algún tic facial por mi parte pudiera darle la pista que necesitaba para resolver el rompecabezas y rescatarme. Matasanos se apoyó contra la pared, como suele hacer siempre, satisfecho ahora que yo ya estaba hablando.

—Igual que las demás veces. Solo menos doloroso. Aunque esta vez cuando empecé no era realmente yo. Eso fue diferente. No era más que una voz sin cuerpo, solo un punto de vista que estaba dando un discursito como el de un guía a un visitante sin rostro.

—¿También sin cuerpo? —preguntó Matasanos. Esta variación le había interesado.

—No. Había alguien. Una persona completa, pero sin rostro.

Goblin y Matasanos intercambiaron miradas de preocupación. En aquellos momentos Otto y Lamprea todavía estaban fuera.

—¿De qué sexo? —preguntó Matasanos.

—No estaba claro, pero no era el Sinrostro. No creo que fuera nadie de nuestro pasado. Puede que solo fuera algo de mi cabeza. Puede que yo mismo me haya dividido en partes para no tener que enfrentarme a tanto dolor y golpes tan fuertes.

Goblin negó con la cabeza. No lo creía.

—No eres tú, Murgén. Alguien te está haciendo esto. Aparte de quién, querernos saber por qué y por qué a ti. ¿Alguna pista? ¿Cómo fue? Trata de recordar detalles. Son los pequeños detalles los que nos pueden dar un asidero.

—Cuando empecé estaba completamente desvinculado. Me fui metiendo en ello gradualmente. Al poco fui el Murgén de entonces, volvía a vivirlo, volví a intentar plasmarlo en los Anales, no tenía ni idea del futuro. ¿Recordáis cuando ibais a nadar de niños? ¿Cuando alguien salía del agua tras vosotros para haceros una ahogadilla? Saltaba en el aire y os apoyaba las manos en la cabeza para dejar que su peso os hundiera. Si estabais en agua profunda, en vez de ir directo al fondo os ibais doblando bajo el agua hasta quedar horizontales. Todo esto fue algo así. Solo que una vez que estuve horizontal no pude flotar hasta la superficie. Me olvidó de que lo he hecho todo antes, casi siempre igual, quién sabe cuántas veces. Quizá si pudiera recordar el futuro cuando estoy de vuelta allí podría cambiar la forma en que fueron las cosas, o al menos podría hacer copias de mis libros para que no...

—¿Qué? —Matasanos se puso alerta. Menciona los Anales y tienes su atención completa—. ¿Qué fue eso?

¿Se daba cuenta de que yo estaba recordando el futuro? En este tiempo mis volúmenes de los Anales siguen a salvo.

En ese momento el miedo y el dolor cayeron sobre mí. Fueron seguidos por la desesperación. Porque a pesar de todas las veces que había caído allí, y todas mis vueltas aquí, no puedo impedir nada. No hay voluntad capaz de desviar el río de los horrores.

Por un momento no pude hablar porque tenía demasiado que decir. Luego lo logré, indirectamente.

—Has venido aquí por lo de la Arboleda de la Condena, ¿no? —Me acordaba de esta noche. Ya he recorrido este territorio lo suficiente para conocer bien el terreno. Aquí el paisaje varía levemente de visita a visita, pero después el tiempo se convierte en el mismo río imparable.

Si forzaba la vista casi podía ver los fantasmas de otras versiones nuestras interpretando diálogos alternativos.

Matasanos estaba sorprendido.

—¿La Arboleda?

—Quieres que conduzca a la Compañía hasta la Arboleda de la Condena, ¿no? Es el momento de algún festival de los Impostores. Crees que Narayan Singh en persona podría aparecer. Crees que hay una buena posibilidad de atraparlo... o de atrapar a alguien que sepa dónde tiene escondida a vuestra hija. Como poco, piensas que tendremos la oportunidad de matar muchos de ellos y herirlos más de lo que ya están.

Matasanos se había mostrado implacable en su afán de exterminar a los Impostores. Más incluso que la Dama, creo, y ella fue la más duramente agraviada de

los dos. Una vez, Matasanos quiso que su legado fuera haber completado el ciclo histórico de la Compañía Negra. Quería ser el capitán cuando la Compañía regresara a Khatovar. Sigue teniendo ese sueño, pero una pesadilla lo ha empujado a un lado. La pesadilla exige satisfacción. Hasta que se haya enrollado su ovillo de gasa de terror, dolor, crueldad y venganza, Khatovar no va a ser más que una excusa, no un destino.

Matasanos me miró, inseguro.

—¿Cómo sabes lo de la Arboleda?

—He vuelto sabiéndolo. —Lo que era cierto, pero para cada uno de los dos «vuelto» tenía un sentido diferente.

—¿Conducirás allí a los hombres?

—No puedo no hacerlo.

Ahora Goblin también me miraba con cara rara.

Lo haría. Y conocía los resultados, pero eso no podía decírselo. Había dos mentes dentro de mi cabeza. La que estaba pensando eso no era la que estaba al timón y a cargo de las velas.

—Y a estoy bien —les dije—. Y creo que hay una forma de impedir que vuelva a caer. Al menos para impedir que vuelva a caer tan lejos. Pero no logro sacarla.

Me hubiera encantado compartirla. No quería seguir cayéndome por el precipicio del tiempo hasta aquellos oscuros y demasiado reales sueños del pasado de Dejagore. Ni siquiera yo me encontraba con un punto de vista ajeno al dolor y la crueldad que había por todas partes.

Matasanos empezó a decir algo.

Yo le interrumpí.

—Bajaré a la reunión en diez minutos.

Era incapaz de decir las cosas directamente, pero quizá pudiera comunicar algo indirectamente.

Pero sabía que nada iba a cambiar. El peor de todos los horrores esperaba allí delante, y yo me veía impotente para evitarlo.

Iba a seguir haciendo lo mejor que pudiera en la arboleda. Por si acaso esta vez el resultado era diferente. Si pudiera recordar el futuro lo bastante bien para hacer los movimientos correctos...

Tú, quienquiera que seas. Lo que quiera que seas. Sigues arrastrándome a este pozo de dolor. ¿Por qué lo haces? ¿Qué quieres? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

Como siempre, no me das respuestas.

Capítulo 14

El maldito viento cortaba. Nos acurrucamos en las mantas, temblorosos, tan poco motivados como puede estar un hombre sin llegar a mandarlo todo al diablo. Para empezar, no había demasiados de nosotros que quisieran estar en aquel bosquecillo embrujado.

Y sin embargo, algo que no podía describir claramente, alguna esquiva emoción en lo más profundo de mi interior me decía que esto era vital, que había que hacerlo bien. Que de esto dependía más de lo que yo podía imaginar.

Arboles que no podíamos ver crujían y chasqueaban. El viento gemía y gimoteaba. Era fácil desatar la imaginación y dejarse llevar por el hecho de que miles habían sido torturados y asesinados aquí. Quizá eran sus aullidos lo que se oía en el viento, unas súplicas de piedad ignoradas aun ahora. Uno se esperaba ver cadáveres rotos alzarse para cobrarse su venganza de los vivos.

Fingí ser un héroe. Pero no podía dejar de temblar. Me apreté más en la manta. Aquello tampoco ayudó.

—¡Nenaza! —se burló Un Ojo. Como si al pequeño mierdecilla no estuviera también a punto de darle un ataque—. Si ese tontaina de Goblin no deja de enredar por ahí y trae sus muertas posaderas para acá, le bajo los pantalones y le clavo el culo a una placa de hielo.

—Eso es creatividad.

—No te pases de listo, cachorro. Voy a...

Una ráfaga de viento especialmente fuerte se llevó lo que iba a hacer. No era solo el frío lo que nos hacía temblar, aunque nadie quería admitirlo. Era la misión y el sitio, y el hecho de que los nubarrones nos robaran incluso la mínima camaradería de la luz de las estrellas.

Estaba condenadamente oscuro. Y puede que esos estranguladores fueran de verdad amigos del tipo que gobernaba las sombras. Me lo había dicho un pajarito. De hecho me lo había dicho un pájaro grande y negro.

—Pasamos demasiado tiempo en la ciudad —gruñí. Un Ojo no respondió, pero Thai Dei sí lo hizo, con un gruñido. Eso era todo un discurso para este nyueng bao en particular.

El viento trajo el crujido de una pisada sigilosa. Un Ojo ladró:

—¡Maldita sea, Goblin! Deja de pegar esos pisotones. ¿Es que quieres que todo el mundo sepa que estamos aquí? —No importaba que fuera imposible oír a Goblin a dos metros de distancia aunque estuviera bailando. Un Ojo se niega a aceptar las limitaciones mundanas de la razón y la coherencia.

Goblin se deslizó hasta quedar agazapado delante de mí. Sus dientecillos amarillos le castañeteaban.

—Todo preparado —murmuró—. Cuando estés listo.

—Entonces mejor que lo hagamos. Antes de que me dé un ataque de sentido común —gruñí mientras me ponía en pie. Me crujieron las rodillas. Mis músculos no querían estirarse más. Maldije. Me estaba haciendo demasiado viejo para aquella mierda, aunque con treinta y cuatro años era el benjamín de la panda.

—Moveos —dije en voz lo bastante alta para que casi todo el mundo me oyera. En esta oscuridad no se podía usar el lenguaje de signos.

Estábamos a barlovento y Goblin había hecho lo suyo. El ruido no era preocupación.

Los hombres se alejaron, la mayoría tan en silencio que me costó creer que de repente me había quedado solo excepto por mi guardaespaldas. Nosotros también nos movimos. Thai Dei me cubría la espalda. La noche no lo incomodaba. Quizá tiene ojos de gato.

Yo tenía sentimientos encontrados. Esta era la primera vez que estaba al mando de un ataque. No estaba seguro de haber dejado Dejagore lo suficientemente atrás para hacerme cargo de esto. Las sombras me asustaban y desconfiaba de cualquiera que no fuera de la Compañía por ningún motivo aparente. Pero Matasanos insistió, así que aquí estaba yo, avanzando sigilosamente por un bosque oscuro y maligno con carámbanos colgándome del culo y al mando de la primera operación puramente de la Compañía en años. Solo que no era tan puramente de la Compañía cuando se consideraba el hecho de que todos mis hombres llevaban guardaespaldas.

Superé lo de la confianza en mí mismo poniéndome en movimiento. Demonios, ya era demasiado tarde para detener nada.

Dejé de preocuparme por mí y empecé a preocuparme por cómo sería cuando hubiésemos concluido el golpe de mano. Si la fastidiábamos no podríamos echarle las culpas a una traición o al fraccionalismo y la incompetencia de los taglianos, los motivos habituales.

Alcancé la cresta de un pequeño promontorio. Tenía las manos heladas y el cuerpo mojado bajo la ropa. Al frente titilaba la luz. Los Impostores, esos cabrones con suerte, tenían una hoguera que los mantendría calientes. Me detuve para escuchar. No oí nada.

—¿Cómo sabía el Viejo que los líderes de las bandas de estranguladores iban a reunirse para este festival en particular? A veces asustaba con las cosas que sabía. Quizá se le estaba pegando algo de la Dama. Quizá tenía algún talento mágico que nunca había mencionado.

—Ahora descubriremos si a Goblin le queda algo de talento —comenté.

Thai Dei no gastó un valioso gruñido. El silencio fue suficiente respuesta.

Se suponía que allí debía de haber unos treinta o cuarenta peces gordos de los

estranguladores. Los cazamos implacablemente después de que Narayan robara la hija de Dama y Matasanos. El Viejo ha eliminado la piedad del vocabulario de la Compañía. Y eso va perfectamente con la filosofía de los Impostores, aunque me apuesto a que los tipos que hay allí delante no van a pensar así en un minuto.

Goblin seguía teniendo el talento. Los centinelas estaban dormidos. Con todo, inevitablemente, las cosas no fueron como estaba previsto.

Yo estaba a unos quince metros de la hoguera, escurriéndome por detrás de un chamizo especialmente grande y feo cuando alguien salió de allí a escape, como si todos los demonios del infierno fueran tras él. Estaba encorvado bajo el peso de un gran fardo. Ese fardo se retorció y gimoteaba.

—¡Narayan Singh! —lo reconocí al instante—. ¡Alto!

Vale, Murgén. Congélalo con el poder de tu voz.

El resto de los muchachos también le reconoció. Se alzó un grito. No podíamos creer nuestra suerte, aunque me habían avisado de que a lo mejor el premio gordo estaba aquí, a nuestro alcance. Singh era el Impostor número uno, el villano al que la Dama y el capitán querían pasar largos años matando, centímetro a centímetro.

El fardo tenía que ser su hija.

Grité las órdenes. En vez de obedecer, los hombres hicieron lo que creyeron oportuno. La mayoría fue tras Singh. El jaleo despertó al resto de los Impostores y los más rápidos trataron de huir.

Por suerte varios de los muchachos se mantuvieron en el trabajo.

—¿Tienes calor ya? —me preguntó Goblin. Yo resoplaba con ganas mientras veía cómo Thai Dei clavaba una estrecha hoja en el ojo de un estrangulador dormido. Thai Dei no rebana gargantas. No le gusta el follón.

Ya había acabado.

—¿Cuántos hemos cogido? ¿Cuántos han escapado? —Miré fijamente en la dirección en la que había huido Singh. El silencio que venía de allí no era muy prometedor. Los muchachos habrían gritado de verdad si lo hubieran capturado.

¡Maldición! Durante un rato había estado realmente excitado. Si hubiera podido llevármelo conmigo a Taglios... Si los deseos se hicieran realidad...

—Dejad algunos con vida. Necesitamos alguien que nos cuente cuentos al irnos a la cama. ¿Cómo habrá sabido tan de repente Singh que estábamos aquí?

El enano se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá su diosa lo despertó y le dijo que se fuera cagando leches.

—Venga ya. Kina no ha tenido nada que ver con esto. —Pero yo no estaba tan seguro. A veces es difícil no creer.

Thai Dei señaló.

—Cierto —dije yo—. Justo lo que yo mismo pensaba.

Un Ojo parecía intrigado. Goblin gruñó:

—¿Qué?

Mis magos. Siempre al tanto de todo.

—A veces me pregunto si podríais encontraros la churra sin un mapa. El chamizo, abueletes, el chamizo. ¿No os parece demasiado grande para un enano asesino y una niña que apenas es lo bastante alta para morderos en la rodilla? ¿Un poco grande incluso para un santo viviente y la hija de una diosa?

Un Ojo sonrió maliciosamente.

—Bueno, no ha salido nadie más, ¿no? ¿Quieres que le prenda fuego?

Antes de que yo pudiera responder, Goblin chilló. Giré sobre mis talones rápidamente. Una masa informe de oscuridad, visible solo gracias a la hoguera, salió por la puerta de la choza. En ese momento di contra el suelo, empujado por Thai Dei. Una explosión de fuego pasó sobre mi cabeza. Chisporrotearon luces. Volaron bolas de fuego por todas partes.

La oscuridad asesina adquirió el aspecto de una tela comida por las polillas. Luego se deshizo.

Aquella oscuridad era el motivo de que tantos de nosotros hubiéramos estado temblando antes del ataque. Pero habíamos ganado este asalto.

Me incorporé sentado y señalé con el dedo.

—Veamos lo que hemos conseguido. Tiene que ser interesante.

Mis chicos derribaron el chamizo. Ciertamente lo era; sacaron a media docena de hombrecillos arrugados, marrones como avellanas.

—Tejesombras. Asociados con los estranguladores. ¿Es o no es interesante?

Los viejos manifestaron al momento su voluntad de rendirse.

Ya nos habíamos cruzado antes con más de su calaña. No se les daban demasiado bien las heroicidades.

—Estos sureños se están volviendo buenos en esto de rendirse —dijo un soldado llamado Espoleta. Sonrió irónicamente—. Allí abajo tienen que estar todos practicando las útiles frases taglianas.

—Excepto Sombra Larga —les recordé—. Gracias —le dije a Thai Dei.

Él se encogió de hombros, un gesto ajeno a los nyueng bao. El mundo le tocaba ocasionalmente.

—Sahra lo habría esperado.

Y eso era muy nyueng bao. Achacaría sus actos a las expectativas de su hermana en vez de a cualquier noción de deber, obligación o incluso amistad.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer con estos tipos? —preguntó Espoleta—. ¿Nos sirven de algo?

—Coged a un par. El mayor y otro más. No has dicho cuántos han huido, Goblin.

—Tres. Contando a Singh pero no a la cría. Pero vamos a coger a uno de los tres, principalmente porque está oculto en esos arbustos de ahí.

—Cógelo. Se lo entregaré al Viejo.

—Dales un poco de autoridad y se creen mariscales de campo —dijo con sarcasmo Un Ojo—. Me acuerdo de este muchacho cuando era tan novato que todavía tenía mierda de oveja entre los dedos. No sabía para lo que servían los zapatos.

Pero no había humor en sus ojos. Observaba cada uno de mis movimientos como un halcón. Más bien como un cuervo, aunque esta noche no teníamos cuervos por aquí. Fuera cual fuese el experimento que Goblin y Un Ojo se traían entre manos en esta zona, había sido un éxito durante aquella salida.

—Tranquilízate, Murgen —sugirió Goblin—. Haremos el trabajo. ¿Qué tal si movéis el culo y echáis algún tronco al fuego?

Empezó a rodear al Impostor oculto por el lado contrario que Un Ojo.

Tenían razón. Me pongo demasiado serio bajo presión. Ya debo de tener unos mil años. Sobrevivir a Dejagore no había sido fácil, pero el resto de los muchachos también había pasado por aquello. Habían visto las masacres de inocentes de Mogaba. Habían sufrido las pestes y plagas. Habían presenciado el canibalismo y los sacrificios humanos, las intrigas y traiciones. Y habían salido de allí sin dejar que las pesadillas los gobernaran.

Tengo que coger la sartén por el mango. Tengo que conseguir algo de distanciamiento emocional y de perspectiva. Pero hay algo dentro de mí que está más allá de mi control y de mi entendimiento. A veces siento como si hubiera varios yoes aquí dentro, todos mezclados y a veces sentados detrás del yo real, siempre observando. Puede que no haya posibilidades de que recupere por completo la cordura y la estabilidad.

Goblin volvió trotando. Un Ojo y él acompañaban a un hombre que era todo pellejo y huesos. Últimamente hay pocos Impostores en forma. No tienen amigos en ninguna parte. Los cazan como alimañas. Cargan con enormes recompensas por sus cabezas.

Goblin me dedicó su sonrisa de sapo.

—Hemos conseguido un hombre de la mano roja, Murgen. Un genuino pañoleta negra con la palma roja. ¿Qué opinas de eso?

Aquella idea alivió un poco mi corazón. El prisionero era ciertamente un pez gordo de los estranguladores. La mano roja significaba que había estado allí cuando Narayan Singh hizo creer a la Dama que la estaban iniciando en el culto de los estranguladores, cuando realmente los Impostores estaban consagrando a su hija nonata como hija de su diosa Kina.

Pero la Dama había obrado un truco de su propia cosecha, y había marcado a cada uno de los estranguladores presentes con la mano roja que no podía negarse. Nada que intentaran podía eliminar el color, salvo la amputación. Y un estrangulador

manco no podía manejar la pañoleta, el pañuelo de estrangular que era la herramienta ritual de los Impostores.

—El Viejo estará complacido. —Un mano roja sabría lo que se cocía en el culto.

Me acerqué al fuego. Thai Dei, que había acabado de ayudar a eliminar los tejesombras sobrantes, se colocó a mi lado. ¿Cuánto lo había cambiado Dejagore? No podía imaginármelo siendo otra cosa que torvo, taciturno, despiadado e implacable, incluso cuando niño pequeño.

Me di cuenta de que Goblin estaba haciendo eso que hacía tanto últimamente de observarme por el rabillo del ojo mientras fingía hacer otra cosa. ¿Qué buscarían Un Ojo y él?

El enano alargó las manos.

—El fuego está bien.

Capítulo 15

La paranoia se ha convertido en nuestra forma de vida. Nos hemos transformado en los nuevos nyueng bao. No confiamos en nadie. No dejamos que nadie ajeno a la Compañía Negra sepa lo que estamos haciendo hasta estar seguros de cuál será la respuesta. En particular preferimos mantener muy, pero que muy a oscuras al prahbrindrah Drah y a su hermana, la radisha Drah, nuestros patronos.

No se puede confiar en ellos para nada, salvo para que miren por sus propios intereses inmediatos.

Metí de tapadillo a mis prisioneros en la ciudad y los oculté en un almacén junto al río, un depósito de pescado muy peculiar de unos shadar amigos de la Compañía. Mis hombres se dispersaron para ir con sus familias o a algún sitio en el que pudieran beber cerveza. Yo estaba satisfecho. Con una rápida y brutal puñalada habíamos diezmado el liderazgo superviviente de los impostores. Casi habíamos cogido a ese demonio de Narayan Singh. Estuve a tiro de escupitajo de la niña de Matasanos. Con toda honradez tengo que decir que parecía bien.

Thai Dei hizo arrodillarse a los prisioneros. Arrugó la nariz.

—Tienes razón —admití—. Pero este sitio no huele ni la mitad de mal que tu pantano. —Taglios reclama la soberanía sobre el pantano, pero los nyueng bao no están de acuerdo.

Thai Dei gruñó. Aceptaba las bromas igual que cualquiera.

No parece gran cosa. Es unos treinta centímetros más bajo que yo. Yo peso cuarenta kilos más que él. Y soy mucho más guapo. Tiene el pelo negro cortado toscamente y despeinado, formando picos que le sobresalen. Escuchimizado, chupado de cara, taciturno y malhumorado, Thai Dei es absolutamente poco atractivo. Pero hace su trabajo.

Un comerciante de pescado shadar nos trajo al capitán. Matasanos estaba envejeciendo. Vamos a tener que llamarlo jefe o *capí*, o algo. No se puede llamar al capitán "el Viejo" cuando se está haciendo viejo realmente, ¿no?

Iba vestido como un jinete shadar, todo turbante, barba y ropa gris sin adornos. Miró con frialdad a Thai Dei. Él no tenía un guardaespaldas nyueng bao. Le asqueaba la idea, a pesar de tener que disfrazarse cada vez que tenía que salir solo a la calle. Los guardaespaldas no son tradicionales. Matasanos es tozudo cuando se trata de las tradiciones de la Compañía.

Demonios, todos los oficiales de los Maestros de las Sombras emplean guardaespaldas. Algunos incluso tienen varios. No podrían sobrevivir sin ellos.

Thai Dei asumió impasiblemente la mirada de Matasanos, nada impresionado por la presencia del gran dictador. Podría haber dicho: «él es un hombre. Yo soy un hombre. Empezamos igualados».

Matasanos examinó mi botín.

—Cuéntamelo.

Se lo conté.

—Pero se me escapó Narayan. Estuve así de cerca. Ese bastardo tiene un ángel de la guarda. No había forma de que escapara del conjuro de sueño de Goblin. Lo perseguimos durante dos días, pero ni siquiera Goblin y Un Ojo pueden seguir un rastro eternamente.

—Tuvo ayuda. Quizá de su demonio de la guarda. Quizá también de su nuevo compadre el Maestro de las Sombras.

—¿Cómo es que volvieron a la arboleda? ¿Cómo sabías que estarían allí?

Pensé que me iba decir que se lo había contado un pajarito grande y negro.

Últimamente son menos numerosos, pero los cuervos todavía lo siguen a todas partes. Habla con ellos. Y a veces ellos hablan con él. O eso dice.

—Tenían que venir algún día, Murgén. Son esclavos de su religión.

—¿Pero por qué este Festival de las Luces en particular? ¿Cómo lo supiste?

No insistí. A Matasanos no se le insiste. Con la vejez se ha vuelto gruñón y reservado. En sus propios Anales no siempre decía toda la verdad acerca de sus cosas particulares, en especial la edad.

Pateó al tejesombra.

—Uno de los brujos de medio pelo que Sombra Larga usa de mascotas. No pensaba que le quedasen suficientes como para desperdiciarlos.

—No creo que esperara que los pilláramos.

Matasanos trató de sonreír. El resultado fue una mueca maliciosa y sarcástica.

—Y más sorpresas que le esperan. —Pateó al Impostor—. No los escondamos. Llevémoslos a palacio. ¿Qué te pasa?

El hielo había recorrido mi espalda súbitamente, como si hubiera vuelto al exterior, al viento de la Arboleda de la Condena. No sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento.

—No sé. Tú eres el jefe. ¿Quieres algo especial en los Anales?

—Ahora tú eres el cronista, Murgén. Escribe lo que tengas que escribir. Yo siempre puedo quejarme. —Poco probable. Yo se lo envío todo pero dudo que se lea demasiado—. ¿Algo especial en esta incursión?

—Más frío que el culo de un cavador de pozos.

—Y ese saco de excrementos de camello andante de Narayan Singh se nos ha vuelto a escapar. Eso es lo que tienes que escribir. El y los suyos van a volver a entrar en nuestra historia antes de que acabemos. Cuando los estemos asando, espero. ¿La viste? ¿Estaba bien?

—Lo único que vi fue un bulto que llevaba Singh. Creo que era ella.

—Tenía que ser. Nunca la pierdes de vista. —Fingía que no le importaba—.

Tráelos a palacio. —El escalofrío volvió a golpearme—. Me aseguraré de que los guardias sepan que vienes de camino.

Thai Dei y yo intercambiamos miradas. La cosa podía ponerse fea. La gente en las calles reconocería a los prisioneros. Y los prisioneros puede que tuvieran amigos, pero lo seguro es que tenían enemigos a millares. Quizá no sobrevivieran al viaje. O puede que no sobreviviéramos nosotros.

—Dile a tu esposa que le mando recuerdos y que espero que le guste el nuevo alojamiento —dijo el Viejo.

—Por supuesto. —Me estremecí. Thai Dei me miró con el ceño fruncido.

Matasanos sacó varios papeles enrollados haciendo un tubo.

—Llegaron de parte de la Dama mientras estabas fuera. Son para los Anales.

—Alguien se habrá muerto.

Él sonrió ampliamente.

—Amóldalo y encájalo donde puedas. Pero no lo pulas demasiado, no sea que vuelva a indignarse. Odio cuando me despelleja con mis mismos argumentos.

—Ya aprendí la primera vez.

—Un Ojo dice que cree saber dónde dejó los papeles de cuando pensó que le iba a tocar hacerse cargo de los Anales.

—Ya he oído eso antes.

Matasanos volvió a sonreír ampliamente y salió.

Capítulo 16

Cuatrocientos hombres y cinco elefantes iban y venían alrededor de una empalizada incompleta. El puesto amigo más próximo se encontraba a medio día de marcha al norte. Las palas roían la tierra. Los martillos golpeaban. Los elefantes bajaban los troncos de los carros y ayudaban a colocarlos erguidos. Solo los bueyes estaban parados, holgazaneando en sus yugos.

Esta avanzadilla sin nombre apenas tenía un día de existencia. Era el punto más nuevo en el incansable y sistemático avance tagliano hacia el interior de las Tierras de las Sombras. Solo la atalaya estaba completa. El centinela rastrea el horizonte atentamente. Había una premura eléctrica en el aire, una pesadez como el olor de la muerte añeja, una premonición.

Todos los soldados eran veteranos. Ninguno siquiera consideraba dejarse llevar por el nerviosismo. Todos habían desarrollado la costumbre de esperar la victoria.

El centinela empezó a mirar fijamente.

—¡Capitán!

Un hombre que se distinguía de los demás por el color de su piel soltó la pala y levantó la mirada. Su verdadero nombre era Cato Dahlia. En la Compañía Negra se le llamaba Cangilón. Buscado por robo en su ciudad natal, se había convertido en asesor y comandante de un batallón de tropas fronterizas taglianas. Era un líder duro con fama de hacer el trabajo y llevar a su gente de vuelta a casa viva.

Cangilón subió hasta la plataforma de observación, resoplando.

—¿Qué tienes?

El centinela señaló, Cangilón forzó la vista.

—Ayúdame, hijo. Estos ojos ya no son lo que eran. —No lograba ver nada salvo el jorobado lomo de las colinas de Loghra. Sobre ellas colgaban nubarrones dispersos.

—Mire.

Cangilón confiaba en sus soldados. Los había seleccionado cuidadosamente. Observó.

Había una pequeña nube que flotaba más baja que las demás y que arrastraba tras de sí una estela de sombras. Este solitario nubarrón no iba en la misma dirección que el resto de su familia.

—¿Viene directo hacia nosotros?

—Eso parece, señor.

Cangilón confiaba en su intuición. Le había servido bien durante esta guerra sin batallas de importancia. Y su intuición le decía que aquella nube era peligrosa.

Bajó e hizo correr la voz de que esperaran un ataque. Los hombres de la compañía de construcciones se negaron a retirarse, aunque no eran tropas de

combate. A veces la reputación de Cangilón jugaba en su contra. Sus tropas habían prosperado con el botín de las incursiones fronterizas. Los otros querían su parte.

Cangilón llegó a un compromiso. Envío un pelotón al norte con los animales, que eran demasiado valiosos para arriesgarlos. Los demás trabajadores se quedaron. Volcaron sus carromatos para tapar los huecos de la empalizada.

La nube avanzaba inexorablemente. No podía verse nada en el interior de su sombra y del rastro de lluvia que iba dejando. Ante ella avanzaba un frente gélido. Los soldados taglianos temblaban y trotaban arriba y abajo para mantenerse calientes.

Doscientos metros por delante del foso, equipos de dos hombres temblaban en agujeros cubiertos y ocultos, iluminados por velas especiales. Un hombre montaba guardia.

La lluvia y la oscuridad llegaron. Después de una profundidad de unos pocos metros de chaparrón, la lluvia perdía intensidad hasta convertirse en una llovizna. Aparecieron hombres. Parecían viejos y tristes, macilentos y pálidos, vacíos y desesperanzados, apretujados contra el frío. Parecía como si hubieran pasado todas sus vidas bajo la lluvia. Empuñaban sus armas mohosas sin ánimo alguno. Muy bien podían haber sido un ejército levantado de entre los muertos.

Su línea pasó sobre los pozos. Tras ellos vinieron jinetes con el mismo aspecto, que avanzaban como zombis. Luego vino la masa de infantería, y finalmente los elefantes.

Los hombres de los pozos vieron a los elefantes. Usaron ballestas para dispararles flechas envenenadas. Los elefantes no llevaban armadura en el vientre. El veneno les causaba un intenso dolor. Las bestias enloquecidas pisoteaban sus propias formaciones. Los sureños no tenían ni idea de lo que había enfurecido a los animales.

Pequeñas sombras localizaron los pozos. Intentaron filtrarse al interior. La luz de las velas las hizo retroceder. Dejaron tras ellas un frío más intenso y el hedor a muerte.

Las sombras encontraron un pozo donde la lluvia había apagado la vela. Dejaron muerte entre chillidos y espasmos en una tumba ya cavada.

La Dama se encontró con los trabajadores que se dirigían al norte. Los interrogó y estudió la nube que se veía en lontananza.

—Puede que esto sea lo que estamos buscando —les dijo a sus acompañantes—. ¡Adelante! —Espoleó a su caballo al galope. Criado en unos establos hechizados cuando ella era emperatriz del norte, el gigantesco caballo negro pronto aventajó al resto del grupo.

La Dama fue estudiando la nube mientras galopaba. Se había informado de nubes similares en tres puntos donde compañías de tropas fronterizas habían sido arrolladas. Eso era exactamente lo que ella había venido a investigar.

Solo tardó unos minutos en descubrir cómo se llevaban a cabo las incursiones.

Mucho antes de que los Maestros de las Sombras se retiraran de esta región, habían dejado ocultas líneas telúricas de poder oscuro. Los atacantes estaban siendo controlados a través de ellas. Lucharían sin voluntad propia mientras el control se mantuviera.

Ella podía interrumpir aquellas líneas ahora que las percibía, pero decidió no hacerlo. Que siguiera el ataque. Esto le estaba resultando más costoso a los sureños que a Taglios.

Sombra Larga tenía que darse cuenta de aquello. ¿Por qué daría por bueno el intercambio?

Entró en el campamento de las tropas fronterizas saltando con el caballo uno de los carromatos volcados. Desmontó mientras un asombrado Cangilón se le acercaba. Parecía un hombre condenado al que indultan en el último momento.

—Es el Aullador, creo —dijo.

—¿Por qué? —La Dama sacó la impedimenta de detrás de la silla de montar y empezó a cambiarse allí mismo—. ¿Qué espera conseguir?

—Creo que lo que importa no es lo que hacen, sino a quién se lo hacen, teniente. —Aunque tuviera ejércitos bajo su mando, el título de ella dentro de la Compañía seguía siendo teniente.

—¿A quién se lo están haciendo? ¡Sí! Por supuesto. —Cada unidad perdida había estado mandada por hombres de la Compañía. Habían caído siete hermanos—. Vienen a por nosotros. —La creencia de que la Compañía era invencible era la piedra angular de la moral de combate tagliana, y la bestia negra de sus politiqueos—. Muy astuto. Tiene que ser idea del Aullador. Le encantan estos trucos.

Cangilón la ayudó con la armadura. Tenía una ornamentación gótica y era negra y brillante, demasiado bonita como para ser de mucha utilidad en el cuerpo a cuerpo. Pero el trabajo de ella era combatir la hechicería, no a los soldados. La armadura estaba revestida con una capa tras otra de conjuros protectores.

Al tiempo que se ponía el casco empezó a llover. Hilos de fuego comenzaron a recorrer las acanaladuras de la superficie de la armadura. Siguió a Cangilón hasta la atalaya.

La lluvia cayó rugiendo. Los sonidos del combate se fueron haciendo más fuertes, más cercanos. La Dama los ignoró y proyectó sus sentidos mágicos en busca del hechicero conocido como el Aullador. Aquel ser antiguo y maligno no traicionó su presencia, pero tenía que estar allí afuera. Podía olerlo.

¿Era posible que hubiera aprendido a controlar sus alaridos?

—Ya te cogeré, pequeño bastardo. Entre tanto...

Alargó las manos hacia abajo. Se formó una niebla que se hizo más densa, se deslizó entre las gotas de agua y fue ganado color. Tonos pastel se arremolinaron, se hicieron intensos, se oscurecieron. Pronto la tormenta entera brillaba como si un

artista la hubiera salpicado de acuarelas.

Se produjeron alaridos dentro de la tormenta.

El tiempo atmosférico dejó de moverse. Los chillidos de los soldados perdidos alcanzaron su cénit y empezaron a desvanecerse. Las líneas telúricas del Maestro de las Sombras, retorcidas y cambiadas, se habían vuelto letales.

La Dama reanudó la búsqueda del Aullador. Lo descubrió volando rumbo sur, volando bajo y tímidamente, huyendo de la muerte de colores pastel que había empezado a abrirse paso a lo largo de las líneas telúricas. Le lanzó un rápido conjuro mortal. Falló. El Aullador llevaba demasiada ventaja. Pero abandonó el sigilo para salir a escape. La Dama maldijo frustrada como un soldado de línea cualquiera.

La lluvia cesó. Los supervivientes taglianos aparecieron de uno en uno, al principio pasmados por la carnicería, luego quejándose por las tumbas que habría que cavar. Se encontraron pocos supervivientes sureños.

—Diles que miren el lado positivo —le dijo la Dama a Cangilón—: habrá dinero de recompensa por los animales capturados. —Los animales de los sureños, exceptuando a los elefantes, no habían sufrido demasiado. La Dama miró furiosamente al sur, implacable—. La próxima vez será, viejo amigo.

Capítulo 17

... cayendo... de nuevo...

Tratando de resistir. Tan cansado. Cuando me canso, el presente se vuelve escurridizo.

Fragmentos.

No siquiera fragmentos del hoy.

El pasado. No hace mucho.

Me quedo congelado. Fracaso a la hora de atrapar al gran villano Narayan.

La Dama juega allá al sur.

Hedor de pescado.

El hombre que duerme. El Impostor que grita. Hombres muertos.

Solo recuerdos, pero más felices que esta noche. Demasiado dolor aquí.

Es mi apocalipsis.

Me escurro.

No puedo impedir que se me cierren los ojos. La llamada es condenadamente poderosa.

Los pilares podrían confundirse con reliquias de una ciudad caída. No lo son. Son demasiado pocos y están colocados demasiado al azar. Y nunca se ha caído ninguno, aunque los dientes del voraz viento han roído profundamente muchos.

En el destello del relámpago, o en los amaneceres y las puestas de sol cuando la luz se escapa por los bordes del cielo, diminutos personajes dorados resplandecen en la cara de Las columnas.

En cierto sentido es la inmortalidad.

Tras la caída de la noche, el viento muere. Tras la caída de la noche, el silencio gobierna la piedra reluciente.

Capítulo 18

... deslizándome...

Un enorme remolino tira de mí.

Quizá una fuerza me empuja. ¿Era una falsa promesa del fin del dolor?

No puedo resistirme.

Todo mentiras. Interminables mentiras.

Páginas chamuscadas, páginas desgarradas acartonadas por la sangre seca.

Agonía. Duro de capear, este temporal.

Capítulo 19

¡Ahí estás! ¿Te habías perdido? Bienvenido de nuevo. ¡Ven! ¡Ven! La gran aventura está a punto de comenzar. Los jugadores están en su sitio. Se le ha dado cuerda a las máquinas. Los hechizos están aprestados y listos, en cantidades astronómicas. Vaya si va a ser una gran noche de destrucción.

¡Mira allí! Mira allí. ¿Los recuerdas? ¿Goblin y Un Ojo, los magos? Pero ¿son realmente ellos? Hay otros dos idénticos justo allí.

Y mira esto. Y aquello. Y allí. Uno, dos, tres Murgen.

No. Definitivamente no. No se les pueden dar lecciones a esos dos. Llevan en el negocio del engaño desde que la abuela de tu tatarabuela era una apestosa sorpresita para tu requetetatarabuelo. Han dispuesto ilusiones por toda esta parte de la ciudad. Si eres un soldado de los Maestros de las Sombras no sabrás distinguir las ilusiones de la realidad hasta que una de ellas te clave un cuchillo.

¡Mira allí! Cuervo y Silencioso. Se fueron hace años. Y allí. Ese es el antiguo capitán, que lleva muerto desde Enebro. No. No asustarán con su reputación a ningún soldado de las Tierras de las Sombras. De momento no. Los sureños nunca han oído hablar de ellos.

¿Qué?

Tienes razón. Tienes toda la razón. Nadie de los de aquí excepto Otto y Lamprea los conoce tampoco. Pero eso no importa. Lo que importa es que se los puede ver y prácticamente nadie podrá distinguir cuáles son peligrosos y cuáles son ilusiones.

Esta es una primera prueba. Un gran experimento que estaban reservando para la noche del gran ataque de Conjura Sombras.

Sí. Sí. No hace tanto que atacó bien fuerte. Pero realmente no iba a por todas. Podría haberlo hecho, pero aquello era realmente un reconocimiento en fuerza destinado a preparar este ataque.

Va a ser un gran espectáculo.

Oh, no. No hay ni un solo fantasma en ningún otro sitio de Dejagore. Mogaba no lo toleraría. No le parece que las ilusiones sean un arma. No tiene ni idea de cómo funcionaba realmente la Compañía. Se aferra a su grandiosa noción de la guerra caballeresca, el gran juego mortal, todo honor y reglas establecidas. Habría decidido este asunto con un duelo singular entre él y cualquier campeón que los Maestros de las Sombras se decidieran a enviar.

¡Anda! ¡Mira! Eso es interesante. Ese bicharraco feo es el Perro Matasapos. Era un perro infernal y realmente malo. ¡Y el renco! Oh, sí. Brillante. Si el hombre que hay detrás de la máscara de Conjura Sombras es alguien con quien la Compañía se haya enfrentado antes, esas ilusiones son provocaciones que lo pondrán a prueba. Se traicionará.

No, por supuesto que los Maestros de las Sombras no arriesgarían todo un reino al resultado de una lucha entre dos hombres. Su campeón podría perder.

Sí. Mogaba es ingenuo acerca de algunas cosas. Y también es un general arrogante, cruel y antipático.

Oooh. Escucha esas trompetas. La Compañía tiene su grupo particular de tipejos malvados ahí abajo. Vayamos al parapeto y observemos de cerca.

No. Na son demasiado inteligentes. Bueno, se podría decir que si fueran inteligentes, para empezar no estarían en ese ejército, pero no sería justo. No es que muchos de esos tipos hayan tenido elección a la hora de alistarse. Su única motivación real es el miedo a los Maestros de las Sombras.

Seguro. Sin discusión. Eso no los hace menos mortales. Infiernos, puede caer una roca del cielo y matarte.

Sí. Definitivamente esta es la gorda. Conjura Sombras va a enviar a todos sus hombres. Y quizá vengan sombras desde Atalaya para ayudar.

¡Murciélagos! Ja. Y cuervos. ¿Quién persigue a quién? ¡Plato! Casi te da. Están en todas partes. Nunca antes había habido tantos.

¿Qué es ese jaleo? Oh. Cangilón grita a uno de los Murgen que se cubra detrás de algo porque no quiere cargar cuerpos por las malditas escaleras abajo.

Y aquí llega la primera andanada. Y si ese jaleo al otro lado de la ciudad significa algo, los sureños están atacando con fuerza más o menos por donde están estacionadas la tercera y la cuarta cohorte de la primera legión. Son buenos regimientos. Plantarán cara.

Capítulo 20

Igualito que una granizada, ¿no? Le hace a uno preguntarse de dónde han sacado tantas malditas flechas y jabalinas para sus máquinas de asedio. Tú quédate debajo del mantelete y estarás bien. No se les da bien el tiro parabólico contra blancos elevados.

Si dejan de disparar antes de atacar, los jaicuri saldrán, recogerán los proyectiles y se los traerán a los soldados. Se los devolveremos a los sureños con la parte que pincha por delante.

No, a los jaicuri no les gusta Mogaba. Y tampoco les gustan los taglianos ni la Compañía Negra. Les gustaría que toda la panda se fuera. Pero tienen cierto mal presentimiento acerca de lo que sucederá si Conjura Sombras recaptura la ciudad. Así que más o menos tratan de ayudar, pero no demasiado. Todavía no.

Ayudan un poco, pensando que quizás así sea menos probable que Mogaba los eche a patadas la próxima vez que se ponga de malas.

¿El cielo? Tan oscuro como el interior del corazón de un sacerdote, ¿no? Vaya. Sí. Tienes razón. No es una noche de buenos presagios. Nunca lo es cuando atacan sin el beneficio de la luna llena. Entonces es seguro que es obra del diablo. Suele querer decir que los Maestros de las Sombras quieren la oscuridad para sacar el máximo provecho de sus mascotas. O quieren que todo el mundo esté aterrorizado por las sombras que podrían venir.

¡Míralos cómo corretean! Esta noche esos jaicuri están motivados. Si se implican de verdad en la lucha la cosa podría estar más ajustada de lo que esperan Mogaba o Conjura Sombras.

¡Anda! ¿Qué ha sido eso?

Mira. ¿Qué demonios es? Esa luz rosada que hay sobre las colinas.

Aquí vienen. Van a hacer su intento de quebrar a la Compañía.

¿No lo crees? Quizá tengas razón. Esto podría ser para mantener a la Compañía ocupada mientras Sombras se concentra en un punto más blando.

Pero míralos ahí abajo. Como gusanos. Y sin fuego de cobertura.

Tienes razón, las máquinas de asedio se estarán desplazando ahora para apoyar el ataque principal.

Mira aquella luz. Cada vez es más brillante. No. Ahora se aleja. Y no parece que nadie más se haya dado cuenta. Esto es un poco raro.

Ah. Pues sí. Habrá sido algún tipo de señal para los oficiales del Maestro de las Sombras. Y ahora que lo dices, el jaleo es cada vez más fuerte.

No, a mí tampoco me gusta cómo suena. El ataque se ha generalizado.

¡Hey! ¡Mira por allí! Ahora lo tenemos allí también. ¿Qué? La luz. ¿No la ves? Allí, al otro lado del parapeto.

Sí. Lo veo. Vuelves a tener razón. Es diferente. Es como la luz fría de la luna llena teñida con un poco de azul, ¿no? Y también hay un poco de neblina. Como si la estuviéramos viendo a través de la bruma de otoño. Mira. Ahora es tan brillante que podemos distinguir la lucha en la muralla.

Exacto. Lucha. Eso quiere decir que ya tienen una cabeza de puente allí. Y Mogaba no tiene reservas que enviar.

Supongo que podemos agacharnos y darles a nuestros culos un beso de despedida.

Capítulo 21

¡Maldición! Ya va a empezar a volar la mierda y acabo de darme cuenta de que, cuando he empezado a redactar estas notas, me he saltado la famosa fórmula que Matasanos siempre usaba para abrir un nuevo volumen, así que ahí va:

En aquellos días la Compañía se encontraba al servicio del prahbrindrah Drah de Taglios, un príncipe cuyos dominios abarcaban territorios más vastos que muchos imperios. Participábamos en la ocupación y protección de la recientemente capturada ciudad de Dejagore.

Y ojalá el principito y la arpía de su hermana se ahoguen con nuestro recuerdo.

Capítulo 22

La tormenta de mierda se nos vino encima. Todos los hombres que defendían nuestra sección de muro se mantuvieron ocupados devolviéndolas a los sureños toda la que pudieron. Los dobles ilusorios también aparentaban trabajar duro. Era divertido cómo podían ir de un lado para otro sin resultar heridos.

—¡Un Ojo! ¡Goblin! —grité—. ¿Dónde demonios estáis, atontados? ¿Qué narices está pasando allí? —Observé cómo una flecha casi sin fuerza atravesaba lentamente a un Murgen que había a unos doce metros—. ¿Qué es esa luz tan rara? —Fuera lo que fuese, me daba la sensación de que las cosas todavía podían ponerse peor de lo que estaban.

No obtuve respuesta alguna de mis magos favoritos.

—Rubro, tira una bola de fuego ahí afuera. Veamos qué pasa a nuestros alrededor. —Hasta ahora, mis magos cada vez menos favoritos habían proporcionado iluminación puntual—. ¡Cangilón! ¿Dónde demonios están Goblin y Un Ojo?

Hace diez minutos tenía tres pares aquí mismo, todos ellos discutiendo. Ahora habían desaparecido y allí abajo la gente del Maestro de las Sombras estaba callada como ratones.

Rubro les gritó a Loftus y Cletus. Uno de sus ingenios retumbó. Una bola en llamas salió hacia fuera en trayectoria parabólica; su único objetivo era revelar lo que el enemigo estaba haciendo en la oscuridad.

—Los veo escaleras abajo —gritó Destellos.

Joder.

—¿Por qué? —Ciertamente este no era momento para irse por ahí.

—Esto... Van a hablar con Primhi y algunos tipos de la brigada de caballería.

Sacudí la cabeza. Los iba a estrangular yo mismo. En medio de una condenada batalla...

La bola de fuego reveló que los sureños se habían retirado de la muralla. Usar nuestros proyectiles era desperdiciarlos. Los sureños estaban disponiendo unas maquinarias capaces de lanzar cuerdas con arpeos en masa. Esa era una forma estúpida de enfrentarse a una muralla de casi treinta metros, mota incluida, con soldados veteranos encima, pero si querían jugar así no íbamos a hacerles el feo. Confiaba en que, independientemente de las cuerdas que arrojaran, nosotros podríamos cortarlas o soltarlas antes de que lograran trepar tan alto y, con los pulmones a punto de salirseles por la boca y los brazos demasiado pesados para levantarlos, se pusieran a defender su cabeza de puente mientras otros tipos igual de cortos de luces hacían la misma subida cargando con media tonelada de equipo cada uno.

—¡Goblin! —Maldición, quería saber qué era aquella luz.

Por allí los soldados del Maestro de las Sombras no habían escalado la muralla. Habían atacado por rampas de tierra prensada. No era algo sorprendente. Habían estado construyendo las rampas desde el principio. Era una obra de asedio básica, empleada desde el principio de los tiempos y una de las razones por las que, en la actualidad, el príncipe cuidadoso construía su castillo sobre un peñasco, un cabo o una isla. Naturalmente, el sitiador salva los últimos cuatro o cinco metros con un puente que pueda derribar si se produce un contraataque peligroso.

La bola de llamas se estrelló a cuatrocientos metros de distancia. Siguió proporcionando iluminación hasta que los sureños la enterraron con una arena que originalmente estaba destinada a extinguir bombas ígneas si las usábamos.

—¡Un Ojo! ¡Me voy a comer tus arrugadas pelotas como desayuno! —gruñí—. ¡Cletus, sigue arrojándoles bolas de fuego! ¿Quién está de mensajero? ¿Pies? Ve a buscar a Goblin y Un Ojo... No importa, uno de esos enanos tarados acaba de aparecer.

—¿Me llamabais, milord? —dijo Un Ojo.

—¿Estás sobrio? ¿Estás listo para ponerte al trabajo? —Miró fijamente la desagradable luz que se veía al otro lado de la ciudad sin que yo se lo dijera—. ¿Qué es eso? —pregunté. La luz parecía más siniestra.

Un Ojo levantó la mano.

—¿Por qué no empleas esta oportunidad para ejercitar el talento que tienes menos desarrollado, Cachorro?

—¿Qué?

—Que tengas paciencia, tonto del culo.

La niebla, o bruma, o polvareda se hizo más densa. La luz incrementó su brillo. Ninguno de ambos hechos me hizo ganar confianza.

—Hablame, viejo. No es momento para ninguna de tus mierdas.

—Esa bruma no es niebla, Murgen. La luz no la está atravesando. La niebla está generando la luz.

Y la bruma y la luz flotaban en dirección a la ciudad.

—Y una mierda. Se puede ver que allí hay una luz en su campamento.

—Eso es otra cosa. Están pasando dos cosas a la vez.

—Tres cosas, retrasado mental. —Había llegado Goblin; su aliento olía a cerveza y otras cosas. Presumiblemente todo iba bien en la destilería clandestina, los trapicheos con la caballería estaban seguros y Un Ojo y él podían tomarse el tiempo de ayudar a la Compañía Negra a defender Dejagore.

Que el cielo los ayudara si Mogaba descubría lo que estaban haciendo con el grano que supuestamente estaba reservado para los caballos. Nada podría salvarles el culo... y no es que yo fuera a intentarlo.

—¿Qué? —ladró Un Ojo—. Murgen, este hombre es una provocación andante.

—Mira, atontado —respondió Goblin—. Ya está sucediendo.

Un Ojo gimió, repentinamente asombrado y luego asustado. Ignorante en las artes oscuras, a mí me costó más darme cuenta.

Unas sombras serpenteaban dentro de la resplandeciente nube de polvo, cosas delgadas, poco más que insinuaciones pero con algo que las recorría de arriba abajo. Pensé a la vez en la lanzadera de un telar y en arañas. Fuera telaraña o red, algo se estaba formando dentro de aquella luminosa polvareda.

Lo llaman Conjura Sombras.

La nube refulgente se hizo más grande y más brillante. La telaraña creció con ella.

—Mierda —masculló Goblin—. ¿Y ahora qué hacemos con esto?

—¡Eso es exactamente lo que llevo cinco minutos tratando de sacaros, par de payasos! —bramé.

—¡Vale!

—¡Quizá puedas prestar algo de atención aquí si no puedes hacer nada con eso! —gritó Cangilón—. Murgen, esos estúpidos han lanzado tantas cuerdas que no podemos... ¡Mierda!

Otra andanada de arpeos cayó entre nosotros. En cuestión de instantes evidenciaron la tensión que indicaba que algún retrasado mental estaba tratando de trepar por ellos.

Ahí se acabó mi creencia de que no había posibilidades de que los sureños escalaran mi muralla.

Los chicos se esforzaban con cuchillos, espadas y hachas. La gente imaginaria estaba por allí con aspecto feroz. Oí a un hombre quejarse de que si tuviera medio cerebro habría afilado sus cuchillos.

—Si mantuvieras la churra dentro de los pantalones más tiempo, habrías podido.

Algunas mujeres jaicuri, como era natural, inevitablemente hacían lo necesario para sobrevivir.

Yo hacía mi parte cortando cuerdas, pero de vez en cuando me daba la vuelta para ver cómo iba la luz y las telarañas que se estaban formando en su interior.

Goblin aulló cuando una flecha sin apenas fuerza lo rozó. El corte en la mejilla era insignificante. Para cuando las flechas llegaban hasta nosotros apenas tenían fuerza. Se había ofendido porque el destino se había atrevido a mostrarle el dorso de la mano.

Se puso a bailar. Las palabras de poder se derramaron de su boca en colores pastel. Movié los brazos. Soltó espumarajos por la boca. Saltó arriba y abajo, chillo, aleteó con los brazos.

Sus dobles hicieron todos lo mismo. Fue un gran espectáculo.

Con toda probabilidad la gimnasia y los berridos no tenían nada que ver con el

resultado esperado, pero a mí no me importa la teatralidad mientras funcione. Matasanos tenía razón. El espectáculo es la parte principal del juego.

Todo el cáñamo en un radio de trescientos metros salió ardiendo. Aquello fue un acontecimiento feliz por lo que respectaba a nuestra relación con los atacantes, pero tampoco es que fuera a arrancar gritos de alegría del resto de la gente. Las obras defensivas temporales empezaron a desplomarse. Nuestras piezas de artillería soltaron fogonazos y murieron. Precisaban mucha cuerda. Alguna gente usa cuerdas a modo de cinturón. Algunos llevan sandalias de esparto. El cáñamo es un material muy común en todas partes. Algunos imbéciles como Un Ojo incluso se lo fuman.

—¡Maldito seas, Goblin —bramó Cletus—, te voy a trinchar el culo para hacer comida para gatos!

El resto de nosotros se subió los pantalones y empezó a divertirse tirando trozos de sillar sacados de nuestros sótanos sobre el enredo de miembros que se retorció y maldecía al pie de la muralla.

Un Ojo ignoró todo eso, aunque empleó un momento en sonreír irónicamente ante los efectos secundarios que avergonzaban a Goblin. Luego empezó a mirar fijamente el resplandor que surgía del campamento enemigo. Y empezó a tartamudear.

—Vamos, mamarracho —gruñí—. Llevas eones jugando con estas cosas. ¿Qué tenemos aquí?

No es que yo quisiera saberlo. La telaraña de sombras que se había tejido dentro de la luz era ya evidente para todo el que no estuviera ciego.

—Quizá deberíamos irnos derechos al sótano —sugirió Un Ojo—. Te prometo que ni el enano ni yo tenemos nada que ver con esto. Me apuesto que hasta a Sombra Larga se le saldrían los ojos de las órbitas si estuviera aquí para verlo. El tipo le ha echado un montón de trabajo para prepararlo. Dentro de nada la cosa se va a poner muy poco saludable por aquí.

Goblin estuvo de acuerdo sin invertir siquiera una cuarta parte del tiempo de estudio.

—Si sellamos las puertas y usamos las velas blancas quizá podamos aguantar hasta el amanecer.

—¿Entonces es algún tipo de magia de las sombras?

—Y vaya tipo —asintió Goblin—. No me pidas que la mire muy de cerca, no quiero llamar su atención.

—No quieran los cielos que tengas que asumir algún riesgo. ¿Puede darme alguno de vosotros una sugerencia más práctica?

—¿Más práctica? —soltó Un Ojo.

—Tenemos una batalla entre manos.

—Podríamos retirarnos del negocio de la milicia —dijo Goblin—. O podríamos rendirnos. U ofrecernos a cambiar de bando.

—Quizá podríamos ofrecer a un mediometro como sacrificio humano a uno de los sanguinarios dioses del Fenómeno y el Grotesco.

—¿Sabes qué es lo que realmente echo de menos de Matasanos, Murgén?

—Estoy seguro de que vas a decírmelo quiera escucharlo o no.

—Y tienes toda la razón. Echo de menos su sentido del humor.

—¡Un minuto! ¿Su sentido del humor? ¿Te quieres quedar conmigo? ¿Qué sentido del humor? El hombre...

—Sabía que ninguno de nosotros va a salir de este mundo con vida, Murgén. Nunca se tomaba completamente en serio.

—¿Estás hablando del Viejo? ¿De Matasanos? ¿Del analista de la Compañía y remendón en jefe en sus ratos libres? ¿Un cómico?

Mientras nosotros discutíamos, el mundo seguía con sus asuntos. Lo que significaba que nuestra situación se deterioraba por minutos. Una debilidad humana, tan vieja como el tiempo: discutir mientras tu casa se quema a tu alrededor.

Un Ojo terció:

—Los caballeros pueden seguir debatiendo si lo desean. Yo voy a invitar a los muchachos a bajar, obsequiarlos con una cerveza y echarnos una o dos manitas a las cartas. —Señaló hacia el suelo con un torcido dedo negro.

El polvo brillante con la cruel telaraña dentro empezó a sobrevolar la ciudad. Puede que llegara a crecer y abarcarla entera.

Se produjo un completo silencio.

Dentro y fuera de la ciudad, amigos y enemigos, gente de una docena de razas y religiones se concentró en aquella telaraña de sombras.

Conjura Sombras, por supuesto, estaba totalmente absorbido en la creación de su obra mortífera.

El asalto de los sureños perdió ímpetu cuando los soldados del Maestro de las Sombras decidieron agazaparse y dejar que su jefe les facilitara el trabajo.

Capítulo 23

Pronto, la telaraña de sombras cubriría todo Dejagore.

—Un Ojo, Goblin, ¿alguna nueva idea?

—¿Acudir a la religión? —sugirió Goblin—. Como no nos dejas bajar...

Un Ojo pensó en voz alta:

—Podrías darte una vuelta y ver si Mogaba cambia de idea y nos deja hacernos cargo de sus máquinas de asedio. —Las dotaciones taglianas eran incompetentes—. Así podríamos intentar distraer a Conjura Sombras.

—¿Tomasteis las sombras en cuenta al hechizar las entradas a los subterráneos? —Sabía que sí. Esa era siempre nuestra principal preocupación. Pero tenía que tranquilizarme. Con Goblin y Un Ojo hay que estar siempre encima.

Pequeños grupos iban volviendo después de largos y peligrosos periplos por la noche en busca de cuerda que hubiera sobrevivido.

—Sí. Para lo que iba a servir... ¿Ya estás listo para bajar y empezar a morirte de hambre?

La cosa iba de mal en peor. La situación era realmente mala si Un Ojo y Goblin no sacaban tiempo para discutir.

Un repentino susurro recorrió la ciudad y la llanura que había extramuros.

Un resplandeciente diamante de luz se alzó del campamento del Maestro de las Sombras. Empezó a girar lentamente sobre su propio eje. Un núcleo de oscuridad se centró en él. A partir de allí, la oscuridad se extendió palpitando por la telaraña a la que le servía de anclaje y que lo cubría todo.

No había nadie mirando a las colinas cuando la luz rosada volvió. Nadie se dio cuenta hasta que brilló con tal fuerza que rivalizó con el fulgor que teníamos aquí.

Ardía detrás de dos figuras montadas y proyectaba sus horribles sombras sobre la propia noche. Sombras de cuervos las rodeaban. Dos enormes cuervos estaban posados sobre los hombros de la figura más alta.

Durante un rato nadie respiró. Ni siquiera Conjura Sombras, habría apostado. Y estaba seguro de que él no tenía más idea de lo que estaba pasando que yo.

El fulgor rosado se desvaneció. Un haz del mismo color se extendió hacia Dejagore como una serpiente que tanteara, que se estirara. En el momento en que un extremo llegaba hasta nosotros, el opuesto se desató. Se agitó demasiado rápido para que el ojo pudiera seguirlo y en un instante cayó con un chirrido sobre el brillante diamante de Conjura Sombras. Del extremo de aquella construcción mágica cayeron fragmentos brillantes como el sol, como si de repente hubiera empezado a derramar barriles de aceite ardiendo.

De inmediato, la telaraña negra que había sobre nuestras cabezas empezó a retroceder al interior de los restos del diamante.

El aire vibró con la cólera del Maestro de las Sombras.

—¡Goblin, Un Ojo! Habladme, muchachos. Decidme qué infiernos acaba de pasar.

Goblin no podía hablar. Un Ojo logró pronunciar a duras penas.

—No tengo ni putísima idea, chaval. Pero estamos en el punto de mira de un Maestro de las Sombras bien jodido que posiblemente nos va a culpar a ti y a mí de sus úlceras.

Un temblor más psíquico que físico sacudió la noche. Yo estoy sordo, ciego y atontado por lo que respecta a la magia, salvo sus efectos perceptibles, y pude sentirlo.

Un Ojo tenía razón.

La luz rosada había desaparecido. No veía más señales de aquellos extraños jinetes. ¿Quiénes eran? ¿Qué? ¿Cómo?

No tuve oportunidad de preguntar.

Unos tipejos pequeños y morenos salieron a escape del campamento del Maestro de las Sombras, con antorchas para ver por dónde corrían. Aquello no podía significar nada bueno para mí, para mis colegas ni para nadie de los que estábamos dentro de las murallas.

—Pobre Conjura Sombras —dije con guasa—. Es que da pena el hombre.

—¿Eh? —Destellos era el único que estaba lo bastante cerca como para oírme.

—¿No te fastidia cuando algún imbécil echa a perder una obra de arte?

Destellos no lo cogió. Negó con la cabeza, echó mano de una jabalina y se la arrojó a uno de los tipos bajitos de las antorchas.

Falló.

Alrededor de los puntos donde los sureños habían conseguido cabezas de puente en las murallas y en las rampas de tierra empezó a armarse un buen jaleo. El Maestro de las Sombras, molesto, había ordenado a sus muchachos que volvieran al tajo. Y que no fueran tan condenadamente amables como antes.

—¡Eh, Hermanito! —le grité a un soldado—. ¿Quién ha puesto esta noche en la porra?

Así somos en la Compañía Negra. Hacemos apuestas acerca de qué noche va a caer la ciudad. Supongo que el ganador podrá morir con una sonrisa en su feo careto.

Capítulo 24

Goblin y Un Ojo habían decidido mantenerse cerca de mí. Los Goblin y Un Ojo de verdad. Lo comprobaba cada pocos minutos para asegurarme. Tenían la atención puesta en las colinas, no en la excitación que había al otro lado de la ciudad ni en ninguno de sus manejos. Allí se movían extrañas luces.

Una partida de sureños que habíamos rechazado antes volvió a galope tendido y reducida a la mitad. Volaban como si los persiguieran diablos aún peores que su amo. Se atrevían a cabalgar en la dirección que iban solamente porque Sombra de Tormenta había sido muy minuciosa al nivelar la llanura y porque la ciudad emitía luz.

Ardían fuegos. Por ahora solo unos pocos, pero fuegos al fin y al cabo.

—Ahí abajo se están replegando —me dijo Destellos.

Me asomé y miré. Nadie intentó dispararme. Quizá pensaran que era otro fantasma.

Cierto, los hombres del Maestro de las Sombras se iban y nos dejaban esos maravillosos arpeos sin cuerda para que los echáramos en nuestra pila de «quizá sirva algún día».

—Supongo que ya podemos dejar las espadas y volver a las cartas.

Pasando por alto el hecho de que estaban invadiendo Dejagore por otro sitio, hice un comentario:

—Esta es la segunda vez que saltas con esa tontería. ¿Qué imbécil va a jugar contigo? No puede quedar vivo nadie tan tonto. —Un Ojo hace trampas jugando a las cartas. Y hace trampas mal. Lo cogen siempre. Nadie quiere jugar con él.

—Oye Murgen, escucha. Me he reformado. De verdad. Ya nunca volveré a deshonorar mi talento para...

¿Para qué escuchar? Ya lo ha dicho antes, incontables veces. La primera cosa que hacemos después de que un recluta haya prestado juramento en la Compañía es avisarle de que no juegue a las cartas con Un Ojo.

Un grupo de sureños que se retiraba de mi sector emprendió el camino hacia las colinas. Todos llevaban antorchas. Parecía que el Maestro de las Sombras los encabezaba en persona.

—¡Cletus! ¡Longinus! ¿Estáis ya en situación de mandarle una buena andanada a ese grupo?

Los hermanos estaban reparando sus máquinas lo más rápido que podían. Tenían dos listas, tensadas y cargadas. No era gran cosa como andanada.

—¿Por qué hacer eso? —preguntó Un Ojo.

—¿Por qué no? Quizá tengamos suerte. ¿Acaso podemos cabrear a Conjura Sombras más de lo que ya está? Ya ha jurado matarnos a todos.

Las balistas retumbaron. Los virotes que arrojaron no alcanzaron al Maestro de las Sombras. Distraídamente, este replicó con una lanza de energía que disolvió varios metros cúbicos de muralla lejos de mis muchachos.

El jaleo al otro lado de la ciudad era cada vez más fuerte. Parte de él parecía acercarse.

—Están dentro —dijo Destellos.

—Muchos de ellos —admitió Cangilón—. Este va a ser un buen trabajo de limpieza.

Me gustó aquella actitud positiva.

Me encogí de hombros. A Mogaba le gustaba reservar la limpieza para sí mismo, los nar y sus taglianos.

Por mí perfecto. Mogaba puede comerse todo el dolor que pueda tragar.

Lo que quería de verdad era echarme un sueñecito. Este largo día se hacía cada vez más largo. Bueno. Pronto iba a dormir para siempre.

Un poco después me llegaron noticias de que había pequeños grupos de sureños en las calles asesinando a todo el que podían atrapar.

—¿Señor?

—Dormilón. ¿Qué pasa, jovencito?

Dormilón era un shadar tagliano que había prestado juramento en la Compañía justo antes de que yo decidiera coger la pluma. Siempre parecía que le costaba mantener los ojos abiertos. También parecía tener unos catorce años, lo que resultaba posible. Era extremadamente paranoico, aparentemente por un buen motivo. Era un joven guapo. Y los chicos guapos están muy cotizados entre los hombres taglianos de los tres principales grupos religiosos. Los estranguladores usan a sus hijos más atractivos para atraer a sus víctimas a la muerte.

Diferente tierra, diferentes costumbres. Puede que no te gusten, pero tienes que vivir con ellas. A Dormilón le gustaban nuestras costumbres más que las de su gente.

—Señor —dijo—, los nar no están tratando de impedir que los sureños vengan hacia acá. Dejan de importunarlos en el momento en que superan la muralla, siempre y cuando no se dirijan a la zona donde está acuartelado Mogaba.

—¿Deliberadamente? —preguntó Cangilón.

—Hablando de preguntas estúpidas... —murmuró alguien.

—¿Y tú qué crees? —le espetó Un Ojo—. Esta es la gota que colma el vaso. Si a ese capullo arrogante se le ocurre aparecer por aquí...

—Ahórratelo, Un Ojo. —Resultaba difícil de aceptar. Pero podía imaginarme a un Mogaba capaz de canalizar al enemigo en nuestra dirección para resolver el asunto de la jerarquía dentro de la Compañía. Su moralidad le permitiría verlo como una solución brillante a varios problemas—. En vez de quedarnos aquí discutiendo, ¿por qué no pensamos un poco? La mejor forma de encargarse de Mogaba sería meterle su

plan por el culo. Sin lubricante.

Mientras los demás se encargaban del ejercicio difícil, pensar, yo interrogué más a fondo a Dormilón. Por desgracia no pudo añadir mucho más, salvo la ruta general que estaban siguiendo los sureños para adentrarse en la ciudad.

No podía culpárselos. La mayoría de los soldados de la mayoría de los tiempos siempre prefiere ir a donde la resistencia es más débil.

Quizá pudiéramos usar eso para embolsar algunos.

Incluso encontré motivo para una risita en este trance.

—Me apuesto a que Matasanos habría visto venir esto hace un mes, con lo paranoico que era acerca de los supuestos amigos y aliados.

Un cuervo cercano graznó en señal de asentimiento.

Yo debería haber tenido en cuenta la posibilidad. Realmente debería haberlo hecho. Descabellado no es lo mismo que imposible. Debería haber tenido algo planeado.

Un Ojo se puso lo más serio que puede ponerse.

—¿Sabes lo que significa esto, si el chico tiene razón?

—¿Que la Compañía está en guerra consigo misma?

El hombrecillo desestimó esto con un gesto de la mano, como si no fuera más que un molesto mosquito de realidad.

—Supongamos que Mogaba les esté tendiendo un puente de plata para que puedan librarse de nosotros en su nombre. Siguen teniendo que pasar entre los peregrinos para llegar hasta nosotros.

No tuve que pensar demasiado para ver lo que quería decir.

—Ese gilipollas... Les va a obligar a matar sureños en defensa propia. Los va a utilizar para librarse de sus enemigos.

—Quizá sea una serpiente más grande de lo que todos pensábamos —gruñó Cangilón—. Ciertamente ha cambiado mucho desde Gea-Xle.

—Esto no está bien —murmuré, a pesar de que eran espadas que iban a entrar en la lucha de nuestro lado... quisieran o no. Aparte de algunas pequeñas escaramuzas con invasores despistados durante los anteriores ataques, lo peor que les había pasado a los nyueng bao era que su peregrinación los había dejado atrapados en medio de la guerra de otra gente. Desde el primer entrechocar del acero, se habían esforzado duramente por mantener su neutralidad.

Conjura Sombras dispone de espías en esta ciudad. Sabría que los nyueng bao no tienen interés alguno en ser sus enemigos.

—¿Qué crees que harán? —preguntó Goblin—. O sea, los nyueng bao. —Su voz sonaba rara. ¿Cuánta cerveza habría bebido?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Depende de cómo vean las cosas. Si creen que Mogaba los ha arrastrado a esto intencionadamente puede que se vuelva poco

saludable pertenecer a la Compañía.

Mogaba podría ver esto como una oportunidad de ponernos entre la espada y la pared. Mejor voy a ver a su portavoz y le hago saber lo que está pasando. Cangilón, reúne una patrulla de veinte hombres y vete a buscar sureños. Comprueba si Dormilón está en lo cierto. Un Ojo, ve con él. Rastrea y cubre a los muchachos. Destellos, vigila las cosas aquí. Envía a Dormilón a buscarme si la cosa se va de las manos.

Nadie discutió. Cuando la cosa se pone fea los muchachos dejan a un lado las diferencias.

Bajé por la escalera hasta la calle.

Capítulo 25

Jugué mis cartas como supuse que querrían los nyueng bao. Desde la infancia he sospechado que te llevas mejor con las personas si respetas sus costumbres y sus deseos a pesar de la aparente relación de fuerzas.

Eso no quiere decir que tengas que dejar que la gente te pisotee. No quiere decir que te tragues su dolor en vez de ellos. También tienes que exigir respeto para ti mismo.

Las calles de Dejagore son estrechas y fétidas. Típico de una ciudad fortificada. Fui a una oscura intersección donde —en circunstancias normales— podía esperar que me vieran los centinelas nyueng bao. Son una gente cauta. Observan todo el tiempo.

—Quiero ver al portavoz —anuncié—. Vienen problemas de camino hacia aquí. Quiero comunicarle lo que sé.

No vi a nadie. No oí a nadie. No esperaba lo contrario. Cualquiera que se metiera en mi territorio tampoco vería ni oiría a nadie, pero la muerte lo acecharía de cerca.

Los únicos sonidos llegaban de la lucha a varias manzanas de distancia.

Esperé.

Súbitamente, en ese instante en que mi atención finalmente se desplazó, se materializó el hijo de Ky Dam. No hizo más ruido que una polilla que anda de puntillas. Era un hombre ancho y bajo de edad indeterminada. Llevaba una espada inusualmente larga, pero envainada a la espalda. Me miró con seriedad. Yo le devolví la mirada. No me costó nada. Indicó que lo siguiera con un gruñido.

No anduvimos más de ochenta metros. Me señaló una puerta.

—Sigue así de sonriente —le dije. No pude resistirme. Siempre estaba por ahí, en algún sitio, observando. Nunca le había visto sonreír. Empujé la puerta hacia dentro.

Medio metro adentro colgaban unas cortinas. Una luz muy débil se filtraba por un desgarrón. Cerré la puerta con cuidado una vez que comprendí que entraría solo, antes de abrir las cortinas. No quería que la luz diera en la calle.

El sitio resultó ser tan agradable como puede conseguirse en una ciudad.

El portavoz estaba sentado en una esterilla sobre el suelo sucio, junto a la vela que proporcionaba la iluminación. Habría una docena de personas visibles, de todas las edades y sexos. Vi a cuatro niños, todos pequeños; seis adultos de edad suficiente para ser sus padres y una mujer mayor con edad de ser abuela que me miró furiosamente, como si ya me hubiera reservado una habitación en el infierno, a pesar de que nunca nos habíamos visto antes. No vi a nadie que pudiera pasar por su marido. Quizá era el tipo de fuera. Aparte, había una mujer tan mayor como Ky Dam, una frágil flor consumida por el tiempo hasta ser poco más que palos cubiertos de piel, aunque en sus ojos seguía ardiendo una perspicaz inteligencia. A esta mujer no

se le podía ocultar nada.

Respecto a las cosas materiales, vi poco más que la ropa que vestía la gente, unas pocas mantas andrajosas, un par de tazas de barro y una olla que posiblemente usarían para guisar. Y más espadas casi tan largas y finas como la que llevaba el hijo del portavoz.

En la oscuridad más allá de la luz de la vela, alguien gemía. Era el sonido de un delirante.

—Siéntate —me invitó Ky Dam. Había una segunda esterilla extendida junto a la vela. Bajo la débil luz, el anciano parecía más frágil que cuando había visitado la muralla.

Me senté. Aunque no estaba acostumbrado y mis tendones no eran lo bastante flexibles, traté de cruzar las piernas.

Esperé.

Ky Dam me invitaría a hablar cuando fuera el momento.

Traté de concentrarme en el anciano, no en la gente que miraba fijamente ni en el olor de demasiadas personas que viven en un espacio demasiado pequeño, el olor de su extraña comida o el olor de la enfermedad.

Una mujer trajo té. No sé cómo lo había preparado. No había visto ningún fuego. En aquel momento no pensé en eso de lo sobresaltado que estaba. Era bella. Incluso sucia y vestida con harapos era increíblemente bella. Me llevé el té caliente a los labios y me los quemé para sacarme de mi asombro y volver al asunto que tenía entre manos.

Al instante sentí pena. La chica iba a pagar terriblemente cuando los sureños tomaran la ciudad.

Una pequeña sonrisa tocó los labios de Ky Dam. También noté cierta diversión en el rostro de la anciana, y reconocí allí una belleza similar, solo traicionada externamente por el paso del tiempo. Estaban acostumbrados a mi primera reacción. Quizá se trataba de algún tipo de prueba, hacerla salir de las sombras.

—Sí que lo es la muchacha —dijo el portavoz en un tono casi demasiado bajo para escucharlo—. Eres más sabio de lo que aparentas por tu edad, soldado de la oscuridad —añadió en voz alta.

¿Qué era esta pamplina de soldado de la oscuridad? Cada vez que me hablaba me ponía un nombre nuevo.

Intenté una inclinación de cabeza formal como agradecimiento.

—Gracias por el cumplido, portavoz. —Tenía la esperanza de que se diera cuenta de que yo era incapaz de seguir las sutilezas de los modales apropiados entre nyueng bao.

—Siento en ti una gran ansiedad que solo las cadenas de la voluntad pueden contener. —Sorbió el té tranquilamente, pero me miró de una forma que daba a

entender que toleraría las prisas si yo las consideraba realmente necesarias.

—Grandes males acechan en la noche, portavoz —dije yo—. Monstruos inesperados han roto sus cadenas.

—Eso me lo figuré cuando fuiste tan amable de dejarme subir a tu sección de muralla.

—Hay una nueva bestia suelta. Una que nunca esperé ver. —En retrospectiva, ahora me doy cuenta de que estábamos hablando de cosas distintas—. Una que no sé cómo manejar. —Me esforcé por pronunciar claramente en tagliano. Los hombres que conversan en una lengua que no es la propia de ninguno de los dos tientan a los demonios del malentendido.

Pareció intrigado.

—No te entiendo.

Miré a mi alrededor. ¿Su gente viviría así todo el tiempo? Estaban más apretados que nosotros. Por supuesto, nosotros podíamos respaldar nuestras reclamaciones de suelo con las espadas.

—¿Conoce a la Compañía Negra? ¿Nuestra historia reciente? —En vez de esperar una respuesta le esbocé nuestro pasado inmediato.

Ky Dam era una de esas raras personas que escuchan con cada fibra de su ser.

Acabé. El anciano habló.

—Quizá el tiempo ha hecho de vosotros sombras de los soldados de la oscuridad. Habéis viajado tanto tiempo y tan lejos que os habéis apartado de vuestro camino por completo. Pero los seguidores del príncipe guerrero Mogaba tampoco viajan cerca de la verdadera senda. —Yo no escondía bien mis pensamientos. Ky Dam y su mujer volvieron a encontrarme divertido—. Pero yo no soy uno de vosotros, portaestandarte. Mi conocimiento también se ha apartado de la verdad. Quizá hoy no haya una verdad, porque no queda nadie que la conozca.

Yo no tenía la más mínima idea de qué demonios estaba hablando.

—Has viajado mucho tiempo y muy lejos, portaestandarte, pero puede que aún vuelvas a casa. —Su expresión se oscureció momentáneamente—. Aunque desees no haberlo hecho. ¿Dónde está tu estandarte, portaestandarte?

—No lo sé. Desapareció durante la gran batalla en la llanura de afuera. Lo clavé en el suelo cuando decidí ponerme la armadura de mi capitán para fingir que no había caído para que las tropas no se desmoralizaran, pero...

El anciano levantó una mano.

—Creo que esta noche puede ir muy justo.

Odio este rollo enigmático que les gusta perpetrar a los ancianos y a los magos. Estoy convencido de que solo lo hacen porque les da una sensación de poder. A tomar por saco con el estandarte que faltaba. Esta no era la noche.

—El caudillo nar quiere ser Capitán de la Compañía Negra. No aprueba las

costumbres de nosotros los del lejano norte.

Hice una pausa, pero el anciano se mantuvo en silencio. Esperaba.

—Mogaba es un guerrero sin rival, pero tiene ciertas carencias en lo que respecta al liderazgo.

En ese momento Ky Dam demostró que no era el vejete totalmente inescrutable y eternamente paciente que se espera en estas situaciones.

—¿Vienes a avisarme de que ha decidido acabar con sus problemas dejando que los sureños acuchillen en su nombre, portaestandarte?

—¿Eh?

—Uno de mis nietos estaba en posición de escuchar mientras Mogaba debatía sus opciones de esta noche con sus lugartenientes Ochiba, Sindawe, Ranjalpirindi y Chal Ghandá Ghan. Debido a que había conspiradores taglianos presentes los nar no hablaron en su lengua nativa... aunque Mogaba demostró un manejo limitado del tagliano.

—¿Disculpe? ¿Señor?

—Lo que tu honor te impulsa a contarme, aunque ahora solo tienes sospechas, es mucho peor de lo que temes. Ignorando las fuertes objeciones de sus lugartenientes nar, Mogaba ha dispuesto un plan para esta noche que permitirá a los sureños que lleguen a las murallas y no se entretengan allí libertad de acción tras ellas. Los legionarios taglianos les disuadirán de atacar en cualquier dirección que no sea atravesar nuestra zona hasta la vuestra.

—¿Ya lo sabía? ¿Es eso lo que quiere decirme? ¿Antes de que yo llegara ya tenía usted un testigo directo?

—Thai Dei.

Un joven se levantó. Era un hombrecillo delgado y de aspecto desagradable que sostenía un niño de pocos años en brazos.

—No habla bien el tagliano pero lo comprende lo suficiente —dijo Ky Dam—. Escuchó la intriga que estaban planeando. Escuchó los argumentos de quienes la encontraban deshonrosa. Vio a un Mogaba iracundo que llegó tan lejos como para seguir planeando durante la visita de un hombre que creemos que es un instrumento de los Maestros de las Sombras.

Aquello fue un golpe. Significaba que, desde aquel momento, existía un acuerdo tácito entre Mogaba y Conjura Sombras hasta que yo y los míos hubiéramos sido aniquilados.

—Esto es una cruel traición, portavoz.

Ky Dam asintió.

—Hay más, soldado de piedra —me dijo—. Tanto Ranjalpirindi como Ghandá Ghan son íntimos del prahbrindrah Drah. Hablaron en nombre del príncipe y le aseguraron a Mogaba que, una vez se hubiera levantado el asedio y tu grupo hubiera

sido eliminado, el príncipe anunciaría su apoyo personal a la capitania de Mogaba sobre la Compañía. A cambio, Mogaba abandonaría el empeño de vuestro capitán anterior de convertirse en el principal señor de la guerra de Taglios. Con plenos poderes para proseguir la guerra contra las Tierras de la Sombra.

—Vaya. Buen trabajo de escucha. —Thai Dei casi sonrió—. Y buen trabajo de traición el que ha preparado el hermano Mogaba.

Podía ver por qué habrían discutido Ochiba y Sindawe. Era una traición que desafiaba toda comprensión.

Mogaba realmente había sufrido un cambio bastante oscuro desde Gea-Xle.

—¿Qué tiene en contra de su gente? —pregunté.

—Nada. Políticamente deberíamos serle indiferentes. Nunca hemos sido un factor en los asuntos taglianos. Pero tampoco significamos nada para él en el otro sentido. Está dispuesto a gastarnos como si fuéramos una moneda encontrada en el suelo. Si los sureños os atacan después de enfrentarse a sus fuerzas y a nosotros, habrá eliminado un gran número de enemigos y de indeseables que consumen recursos.

—Una vez admiré mucho a este hombre, portavoz.

—Los hombres cambian, portaestandarte. Y este más que la mayoría. Es un actor, y solo un único y retorcido propósito motiva su actuación.

—¿Portavoz?

—Mogaba es el centro y la razón de todo lo que Mogaba hace. Mogaba sacrificaría a su mejor amigo en un altar a sí mismo, aunque probablemente ni un dios podría convencer al amigo de que dicha posibilidad existe. Cada perversa orden de Mogaba levanta uno de los velos que cubren la mancha negra que devora su alma. Ha cambiado igual que la granada más perfecta cambia cuando la putrefacción se asienta en su interior.

Ya estamos con esa forma de hablar de los viejos.

»¡Portaestandarte! Aunque ya conozco el negro peligro para mi gente, me siento honrado de que nos consideraras merecedores de aviso a pesar de tus apremiantes preocupaciones. Este ha sido un acto de generosidad y amistad. Nosotros no olvidamos a quienes nos tienden la mano.

—Gracias. Me alegra su respuesta. —Más vale que me creas—. Y si Mogaba permite que su gente sea atacada...

—El problema ya está sobre nosotros, soldado de piedra. Ahora mismo ya hay sureños muriendo a pocos metros de distancia. Una vez que se hizo evidente que estábamos atrapados aquí, todos aprendimos hasta el último detalle del suelo sobre el que a lo mejor tendríamos que luchar. Esto no es nuestro pantano, pero los principios de la guerra siguen siendo los mismos. Llevamos muchas semanas preparados para esta guerra. Solo quedaba por ver quién decidiría ser nuestro enemigo.

—¿Eh? —Puedo ser estúpido como un alcornoque cuando me encuentro con algo

así.

—Deberías reunirte con aquellos que acuden a ti en busca de liderazgo. Y hazlo seguro de que cuentas con la amistad de los nyueng bao.

—Un honor.

—O una maldición. —El anciano soltó una risita.

—¿Quiere eso decir que su gente hablará con la mía?

—Puede que eso sea demasiado. —Otra risita. Su mujer también sonrió. ¡Menudo bromista! El hombre era un auténtico cachondo—. Thai Dei, acompaña a este hombre. Puedes hablar si se dirigen a ti, pero solo como mi voz. Guerrero de hueso, este es mi nieto. Te entenderá. Envíamelo si tienes necesidad de comunicarte conmigo. No seas frívolo.

—Lo entiendo. —Traté de levantarme y me puse en ridículo al no lograr desenredar las piernas. Uno de los niños se rio. Me atreví a mirar a mi alrededor en busca de una reacción de la mujer de ensueño que había traído el té, seguro de que no engañaba a Ky Dam. Un bebé dormía en el regazo de ella. Un niño de pocos años dormitaba bajo su brazo. Estaba despierta, observando. Parecía cansada, asustada, confundida y decidida. Más o menos como el resto de nosotros. Cada vez que se oían aquellos gemidos provenientes de la oscuridad hacía una mueca de dolor y miraba en aquella dirección. El dolor era parte de ella.

Me despedí con una reverencia. El nyueng bao Thai Dei me condujo a territorio conocido.

Capítulo 26

—No lo sé —le dije a Goblin cuando me preguntó por mi sombra nyueng bao—. No habla demasiado. —Todavía no le había sacado ni una palabra—. Su vocabulario de uso genérico parece ser el gruñido indiferente. De todas formas, la visita no era necesaria. Los nyueng bao saben más de la lluvia de mierda que se avecina que nosotros. El anciano admite que todo es culpa de Mogaba y dice que no tiene nada contra nosotros.

Goblin hizo como que miraba por encima del hombro para vigilar su espalda.

—Sí —admití—. Ponte el cinturón de castidad. ¿Qué pasa? —No veía a Cangilón ni a Destellos.

—Todavía no mucho. Sombras y su gente acaban de alcanzar las colinas.

Y allí brotó toda clase de diversiones. Una fuerte luz rosada volvió a proyectar las siluetas en la noche.

—Tiene exactamente el mismo aspecto que los disfraces de Tomavidas y Creaviudas que la Dama hizo para ella y Matasanos. ¡Eh! ¿A qué viene que parezca que un fantasma te ha mordido en el culo?

—Porque quizá me ha mordido. Tienen exactamente el mismo aspecto que dices. Solo que, si recuerdas, yo le quité la armadura de Creaviudas a Matasanos después de que la flecha lo alcanzara. Me la puse y fingí ser él. Y fracasé porque lo hice demasiado tarde.

—¿Y?

—Que la semana pasada alguien robó la armadura de Creaviudas. Directamente de mi habitación mientras yo estaba allí dormido. Pensaba que la había escondido donde nadie salvo yo podría encontrarla. Pero alguien entró, paso por encima de mí, la desenterró y salió con la carga sin que yo viera ni oyera nada. Ni nadie. —Y aquello asustaba.

—¿Y por eso estabas haciendo esas preguntas tan raras el otro día? —chirrió Goblin. Podía sonar como un ratón cuando lo pisan si estaba nervioso.

—Sí.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque quien fuera que se llevó la armadura tuvo que usar hechicería para pasar sobre mí. Supuse que había sido uno de vosotros y quería descubrir cuál para cortarle los pies antes de que supiera lo que le venía encima.

Un Ojo vino resoplando por las escaleras. Nada mal para un tipo con más de doscientos años.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas caras tan lúgubres?

Goblin lo puso al día.

El pequeño mago negro gruñó.

—Deberías habérselo dicho, Murgén. Podríamos haber seguido un rastro fresco. No era probable. Las únicas pruebas que yo había encontrado eran una pluma blanca y un pegotito de lo que parecía ser mierda de pájaro.

—Ahora no importa. Ya sé dónde está la armadura. Ahí fuera. —Señalé las colinas, que se encontraban bajo lo que parecía ser un prematuro amanecer rosado—. ¿Qué habéis hecho?

—Hemos matado un montón de condenados sureños, eso es lo que hemos hecho. Mogaba les tiene que estar vendiendo entradas. Los mamoncetes son como ladillas. En todo caso, nos fuimos antes de que se nos acabara la suerte. Los nyueng bao les están dando fuerte de verdad. —Miró a Thai Dei de soslayo—. Parece que están intentando hacer que los sureños vayan a por el culo de Mogaba. El gilipollas se lo merece, que se lo coma su propio plan. ¿Qué demonios pasa ahí fuera? —Se refería a las colinas empapadas de rosa.

—Eso es algo que no estábamos buscando —replicó Goblin.

Una mancha de oscuridad se alzó contra el rosa. En su interior cayeron unas figuras humanas. Estallaron en llamas y ardieron como brillantes y efímeras estrellas. Momentos después un temblor de tierra sacudió la ciudad. Perdí el equilibrio brevemente.

—Por una vez tienes razón, enano —comentó Un Ojo—. Hay un jugador desconocido en esta partida.

Un par de cuervos que había a unos metros de distancia se pusieron histéricos. Saltaron a la oscuridad y siguieron graznando mientras se alejaban aleteando.

—Sorpresa, sorpresa —murmuré yo—. ¿Qué pasa con tanta explosión, tanto jaleo y tanta mierda en las colinas? ¡Vamos, gente! Decidme quién es. El resto puede figurárselo incluso un tontaina como yo. Solo decidme quién.

—Vamos a trabajar en ello —prometió Un Ojo—. Quizá incluso empecemos ahora si te vas y nos dejas solos. Vamos, enano.

Mientras él y su compañero con rostro de sapo se ponían al trabajo, yo volví mi atención hacia la diversión que seguía infestando Dejagore.

Posiblemente, a estas alturas millares de sureños habrían traspasado la muralla. Ardían muchos fuegos.

—¿Será la luz un problema para tu gente? —le pregunté al nieto de Ky Dam.

Se encogió de hombros.

Este tipo no era muy parlanchín.

Capítulo 27

Ya no había noche. Ardían fuegos por todas partes. Ardían en el campamento del Maestro de las Sombras, provocados por los acosados artilleros de Mogaba. Ardían en la ciudad, provocados por los soldados del Maestro de las Sombras. Varios incendios iluminaban las colinas, indicio de volcanes aparecidos por sorpresa o poderes de una magnitud no vista desde que la Compañía marchó contra los señores oscuros del imperio de la Dama. Era demasiada luz para una noche.

—¿Cuánto falta para el amanecer? ¿Alguien lo sabe?

—Demasiado —masculló Cangilón—. ¿De verdad crees que esta noche alguien se está preocupando de llevar el paso del tiempo?

Hace mucho tiempo, siglos ha, al anochecer, Un Ojo, Goblin o alguien había afirmado que el amanecer era un objetivo demasiado remoto para la esperanza. El nivel general de optimismo seguía igual de bajo.

Llegaban informes. Ninguno bueno. Innumerables soldados sureños habían entrado en la ciudad. Tenían orden de avanzar hacia nosotros, aniquilarnos, subir a la muralla y hacer el camino de vuelta hacia el lugar por donde habían entrado. Pero los nyueng bao no estaban cooperando. Y mis chicos tampoco. Así que los atacantes vagaban por ahí haciendo todo el daño que podían hasta que alguien los mataba.

Contra los jaicuri, que estaban acobardados en sus casas con la esperanza de que los ignoraran (a pesar de su experiencia con los Maestros de las Sombras), los sureños tuvieron cierto éxito.

No se les podía reprochar que no fueran a por todas contra nosotros. Ellos tampoco querían que los mataran. Y Mogaba no debería haberse sorprendido de que parte de los villanos que había dejado entrar se volvieran contra él.

Nuestros muchachos mantuvieron las posiciones. Los dobles y las ilusiones volvían locos a los soldados del Maestro de las Sombras. Nunca sabían qué amenaza era real. Pero la principal razón de que nuestro lado resistiera tan bien era que no había elección. No teníamos ningún sitio al que huir.

Conjura Sombras no le resultaba de ayuda a su gente. Estaba en las colinas empeñado en resolver el misterio en persona. Y claramente se arrepentía de haber hecho esa elección.

Una vez más apareció una partida de jinetes casi volando, sus siluetas recortadas contra la luz roja. El Maestro de las Sombras no parecía ir con ellos.

—¡Goblin! ¡Un Ojo! ¿Dónde demonios estáis ahora, mierdecillas? ¿Le ha pasado algo a Conjura Sombras?

Goblin se materializó, con un aliento que apestaba a cerveza. Así que Un Ojo y él tenían unos cuantos litros almacenados por allí cerca... Eso destrozó mis esperanzas.

—El Maestro de las Sombras sigue vivo, Murgen. Pero quizá esté fastidiado.

Se le escapó una risita estúpida.

—Mierda —murmuré. El sapo se había puesto hasta las cejas de bebida casera. Si Un Ojo había hecho lo mismo, me esperaba un resto de noche de lo más interesante. Era posible que esos dos se olvidaran de todo y volvieran al pleito que mantienen desde hace un siglo. La última vez que se emborracharon y fueron el uno a por el otro destrozaron una manzana entera en Taglios.

Mientras tanto, el nieto del portavoz se mantenía en las sombras y observaba como uno de esos condenados cuervos. Y ahora mismo había bastantes más cuervos.

El viejo Resuello llegó de la calle resoplando. Tuvo que hacer una pausa antes de completar la subida. Se dobló, tosió y escupió sangre. Era de la misma parte del mundo que Un Ojo. No tienen nada más en común excepto el gusto por la cerveza. Resuello también había ido algunas veces al barril.

Llegó arriba mientras yo oteaba la ciudad e intentaba deducir lo mal que estaban las cosas. En aquellos momentos estábamos recibiendo bastante poca presión.

Resuello se dobló, resolló y escupió.

Una nueva generación de luces rosadas entró en erupción al pie de las colinas. Proyectaron dos sombras contra el cielo. No había dudas de que eran las sombras de Creaviudas y Tomavidas, las temibles identidades ficticias que la Dama había creado para Matasanos y ella con el fin de hacer que los sureños se cagaran por las patas abajo.

—No es posible —les dije a mis magos domésticos. Un Ojo había vuelto. Usaba una mano para apoyar a Resuello, que parecía estar sufriendo un ataque de asma junto a los efectos de su tuberculosis. En su otra mano, Un Ojo sostenía lo que parecía ser un poste envuelto en andrajos. Continué—: No pueden ser Matasanos y la Dama porque los vi caer con mis propios ojos.

Un puñado de jinetes se dirigió hacia la ciudad. Entre ellos había una mancha de oscuridad que tenía que ser Conjura Sombras. Estaba ocupado. Luciérnagas rosadas volaban a su alrededor. Le costaba defenderse de ellas.

Como si se dieran cuenta de que su jefe iba estar de pésimo humor cuando volviera, los sureños redoblaron repentinamente el ataque.

—No estoy seguro —pensó en voz alta Goblin. Parecía que el susto le había hecho recuperar la sobriedad—. No percibo nada sobre quién lleva la armadura de Tomavidas. Aunque tiene una carretada de poder.

—A la Dama no le quedaba poder —le recordé.

—Por lo que percibo, el otro parece Matasanos.

No podía ser.

—Mogaba... —pudo decir entrecortadamente Resuello por fin.

Varios hombres escupieron ante la mención del nombre. Todo el mundo tenía una opinión sobre nuestro valiente caudillo. Si las escuchabas, llegarías a la conclusión de

que Mogaba era el hombre más deseado de la ciudad.

Un serpenteante tentáculo rosa alcanzó al grupo de Conjura Sombras. El maestro lo apartó de sí mismo, pero el tentáculo mató a medio grupo. Volaron trozos de cuerpo en todas direcciones.

—¡Jooder! —dijo alguien, capturando a la perfección el sentimiento popular.

—Mogaba... —ladró Resuello— quiere saber... si podemos enviarle... algunos centenares de hombres... para rechazar a los enemigos... que han entrado en la ciudad.

—¿Ese bastardo se cree que somos estúpidos? —gruñó Destellos.

—¿Es que esa esposa de camello no sabe que vamos a por él? —preguntó Goblin.

—¿Porqué iba a pensar que sospechamos de él? Tiene una opinión muy elevada de su cerebro...

—Creo que es muy divertido —dijo Cangilón—. Ha intentado jodernos y lo único que ha conseguido es acabar con el culo al aire. Incluso mejor. Puede que la única forma que tenga de volver a tapárselo sea con nuestra ayuda.

—¿Qué está tramando Un Ojo? —le pregunté a Goblin. Un Ojo parecía estar rezando sobre una de las balistas con Loftus. A sus pies había esparcidos un montón de trapos. Habían cargado la máquina con una horripilante lanza negra.

—No sé.

Miré hacia la puerta de la ciudad que estaba más cerca. Los nar de allí podían vernos. Mogaba sabría si yo mentía al afirmar que estábamos demasiado vapuleados para enviar ayuda.

—¿A alguien se le ocurre alguna razón para que ayudemos a Mogaba? —pregunté.

Para defender mi sector, aparte de la vieja guardia, disponía de seiscientos taglianos supervivientes de la división de la Dama y un incierto y variable número de esclavos liberados, antiguos prisioneros de guerra y jaicuri ambiciosos.

Todos contestaron negativamente. Nadie quería ayudar a Mogaba. Mientras me acercaba a las máquinas de guerra, pregunté:

»¿Qué tal si lo hacemos para salvar nuestros propios traseros? Si dejamos que le pasen por encima a Mogaba podríamos acabar teniendo que hacer frente al resto de la horda del Maestro de las Sombras nosotros solos. —Miré hacia la puerta—. Y esa gente de ahí puede ver todo lo que hacemos.

Goblin también miró. Sacudió la cabeza para reducir los efectos de la cerveza.

—Tendremos que pensarlo.

—¿Qué haces, Un Ojo? —Ya estaba junto a él.

Un Ojo señaló la lanza con orgullo.

—Una cosilla en la que he estado trabajando en mis ratos libres.

—Es bastante fea. —Estaba bien saber que era capaz de hacer algo sin que se lo

mandaran.

Había empezado con un poste de madera negra y había trabajado en él bastantes horas. Estaba cubierto de escenas en miniatura increíblemente feas, junto con inscripciones en un alfabeto que me resultaba desconocido. La punta era tan negra como el asta, de hierro pavonado con una filigrana de runas plateadas. En el asta también había algo de color, aunque tan poco que era casi imperceptible.

—Muy curioso.

—¿Curioso? Bah. Pagano. —Señaló. Loftus miró. Yo también.

El grupo de Conjura Sombras, tristemente diezmado, rodeado por un enjambre de motitas rosadas y cuervos burlones, se acercaba.

Un Ojo se carcajeó.

—¡Este es mi liquidador de Maestros de las Sombras, bastardo! —aulló. Tenía que haber trasegado mucha de esa cerveza—. Nada que no pudiera detener en una tarde cualquiera. Pero esto no es una tarde cualquiera, ¿no? Cuando Loftus dispare, este palo no permanecerá en el aire más de cinco segundos. Ese es todo el tiempo que tendrá para figurarse lo que se le viene encima y qué tiene que hacer para anular los conjuros que lleva para impedirle desviarlo. Y mira lo ocupado que sigue ese gilipollas. Loftus, mi chico, prepárate para hacer una buena muesca de victoria en esta cosa.

Como hace cualquiera con un poco de sentido común, Loftus ignoró a Un Ojo. Fue preparando el arma con el cuidado de un artista.

Un Ojo seguía farfullando.

—La mayoría de los conjuros están diseñados para penetrar sus protecciones personales, contando con que no va a tener tiempo de hacer nada activamente. Porque quería concentrarme en perforar un punto en una defensa pasiva que...

Lo hice callar.

—Goblin. ¿Alguna probabilidad de que esto funcione? El enano no es precisamente un peso pesado.

—Tácticamente puede funcionar. Si de verdad ha trabajado tan duro. Digamos que Un Ojo es un orden de magnitud más débil que Conjura Sombras. Eso, a la hora de la verdad, solo quiere decir que necesita diez veces más tiempo para hacer lo mismo.

—¿Un orden de magnitud? —Así que ese era el problema de Un Ojo.

—Probablemente sean más bien dos órdenes de magnitud.

Me había perdido, y realmente no tenía tiempo de sacarle una explicación.

Loftus estaba satisfecho con sus cálculos. Ya tenía el alcance y lo que fuera.

—Listo —dijo.

Capítulo 28

—Dispara —sugerí.

La balista emitió su golpetazo característico. En la muralla se hizo el silencio. La flecha negra atravesó la noche. Tras ella flotaba la ocasional chispa. Un Ojo dijo que volaría cinco segundos. La verdad se acercaba más a cuatro, pero duraron eternamente.

Las llamas proyectaban luz más que de sobra para iluminar al Maestro de las Sombras. Pronto se perdería de vista detrás de una de las torres albarranas. Volvió la vista hacia las colinas sin dejar de cabalgar. Aquellos extraños jinetes ya estaban en la llanura, retando a alguien, a cualquiera, a aceptar su desafío.

Gemí.

Creaviudas llevaba la lanza. El estandarte en sí no se veía, pero aquella era la lanza en la que había ondeado desde el día en que la Compañía Negra salió de Khatovar. Todos y cada uno de los analistas le habían prestado especial atención al tema... aunque las razones para ellos se habían olvidado ya.

Me fijé en Conjura Sombras justo a tiempo de ver llegar el tesoro de Un Ojo.

Más tarde, Goblin me dijo que Sombras sintió la amenaza en el mismo momento en que el proyectil alcanzó el cénit de su trayectoria. Fuera lo que fuera lo que hizo entonces, fue lo apropiado. O tuvo suerte. O un poder superior decretó que esta noche no le correspondía morir.

La lanza cambió de curso apenas unos centímetros. En vez de golpear a Conjura Sombras, se clavó en la cruz de su montura. Y atravesó a la bestia como si no fuera más sólida que el aire. La herida resplandeció roja, y luego parpadeó. El rojo se extendió. Conjura Sombras bramó de rabia cuando el animal lo tiró al suelo. Cayó hecho un ovillo, se quedó allí retorciéndose el tiempo justo para que Un Ojo empezara a importunar a Loftus para que le lanzara una andanada de proyectiles normales, y luego se fue arrastrándose como un cangrejo para escapar de los cascos desbocados del caballo.

Entonces reconocí al animal. Era uno de esos caballos criados mágicamente que la Dama trajo al sur con la Compañía desde su antiguo imperio. Habían desaparecido durante la batalla.

El caballo chillaba y chillaba.

Un animal normal habría muerto al instante.

Miré fijamente a los jinetes de fuera. Avanzaban lentamente hacia la ciudad, ofreciendo su desafío. Ahora pude ver que ellos también iban montados en caballos de la Dama.

—Pero yo vi cómo los mataban —le dije a Goblin.

—Tenemos que mirarle los ojos a este chiquillo —se quejó Un Ojo.

—Ya te he dicho antes que esa no es la Dama —dijo Goblin—. Si miras atentamente verás las diferencias en la armadura.

Las tropas ya veían eso. Había cierta agitación entre los taglianos.

—¿Y no percibes nada en el otro? ¿De qué están hablando por ahí?

—No. Podría ser el Viejo.

Destellos fue a ver por qué los taglianos estaban tan excitados.

El caballo de Conjura Sombras se derrumbó, pero siguió relinchando y pataleando. De la herida brotaban hilillos de vapor verdoso. El desgarrón siguió creciendo. A la bestia le esperaba una muerte larga.

El hechicero habría muerto de forma aún más lenta y dolorosa si la flecha de Un Ojo hubiera dado en el blanco.

Destellos volvió a informar.

—Están tan excitados porque esa armadura es idéntica a la del avatar guerrero de una diosa llamada Kina. Así es como la representan siempre en cuadros de su guerra contra los demonios.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, solo que Kina era una especie de diosa de la muerte por estos andurriales.

Me pregunté cuándo el Maestro de las Sombras le devolvería el ataque a Un Ojo.

—No lo hará —me aseguró Goblin—. En el momento en que le dedicara la suficiente atención para ser efectivo, esos dos de ahí fuera le cortarían las piernas.

Observé cómo Conjura Sombras se perdía de vista cojeando.

Aquella vergüenza espoleó a sus soldados a redoblar de nuevo sus esfuerzos. Alguien pagaría en dolor por aquella indignidad. Comprensiblemente, preferían que fuéramos nosotros.

Algunos de ellos parecieron reconocer también la armadura de Tomavidas. Oí más de una vez gritar el nombre de Kina al pie de la muralla.

—Thai Dei, es momento de que lleves un mensaje a tu abuelo. Quiero conducir parte de mis tropas a través de su zona para ayudar a expulsar a los sureños de la ciudad.

El nyueng bao salió de las sombras el tiempo justo para escuchar. Miró preocupado a los dos jinetes. Luego gruñó, bajó las escaleras y se perdió en la noche al trote.

—Escuchadme, gente. Vamos a ir a salvar a nuestro intrépido y capullo líder. Cangilón...

Capítulo 29

Entré en un callejón oscuro, con idea de tomar posiciones detrás de una compañía de sureños para que Goblin les hiciera su abracadabra.

Y fue como si hubiera saltado del borde del mundo a un abismo sin fondo. Como si un gigantesco matamoscas psíquico me hubiera empujado al vacío de un golpe. Goblin ladró algo en aquel instante, pero no lo entendí.

Tuve ese instante para sentirme mareado, asombrado, para preguntarme quién me habría emboscado con qué hechicería, y por qué sentía como si fuera un trapo mojado que están exprimiendo. ¿Había llevado Mogaba su traición a otro nivel?

Capítulo 30

Algo me había agarrado. Tiraba con tanta fuerza que no había forma de resistirse. Perdí toda noción de quién era y dónde estaba. Solo sabía que estaba dormido y no quería despertar.

—¡Murgen! —llamó una voz lejana. El tirón se hizo más fuerte—. ¡Murgen, vamos! ¡Vuelve a casa! ¡Enfréntate a ello, muchacho! ¡Enfréntate a ello!

Me enfrenté, pero a la voz. Quería que volviera a un sitio al que gran parte de mi ser no quería ir. Allí me esperaba el dolor.

El tirón se intensificó, la fuerza me arrastraba con una energía inexorable.

—¡Ya está! —gritó alguien—. Ya lo tenemos de vuelta.

Yo conocía aquella voz...

Fue como salir de un coma, salvo porque yo recordaba cada detalle del sitio donde había estado. Dejagore. Cada pequeño dolor, cada horror, cada miedo. Pero ya los bordes afilados se estaban mellando. Los lazos se deshacían. Ahora estaba aquí.

¿Aquí? ¿Dónde y cuándo era aquí? Traté de abrir los ojos. Los labios no me respondían. Traté de moverme. Mis miembros se negaron a tomarse la molestia.

—Está aquí del todo.

—Abre esa cortina. —Oí cómo movían una tela pesada—. ¿Seguirá empeorando? Pensé que se suponía que ya había superado lo peor. Que no podía retroceder hasta el extremo de que nos costara tanto traerlo de vuelta a casa.

¡Oh! Esa voz pertenecía a Matasanos. El Viejo. Pero el Viejo está muerto, yo vi cómo lo mataban... ¿O no? ¿No acabo de dejar a Creaviudas vivo a pesar de que no debería estarlo?

—Hombre. No hace caso. Pero a partir de ahora no puede sino mejorar. Ya hemos doblado la esquina. Hemos remontado el cerro. A menos que él mismo quiera perderse.

Abrí un ojo.

Estaba en un lugar oscuro. Nunca lo había visto antes, pero tenía que ser en el palacio de Trogo Taglios. Casa. Nunca he visto esa piedra en ninguna otra construcción. Y no había nada asombroso en no ser capaz de reconocer partes del palacio. Cada príncipe de Taglios añadía un trocito durante su reinado. Se suponía que solo Humo, el antiguo mago de la corte, conocía todo el sitio. Y Humo ya no está con nosotros. No sé qué le pasó después, pero hace varios años salió malparado cuando una criatura sobrenatural con la que tenía desavenencias trató de comérselo. Oportuno, ya que fue más o menos entonces cuando descubrimos que había sido seducido por Sombra Larga y se había pasado a los Maestros de las Sombras.

Me asombré de mí mismo. Aunque tenía un dolor de cabeza como la madre de todas las resacas, de repente mi mente estaba clara como el cristal.

—Tiene un ojo abierto, jefe.

—¿Puedes oírme, Murgen?

Probé a usar la lengua y emití un fluido galimatías.

—Has tenido otro de tus ataques. Llevamos dos días intentando traerte de vuelta.

—Matasanos sonaba molesto. Como si le estuviera fastidiando a posta—. Vale, ya conoces la rutina. Pongámoslo de pie y hagámoslo andar.

Recordaba haber hecho esto mismo varias veces antes. Ya estaba menos confuso, ya era más capaz de captar la distinción entre pasado y presente.

Me levantaron. Goblin se puso bajo mi axila derecha. Matasanos me rodeó con el brazo desde la izquierda y me sostuvo.

—Recuerdo lo que tengo que hacer —dije.

No me entendieron.

—¿Sabes dónde estás, Murgen? —preguntó Goblin—. ¿No vas a volver al pasado?

Asentí. Así sí podía comunicarme. Quizá pudiera utilizar el lenguaje de los sordomudos.

—¿Dejagore de nuevo? —preguntó Matasanos.

En mi interior tenía hechas todas las conexiones. Incluidas muchas que no quería haber hecho. Volví a intentar hablar.

—Misma noche. Otra vez. Más tarde.

—Siéntalo. Ya se encuentra bien —dijo Matasanos—. Murgen. ¿Has sacado alguna pista esta vez? ¿Algo que podamos usar para sacarte de este ciclo? Te necesito aquí. Te necesito a tiempo completo.

—Ni una maldita cosa. —Me detuve para recuperar el aliento. Esta vez me estaba adaptando más rápido—. Ni siquiera sé cuándo me sobrevino. Simplemente me encontré allí de buenas a primeras, como un *poltergeist* o algo así, sin tener ningún recuerdo del futuro. Un momento después era simplemente Murgen, sin conciencia ni anomalías como las de ahora.

—¿Anomalías?

Me di la vuelta sobresaltado. Un Ojo había aparecido de alguna parte. Vi la cortina todavía moviéndose. Dividía la habitación en dos.

—¿Eh?

—¿Qué quieres decir con eso de anomalías?

Cuando me concentré, realmente no supe lo que había querido decir. Negué con la cabeza.

—No lo sé. Se me ha ido. ¿Cuándo estoy?

Matasanos y los magos se repartieron una serie de miradas significativas.

—¿Recuerdas la Arboleda de la Condena? —preguntó Matasanos.

—Claro, todavía siento escalofríos. —Y un frío me tocó. Entonces recordé la cosa

clave. No tenía recuerdos de haber visitado esta habitación antes, pero debería haberlos tenido. Porque seguía en mi pasado. Lo único es que no estaba tan lejos como Dejagore, que había sido hacía años.

Entonces intenté recordar el futuro.

Recordé demasiado. Gimoteé.

—¿Tenemos que volver a ponerlo en pie? —preguntó Goblin.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien. Pensemos. ¿Cuánto ha pasado entre este ataque y el anterior? ¿Cuánto hace que volvimos de la Arboleda?

—Volvisteis hace tres días —dijo Matasanos—. Te dije que llevaras a los prisioneros a palacio. Lo intentaste. Perdiste al tejesombra por el camino, en circunstancias tan cuestionables que ordené a toda la gente de la Compañía que se mantuviera especialmente alerta.

—Era viejo. Sencillamente se murió de miedo —dijo Un Ojo—. No hay nada misterioso en ello.

Mi dolor de cabeza no mejoraba. Tenía vagos recuerdos de aquellos acontecimientos, pero no eran tan claros como mis recuerdos de otros acontecimientos inmediatamente previos a ataques anteriores.

—No recuerdo mucho.

—El Impostor de la mano roja llegó aquí perfectamente. Teníamos intención de empezar a interrogarlo esa misma noche. Pero tú volviste a tu alojamiento, y supuestamente nada más cruzar la puerta te derrumbaste. Tu suegra, tu tío, tu mujer y tu cuñado están todos de acuerdo. Probablemente la primera, última y única vez que pasará.

—Probablemente. La anciana es como Un Ojo: siempre lleva la contraria solo por llevar la contraria.

—¡Eh! Cachorro...

—Cállate —le dijo Matasanos—. Así que caíste y te quedaste rígido. Tu esposa se puso histérica. Tu cuñado vino a buscarme. Te sacamos de allí para evitarle los nervios a tu familia.

¿Evitar los nervios? Esa gente ni ha oído hablar de la palabra. Además, Sari era la única a la que yo consideraba familia.

—Abre la boca, Murgén —dijo Goblin. Me volvió la cara hacia la mejor luz que había y me miró la garganta—. Aquí no hay daños.

Sabía lo que pensaban. Epilepsia. Yo mismo lo había considerado. Le había preguntado acerca del tema a todos los que quisieron escucharme. Pero ningún epiléptico que yo supiera se veía transportado al pasado con cada ataque. A un pasado que nunca era exactamente igual al pasado que ya había vivido.

—Ya te he dicho que no es una enfermedad —bufó Matasanos—. Cuando

encuentres la respuesta, estará justo dentro de tu campo y probablemente te sentirás como un estúpido por no haberla visto antes.

—Si hay algo que encontrar, lo encontraremos —prometió Un Ojo. Lo que me dejó preguntándome qué tendría guardado en la manga.

Entonces supe que ya tenía que saberlo porque me lo iban a decir enseguida. Pero no podía recordar ese futuro con suficiente claridad.

A veces me daba miedo ser yo.

—¿Estaba ahí de nuevo el personaje sin cabeza? —preguntó Matasanos.

—Sí —respondí después de comprender a lo que se refería—. Pero no tenía rostro, jefe. Cabeza sí.

—Podría representar la fuente del problema —sugirió Un Ojo—. Si alguna vez recuerdas algún rasgo, sea lo que sea, díselo a alguien. O escríbelo al momento.

—No quiero que esto le pase a nadie más —me dijo Matasanos—. ¿Puedes imaginarte llevar adelante una campaña en la que tu gente puede desaparecer de buenas a primeras por espacio de días?

Me sentí confiado en que aquello no sucedería. Pero no lo dije porque me presionarían y no me sentía con ganas de que me tantearan y me sondearan.

—Necesito algo para el dolor de cabeza. Un dolor de cabeza como los de la resaca.

—¿Has tenido este dolor de cabeza las otras veces? —preguntó imperiosamente Matasanos—. Nunca antes lo habías mencionado.

—Estaba allí, pero no tan malo. Una pequeña incomodidad. Como el dolor de cabeza de la resaca que te da después de cuatro cervezas de las que elaboraban Sauce Swan y Fibroso Mather. ¿Querrá eso decir algo?

Matasanos sonrió ante la referencia a la segunda peor cerveza del mundo.

—Entre Goblin y yo te hemos estado observando cada minuto desde que volviste de la Arboleda de la Condena. Parecía probable que esto siguiera sucediendo. No quería que nos perdiéramos nada.

Y aquello planteaba una pregunta muy seria. Dado que cuando estoy en este tiempo a veces puedo recordar el futuro..., ¿por qué nunca recuerdo los viajes al pasado que voy a hacer?

Y cómo podían vigilarme tan de cerca. Nunca los había notado. E intento mantenerme alerta. Nunca se sabe cuándo puede saltar de las sombras un Impostor con el pañuelo de estrangular listo.

—¿Y qué habéis conseguido?

—No hemos visto nada.

—Pero ahora ya estoy sobre la pista —dijo Un Ojo, pavoneándose.

—Eso sí que me llena de confianza.

—Ahora todo el mundo tiene que hacerse el listillo —protestó Un Ojo—.

Recuerdo cuando los jóvenes respetaban a sus mayores.

—Eso era en los tiempos es que no tenían oportunidad de conocer bien a los ancianos.

—Tengo trabajo que hacer —dijo Matasanos—. Un Ojo, quédate con Murgen todo lo que puedas. Seguid hablando de Dejagore y de lo que le está pasando. Tiene que haber pistas en alguna parte. Quizá es que todavía no las reconocemos. Si seguimos en ello seguro que sacamos algo. —Se fue antes de que yo pudiera decir nada.

Entre Matasanos y Un Ojo había pasado algo que me concernía pero que se me escapaba. Y a lo mejor todos teníamos motivo de preocupación. Esta vez no lograba recordar demasiado del momento en el que me encontraba. Las cosas parecían ser nuevas, la primera vez. Y sin embargo, una temblorosa y horrorizada criaturita en lo más oscuro y desolado de mi mente insistía en que seguía reviviendo mi pasado, y que lo peor estaba aún por llegar.

—Creo que por ahora te llevaremos a casa. Tu mujer tendrá la cura para lo que te aflige.

Puede que sí. Ella misma era un milagro. Hasta Un Ojo, que parece incapaz de tratar a nadie con respeto, la trataba como a una señora, y hablaba de ella y con ella siempre en esos términos.

Lo es, por supuesto. Pero está bien que otros lo confirmen.

—Eso es lo primero de todo lo que has dicho que me ha gustado oír. Llévame, hermano. —Yo no conocía el camino.

Miré hacia atrás y vi a Humo y al Impostor tapado. ¿Qué demonios?

Capítulo 31

Mi familia política hace pocos esfuerzos para mejorarla opinión de la gente sobre los nyueng bao. Madre Gota, en particular, es todo un grano en el trasero. La vieja bruja apenas me tolera, y eso solo porque la alternativa sería perder a su hija por completo. Al Viejo lo trata de forma muy antipática.

Con todo, Matasanos nos aprecia a Sari y a mí lo suficiente como para insistirme en que cambiáramos de alojamiento cuando su familia apareció el mes pasado, sacrificando el *glamour* de la vida en el pantano a cambio de la miserable vida en la capital. Pero no volverán al paraíso si madre Gota no controla su boca en público.

El viejo nunca reacciona a sus constantes quejas. Me dijo:

—Llevo treinta años soportando a Goblin y Un Ojo. Una anciana gruñona amargada por la bilis y la artritis no es nada. Dijiste que solo se iba a quedar unas semanas, ¿no?

Cierto. Eso dije. Me pregunto cómo sabrán esas palabras con salsa de soja. O quizá con mucho *curry*.

Ahora que la Dama pasa en el sur la mayor parte del tiempo, vertiendo su cornucopia de ira sobre las Tierras de las Sombras, Matasanos no necesita un alojamiento grande. Nuestra antigua habitación era poco más grande que la celda de un monje. El sitio justo para él, la Dama cuando viene de visita y una cuna que le dio a la Dama un hombre llamado Martinete, que más tarde murió tratando de protegerlas a ella y a la niña de Narayan Singh. Martinete hizo la cuna él mismo. Lo más probable es que muriera porque, como todos los hombres que pasan mucho tiempo alrededor de la Dama, se enamoró de la mujer equivocada.

Matasanos me dio su alojamiento, vale, pero con algunas limitaciones. No podía convertirlo en el nuevo hogar de los nyueng bao. Sahra y Thai Dei eran de la familia. Madre Gota y el tío Doj eran bienvenidos como visitas. Y ni un solo primo o sobrino más de gorra.

La gente que acusa al capitán de usar su posición para enriquecerse debería echarle un vistazo a cómo vive. El Libertador, el señor. Por Narices Déspota Militar de todo Taglios y sus muchas conquistas y estados satélites vive igual que cuando no era más que el médico y analista de la Compañía.

También me hizo mudarme para que dispusiera de un espacio de trabajo adecuado. Le da una gran importancia a los Anales.

Mis libros no están saliendo tan bien. No siempre logro plasmar las cosas de la mejor forma posible. En su tiempo, cuando estaba al cargo, Matasanos era realmente bueno. No puedo evitar comparar mi trabajo con el suyo.

Cuando intentó ser capitán y analista al mismo tiempo, su trabajo se resintió. Y el estilo de la Dama me parece demasiado directo, demasiado seco y a veces un tanto

autocomplaciente. Ninguno de los dos fue completamente sincero y a ninguno se le ocurrió ser consistente con el otro, con sus predecesores, y ni siquiera con sus escritos anteriores. Si se lee atentamente a cualquiera de los dos y se detecta alguna de sus inconsistencias, ninguno admitirá la pifia. Si Matasanos dice que hay ochocientas millas desde Taglios a Lugar de las Sombras y la Dama dice que son cuatrocientas, ¿quién está en lo cierto? Ambos afirman estarlo. La Dama dice que la discrepancia se debe a que crecieron en diferentes sitios y tiempos, donde se usaban diferentes sistemas de pesos y medidas.

¿Y acerca del carácter? Ciertamente en ese aspecto miran con diferentes ojos. Nunca pillarás a Matasanos retratando a un Sauce Swan que no se esté quejando de algo. La Dama hace a Swan enérgico y asertivo, y mucho más agradable. Y la diferencia podría ser que tanto Matasanos como la Dama saben que el interés de Swan por la Dama no es fraternal.

Y consideremos cómo veían a Humo. Podría pensarse que no estaban escribiendo del mismo animal, dado lo diferente que veían al traidor. Luego está Mogaba. Y Hoja. Ambos traidores de corazón negro. En los Anales de Matasanos no hay nada porque ya no escribía cuando Hoja desertó, pero en la vida diaria demuestra constantemente un odio feroz hacia él, sin explicación racional alguna. Mientras tanto, se muestra casi dispuesto a perdonar a Mogaba. Dama ve a esos dos al contrario. Probablemente herviría a Mogaba en la misma olla con Narayan y dejaría ir a Hoja.

Hoja era otro caso como Martinete y Swan.

Supongo que no hay que estar de acuerdo en todo para ser amantes.

También escribían de forma diferente. Matasanos iba elaborando la mayor parte de sus Anales sobre la marcha, y luego volvía sobre sus pasos para rellenar los huecos después de oír otras fuentes. También tenía tendencia a novelar sus puntos de vista secundarios, así que sus Anales no son siempre historia en el sentido convencional de la palabra.

Dama escribió todo su libro después de los hechos, de memoria, mientras estaba reposando y esperaba a su hija. Los puntos de vista secundarios los saca de habladurías de segunda mano. Yo estoy sustituyendo los fragmentos más dudosos con material que considero más veraz, a la vez que trato de poner todo lo que hay confuso en un formato uniforme.

La Dama no siempre está complacida con mis esfuerzos, dijo Matasanos con un claro eufemismo.

Mi principal fallo es que me dejo atrapar por largas digresiones. Me cuesta dejar cosas fuera. He pasado algún tiempo con los historiadores oficiales de la biblioteca real de Taglios y esos tipos me aseguraron que la clave de la historia son los detalles. Como si todo el curso de la historia pudiera cambiar por completo porque a un hombre lo liquidara una flecha perdida en el transcurso de una escaramuza sin

importancia.

Mi habitación de escritura mide cinco por siete metros. Eso me da espacio para la bibliografía, para copias de los viejos Anales y para una gran mesa sobre caballetes donde trabajo en varios proyectos a la vez.

Y todavía queda una aranzada de suelo disponible para Thai Dei y el tío Doj.

Mientras yo estudio, escribo y reviso, Thai Dei y él practican con espadas de madera o chillan, lanzan patadas y rebotan por las paredes. Cada vez que uno de ellos aterriza en mi espacio, lo empujo fuera. Son asombrosamente buenos en lo que hacen. Tienen que serlo con tanta práctica. Pero creo que es más probable que se hagan daño entre ellos que a cualquier persona realmente grande, como uno de nosotros, la vieja guardia.

Me encanta este trabajo. Es mil veces mejor que ser portaestandarte... aunque también sigo con ello. El portaestandarte es siempre el primero en entrar en la refriega y siempre tiene una mano ocupada manteniendo erguido un poste del demonio de grande.

Me preocupa no captar los detalles como hacía Matasanos. Y envidio ese tono sardónico natural suyo. Él afirma que lo hizo bien simplemente porque tenía más tiempo. En aquellos días la Compañía Negra no era más que una banda andrajosa que se movía por los márgenes del mundo, y tampoco estaban pasando muchas cosas. Hoy en día estamos siempre hasta el cuello de mierda. Eso no me gusta. Y al capitán tampoco.

No puedo imaginarme a un hombre al que le guste menos tener el poder que ha caído en sus manos, principalmente porque no había nadie más para asumirlo. Y lo mantiene y lo usa solo porque no cree que haya otro que vaya a llevar a la Compañía a donde él está convencido que tiene que ir.

Logré pasar varias horas sin caerme por un pozo al pasado. No me sentía mal. Sari estaba de excelente humor a pesar de todos los intentos de su madre por arruinarnos el día. Yo estaba absorto en mi trabajo, tan cómodo con la existencia como puede estarse.

Alguien llamó a la puerta.

Sari hizo pasar al capitán. El tío Doj y Thai Dei siguieron con el entrechocar de espadas. Matasanos los observó durante un minuto.

—Inusual —dijo. No parecía impresionado.

—No es militar —le dije—. Es esgrima para solitarios. A los nyueng bao les encantan los lobos solitarios.

Al Viejo no. Su creencia de que necesitas hermanos para que te cubran la espalda llega casi a la convicción religiosa.

La esgrima de los nyueng bao consiste en breves pero intensos períodos de ataque y defensa separados por periodos de inactividad durante los cuales los combatientes

se quedan congelados en posturas extrañas, variando de posición imperceptiblemente para tratar de sorprenderse el uno al otro.

El tío Doj es muy bueno.

—Tengo que admitir que son gráciles, Murgén. Casi como bailarinas.

Al unirme por matrimonio al clan de Sari, me introduje en el estilo de lucha nyueng bao. Realmente no tuve elección. El tío Doj insistió. No estoy demasiado interesado que digamos, pero le sigo la corriente para mantener la paz. Y es un buen ejercicio.

—Es muy estilizado, capitán. Cada postura y cada golpe tienen su nombre.

Algo que yo considero una debilidad. Un guerrero con un estilo tan rígido tiene que ser presa fácil para alguien innovador.

Por otra parte, yo había visto al tío Doj enfrentarse a enemigos reales en Dejagore.

Cambié de idioma.

—¿Permitirías que mi capitán conociera a Varita de Fresno, tío? —Ya se habían estudiado lo suficiente.

Varita de Fresno es la espada del tío Doj. Dice que es su alma. La trata mejor de lo que trataría a una esposa.

El tío Doj se separó de Thai Dei, hizo una leve reverencia y se fue. En unos instantes estaba de vuelta con una espada monstruosa. Medía un metro. La desenvainó cuidadosamente y se la mostró a Matasanos echada sobre el antebrazo izquierdo, donde el acero no tocaría piel húmeda o grasienta. Saludó con otra leve reverencia al hacerlo.

Quería que creyéramos que no sabía tagliano. Propósito vano. Yo lo había conocido cuando lo hablaba con fluidez.

Matasanos sabía algo acerca de las costumbres de los nyueng bao. Aceptó Varita de Fresno con el cuidado y la cortesía apropiados, como si fuera un gran honor.

El tío Doj se lo tragó.

Matasanos cogió torpemente la empuñadura para dos manos. Sospecho que a propósito. El tío Doj se apresuró a mostrarle la forma correcta de empuñarla, igual que hace conmigo en cada sesión de entrenamiento. El vejete se mantiene en forma. Le saca diez años a Matasanos, pero se mueve con más agilidad que yo. Y tiene una paciencia notable.

—Excelente equilibrio —dijo en tagliano el capitán, aunque no me sorprendería descubrir que había aprendido nyueng bao. Tiene facilidad para los idiomas—, pero más vale que esto sea acero superior. —La hoja era demasiado fina y estrecha.

—Asegura que tiene cuatrocientos años —dije yo— y que es capaz de cortar una coraza. Puedo garantizar que a la gente la corta estupendamente. Lo he visto usarla más de una vez.

—Durante el asedio. —Matasanos estudiaba la hoja cerca de la empuñadura de la espada.

—Sí. Marca de la forja de Dinh Luc Doc.

El tío Doj reclamó a su amada enseguida, con los ojos entrecerrados y su expresión normalmente inmutable sustituida por la sorpresa. Al parecer le preocupaba que Matasanos supiera algo de los maestros espaderos nyueng bao. Puede que Matasanos no fuera tan estúpido como se suponía que eran los extranjeros.

El tío Doj cogió uno de sus escasos cabellos y lo pasó por el filo de Varita de Fresno, con resultados predecibles.

—Un hombre podría cortarse y ni siquiera darse cuenta —comentó Matasanos.

—Pasa —le dije—. ¿Querías algo?

Sari trajo té. El viejo lo aceptó aunque no le gusta el té. Me observó observarla, divertido. Siempre que Sahra está en una habitación me cuesta mucho prestarle atención a otros asuntos. Cada vez que la veo me parece más guapa. No puedo creer mi suerte. Sigo temiendo que voy a despertar.

Escalofríos.

—Tienes una verdadera joya, Murgen. —Matasanos ya me lo había dicho antes. Sari le caía bien, lo que le preocupaba era su familia—. ¿Cómo es que te has casado con toda la tropa? —Esto último lo dijo en forsberger. Ninguno de los otros hablaba aquella lengua norteña.

—Tenías que haber estado allí. —Que es realmente todo lo que puede decirse de Dejagore. Aquella pesadilla amalgamó a los nyueng bao y la vieja guardia.

Madre Gota se materializó. El metro cuarenta y cinco de pura bilis. Miró furiosamente al capitán.

—¡Ajá! ¡El gran hombre en persona! —Su tagliano es abominable, pero se niega a admitirlo. Los que no la entienden lo hacen a propósito, para burlarse de ella.

Rodeó a Matasanos con ese andar bamboleante suyo. Casi tan ancha como alta, sin ser realmente gorda, fea, con esos andares de pato, parecía un trol en miniatura. Y su propia gente la llama «el Trol» a sus espaldas. Y tiene la personalidad a juego. Pondría a prueba la paciencia de una piedra.

Thai Dei y Sahra eran hijos tardíos. Rezo para que mi esposa no llegue nunca a parecerse a ella, ni en carácter ni en físico. Pero que se pareciera a su abuela no me importaría.

Siento frío.

—¿Por qué tanto aprietas al hombre de mi Sahra, eh, Señorito Grandioso y Poderoso Libertador? —berreó, y escupió a un lado, un gesto que significa lo mismo para los nyueng bao que para el resto del mundo. Siguió protestando cada vez más rápido. Y cuanto más rápido se quejaba, más rápido andaba bamboleándose—. ¿Crees que esclavo es acaso? ¿Guerrero no? Ningún tiempo para hacerme abuela,

siempre fuera para otras cosas —siguió berreando y volvió a escupir.

De hecho ya había sido abuela. Pero ninguno había sido mío y ninguno estaba vivo. No se lo recordé. No había por qué llamar su atención.

Una hora antes me había puesto verde porque era un tonto, irresponsable e inservible haragán que desperdiciaba todo el tiempo leyendo y escribiendo. Algo que un hombre de verdad no hace con su tiempo.

Madre Gota nunca está contenta con nada.

Matasanos dice que es porque sufre dolores todo el tiempo.

El capitán fingió no entender su entrecortado tagliano.

—Sí, hace un tiempo estupendo. Para esta época del año. Los especialistas agrícolas me han comentado que este año recolectarán dos cosechas. ¿Cree usted que los nyueng bao duplicarán su producción de arroz?

Berrido y escupitajo, y luego una feroz retahila en nyueng bao liberalmente sazonada de imaginativos epítetos, no todos ellos originarios de su lengua natal. Madre Gota odia que se burlen de ella o la ignoren más de lo que odia el resto de las cosas.

Alguien aporreó la puerta. Sari estaba ocupada haciendo algo en alguna parte que le impedía estar lo bastante cerca de su madre para sentirse avergonzada. Fui yo. Me encontré a Un Ojo apestando el pasillo.

—¿Cómo te va, Cachorro? —preguntó el pequeño mago—. Toma. —Me puso un apestoso, roto y arrugado fajo de papeles en las manos—. ¿Está el Viejo por aquí?

—¿Qué clase de hechicero eres si no puedes saber la respuesta?

—Un hechicero perezoso.

Me eché a un lado.

—¿Qué es este desastre? —levanté el legajo.

—Los papeles que me habías estado pidiendo. Mis notas y Anales. —Fue hasta el capitán.

Miré el desastre que tenían en las manos. Algunos de los papeles tenían hongos. En otros la tinta se había corrido por efecto de la humedad. Ese era Un Ojo. Con cuatro años de retraso. Tuve la esperanza de que la pequeña rata no se quedara demasiado. Soltaba piojos y pulgas. Solo se baña cuando se emborracha y se cae a alguna acequia. Y ese maldito sombrero... Algún día le prenderé fuego.

Un Ojo le susurró al capitán. Este le respondió con otro susurro. Madre Gota trató de escuchar. Cambiaron a un idioma que ella no conocía. Madre Gota inspiró una bocanada de aire y se fue a trabajar.

Un Ojo dejó de hablar y la miró fijamente. Era su primer encuentro cara a cara.

Sonrió de oreja a oreja.

Madre Gota no lo impresionaba. Un Ojo tenía doscientos años. Había refinado su repelencia hasta convertirla en arte generaciones antes de que naciera madre Gota.

Hizo el gesto del pulgar hacia arriba y se acercó a mí sonriendo como un crío que acabara de dar con el pie en la olla que hay al final del arco iris.

—¿Querías hacer una presentación formal, Cachorro? —me preguntó en tagliano—. ¡La adoro! ¡Es magnífica! Todo lo que siempre he escuchado. Es perfecta. Un besito, amor.

A lo mejor era porque madre Gota era la única mujer en Taglios de menor estatura que él.

Aquella fue la única vez que vi que a mi suegra le faltaran las palabras.

Thai Dei y el tío Doj también parecían pasmados.

Un Ojo siguió a madre Gota por toda la habitación. Finalmente, ella huyó despavorida.

—¡Perfecta! —ronroneó Un Ojo—. ¡Es absolutamente perfecta! La mujer de mis sueños. ¿Listo, capitán?

¿Estaría drogado?

—Sí. —Matasanos soltó la taza de té, que apenas había probado—. Murgen, quiero que vengas con nosotros, es hora de enseñarte algunos trucos nuevos.

Empecé a sacudir la cabeza. No sé por qué. Sari me rodeó con el brazo. Ya había vuelto, para evitar a su madre estando conmigo.

Sintió mi reticencia y me apretó el brazo. Levantó la vista para mirarme con aquellos preciosos ojos almendrados y me preguntó por qué estaba preocupado.

—No sé. —Supuse que iríamos a interrogar al Impostor de la mano roja. No era un trabajo del que fuera a disfrutar.

El tío Doj me dejó asombrado con una pregunta:

—¿Puedo acompañarte, marido de mi sobrina?

—¿Por qué? —se me escapó.

—Deseo informar mi curiosidad acerca de lo que hace tu gente. —Me habló lentamente, como a un idiota. En su opinión, yo sufro de un grave defecto de nacimiento. No he nacido nyueng bao.

Al menos ya no me llama guerrero de hueso y soldado de piedra.

Nunca he sabido qué significa eso.

Traduje para el Viejo. Este ni siquiera parpadeó.

—Por supuesto, Murgen. ¿Por qué no? Pero vayamos antes de que nos muramos todos de viejos.

¿Qué demonios? Este era el tipo que estaba seguro de que los nyueng bao no pretendían nada bueno.

Contemplé la masa de papel que Un Ojo me había pasado. Olía a moho. Ya trataría de sacar algo de ella más tarde. Si es que se podía sacar algo de ella. Conociendo a Un Ojo, era incluso probable que estuviera escrito en un idioma que se le hubiera olvidado ya.

Capítulo 32

Los Anales de Un Ojo eran tan terribles como yo esperaba. Y un poco más. El agua, el moho, las sabandijas y el descuido criminal habían dejado irrecuperable la mayor parte de sus escritos. Un pasaje reciente había sobrevivido, a excepción de una página central que sencillamente faltaba. Esto servirá para ilustrar lo que Un Ojo considera una crónica adecuada.

Se inventó la ortografía de la mayoría de los nombres de sitios. Lo corregí cuando pude, mirando los mapas, para deducir dónde había estado.

En el otoño de nuestro tercer año en Taglios el capitán decidió enviar el regimiento Khusavir a Prehbehlbed, donde el prahbrindrah Drah se encontraba en campaña contra un puñado de príncipes menores de las Tierras de las Sombras. Se nos ordenó a mí y a varios miembros de la Compañía que fuéramos a prestarles apoyo. El traidor Hoja se encontraba en la región.

El regimiento atravesó Ranji y Ghoja, Jaicur y Cantile, luego Bhakur, Danjil y otras ciudades recientemente capturadas, hasta que, tras dos meses, alcanzamos al príncipe en Praiphurbed. Allí la mitad del regimiento se separó para escoltar a los prisioneros y al botín de vuelta a al norte. El resto de nosotros siguió avanzando hacia el oeste en dirección a Asharan, donde Hoja nos sorprendió y tuvimos que atrancar las puertas y arrojar a un montón de nativos por las murallas porque podían ser espías. Con mi talento fuimos capaces de resistir, aunque las tropas novatas estaban aterrorizadas.

En Asharan encontramos grandes reservas de vino y nos preparamos para pasar el asedio.

Tras unas pocas semanas los hombres de Hoja empezaron a desertar debido al frío y al hambre, así que se decidió a retirarse.

Fue un invierno muy frío. Sufrimos mucho y a menudo tuvimos que amenazar a los nativos para conseguir suficiente comida y leña para el fuego. El príncipe nos mantuvo en movimiento, normalmente apartados de los combates más intensos debido a la falta de experiencia del regimiento.

En Meldermhai, tres hombres y yo nos emborrachamos y nos quedamos rezagados cuando el regimiento partió. Tuvimos que viajar casi cien millas solos para alcanzarlo. Una vez nos llevamos cuatro caballos de un noble local después de haber pasado la noche en su mansión. También nos llevamos su brandy. El noble reclamó ante el príncipe y tuvimos que devolverle los caballos.

Pasamos una semana en Forngaw, hasta que el príncipe nos ordenó bajar al sur hacia el alto Nangel, donde se suponía que debíamos unirnos al cuarto de caballería

para tratar de conducir a los bandidos de Hoja hasta el cañón de Ruderal, pero cuando llegamos allí solo vimos una anciana en todo el territorio y nada para comer excepto coles podridas, la mayor parte de las cuales los campesinos habían enterrado antes de huir.

Luego fuimos a Siluyre pasando por Balichore, y en el bosque nos encontramos una taberna casi idéntica a las del norte. Mientras estábamos borrachos, una bruja nos atacó con sapos venenosos.

Al día siguiente tuvimos que caminar varias millas a través de pantanos y nieve derretida y fango frío, por unas tierras bajas donde sale agua caliente de la tierra e impide que se congele todo. Tras unas cuantas leguas llegamos a la fortaleza de Tracil, donde un regimiento reclutado entre antiguos soldados de los Maestros de las Sombras asediaba a sus primos tracilios. Llevaban mucho tiempo allí, así que fue difícil encontrar provisiones en los alrededores, incluso cuando ofrecimos pagarlas.

Yo trabajé allí tres días en el hospital de campaña donde, debido al frío, se trataban numerosos casos de congelación. El frío mataba a más soldados que el enemigo.

De Tracil marchamos hasta Melopil con la guardia personal del príncipe y sitiarnos la fortaleza del rey local, que se encuentra en una isla en el centro de un lago. El lago estaba helado. Hacía mucho frío y el hielo era muy grueso. Cada vez que tratábamos de avanzar contra el enemigo, sus proyectiles llegaban rebotando sobre el hielo...

... Sureños fueron muertos con gran vigor junto a nuestros hombres por los ingenios que había sobre las murallas hasta que la guarnición logró cerrar las puertas. Entonces llegó el Aullador desde Lugar de las Sombras en su alfombra voladora y las magias empezaron a volar como rayos en una tormenta, y tuvimos que huir. Muchos fueron capturados por el enemigo.

Tras dos semanas llegaron órdenes de emprender la marcha para unirnos al asedio de Rani Orthal. De camino allí localizamos algo de vino, lo que acabó en desastre, ya que los nativos nos robaron las mochilas mientras dormíamos.

En ambos bandos se fueron reuniendo fuerzas de todas partes, y empecé a temerme una batalla importante. Aquello atraería al Aullador a Rani Orthal.

Después de que la ciudad quedara rodeada el enemigo efectuó varios ataques contra nuestras obras de asedio y trincheras, lo que vino a parar en fuertes pérdidas para ellos. Pasadas dos semanas, cuando empezaban los primeros signos de la primavera, lanzamos un ataque sorpresa por la noche que llevó las obras de asedio hasta la muralla de piedra. Los soldados mataron a todo el mundo de lo enfadados y asustados que estaban por luchar de noche. Cuando llegaron a la muralla tiraron por ella a todo el mundo excepto a las mujeres y niños.

Entonces llegó el Aullador desde Lugar de las Sombras y con él un pequeño

enjambre de sombras, y tuvimos que abandonar todo lo que habíamos capturado.

El Aullador y las sombras se fueron a la salida del sol y el prahbrindrah Drah se adelantó en persona para decirle al enemigo que atacaríamos a la caída de la tarde y que esta vez no habría clemencia. El ataque no tuvo lugar porque el rey local decidió pasarse a Taglios. Las puertas de la ciudad se abrieron y se les entregó a los soldados por una noche, aunque no se les permitió portar más armas que sus dagas.

La tierra de esa zona es muy pobre. Los cultivos no son de naturaleza delicada. Comen mucha col y tubérculos, y el cereal más habitual es el centeno.

Cuando pasamos un mes en tareas de guarnición en Thruthelwar me hice amigo del hijo del señor, un chico de unos once años, y lo encontré inteligente pero ignorante de la religión, la lectura y la escritura. Su padre me dijo que los Maestros de las Sombras han prohibido toda práctica religiosa y la educación de cualquier tipo a lo largo y ancho de su imperio, y que se ofrecían recompensas por los libros, especialmente los más antiguos, que eran quemados en el momento mismo de su entrega. De igual forma había recompensas por los sacerdotes que intentaban servir a su fe, que también eran quemados en cuanto los entregaban. Esta ley debía de complacer mucho a Hoja.

Tras el mes de guarnición llegaron órdenes de que el regimiento volviera a Jaicur, donde la Dama estaba reuniendo un ejército para la campaña estival oriental. En Jaicur me separé del regimiento y viajé rumbo norte hacia Taglios, donde fui recibido con gran alegría por mis viejos compañeros de la Compañía Negra.

El registro de esta campaña parece ser el más cuidadosos y detallado de Un Ojo. Los fragmentos restantes sugieren historias mucho menos coherentes.

Capítulo 33

El Impostor de la mano roja cautivo nos esperaba en una habitación que supuestamente era a prueba de espionaje mágico. Un Ojo juraba que había tejido los conjuros tan bien que ni siquiera la Dama en sus mejores tiempos podría haberlos traspasado para escuchar.

Matasanos gruñó:

—Lo que la Dama pudiera hacer entonces no me preocupa. Me preocupa el Maestro de las Sombras ahora. Me preocupa Atrapa Almas ahora. Se mantiene oculta, pero está ahí fuera y quiere saberlo todo de todo. Me preocupa Aullador ahora. Quiere un buen mordisco de la Compañía.

—No hay problema —insistió Un Ojo—. Ni el mismísimo Dominador podría colarse aquí.

—¿Qué te apuestas a que eso era exactamente lo que pensaba Humo de su habitación a prueba de espías?

Tuve un escalofrío. Un Ojo igual. Yo no había presenciado la destrucción de Humo a manos del monstruo que se infiltró en su escondrijo a través de un agujerito en sus defensas, pero lo había oído.

—¿Qué pasó con Humo? —pregunté. El monstruo no lo había matado.

Matasanos se llevó un dedo a los labios.

—Justo al doblar la esquina.

Pensé que volvíamos a la habitación donde Goblin, Un Ojo y el Viejo me habían despertado del último ataque. Supuse que tendrían allí al estrangulador de la mano roja, detrás de la cortina. No era así. Llegamos a lo que parecía ser un sitio completamente diferente.

Y el Impostor no estaba solo.

La radisha Drah, hermana del príncipe reinante, el prahbrindrah Drah, estaba apoyada contra la pared y miraba fijamente al prisionero con una expresión que indicaba su convencimiento de que el Libertador era blando con los villanos. Pequeña, oscura y arrugada, como la mayoría de las mujeres taglianas que logran pasar de los treinta, era una mujer dura, y además demasiado inteligente. Dicen que la única vez que perdió la compostura fue la noche que la Dama mató a la cúpula sacerdotal de los diversos cultos de Taglios, poniendo fin así a la resistencia religiosa a su participación en el esfuerzo bélico como pieza clave.

Desde aquella demostración había habido muchas menos intrigas. Nuestros aliados y patrones ahora parecían inclinados a dejar nuestra destrucción en nuestras propias manos.

Si se sondeara a la nobleza y el sacerdocio de Taglios, resultaría que la mayor parte de la clase alta cree que es la Radisha la que toma las decisiones de gobierno.

Lo que se aproxima a la verdad. Su hermano es más fuerte de lo que se suele suponer, pero prefiere estar fuera guerreando.

Detrás de la Radisha había una mesa. Sobre la mesa yacía un hombre.

—¿Humo? —pregunté yo.

Mi pregunta había encontrado respuesta. Humo seguía vivo. Y en coma. Tenía el tono muscular de un cuenco de manteca.

Tras él estaba el otro lado de una cortina idéntica a la que yo había visto al despertarme. Entonces sí que era la misma habitación, pero habíamos entrado por otra parte.

Extraño.

—Humo —admitió Matasanos, y me di cuenta de que me estaban haciendo partícipe de un gran secreto.

—Pero...

—¿Ha dicho algo interesante este personaje? —le preguntó Matasanos a la Radisha, interrumpiéndome. Tenía que haber estado entreteniéndose con el prisionero. Y debía de haber alguna razón para que el capitán no quisiera que le prestara demasiada atención a Humo.

—No, pero lo hará.

El estrangulador fingió una sonrisa de desprecio. Un hombre valiente, pero estúpido. Él, entre todas las personas, debía saber de lo que era capaz la tortura.

Una vez más aquellos escalofríos en la columna vertebral...

—Lo sé. Vamos a ello, Un Ojo. Murgen ya nos ha hecho esperar bastante.

Los Anales. Lo había estado posponiendo para que yo pudiera incluirlo en los Anales.

No tenía por qué haberse molestado. No soy un gran entusiasta de la tortura.

Un Ojo empezó a tararear. Palmeó la mejilla del prisionero.

—Vas a tener que ayudarme con esto, cariñito. Seré tan amable como tú me dejes serlo. ¿Qué es lo que estáis preparando los estranguladores en Taglios? —Un Ojo miró al capitán—. ¿Cuándo vuelve Goblin, jefe?

Sigue con esto.

Un Ojo hizo algo. El estrangulador sufrió espasmos y tiró de las ligaduras, su grito no fue mucho más que un raspeo sin aliento.

—Pero es que le he encontrado la mujer perfecta, jefe —dijo Un Ojo—. ¿No es así, cachorro? —Sonrió malignamente, inclinado sobre el Impostor. Aquella pasa marrón de hombre solo llevaba un taparrabos sucio.

Así que ese era el motivo de que Un Ojo estuviera tan excitado con madre Gota. Quería usarla como broma pesada contra Goblin. Debería haberme sentido enfadado, supongo, quizá por Sagra, pero no logré indignarme.

Aquella mujer pedía a gritos que la maltrataran.

Un Ojo habló en tono meloso.

»¿Comprendes tu posición aquí, cariñito? Estabas con Narayan Singh cuando te atrapamos. Tienes la mano roja. Esas cosas indican que eras uno de esos Impostores muy especiales que el capitán quiere de verdad. —Señaló a Matasanos. La palabra que usó para capitán fue *jamadar*, que tiene fuertes connotaciones religiosas para los Impostores.

Pudieron con la Dama, pero ella los marcó con la mano roja. Eso los hace destacar entre la muchedumbre.

Un Ojo sorbió saliva entre los dientes. Alguien que no lo conociera podría haber creído que estaba pensando.

»Pero yo soy un buen tipo que odia ver a la gente sufrir, así que te voy a dar la oportunidad de no acabar como esa cucaracha de allí. —Señaló a Humo con el pulgar. El fuego crepitó entre los dedos de su otra mano. El estrangulador gritó esa clase de grito que te deja los nervios en carne viva y luego te los unta de sal—. Puedes hacer que esto dure eternamente o que acabe rápido. Depende de ti. Cuéntame qué pretenden los Impostores aquí en Taglios. —Se inclinó más y susurró—: Incluso puedo arreglarlo para que escapes.

El prisionero tuvo la boca abierta por un momento. El sudor le entró en los ojos, le picó. Trató de sacudírselo.

»Me apuesto a que ella pensará que Goblin es tan guapo como un escarabajo —dijo Un Ojo—. ¿Qué opinas, Cachorro?

—Creo que más te vale que sigas con esto —cortó secamente Matasanos. No se encontraba cómodo con la tortura y no le quedaba paciencia para los juegucitos de Goblin y Un Ojo.

—Tranquilo, jefe. Este tipo no va a ir a ninguna parte.

—Pero sus amigos planean algo.

Miré al tío Doj a ver qué pensaba de estas discusiones. Su rostro era el de una estatua. Quizá ya no comprendía el tagliano.

—¡Si no te gusta cómo hago mi trabajo, despídeme y hazlo tú mismo! —ladró Un Ojo. Le clavó el dedo al prisionero. El Impostor se tensó esperando lo que llegaba ahora—. Tú. ¿Qué tenéis preparado en Taglios? ¿Dónde están Narayan y la Hija de la Noche?

Yo mismo me puse tenso. Sentí un gran escalofrío. ¿Qué era?

El prisionero tragó aire. Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. No podía ganar. Si sabía algo y hablaba, y llegaría el momento en que lo haría, su propia gente no le mostraría piedad.

—No hay escapatoria —le dijo Matasanos como si sintiera sus pensamientos.

Todas mis simpatías están con el Viejo. Incluso aunque recupere a su hija algún día, no encontrará lo que busca. Ha sido una Impostora desde el día en que nació,

criada para ser la Hija de la Noche que traerá el Año de los Cráneos de Kina. Infiernos, la consagraron a Kina mientras todavía estaba en el vientre de su madre. Será lo que ellos quieran que sea. Y esa es una oscuridad que romperá el corazón de sus padres.

—Háblame, cariñito. Dime lo que necesito saber. —Un Ojo trataba de mantenerlo en el uno a uno, solos él y su cliente. Le dio al estrangulador un momento para reflexionar. El resto observábamos inexpresivos, quizá con un pellizco de piedad entre todos. Aquel era un hombre de pañoleta negra. En términos de los estranguladores quería decir que era culpable de más de treinta asesinatos sin remordimientos... a menos que hubiera estrangulado a otro hombre de pañoleta negra y hubiera conseguido el ascenso por la vía más directa.

Kina es la Impostora definitiva. Ocasionalmente disfruta traicionando a los suyos.

Un argumento que Un Ojo no pensó en presentarle a nuestro huésped Impostor.

El estrangulador volvió a gritar e intentó gorgotear algo.

—Tendrás que hablar —le dijo Un Ojo.

—No puedo decírtelo. No sé dónde están.

Yo le creí. Narayan Singh no se mantenía vivo a base de anunciar sus itinerarios en un mundo donde toda la gente iba tras él.

—Qué pena. Pues dime por qué tenemos Impostores aquí en Taglios después de todo este tiempo.

Me preguntaba por qué seguía a vueltas con eso. Los estranguladores llevaban años sin atreverse a operar en la ciudad.

Un Ojo y el Viejo debían de saber algo. ¿Pero cómo?

El prisionero gritó.

—Los que atrapamos siempre lo ignoran —comentó la Radisha.

—No importa —dijo Matasanos—. Sé exactamente dónde está Singh, o al menos dónde va a estar cuando deje de correr. Mientras él no se dé cuenta de eso, sé que siempre estará donde yo lo quiero.

El ceño del tío Doj tembló. Se estaría poniendo interesante para él.

La Radisha miró furiosa, frunció el ceño, se quedó mirando fijamente. Le gustaba creer que el suyo era el único cerebro que funcionaba en palacio. Nosotros los de la Compañía Negra se supone que solo somos músculo de alquiler. Casi se podían oír los crujidos y gemidos mientras su mente le daba vueltas. ¿Cómo podía Matasanos saber algo así?

—¿Dónde está?

—Ahora mismo va cagando leches para tratar de reunirse con Mogaba. Dado que no podemos detenerlo, ya que van tan rápido como cualquier mensaje que pudiéramos enviar para que lo persiguieran, olvidémonos de él.

Pensé en hacer una sugerencia acerca de los cuervos. Matasanos habla con los

cuervos. Y los cuervos vuelan más rápido de lo que corre un Impostor... No se me paga para pensar y yo no estaba allí para hablar.

—¿Olvidarlo? —La Radisha pareció sobresaltarse.

—Solo por ahora. Descubramos qué planean aquí sus compinches.

Un Ojo reanudó su tarea. Yo miré al tío Doj, que había permanecido apartado y en silencio más tiempo del que yo consideraba posible. Notó mi mirada.

—¿Puedo interrogar al hombre? —preguntó en nyueng bao.

—¿Por qué?

—Quiero poner a prueba sus creencias.

—No hablas tagliano lo suficientemente bien. —Una puya.

—Entonces traduce.

Solo por divertirse, o quizá para congraciarse con el tío Doj, Matasanos asintió.

—No me importa que lo haga, Murgen. No puede hacer ningún daño.

Su comentario demostraba claramente su familiaridad con el dialecto nyueng bao. Tenía que haber un mensaje en ello para el tío Doj, especialmente si se unía a su observación anterior acerca de la procedencia de Varita de Fresno.

¿Qué demonios? Yo estaba confundido. Y volviéndome algo más que un poco paranoico. ¿Había vuelto a mi mundo de verdad después de mi último ataque?

En un tagliano tan pasable como el que yo recordaba, el tío Doj le fue planteando preguntas rápidas y amistosas al Impostor. Eran preguntas de la clase que la mayoría de la gente responde sin pensar. Descubrimos que el hombre tenía una familia pero que su mujer había muerto en el parto. Entonces se dio cuenta de que lo estaban manipulando y contuvo su lengua.

El tío Doj iba de arriba abajo como un trol feliz, parloteando, y logró sacarle al prisionero gran parte de su pasado, pero ni una sola vez se acercó a los hechos del renovado interés de los estranguladores en la ciudad de Taglios. Me di cuenta de que Matasanos le prestaba más atención a tío Doj que al prisionero. El capitán, por supuesto, vive en el ojo de un huracán de paranoia.

Matasanos se me acercó.

—Quédate cuando se vayan los otros —dijo en un susurro de media noche. No me dijo el porqué. Fue y le dijo algo a Un Ojo en un idioma que ni siquiera yo entendí.

Hablaba al menos veinte idiomas, de tanto tiempo como llevaba con la Compañía. Un Ojo probablemente hablaba muchos más, pero no los compartía con nadie salvo Goblin. Un Ojo asintió y siguió a lo suyo.

Muy pronto el mago retaco empezó a empujar al tío Doj y a la Radisha en dirección a la puerta. Lo hizo tan delicadamente y con tanto tacto que no protestaron. El tío Doj era un invitado, a fin de cuentas, y la Radisha tenía asuntos importantes que atender en otro sitio, y Un Ojo lo hizo de forma tan diferente a su habitual

personalidad áspera que les hizo creer que era idea suya. De cualquier modo, se fueron.

Matasanos se fue con ellos, lo que ayudó. Pero a los cinco minutos estaba de vuelta.

—Ya lo he visto todo —le dije—. Ya no quedan maravillas. Puedo salirme de esta bandada de pollos y dedicarme a mi proyecto de empezar una granja de nabos.

Lo que solo era una broma a medias. Cada vez que la Compañía deja de moverse la gente empieza a hacer planes. La naturaleza humana, supongo.

Aquí se desconoce el nabo, pero yo he visto vastas extensiones de tierra perfectas para cultivar nabos, chirivías o remolachas. Y Otto y Lamprea no están muy lejos, con lo que las semillas deberían estar disponibles pronto. A lo mejor incluso traen patatas.

Matasanos sonrió ampliamente y se volvió hacia Un Ojo.

—Esta comadreja no nos va a decir nada de utilidad.

—¿Sabes de qué se trata, jefe? Te lo apuesto. Está ganando tiempo. Tiene algo que trata de guardar un poco más. Eso es lo que se le pasa por la cabeza cada vez que le hago daño. Piensa que tiene que resistir una vez más. Y luego otra más.

—Vamos a dejarlo pasar sed un tiempo. —Matasanos empujó la silla del Impostor hasta pegarla a la pared y lo cubrió con un trozo de lino andrajoso como si fuera un mueble viejo—. Murgen, escucha. Cada vez tenemos menos tiempo. Van a empezar a pasar cosas. Te necesito en primera fila, sano o no.

—No me gusta cómo suena eso.

Matasanos no estaba para bromas.

—Hemos descubierto algunas cosas muy interesantes acerca de Humo. —De repente hablaba el dialecto de las Ciudades Joya, que aquí era desconocido fuera de la Compañía, a menos que Mogaba estuviera acechando por ahí—. Nos hemos quedado parados debido a tus ataques y lo que pueden significar, pero tenemos que seguir avanzando. Es hora de arriesgarse. Hay unos cuantos trucos nuevos que debes aprender, perro viejo.

—¿Intentas asustarme?

—No. Esto es importante. Presta atención. Yo ya no tengo tiempo de trabajar con Humo. Ni Un Ojo, el arsenal le ocupa todo el tiempo. Y no confío en nadie más que en ti para ayudar con esto.

—¿Eh? Vas demasiado rápido para mí.

—Presta atención. Y con eso quiero decir que tengas los oídos y los ojos abiertos y la boca cerrada. Puede que no tengamos mucho tiempo. La Radisha podría decidirse a volver para torturar al Impostor de nuevo. Le gusta esa clase de cosas. —Le habló a Un Ojo—. Recuérdame que intente asignar a Fibroso Mather aquí de forma permanente. La Radisha no suele propasarse cuando él está cerca.

—Se supone que debería estar a punto de volver a la ciudad, si es que no ha vuelto ya.

—Ese es mi jefe de inteligencia —me dijo Matasanos señalando a Un Ojo y sacudiendo la cabeza—. Ciego de un ojo y no puede ver por el otro.

Miré al villano cubierto por la tela. Había empezado a roncar. Un buen soldado aprovecha el descanso cuando se le presenta la oportunidad.

Capítulo 34

Pasaron las horas. Matasanos se fue y volvió. Me dio una palmada en la espalda.

—¿Ves lo fácil que es, Murgen? ¿Has visto alguna vez un truco tan grande que fuera tan sencillo?

—Pan comido —admití—. Es como caerse de un árbol. O como caerse a un pozo sin fondo, algo que ya tengo bastante práctica involuntaria haciendo. —Nunca nada es tan sencillo como la gente te dice que va a ser. Sabía que esto no iba a ser una excepción cuando lo probé en persona, asombroso como era—. Por lo menos ahora entiendo cómo te las arreglabas para dar miedo sabiendo cosas que no deberías saber.

Matasanos rio.

—Adelante. —Mostrar su asombroso descubrimiento lo había puesto de muy buen humor—. Inténtalo.

Le dediqué una mirada que él decidió interpretar como que yo no había entendido realmente lo que quería decirme. Pan comido. Como caerse de un árbol. Quizá. Solo que Un Ojo no es demasiado buen maestro.

—Haz lo que te ha enseñado Un Ojo. Decide lo que quieres ver. Díselo a Humo. Pero ten muchísimo cuidado con cómo lo dices. Tienes que ser preciso. La precisión lo es todo. La ambigüedad es mortal.

—Así es como funciona la magia en todas las historias que he oído, capitán. Las ambigüedades son siempre las que lo joden todo.

—¿Eso crees? Puede que tengas razón. —Tengo que haberle tocado una fibra sensible. Repentinamente se puso pensativo—. Adelante.

Yo tenía mis dudas.

—Esta cosa se parece mucho a lo que me pasa cuando me caigo por el pozo hasta Dejagore. ¿Podría Humo ser el responsable de algún modo?

Matasanos negó con la cabeza.

—No. No es lo mismo. Adelante. Insisto. Estás desperdiciando el tiempo. Ve a buscar algo que siempre quisiste saber para los Anales. Nosotros estaremos justo aquí para cubrirte.

—¿Qué tal si busco a Otto y Lamprea?

—Sé dónde están. Acaban de pasar la primera catarata. Estarán aquí en unos días. Intenta otra cosa.

Lamprea y Otto habían pasado los tres últimos años en un viaje al norte con una delegación tagliana y cartas de la Dama para los que se habían quedado atrás. Su misión era descubrir cualquier cosa que se supiera allí acerca del Maestro de las Sombras Sombra Larga. Uno de los Maestros de las Sombras muerto, Sombra de Tormenta, había resultado ser Tormentosa, una refugiada del antiguo imperio de Dama a la que se había dado por muerta. Y otros dos hechiceros poderosos y

malvados a los que se creía muertos desde hace mucho han aparecido y se han convertido en granos en nuestros traseros: el Aullador y la hermana loca de Dama, Atrapa Almas. Y También estaba Cambiaformas, pero ya nos encargamos de él.

Que Otto y Lamprea hubieran logrado sobrevivir a un viaje tan increíble me parecía un milagro enorme. Pero Otto y Lamprea están bendecidos.

—Supongo que traerán una nueva colección de cicatrices de las que hablar.

Matasanos asintió. Ahora parecía un tanto serio. Algo nervioso. Hora de seguir con mi entrenamiento.

Una tragedia del pasado, que nunca había sido explicada, atrapó mi imaginación. Habían sucedido unos asesinatos grotescos, horribles y sin sentido en una aldea llamada Bond, que nunca se habían podido relacionar con nadie ni con nada, que yo supiera. Estaba seguro de que eran importantes de alguna manera y me asombraba que, incluso hoy día, la masacre no se hubiera resuelto.

Cogí la mano de Humo, puse la mente en blanco y susurré las cuidadosas instrucciones. Y allí fui, fuera de mi cuerpo, tan repentinamente que casi me entró el pánico. Por un momento creí recordar haber hecho todo esto antes. Pero no pude recordar lo que se suponía que iba a ocurrir.

El Viejo tenía razón. Esto no era lo mismo que mis involuntarias zambullidas en mi propio pasado. En esta pesadilla yo era plenamente consciente y tenía el control. Yo era una visión incorpórea que volaba hacia Bond, pero mi misión seguía clara en mi mente. Aquello era una gran diferencia. Cuando flotaba sobre Dejagore no tenía identidad ni control hasta que no me fusionaba con mi yo del pasado. Entonces me olvidaba del futuro.

Bond es un caserío en la ribera sur del río Principal, frente al vado de Vehdna-Bota. Durante siglos, el Principal ha sido la frontera tradicional de Taglios. La gente que vive al sur del río comparte el idioma y la religión de Taglios, pero no son considerados más que primos tributarios por los taglianos propiamente dichos.

La parte no agraria de la economía de Bond giraba alrededor de una pequeña casa de postas del correo militar. Una mínima guarnición de caballería shadar se encargaba de la casa de postas y vigilaba el tráfico del vado. Bond era la clase de destino con el que sueñan los soldados. No había oficiales y muy poco trabajo. El río solo era vadeable tres meses al año. Pero la guarnición cobraba el año entero.

El alma de Humo se deslizó hasta aquel desastre tan distante en el tiempo. Yo me mantuve con él, cargado de miedo a pesar de las palabras tranquilizadoras de Matasanos.

Estaba muy oscuro aquella noche en Bond. El horror acechaba en la noche, en una pesadilla de esas en las que los hombres son presas en vez de predadores. Un monstruo avanzaba sigilosamente por la aldea en dirección al establo militar. Yo observaba desde un sitio desde el que no podía avisar.

Un solitario soldado estaba de guardia. Daba cabezadas, ni él ni los caballos sintieron el peligro.

El pestillo de la puerta del establo se levantó. Ninguna mente animal sabía tirar de un cordel. El soldado se despertó dando un respingo justo a tiempo de ver una silueta oscura con ojos escarlatas lanzarse contra él.

El monstruo se alimentó y luego se alejó en la noche. Volvió a matar, los alaridos despertaron a la guarnición. Los soldados echaron mano de las armas. El monstruo, parecido a una pantera negra sobredimensionada, corrió hasta el río y nadó hasta la orilla norte.

Ahora ya sabía algo. El asesino era un cambiaformas, la acolita del hechicero del mismo nombre, al que habíamos destruido la noche que capturamos Dejagore. Logró escapar, pero atrapada en forma animal.

—¿Por qué solo este incidente en más de cuatro años?

Quise seguir a la pantera para saber qué había sido de ella, pero no pude forzar a Humo. El mago comatoso no tenía voluntad ni personalidad que yo pudiera detectar, pero aparentemente tenía sus limitaciones.

Sin embargo, extrañamente, no sentí emoción alguna hasta que volví a la realidad del palacio. Entonces cayó sobre mí como una ola, con fuerza, dejándome sin aliento.

—¿Es cierto todo lo que se ve ahí fuera? —pregunté.

—No hemos obtenido ninguna evidencia de lo contrario. —La cautela de Matasanos indicaba que tenía sus reservas. Siempre desconfiado, nuestro capitán—. Tienes mal aspecto. ¿Has visto algo desagradable?

—Muy desagradable. —Un Ojo se había ido y el estrangulador se había hecho sus necesidades encima. Arrugué la nariz—. ¿Puedo usar a Humo para mirar cualquier sitio?

—Casi. Hay algunos sitios a los que no puede o no quiere ir. Y no puede retroceder al tiempo antes de que entrara en coma. Ya puedes actualizar los Anales con la precisión de un testigo presencial. Pero siempre ten cuidado con orientarlo adecuadamente.

—Vaya. —Ya había empezado a captar las implicaciones—. Esto vale más que una legión veterana. —Ahora sabía cómo habíamos logrado esos golpes tan impresionantes últimamente. Si puedes colgarte del hombro de tu enemigo, nada le va a salir como desea.

—Vale mucho más. Y por eso vas a mantener la boca cerrada incluso delante de tu amada.

—¿Lo sabe la Radisha?

—No. Tú, yo y Un Ojo. Quizá Goblin, si Un Ojo lo tenía que compartir con alguien. Y ese es el límite. Un Ojo lo descubrió por accidente mientras intentaba sacar a Humo del coma. Humo ha estado en Atalaya. Ha caminado por su interior. Se

ha encontrado con Sombra Larga en persona. Queríamos hacerle algunas preguntas, pero decidimos que podían esperar. No se lo digas a nadie. ¿Comprendido?

—Otra vez sospechando de mi familia política.

—Te rebano el pescuezo.

—Mensaje captado, jefe. Nada de irles con el cuento a mis amigotes Impostores. Mierda. Esto podría hacernos ganar la guerra.

—No va a perjudicar. Mientras siga siendo un secreto. Tengo asuntos que tratar con la Radisha. Practica. No te preocupes por forzarlo mucho. No se puede.

Me apretó el hombro y salió de la habitación con un paso que parecía a la vez decidido y fatalista. Debía tener frente a sí un nuevo debate presupuestario. Dependiendo de si eras el Libertador o la Radisha, el ejército nunca tenía suficiente o siempre pedía demasiado.

Así que allí estaba yo con un mago medio muerto y un apestoso estrangulador cubierto por un trapajo de lino. Pensé en utilizar a Humo para averiguar qué se traían entre manos los socios de Apestoso en Taglios, pero razoné que el capitán no lo habría hecho interrogar si Humo hubiera podido proporcionar respuestas útiles. Quizá no solo tenías que ser preciso con las instrucciones, también tenías que tener cierta idea de lo que estabas buscando. No podrías ni encontrarte el codo si no sabías dar las instrucciones para llevarte allí.

¿La conclusión? El viejo Humo era un milagro pero tenía serias limitaciones. Y la mayoría de ellas existía dentro de nuestras cabezas. Nos convertiríamos en beneficiarios o víctimas de nuestras propias imaginaciones.

¿Qué debería ir a ver entonces?

Ahora estaba excitado, dispuesto para la aventura. ¿Qué demonios? ¿Por qué no ir directo a por el grande? ¿Qué tal echarle un vistazo al mismísimo Maestro de las Sombras, Sombra Larga, el número uno de la lista negra de la Compañía?

Capítulo 35

Sombra Larga parecía sacado directamente de mis fantasías. Era un monstruo mortífero. Era alto, delgado e inquieto, dado a estallidos de furia y víctima de ataques similares a los temblores de la malaria. Vestía una especie de camisa larga y negra que llegaba hasta el suelo y ocultaba un cuerpo mortalmente demacrado. Comía con muy poca frecuencia, y entonces solo picoteaba. Podía haber sido una víctima del hambre.

Hilos de plata, oro y negro brillante, bordados o entretejidos en su túnica, lo protegían con decenas de hechizos estáticos. A primera vista parecía cien veces más paranoico que Matasanos. Pero tenía motivos. Había un mundo entero lleno de gente ansiosa por chamuscarle las escuálidas posaderas y no tenía más amigos que Mogaba y Hoja.

El Aullador no era un amigo. Era un aliado.

Una de las obsesiones de Sombra Larga era la Compañía. Yo no lo entendía. Un enemigo de nuestra clase no debería incomodarle en absoluto. No somos exterminadores de mundos.

Su rostro, que mantenía enmascarado constantemente excepto cuando estaba solo, era cadavérico. Sus rasgos pálidos y cerosos estaban congelados en una permanente expresión de miedo. No había forma de saber su raza de nacimiento. Sus ojos eran de un gris desteñido con manchas rosadas en los bordes, pero no creo que sea albino. Exploté la habilidad de Humo, y revoloteé a través del tiempo para descubrir rápido todo lo interesante. Nunca pillé desnudo a Sombra Larga. El hombre no se bañaba. No se cambiaba de ropa. Llevaba guantes todo el tiempo.

El último de los cuatro Maestros de las Sombras, ahora el Maestro de las Sombras, en singular. Era el tirano indiscutido de la ciudad de Lugar de las Sombras y un semidiós dentro de su fortaleza de Atalaya. Su más leve capricho podía desencadenar un centenar de terrores y hacer correr a diez mil hombres para complacerlo. Y aun así era un condenado a cadena perpetua sin posibilidad de indulto.

Atalaya es la segunda construcción humana más meridional. Intenté avanzar más allá de esa fortaleza. En algún punto de las brumas tras Atalaya se encuentra Khatovar, hacia la cual llevamos años marchando. Un solo vistazo sería algo maravilloso.

Humo se negó a ir más al sur.

Cuando todavía conservaba la salud, Humo había estado obsesionado con Khatovar. Khatovar había sido la razón de que desertara del bando de la Radisha y el prahbrindrah Drah hacía años. El miedo a Khatovar debía haber quedado impreso en su misma carne y su alma.

La fortaleza de Sombra Larga era inmensa. Atalaya dejaba pequeña cualquier construcción humana que yo haya visto, incluyendo la monstruosa torre de la Dama en Hechizo. Dos décadas después de que comenzaran las obras, la construcción de Atalaya era la principal industria de Lugar de las Sombras, la ciudad que se llamaba Kiaulune antes de la llegada de los Maestros de las Sombras. Kiaulune significaba puerta de las sombras en el dialecto local.

Los obreros trabajaban día y noche. No conocían los festivos. Sombra Larga estaba decidido a tener la fortaleza completa antes de que sus enemigos llegaran hasta él. Creía que si ganaba esa carrera se convertiría en el amo del mundo. Ningún poder en el cielo, el infierno o la tierra sería capaz de alcanzarlo dentro de Atalaya cuando estuviera completa. Ni siquiera la oscuridad que lo acariciaba todas las noches con su terror.

Las murallas exteriores medían treinta metros o más. ¿Dónde se puede encontrar una escalera tan alta?

Caracteres de latón y plata relucían en las planchas de acero que revestían la piedra basta de la muralla. Batallones de trabajadores no hacían otra cosa que mantener esas runas pulidas y brillantes.

No podía leerlas, pero supe que eran los anclajes de enormes hechizos defensivos. La magia de Sombra Larga impregnaba todo cuanto formaba parte de Atalaya, capa tras capa. Si se le daba tiempo, cada superficie exterior de la fortaleza acabaría oculta tras una maraña impenetrable de conjuros.

Una vez el sol se ponía, Atalaya se convertía en un espectáculo de luces. Las torres estaban rematadas por cámaras de cristal resplandeciente, lo que hacía que el sitio asemejara un bosque de faros. Las cúpulas de cristal eran sitios desde donde Sombra Larga podía observar a salvo de sus miedos. Las abrumadoras luces no dejaban sitio para que se escondieran las sombras.

Temía aquello que dominaba más que a nada en el mundo. Incluso la Compañía Negra no era más que un molesto mosquito.

Incluso inacabada, Atalaya me infundió pavor. ¿Qué clase de locos guiados por la soberbia éramos nosotros que trazábamos una ruta que pasaba por aquella plaza fuerte?

Pero Sombra Larga tenía enemigos más difíciles de asustar que yo. Para algunos de ellos, ninguna fortaleza terrenal ni el tiempo siquiera significaban mucho. Lo devorarían antes o después, en el momento en que bajara la guardia.

Había decidido apostar todo a un juego en el que los riesgos eran tan serios como grandes las posibles ganancias. Y era demasiado tarde para retirarse. Sería vencedor o víctima.

Sombra Larga vivía dentro de la cámara de cristal que remataba la torre central más alta de Atalaya. Dormía muy poco, por miedo a la noche. Pasaba horas y horas

simplemente mirando al sur hacia una llanura de piedra reluciente.

Un graznido rasgó el cielo sobre la lúgubre ciudad. La gente de Lugar de las Sombras lo ignoró. Si acaso alguna vez pensaban en el extraño aliado de su amo, era probablemente para tener la esperanza de que le llegara su hora y Sombra Larga perdiera una potente arma. Los habitantes de Kiaulune eran un pueblo quebrado, sin ánimo, sin esperanza, peor incluso que los jaicuri en el punto más bajo del asedio de Dejagore.

Casi todos ellos eran demasiado jóvenes para recordar un tiempo en el que no había un Maestro de las Sombras ejerciendo más poder sobre sus vidas del que habían ejercido sus perdidos dioses.

Ni siquiera Sombra Larga podía extirpar el rumor. Incluso en el corazón de su imperio había gente que tenía que viajar, y los viajeros siempre traen historias. Algunas historias incluso son ciertas. La gente de Lugar de las Sombras sabía que se aproximaba un peligro proveniente del norte.

El nombre de la Compañía Negra estaba en el corazón de todos los rumores. Aquello no era motivo de felicidad para nadie. Sombra Larga podía ser un verdadero diablo, pero mucha de su gente temía que su caída no fuera más que el preludio a una estación de penurias aún más calamitosa.

Hombres, mujeres y niños, las gentes de Lugar de las Sombras, eran conocedores del verdadero secreto del universo: siempre hay una sombra más oscura acechando detrás de aquella cuyo rostro puedes ver.

Sombra Larga extendía su mano y causaba dolor y miedo porque él mismo era víctima de un millar de terrores.

Era un sitio feo. Tan feo que quise volver a algún sitio cálido y donde hubiera alguien que me abrazara y me dijera que la oscuridad no siempre es el escondite del horror. Quería a mi Sari, mi luz en la noche que gobierna el mundo.

—Humo, llévame a casa.

Capítulo 36

Matasanos me avisó. Sé preciso, dijo.

De hecho me avisó varias veces.

Me empujaron para este lado y tiraron de mí para el otro, hacia y a través del sitio de sangre y llamas, papeles que se chamuscaban, se ennegrecían, se rizaban lentamente. La sangre encharcaba el sitio donde yo yacía sobre mi propio vómito. El sonido de pies a la carrera era como los lentos y atronadores pisotones de los gigantes.

Oí gritos interminables.

Matasanos me había avisado. Fui descuidado. Lo que no me dijo, o quizá es que él mismo no lo comprendía, es que el concepto de «casa» podía estar definido en la mente de un hombre por el dolor emocional.

Desgarrado. Hecho jirones. Humo me condujo a Taglios solo durante ese minuto en el ahora real que es como el fin de los tiempos. Me mareé y me alejé de allí con tanto asco que me arrojé a mí mismo, a los asquerosos jirones y a un desorientado Humo directos al infierno.

Él carecía de voluntad e identidad, así que no pudo reírse y no lo hizo mientras yo flotaba sobre un lago de dolor.

El infierno tiene un nombre. Ese nombre es Dejagore. Pero Dejagore no es más que un aspecto menor del infierno.

Escapé una vez más del infierno mayor.

Sin voluntad ni identidad.

El viento sopla pero nada se mueve en el lugar de piedra reluciente. Cae la noche. El viento muere. La llanura entrega su calor a medida que las sombras despiertan. La luz de la luna cae sobre el silencio de piedra.

La llanura va de este a oeste, de norte a sur, sin límites discernibles, vista desde dentro. Aunque sus límites son inciertos tiene un centro definido. Es una estructura de proporciones ciclópeas construida con la misma piedra de los pilares y la llanura.

Dentro de aquella fortaleza tampoco se mueve nada, aunque a veces una bruma luminosa brilla al filtrarse por las puertas del sueño. La sombra permanece en los rincones. Y en lo profundo del núcleo del lugar, en el latido más débil del corazón de la oscuridad, hay vida en cierto sentido.

Capítulo 37

Sin voluntad. Sin identidad.

Ahora sin Humo.

No solo el dolor. Humo se alejó tanto... Ahora solo queda esclavitud a los recuerdos.

Ahora estoy en casa, en la casa del dolor.

Capítulo 38

¡Ahí estás!

Aquí estamos de nuevo. Te he echado de menos.

... la cosa sin rostro que, a pesar de todo, parece estar sonriendo, complacida con sí misma.

Ha sido una noche llena de aventuras, ¿no? Y la diversión continúa. Mira. Allí. La Compañía Negra y sus auxiliares han empezado a hacer la vida especialmente desagradable a los sureños lo bastante osados para tomar posiciones dentro de las murallas de Dejagore.

Mira cómo usan a los dobles y a los soldados ilusorios para atraer a los sureños a trampas mortales, para hacer que se traicionen.

Ah. Y vuelve a la muralla. Se trata de una cosilla sin importancia, pero podría convertirse en una hazaña de leyenda.

La lucha se ha desplazado a la parte oriental de la ciudad. En la muralla ya queda poca gente. Un puñado de hombres para vigilar desde el parapeto. Y algunos exploradores sureños bastante poco entusiastas allí abajo en la oscuridad, que en realidad no prestan atención. De lo contrario, ¿cómo podrían no percibir la pequeña figura arácnida que desciende con una cuerda por la cara exterior de la muralla?

¿Por qué motivo querría un hechicero de cuarta fila y doscientos años bajar por una cuerda para ir a un sitio donde unos hombrecillos tostados y poco amistosos bailarían sobre su cabeza?

El caballo herido de misteriosa estirpe embrujada ya ha dejado de relinchar. Por fin. Está muerto. Una neblina verdosa brota de la herida mortal. Los bordes de la herida siguen brillando.

¿Ahí fuera? Sí. Míralos. Son dos diablos, envueltos en su bruma rosada. ¿No? Pero no parece que vengán a devorar la ciudad, ¿o sí?

¿Qué es eso? Los sureños se dispersan como cuando el zorro entra en el gallinero. Sus gritos están llenos de puro terror. Entre ellos hay algo oscuro que se mueve con agilidad. Mira, ha derribado a un hombre allí. ¿No?

Ahora hay tan poca luz que el epicentro de la batalla se ha desplazado. El anciano es tan negro como el corazón de la misma noche. ¿Crees que algún ojo mortal lo distinguirá escurriéndose entre los muertos? ¿Adonde se dirige? ¿Hacia el caballo muerto de Conjura Sombras?

¿Quién se esperaría eso? Es un acto propio de un loco.

La oscuridad también avanza hacia el caballo muerto. Mira cómo sus ojos lanzan reflejos rojizos cuando los fuegos de la ciudad refulgen. Mira cómo ese estúpido corre hacia allí en vez de en la dirección opuesta. Allí él. La estupidez puede resultar fatal.

El hombrecillo negro se ha desvanecido porque se ha parado. Ahí está. Ha oído algo. Allá va, trotando hacia el caballo muerto. Quiere recoger su lanza. Y quizá eso tenga cierto sentido, por muy retorcido que sea. Ha trabajado duro para fabricarla.

Ha vuelto a detenerse, con los ojos abiertos como platos a la vez que olfatea el aire y capta un olor casi olvidado. En ese mismo momento, la mortífera marea lo percibe.

Un rugido leonino de triunfo detiene los corazones en toda la llanura. La oscuridad empieza a moverse cada vez más rápido.

El hombrecillo negro coge su lanza y echa a correr hacia la muralla. ¿Lo logrará? ¿Podrán dos piernas cortas y ancianas llevarlo allí lo bastante rápido para escapar de la muerte que lo persigue?

La cosa es enorme. Y está llena de alegría.

El hombrecillo alcanza la cuerda. Pero sigue estando seis metros por debajo de la salvación. Y está viejo y sin aliento. Gira sobre sus talones. Su sincronización es impecable. Presenta la cabeza de la lanza justo en el momento en que salta el monstruo. La bestia gira en el aire y evita el mortal lanzazo, aunque no puede evitar recibir una cruel herida desde el hocico hasta la oreja izquierda. Aúlla. Una bruma verdosa brota hirviente de una herida que despide un resplandor rojizo. La bestia pierde todo interés en el anciano, que comienza su larga subida hasta el parapeto. Lleva la lanza grotescamente tallada colgada a la espalda, sostenida por una mundana cuerda de algodón.

Nadie se da cuenta. A nadie le importa. La lucha se ha desplazado a otra parte.

Capítulo 39

Parece que los sureños acaban de cerrar los ojos y darle un cabezazo a una colmena, ¿no?

¿Qué? ¿A qué vienen esas reticencias? Ven a ver. Esto es divertido.

En cualquier sitio al que mires, los sureños se están retirando. A veces corren, a veces se escabullen por las sombras antes de que la muerte les dé alcance.

Mira allí. Conjura Sombras, el terrible enemigo en persona, completamente lisiado, sin prestar atención a nadie ni a otra cosa que no sean esas dos figuras arquetípicas envueltas en luz rosa que han salido de las colinas para devorarlo.

¿Y Mogaba? Obsérvalo ser el maestro estratega. Obsérvalo ser el guerrero definitivo que aprovecha cada debilidad del enemigo... ahora que no hay posibilidad de consumir la traición que le motivaba antes. ¿Lo ves? Ningún sureño, por muy grande que sea su reputación, osa acercarse a Mogaba. Incluso sus grandes héroes son como niños pequeños cuando él da un paso al frente.

Es más grande que la realidad, este Mogaba.

Es el protagonista triunfante de su propia saga imaginaria.

Los sureños han perdido algo.

Querían conquistar. Sabían que tenían que conquistar porque su amo Conjura Sombras no admitiría menos. Es especialmente poco comprensivo con el fracaso. Sus seguidores tienen posiciones sólidas dentro de la ciudad. Una leve tozudez les daría el triunfo.

Pero han salido corriendo.

Algo se ha apoderado de ellos y les ha convencido de que ni siquiera sus almas tienen posibilidad de sobrevivir si se quedan dentro de Dejagore.

Capítulo 40

—¿Estás bien, Murgen?

Sacudí la cabeza. Me sentía como un chico que ha dado veinte vueltas sobre sí mismo, tratando de marearse a posta antes de enfrascarse en alguna estúpida competición.

Estaba en un callejón. El enano de Goblin estaba a mi lado, mirándome extremadamente preocupado.

—Estoy bien —le dije.

Entonces caí de rodillas y estiré los brazos para agarrarme a la pared del callejón y dejar de dar vueltas.

»Estoy bien —insistí.

—Por supuesto que sí. Candelas, no le quites el ojo de encima a este gili. Si intenta tomar el mando, hazte el sordo. Es demasiado blando.

Intenté impedir que mi ego se diera por ofendido. Quizá yo sí que era demasiado blando, demasiado tonto. Ciertamente, el mundo no suele ser amable con el hombre que intenta ser gentil y considerado.

El mareo fue remitiendo hasta que ya no necesité apoyarme.

Detrás de nosotros empezó una alharaca. Alguien maldijo en un idioma líquido y nasal. Otro gruñó:

—¡Este gilipollas es rápido!

—¡Alto, alto, alto! —grité—. ¡Dejad a ese hombre en paz! ¡Dejadlo que se acerque!

Candelas ni me dio en la cabeza ni me contradijo. El nyueng bao bajo y ancho que me había conducido hasta el escondite de Ky Dam avanzó hasta mí. Los dedos de su mano derecha se frotaban la mejilla. Parecía completamente asombrado de que alguien hubiera logrado ponerle la mano encima. Su ego volvió a sufrir cuando me habló en nyueng bao y yo dije:

—Lo siento, vejete. No lo hablo. Conmigo va a tener que ser tagliano o groghor. —En groghor, que mi abuela materna hablaba porque el abuelo la capturó de esa gente, le pregunté—: ¿Qué pasa?

Yo sabría unas veinte palabras de groghor, pero eso eran unas veinte más de las que sabía nadie en un radio de once mil kilómetros.

—El portavoz me envía a conducirnos adonde el invasor es más vulnerable. Los hemos estado vigilando de cerca y lo sabemos.

—Gracias. Lo apreciamos. Vámonos. —Cambié de idioma—. Es curioso cómo estos tipos hablan súbitamente cuando quieren algo.

Candelas gruñó.

Goblin, que se había adelantado sigilosamente para echar un vistazo, volvió justo

a tiempo para darme indicaciones sobre el mismo punto débil que los nyueng bao tenían en mente. El retaco pareció un poco sorprendido de que pudiéramos encontrarnos el culo con la mano, quizá incluso un poco resentido.

—¿Tienes nombre, bajito y ancho? —pregunté—. Si no tienes alguno que prefieras te garantizo que estos chicos te pondrán uno, y te prometo que no te va a gustar.

—Hazle caso —admitió Goblin con una risita.

—Me llamo Doj. Todos los nyueng bao me llaman tío Doj.

—Vale, tío. ¿Vas a venir con nosotros, o solo has venido a orientarnos? —Goblin ya estaba susurrando instrucciones a los chicos que empezaban a reptar detrás de nosotros. Sin duda había dejado algún que otro conjuro de sueño o confusión latente entre los sureños mientras iba explorando.

No hizo falta discutirlo mucho. Nos lanzaríamos contra el punto flaco, mataríamos todo lo que se moviera, romperíamos sus líneas en dos, masacraríamos a todos los que no huyeran y luego retrocederíamos antes de que Mogaba empezara a sentirse demasiado confiado.

—Os acompañaré, aunque eso estira sobremanera las órdenes del portavoz. Los guerreros de hueso nos sorprendéis constantemente. Deseo observaros trabajando.

Y o nunca he considerado que matar gente sea un oficio, pero no me molesté en discutirse.

—Hablas muy bien el tagliano, tío.

—Pero soy muy olvidadizo, soldado de piedra. Puede que después de esta noche no recuerde ni una palabra.

A menos que el portavoz le hiciera ejercitar la memoria, supongo.

El tío Doj hizo mucho más que observarnos rajar y apuñalar sureños. Se convirtió en un ciclón que lanzaba tajos a diestro y siniestro con una espada rápida como el rayo. Rápido como el rayo y ágil como un bailarín. Cada vez que se movía, caía otro sureño.

—Maldición —le dije a Goblin algo después—. Recuérdame que no me meta en broncas con ese tipo.

—Te recordaré que lleves una ballesta y le des por la espalda desde diez metros, eso es lo que haré. Después de ponerle un conjuro de sordera y otro de estupidez para equilibrar la cosa un poco.

—No te sorprendas si soy yo el que te distrae algún día cuando Un Ojo venga y te ponga un cactus de supositorio.

—Hablando del enano, dime: ¿quién está últimamente ausente sin permiso de forma notoria?

Envié mensajes a las diferentes unidades sugiriendo que habíamos hecho nuestra parte para aliviar la presión sobre las fuerzas de Mogaba. Nos tocaba volver a nuestra

parte de la ciudad, recosernos, echarnos unas cabezadas y tal. Me dirigí al anciano nyueng bao.

—Tío Doj, informa por favor al portavoz que la Compañía Negra le extiende su gratitud y su amistad. Dile que es libre de llamarnos en busca de ayuda cuando lo desee. Haremos todo lo que podamos.

El hombre bajo y ancho hizo una reverencia tan pronunciada que tenía que significar algo especial. Yo le respondí con otra reverencia casi tan pronunciada. Esa debía de ser la respuesta correcta, porque sonrió levemente, hizo una breve inclinación de cabeza para sí mismo y se fue corriendo.

—Corre como un pato —comentó Candelas.

—Pues yo me alegro de que el pato estuviera de nuestro lado.

—Y tú que lo digas.

—Pues yo me alegro de que el pato... ¡Argh! —Candelas me agarró por la garganta.

—Que alguien me ayude a hacerlo callar.

Aquel fue el inicio de lo que se convirtió en una noche salvaje de liberar tensiones. Yo no tuve oportunidad de participar, pero oí que fue una noche de bandera para las ramerías jaicuri.

Capítulo 41

—¿Dónde demonios has estado? —le ladré a Un Ojo—. La Compañía ha sufrido su peor momento en... días, y tú has estado clamorosamente ausente cada puñetero segundo.

No es que su presencia hubiera supuesto mucha diferencia.

Un Ojo sonrió ampliamente. Mi enfado no le preocupaba ni un ápice. Había sobrevivido (o cansado) aun desfile de pesados como yo.

—Mierda, Cachorro, tenía que recuperar mi pincho para Maestros de las Sombras, ¿no? Le he echado mucho trabajo a esa cosa... ¿Qué pasa?

—¿Eh? Por un momento tuve la visión de un pequeño y negro gorgojo correteando por un paisaje gris desde una altura imposible de conseguir en ninguna parte de Dejagore, ni siquiera la cima de la ciudadela, donde los miembros de la vieja guardia ya no éramos bienvenidos.

—No importa, enano. Me gustaría patearte el culo, pero ahora no iba a servir de nada. Así que estabas ahí fuera. ¿Qué pasó con Creaviudas y Tomavidas? Mientras yo estaba proporcionándole tranquilidad a nuestro líder, esos dos desaparecieron sin dejar rastro... —Me pregunté cómo habría escrito todo esto Mogaba, si hubiera estado llevando los Anales—. ¿Un Ojo?

—¿Qué? —Ahora sonaba irritado.

—¿Quieres responderme? ¿Qué pasó con Creaviudas y Tomavidas?

—¿Sabes algo, Cachorro? No tengo ni puñeterísima idea. Ni me importa. Solo tenía una cosa en la cabeza: quería recuperar mi lanza para usarla la próxima vez que ese imbécil no esté mirando. Luego tuve que preocuparme de esquivar una banda de desarrapados sureños que trataron de trincarme. Se fueron por ahí. ¿Vale?

Y a ninguno de nosotros se nos ocurría por qué. Por qué desaparecieron justo cuando la confianza de los sureños más se tambaleaba. Conjura Sombras tenía el rabo entre las piernas y sus muchachos podían haber sido puestos en desbandada.

Gruñí.

—Si hubieran sido el Viejo y la Dama habrían continuado hasta hacerlo saltar todo por lo aires, ¿no?

Mire furiosamente a un cuervo albino que se había posado a unos seis o siete metros. Tenía la cabeza inclinada y me miraba con una inteligencia maligna. Esta noche había muchos cuervos.

Había otros planes. Yo no era más que un peón atrapado en una marea de intrigas. Pero si éramos cuidadosos, la Compañía no tenía por qué ahogarse.

Mogaba, los nar y sus tropas taglianas se mantuvieron ocupados durante días. Quizá

los Maestros de las Sombras decidieron hacer pagar a Mogaba por su fracaso al cumplir su parte del acuerdo tácito.

Lo que era un ejemplo más de la forma en que la gente de por aquí se pone de mala leche cuando se mezcla con la Compañía Negra.

Un tipo puede ponerse muy nervioso si piensa que más o menos todo el mundo en un radio de mil quinientos kilómetros desea que él no hubiera nacido nunca.

Mis muchachos disfrutaban con la situación de Mogaba, y Mogaba no podía ni quejarse de nuestra actitud. Le dimos exactamente lo que había pedido. Le salvamos el culo y lo dejamos de forma que lo único que tenía que hacer era echar a unos cuantos sureños de la ciudad.

Tenía que verlo casi a diario en las reuniones del mando. Una y otra vez nos exhibíamos ante los soldados, fingiendo ser hermanos que marchaban hombro con hombro contra el malvado enemigo.

En ningún momento nadie resultó engañado, salvo quizá el propio Mogaba.

Yo en ningún momento me lo tomé como algo personal. Tomé la postura que creí que habrían aprobado los analistas del pasado: simplemente consideré que Mogaba no era uno de los nuestros.

Somos la Compañía Negra. No tenemos amigos. El resto del mundo es nuestro enemigo, o como mínimo no es digno de confianza. Esa relación con el mundo no requiere odio ni ninguna otra emoción. Requiere cautela.

Quizá nuestra negativa a demostrar, o incluso a admitir, la traición de Mogaba, fue la gota que colmó el vaso, o quizá el golpe de gracia fue el darse cuenta de que ahora incluso sus compatriotas nar creían que el verdadero capitán podría estar vivo. Fuera lo que fuese, el guerrero definitivo y perfecto cruzó una frontera sin retorno. Y nosotros no descubrimos la verdad hasta haber pagado con una fortuna de dolor.

Pasaron diez días antes de que Dejagore volviera a la normalidad... si es que nuestro estado antes del ataque podía considerarse normalidad. Ambos bandos habían sufrido terriblemente. Yo creía que Conjura Sombras se limitaría a lamerse las heridas y a dejarnos pasar hambre una temporada.

Capítulo 42

—Tengo algo para ti, Cachorro.

Me desperté dando un respingo.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —No suelo quedarme amodorrado así.

Un Ojo tenía una sonrisa de oreja a oreja en el rostro, pero se le evaporó nada más mirarme de cerca. Se acercó corriendo, me cogió de la barbilla y volvió mi cabeza a izquierda y derecha.

—¿Acabas de tener uno de tus ataques?

—¿Ataques?

—Sabes a lo que me refiero.

No exactamente. Solo tenía su palabra y la de Goblin de que a veces me ponía raro.

—Tienes una especie de aura psíquica. Quizá te he cogido a tiempo.

Goblin y él hablaban constantemente de experimentos para descubrir qué me estaba pasando, pero nunca parecía haber tiempo para hacer nada.

—¿Qué tienes?

—Los equipos de trabajo se han abierto paso hasta las antiguas catacumbas esta mañana.

—Longo me lo ha dicho.

—Todo el mundo corretea de acá para allá, excitado.

—Me lo imagino. ¿Ya habéis encontrado algún tesoro?

Un Ojo pareció ofendido. Para ser un sapo de corazón negro, es capaz de conseguir un efecto de honor herido realmente impresionante.

—Ya veo que no.

—Hemos encontrado algunos libros. Una pila entera. Todos muy bien empaquetados y tal. Parece que llevan allí desde la llegada de los Maestros de las Sombras.

—Tiene sentido, porque siempre quemaban los libros y los sacerdotes. ¿Habéis encontrado algún sacerdote oculto por allí?

—Más bien no. Mira, tengo que volver. —Sin duda, antes de que alguien le arrebatara algún tesoro delante de sus narices—. He mandado a un par de chicos que te traigan los libros.

—No quiera el cielo que tú hayas tenido que cargar algo en persona.

—Tienes un serio problema de actitud, Cachorro. Soy un anciano.

Hizo mutis por el foro. Tiene esa habilidad cuando está a punto de encontrarse en una posición indefendible.

Una ciudad asediada rara vez queda tan aislada que no logren filtrarse noticias del exterior. A veces parece cosa de magia, pero el mundo consigue pasar. En Dejagore los rumores rara vez traían algo que Mogaba quisiera escuchar.

Yo estudiaba los libros que habíamos descubierto, tan intrigado que estaba saltándome mis deberes. Estaban escritos en jaicuri, pero la forma escrita de este es casi idéntica al tagliano.

Goblin entró.

—¿Vas bien? ¿Nada de mareos?

—No. Os preocupáis demasiado.

—No, nos preocupamos lo justo. Mira, están circulando nuevos rumores. Se supone que viene de camino una columna de socorro. Y resulta que Hoja está al mando.

—¿Hoja? Pero si no es... Nunca ha estado al mando de algo más grande que una compañía reducida. Y antes de que llegáramos aquí. Libraba una guerra de guerrillas contra aficionados.

—Yo no me invento los rumores, solo informo de ellos. Y le fue bien.

—Igual que a Sauce Swan y Fibroso Mather. Pero eso fue por accidente, suerte y la estupidez de los sureños, más que por nada que hicieran esos tres. ¿Cómo narices está al mando de un ejército?

—Se supone que es el segundo al mando de la Dama. Ya no hay muchas dudas de que haya sobrevivido. Está cabreada. Y reúne un nuevo ejército.

—Me apuesto a que Mogaba está dando saltos de alegría. Corriendo y gritando «¡Salvados! ¡Salvados!».

—Se podría decir que está saltando.

A lo largo de los siguientes días, oímos mil historias descabelladas. Si una décima parte de ellas era cierta, en el mundo exterior estaban sucediendo ciertos cambios realmente extraños.

—¿Has oído la última? —me preguntó Goblin una noche cuando me había tomado un raro descanso de los libros para inspeccionar el mundo exterior desde la muralla—. Resulta que la Dama no es la Dama. Es la encarnación de una diosa llamada Kina. Una tipa de cuidado, al parecer.

—Pues sí. Thai Dei, tú conoces a Kina, ¿no? Háblanos de ella. —Thai Dei tenía el acceso prohibido a nuestras madrigueras, pero siempre aparecía cada vez que yo salía en busca de aire.

Olvidó las tres palabras de tagliano que había admitido conocer. El nombre de la diosa le borró la memoria.

—Eso es lo que pasa cuando se le menciona a Kina a esta gente —dije—. Ni siquiera logro que los prisioneros hablen de ella. Se diría que pertenece a la

Compañía Negra.

—Tiene que ser encantadora —dijo Cangilón.

—Lo es, vaya si lo es. Allí va una. —Me refería a las estrellas fugaces. Llevábamos la cuenta, y también de los fuegos enemigos. Los sureños se habían dispersado en pequeñas unidades a lo largo y ancho de la llanura. Supongo que temían que nos escabulléramos sigilosamente.

—¿Entonces tú sí sabes algo acerca de ella? —preguntó Goblin.

—De los libros que encontrasteis. —Los hombres estaban decepcionados. Los libros y algunas vasijas selladas con grano eran los únicos tesoros desenterrados. La religión mayoritaria en Jaicur era la gunni, y estos no entierran a sus muertos, los incineran. La minoría vehdna sí entierra a sus muertos pero no incluye ajuar funerario. En el sitio a donde van sus difuntos no hay necesidad de equipaje. En el paraíso se les proporciona todo lo que necesitan. En el infierno también—. Uno era una recopilación de mitología gunni, con variantes de muchos sitios diferentes. El tipo que las puso por escrito era un erudito religioso. Se suponía que el libro no tenía que circular para no confundir a la gente corriente.

—Yo estoy confundido y no tengo nada de corriente —comentó Cangilón.

—¿Y qué pasa, Murgen? ¿Por qué no quieren hablar con nosotros de esa zorra? ¡Anda! ¿Has visto esa? ¡Ha explotado!

—Vale —les dije—. La religión gunni es la más común por aquí.

—Creo que eso ya lo sabemos —dijo Goblin.

—Es por empezar desde el principio. La mayor parte de la gente de aquí cree en Kina. Creen aunque no sean gunni. Esta es la historia. Los gunni tienen Señores de la Luz y Señores de la Oscuridad, que llevan ejerciendo el señorío desde el principio de los tiempos.

—Parece lo de siempre.

—Lo es. Pero el sistema de valores es diferente al que conocíamos allá en casa. Aquí el equilibrio entre la luz y la oscuridad es más dinámico, y no lleva la misma carga emocional que nuestra lucha entre el bien y el mal. Aparte, Kina es una especie de poder externo de la muerte y la putrefacción que ataca tanto a la luz como a la oscuridad. La crearon los Señores de la Luz para que les ayudara a derrotar a una horda de demonios especialmente peligrosos de los que no había otra forma de encargarse. Ella ayudó comiéndose a los demonios. Naturalmente, engordó. Y al parecer le quedaron ganas de postre, porque trata de comerse todo lo demás.

—¿Era más fuerte que los dioses que la habían creado?

—Mirad, yo no soy el que se ha inventado esto. No me pidáis que lo razone. Goblin, tú has estado en todas partes. ¿Has visto alguna vez alguna religión que no pueda desmontarla cualquier no creyente con suficiente cerebro para atarse los cordones de las botas?

—Eres tan cínico como Matasanos. —Goblin se encogió de hombros.

—¿Sí? Bien por mí. En cualquier caso, hay un montón de historias mitológicas típicamente nebulosas acerca de madres, padres y relaciones perversas, horribles y probablemente incestuosas entre los demás dioses mientras Kina seguía creciendo. Era realmente solapada. Ese es uno de sus atributos. El engaño. Pero entonces su principal creador, su padre, la engañó y le puso un conjuro de sueño. Todavía sigue roncando por ahí, pero puede tocar nuestro mundo a través de sus sueños.

»Tiene sus adoradores. Todas las deidades gunni los tienen. Las grandes, las pequeñas, las buenas, las malas, las indiferentes, todas tienen templos y sacerdotes. No he podido encontrar mucho acerca de los adoradores de Kina. Se les llama Impostores. Los soldados no hablan de ellos. Se niegan en redondo, como si nombrar a Kina pudiera despertarla. Lo que, creo, es la misión sagrada de sus adoradores.

—Demasiado raro para mí —dijo Cangilón.

—Eso explica que la Dama haga que todos se caguen de miedo cuando se disfraza —dijo Goblin—. Si realmente creen que se ha convertido en esta diosa...

—Creo que deberíamos buscar toda la información que podamos acerca de esta Kina.

—Un plan de categoría, Murgén. ¿Cómo, si nadie quiere hablar?

Sí. Incluso los taglianos más valientes amenazaban con desmayarse si les insistía. Era evidente que no solo estaban aterrorizados por esta diosa. También me temían a mí.

Un Ojo trajo noticias que nos levantaron el ánimo.

—Esta cosa de la fuerza de socorro es fetén, jefe. Sombras está sacando tropas de noche por las colinas como si creyera que no podemos verlo en la oscuridad.

—¿Podría estar levantando el asedio?

—Las tropas van al norte. Y el norte no es donde está su casa.

No ofrecí una alternativa. Un Ojo no habría venido de no estar seguro.

Por supuesto, que Un Ojo estuviera seguro no quería decir que estuviera en lo cierto. Era Un Ojo.

Le di las gradas, le mandé a un recado, busqué a Goblin y le pregunté su opinión. El pequeño mago pareció sorprendido de que me tomara la molestia.

—¿Es que Un Ojo ha tartamudeado o algo así?

—No. Pero es Un Ojo.

Goblin no pudo contener su amplia sonrisa de cara de sapo. Estaba completamente de acuerdo.

Nadie le transmitió las nuevas a Mogaba. Pensé que sería mejor para todos si no lo sabía. Pero Mogaba también oyó rumores.

Dejagore era una ciudad de pesadilla llena de facciones que solo estaban

marginalmente unidas para defenderse de los sitiadores. Las fuerzas de Mogaba eran las más fuertes. Los jaicuri los más numerosos. Nosotros, la vieja guardia, éramos menos numerosos y menos poderosos. Pero vaya si teníamos la razón de nuestro lado.

Y luego estaban los nyueng bao. Los nyueng bao seguían siendo un enigma.

Capítulo 43

La familia de Ky Dam siguió ocupando el mismo agujero oscuro, sucio, apestoso y lleno de humo hasta que la inundación los hizo salir. Los privilegios del poder no atraían al portavoz. Tenía un sitio donde refugiarse de la lluvia. Eso era suficiente.

Quizá era más de lo que había tenido allá en el pantano.

Lo compartía con un tropel de descendientes que solo dejaban de discutir cuando aparecía el extranjero, aunque los niños se contenían solo un rato.

En tardes sucesivas Ky Dam me fue llamando para consultarme sobre asuntos triviales. Nos vimos las caras tomando el té que servía la preciosa nieta a la vez que los niños iban perdiendo el miedo que sentían hacia mí y volvían a sus juegos. Intercambiamos información acerca de amigos y enemigos. El individuo febril que había en las sombras gemía y se lamentaba.

Aquello no me gustaba. Se estaba muriendo, pero estaba tardando mucho, mucho tiempo. Cada vez que chillaba, la bellísima mujer iba con él. Yo simpatizaba con ella. Se la veía tan ojerosa...

En mi segunda visita dije algo para indicar mi simpatía, una de esas cosas que se dicen sin pensarlo demasiado. La esposa de Ky Dam, que yo ya sabía que se llamaba Hong Tray, levantó la vista del té, sobresaltada. Le susurró tres palabras a Ky Dam.

El anciano asintió.

—Gracias por tu preocupación, soldado de piedra, pero no la merece. Danh dio la bienvenida a un demonio en su alma. Ahora paga lo que le corresponde.

Una ráfaga de rápido y fluido nyueng bao estalló en las sombras. Una mujer achaparrada y de andares bamboleantes salió a la luz. Era patizamba, fea como un jabalí y estaba de un humor de perros. Ladró en mi dirección. Era Ky Gota, hija del portavoz y madre de mi sombra, Thai Dei. Era una leyenda negra entre su propia gente. No tengo ni idea de lo que estaba diciendo, pero tengo la sensación de que me culpó de sopetón de todos los males del mundo.

Ky Dam dijo algo amablemente. No sirvió de nada. Hong Tray repitió las palabras, con más amabilidad si cabe, en un susurro. Al instante se hizo el silencio y Ky Gota volvió a las sombras.

El portavoz se explicó:

—Todos tenemos éxitos y fracasos en nuestras vidas. Mi gran pena es mi hija Gota. Tiene en su interior un cáncer de agonía que no logra vencer. E insiste en compartirlo con el resto de nosotros. —Una leve sonrisa tocó sus labios. Se burlaba de sí mismo con la intención de informarme de que hablaba metafóricamente—. Su gran fracaso, la fuente de dolor para todos nosotros, fue la apresurada elección de Sam Danh Qu como marido de su hija. —Señaló a la bella flor. La flor traicionó un sonrojo mientras se arrodillaba a rellenar nuestras tazas. No había duda de que toda

esa gente entendía el tagliano a la perfección—. Ese es un gran error que Gota no puede negar, un cúmulo de deficiencias que es como una marca a fuego. Había enviudado joven. Arregló el matrimonio con la esperanza de pasar su ancianidad disfrutando de la riqueza de los Sam. —El portavoz volvió a dedicarme aquella sonrisita, probablemente al notar mi incredulidad. Riqueza y nyueng bao son conceptos contradictorios—. Danh fue listo. Ocultó el hecho de que había sido desheredado por su crueldad, su perversión y su deshonor. Gota tenía demasiada prisa para comprobar rumores. Y la maldad de Danh no hizo más que acrecentarse tras la boda. Pero ya hemos hablado bastante de mí y los míos. Te he llamado porque quiero comprobar el carácter del líder de los guerreros de hueso.

—¿Por qué esos nombres? —tuve que preguntar—. ¿Significan algo?

Ky Dam intercambió miradas con su esposa. Yo suspiré.

—Ya veo. Más de esos disparates de la Compañía Negra que todo el mundo usa. Usted cree que somos algo que se suponía que eran nuestros predecesores hace cuatrocientos años, pero que probablemente no lo fueron debido a que la historia oral suele exagerar ridículamente. Escúcheme, portavoz. La Compañía Negra no es más que una banda de marginados. De verdad. Somos mercenarios de los de toda la vida atrapados en unas circunstancias que no comprendemos y que no nos gustan. Solo estamos de paso. Vinimos por aquí porque nuestro capitán estaba obsesionado con la historia de la Compañía. A la mayoría de los demás no se nos ocurrió nada mejor que hacer. —Le hablé de Silencioso y de Linda, y de los demás que habían preferido separarse de la hermandad antes que arriesgarse al largo viaje al sur—. Le prometo que, sea lo que sea lo que asusta tanto a la gente, y vaya si me gustaría que alguien me lo dijera, seguramente necesitaría mucho más esfuerzo del que estoy dispuesto a emplear.

El anciano me miró, y luego miró a su esposa. Ella ni dijo ni hizo nada, pero se habían comunicado algo entre ellos. Ky Dam asintió.

El tío Doj se materializó.

—Quizá te hayamos juzgado mal —me dijo el portavoz—. Incluso yo me dejé guiar por los prejuicios en ocasiones. Hay una posibilidad de que lo sepa la próxima vez que hablemos.

El tío Doj me hizo un pequeño gesto. Hora de irme.

Capítulo 44

Goblin me cogió cuando estaba con los libros Jaicuri.

—¡Murgen!

—¿Eh? —empecé yo.

—Ya era maldita la hora.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Llevo diez minutos aquí de pie observándote. No has pasado ni una página. Ni siquiera has parpadeado. No sabía ni si estabas respirando.

Empecé una excusa.

—No cuela. He tenido que gritarte cuatro veces y darte unas collejas para conseguir que me atendieras.

—Eso pensaba yo —solo que no podía recordar ni un pensamiento.

—Sí. Vale. Mogaba dice que muevas el culo y vayas a enseñárselo a la Ciudadela.

—Una buena cantidad de sureños ha partido discretamente para hacer frente a esta columna de socorro —le dije a Mogaba—. Al principio pensé que estaban intentando engañarnos. Fingir una retirada y atacarnos cuando tratáramos de aprovecharnos. Pero Goblin y Un Ojo me han prometido que siguen partiendo. Pero no puede haber ningún ejército de socorro. ¿De dónde saldrían los soldados? ¿Quién los mandaría? —¿Creería Mogaba que yo no había oído los rumores más interesantes? Él habría oído más que yo. Y la supervivencia de Matasanos aparecería en muchos de ellos.

¿Qué haría si el Viejo aparecía vivo?

Yo estaba bastante seguro de que Mogaba pensaba mucho en eso.

Me dieron las gracias y me dijeron que volviera con mi gente sin hacerme más comentarios. No supe por qué me había mandado llamar.

Mogaba hizo justo lo que yo temía. Lanzó una incursión de reconocimiento, quizá en un intento de encontrar nuevos puntos flacos. Solo empleó a sus hombres de más confianza. Y yo me alegré de quedarme sentado sobre mi parte de la muralla, observando. Y preguntándome por qué Mogaba estaba tan seguro de que si salíamos al exterior desertaríamos.

En este texto suelo ignorar a Mogaba. Era una parte más importante de la vida cotidiana de lo que yo muestro. Era una espina clavada en el pie. Mi aborrecimiento hace imposible que escriba racionalmente acerca de ese hombre, así que solo hablo de él cuando es imprescindible.

Por aquel tiempo, de los nar ya solo Sindawe se esforzaba por demostrar cortesía.

En cualquier caso, Mogaba pensó que tenía la posibilidad de hacerle daño al Maestro de las Sombras, pero los estrategas de fuera empezaban a cogerle el

tranquillo al modo en que funcionaba su cabeza. No dejaba que la falta de éxito lo desanimara. Así era Mogaba. Nunca se desanimaba. Ningún revés hacía tambalearse su convicción de que era invencible. Si sus planes salían mal, se limitaba a volver a planear.

Los soldados de Mogaba empezaron a desertar y, al no poder escapar de la ciudad, vinieron a esconderse con los amigos que tenían entre nuestros taglianos. Se quejaban de que Mogaba era demasiado liberal con las vidas de los soldados.

Mogaba respondió ordenando raciones especiales y acceso preferente a las prostitutas para sus hombres más dedicados.

Encontramos aquellas vasijas selladas con grano, legado del primer asedio de los Maestros de las Sombras. Se generó un intenso debate sobre si compartir o no. Un Ojo insistió en que Mogaba no se conformaría solamente con compartir. Querría saberlo todo acerca de nuestro hallazgo. Querría verlo por sí mismo. ¿Lo queríamos paseando por nuestras madrigueras?

No.

¿Y qué hace luego el mierdecilla? Se da la vuelta y empieza a vender pan recién horneado veinte veces más caro de lo que costaba antes del asedio.

Encontré un sitio discreto para Un Ojo y para mí sobre las murallas, una tarde tranquila. Había rumores calentitos de una gran batalla al norte, pero ese no era nuestro asunto.

—¿Qué me dijiste acerca de no compartir con Mogaba los suministros que habíamos encontrado? —pregunté.

—¿Eh?

Esto no era lo que se esperaba.

—Fuiste extremadamente persuasivo. Todo aquello de no dejar que el tipo entrara en nuestro escondite.

—¿Y? —Sonrió, orgulloso de sí mismo.

—¿Mantienes lo que dijiste?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué cojones haces vendiendo pan a sus hombres cuando se supone que no tenemos grano con el que hacer harina?

Frunció el ceño. La conexión lo eludía.

—¿Sacarme algún dinero?

—¿Eres realmente tan estúpido como para creer que Mogaba no va a darse cuenta de ese pan? ¿Realmente crees que no va a hacer preguntas?

—Tienes una forma muy rígida de mirar a las cosas, Cachorro.

—Tú sí que vas a tener que pensar rígidamente para salir de esta. Si haces que me maten, mi fantasma irá por tu culo.

—Seguramente. Hay veces en las que pienso que ya eres medio fantasma.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Esos ataques que tienes. Cuando los tienes es como si hubiera otra persona mirando desde detrás de tus ojos. Es como si hubiera otra alma en ti.

—Nunca lo he notado. —¿Lo hubiera notado?

—Si tuviéramos un nigromante competente o un espiritista podríamos hacer un hallazgo sorprendente. ¿No tendrás un hermano gemelo? —Su mirada era feroz.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. El pelo de la nuca se me erizó. A veces me sentía raro, pero ahora solo estaba intentando cambiar de tema.

Goblin se unió a nosotros sin que lo invitaran.

—Pasa algo con los sureños, Murgan.

Un cuervo cercano hizo un ruido parecido a la risa.

—¿Se estarán preparando para otro ataque en masa? Pensaba que Mogaba les había jodido la rampa principal.

—No he podido acercarme lo suficiente para captar detalles. Mogaba se mantiene bien a la vista. Pero creo que sí que hubo una batalla. Y creo que los macarras de Conjura Sombras salieron malparados. Puede que tengamos amigos ahí fuera dispuestos a sacarnos de esta.

—Tranquilo. No empieces todavía a hacer el equipaje.

Un Ojo rio sarcásticamente.

—Ese es el enano, contando las gallinas cuando ni siquiera ha robado los huevos.

—¿Recuerdas los que estábamos discutiendo?: movimientos estúpidos. ¿Y te atreves a meterte con Goblin?

Por supuesto que se atrevía. Era su misión en la vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Goblin.

El tío Doj se materializó. Su presencia puso fin a la discusión. El hombre podía asustar más que un fantasma por lo rápida y silenciosamente que se movía.

—El portavoz me ha mandado decirnos que al sur de la ciudad se están reuniendo sureños equipados con herramientas en vez de armas.

—¿Y qué es eso de ahí? —Desde nuestra posición, la mayor parte de la actividad quedaba oculta por la curvatura de la muralla, pero parecía que al norte de la ciudad también había empezado a reunirse un grupo grande de ingeniería—. ¿Podéis ver esclavos o prisioneros ahí fuera...? ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

Eso había sido un destello de luz solar sobre metal en las colinas. El destello volvió a repetirse. Había gente en movimiento allí fuera, y sin ponerle mucho cuidado.

Los hombres de Conjura Sombras no necesitaban sigilo.

—Corre la voz —le dije a Goblin—. Alerta máxima en cuanto se ponga el sol.

El tío Doj observó las colinas.

—Tienes buenos ojos, guerrero de hueso.

—¿Sabes algo, taponcete? Me gustaría muchísimo más que me llamaras Murgén. El hombre achaparrado sonrió.

—Como desees, Murgén. He venido en nombre del portavoz. Dice que se acercan tiempos difíciles. Dice que preparéis vuestros corazones y vuestras mentes.

—¿Tiempos difíciles?

Un Ojo se rio.

—Se acabó la fiesta, Cachorro. Ahora vamos a pagar por estar por ahí tumbados engordando y retozando con las huríes.

—Tenlo en mente la próxima vez que sientas la tentación de sacarte algún dinero.

—¿Eh?

—El dinero no se come, Un Ojo.

—Aguafiestas.

—Así soy yo. Dile a Resuello que vaya a la ciudadela y le diga a Sindawe que los sureños traman algo. —Sindawe sería suficiente. Podía hablar con él sin tener que reprimir el impulso de estrujarle la garganta. Y con eso cumpliría mi obligación de mantener a Mogaba informado.

¿Qué pasaría si el Maestro de las Sombras se limitaba a irse, dejándonos que resolviéramos nuestros asuntos entre nosotros?

Parecía la cosa más inteligente que podía hacer.

Capítulo 45

Resuello llegó a la cima a duras penas. Luego pasó cinco minutos tosiendo y resollando antes de poder hablar. El anciano no tiene nada que hacer de soldado a su edad. Debería estar por ahí viviendo con sus nietos. Pero igual que el resto de nosotros, no tiene nada aparte de la Compañía. Morirá bajo el estandarte de la calavera. Bajo lo que pasaba actualmente por estandarte.

Era triste. Incluso patético.

Resuello era una anomalía. Normalmente la vida del mercenario es brutal y corta. Dolor, miedo y miserias solo interrumpidos de vez en cuando por un momento pasajero de placer. Lo que te mantiene cuerdo es la imperecedera camaradería de tus hermanos. En esta compañía. En las bandas menos importantes... Pero esas bandas no son la Compañía Negra.

Matasanos y yo nos esforzábamos mucho por mantener esa hermandad. De hecho, parecía ser momento de resucitar la costumbre de Matasanos de leer pasajes de los Anales a la tropa para que los hombres recordaran que eran parte de algo más duradero que la mayoría de los reinos.

—Mejor que te tomes un par de horas de descanso —le dije a Resuello.

Negó con la cabeza. Seguiría adelante lo mejor que pudiera hasta no dar más de sí.

—El lugarteniente nar, Sindawe, envía sus agradecimientos. Dijo... que mejor... estuviéramos atentos esta noche.

—¿Mencionó el porqué?

—Más o menos insinuó... que quizá Mogaba intentaría... algo gordo después... de anochecer.

Mogaba siempre estaba intentando algo gordo. Conjura Sombras tendría que dejarlo hacer. Una incursión de más, en el momento equivocado, y Mogaba descubriría personalmente por qué a Sombras lo llamaban Maestro de las Sombras.

Resuello dijo algo en su lengua natal. Solo Un Ojo lo entendió. Sonaba a pregunta. Un Ojo murmuró unas pocas sílabas en respuesta. Supuse que el anciano querría saber si había problema en hablar delante de los nyueng bao. Un Ojo le indicó que podía.

—Sindawe me dijo que os dijera que los rumores acerca de la gran batalla probablemente sean ciertos.

—Estamos en deuda con Sindawe, chicos —repliqué—. A mí me parece que nos está diciendo que ya no respalda a Mogaba al ciento por ciento.

Thai Dei y el tío Doj absorbieron nuestra conversación como esponjas nyueng bao.

La tensión se fue acumulando durante horas. Sin tener evidencia alguna, empezamos a pensar que esta noche sería crítica. Principalmente los muchachos se preocupaban por alguna trapacería de Mogaba. No esperábamos problemas inminentes de parte del Maestro de las Sombras.

Yo no quitaba ojo de las colinas.

—¡Ahí está! —soltó Un Ojo. Compartía mi nerviosismo. Una luz rosada resplandeció. El rayo crepitó en torno a un grotesco jinete.

—Ella ha vuelto —dijo alguien—. ¿Dónde está el otro?

En principio no vi a Creaviudas.

El pánico recorrió la llanura. La aparición había pillado por sorpresa a los dispersos campamentos del Maestro de las Sombras. Los sargentos gritaron órdenes. Empezaron a galopar mensajeros de un lado a otro. Los soldados tropezaron entre ellos.

—¡Ahí está! —gritó Cangilón.

—¿Ahí está quién?

—Creaviudas —señaló—. El Viejo.

La figura de Creaviudas resplandecía en las colinas, impresionante.

Goblin me agarró del brazo. No sé de dónde había salido.

—Mira allí. —Me señaló el campamento principal de los sureños. No podíamos ver el campamento propiamente dicho, pero un resplandor pálido y gangrenoso brotaba de su ubicación aproximada. La luz se fue intensificando.

—Sombras quiere jugar —comenté.

—Sí. Va a mandar una gorda.

—¿Una gorda qué? ¿Hay que agachar la cabeza?

—Espera y verás.

Esperé. Y vi. Una maligna bola de fuego verde salió despedida contra las colinas. Dio en el sitio donde había aparecido Tomavidas. La tierra voló. La piedra se fundió. Todo para nada. Tomavidas ya se había ido.

—Ha fallado.

—¡Menudo ojo!

—Tomavidas no ha jugado limpio. Se ha apartado.

—Sombras ha elegido muy mal la herramienta —dijo despectivamente Un Ojo—. No puedes esperar que la gente se quede parada esperando a ver qué haces.

—Quizá eso era lo máximo que puede hacer. Últimamente no ha estado muy fino.

Yo me aparté. En pocos minutos Goblin y Un Ojo empezarían a discutir.

La confusión en la llanura fue empeorando. Los sureños estaban más desconcertados de lo que parecía razonable. Lo que pude oír de su cháchara sugería que los habían pillado justo al empezar algo gordo y el caos subsiguiente los había dejado virtualmente incapaces de defenderse. También oí mencionar a Kina en

murmullos.

Tomavidas, que se asemejaba a esa diosa de la muerte, se desvaneció. Quizá perdió el interés. No reapareció. Conjura Sombras regó las colinas con toda la hechicería que pudo reunir. Aparte de incendiar algunos arbustos no tuvo ningún impacto aparente.

El zorro estaba en el gallinero. Los sureños correteaban de acá para allá; su pánico se alimentaba del pánico de los demás. Cuando alguno se acercaba, mis muchachos se turnaban disparando.

—No dejan de maldecir diciendo que se les van a mojar los pies —dijo Goblin. Yo también les había oído. Aquello no tenía sentido.

—¡Mierda!

No sé quién lo dijo, pero yo no podía estar más de acuerdo.

Decenas de brillantes bolas de fuego blancas estallaron justo sobre el campamento principal del Maestro de las Sombras. Aniquilaron la oscuridad por completo. Parecían más una herramienta de un enemigo del Maestro de las Sombras que del mismo villano.

Fueron seguidas de un enorme jaleo.

El tío Doj se desvaneció. Un instante estaba a mi lado, al siguiente era una sombra que corría agazapada por la calle, y al otro desapareció.

—Esta vez estoy seguro de que se trata de la Dama —me dijo Un Ojo.

Su tono me puso alerta.

—¿Pero qué...?

—Pero el otro no es el capitán.

Creaviudas había permanecido visible menos de un minuto.

—Dime que no es lo que yo creo —murmuré.

—¿Qué?

—Que tenemos dos parejas. Cada una de ellas una mitad de la cosa verdadera.

Un cuervo cercano graznó.

»¿Qué clase de hechicería podría hacer eso, dividirlos en dos? —pregunté.

—Me gustaría poder decirte algo de lo que quieres oír, Cachorro. Pero tengo el malísimo presentimiento de que están pasando cosas que no queremos saber ni de pasada.

Capítulo 46

Un Ojo era un profeta. Aunque yo sí que quería saber. Y gracias a los nyueng bao, oí una historia.

La luz que había al otro lado de la ciudad se desvaneció. El jaleo se fue apagando. Parte de él se trasladó a las colinas. El resto se retiró hasta la parte de la ciudad que controlaba Mogaba.

El chisporroteo de pequeños conjuros recorrió la llanura. Toda ella estaba recubierta de un brillo plateado.

—Eso ha sido muy raro. Un Ojo, ¿qué me dices de montar un observatorio en una de las torres albarranas? Allí estaríamos lo bastante alto como para ver lo que están haciendo Mogaba y Sombras.

—Ya tienes a los nyueng bao espiando para ti por esa zona.

—Supón que no te pido que hagas ningún trabajo.

—La idea ya parece mucho mejor. Pero sigo pensando que los nyueng bao podrían ser tus ojos con un mínimo de esfuerzo por tu parte. No necesitas volverte tan paranoico como Matasanos. Solo mira lo que traigan pensando a qué propósito puede servir. Y considera de la misma forma lo que puedan omitir.

—A veces soy igual de vago que tú —le dije a Un Ojo—. Solo que en mi caso es mental. Eso suena a tener que pensar mucho. Y de todas formas, prefiero ver las cosas con mis propios ojos.

—Igualito que el Viejo —gruñó—. Si tienes que leer constantemente esos Anales, ¿qué tal si lees algo escrito por alguien que no sea Matasanos? Realmente necesito algo de alivio de su rectitud.

Estábamos de vuelta al asunto del pan de estraperlo.

Apareció Goblin.

—Por allí están pasando unas cosas realmente excitantes.

—¿Sí? ¿Como qué?

—Me pasé por la muralla. Un rato. Los chicos de Mogaba no estaban preocupados de que los cogiera dejándome fisgar. Ha encabezado esta incursión en persona.

—Al grano —gruñó Un Ojo—. Siempre tienes que estar mareando la perdiz con... ¡Agh! —Un enorme bicho había aterrizado en la boca de Un Ojo. La sonrisa de Goblin era indicio de que a lo mejor tenía algo que ver con la trayectoria del vuelo del insecto.

—Ese tipo, Doj, podrá decirte más que yo. Algunos de sus muchachos salieron a escondidas detrás de la banda de Mogaba.

—¿Por qué?

—Creo que Mogaba trataba de coger desprevenido a Sombras. Pero en vez de eso

se dio de bruces con la Dama.

—Te estás quedando conmigo.

—¿Cuándo saltó aquel enjambre de bolas de fuego? Allí estaba ella. Ella y unos quince tipos más. Estaban justo fuera de la puerta del campamento, prácticamente pasando por encima de la gente de Mogaba. Al menos eso es lo que he oído. No lo he visto en persona.

—¿Y dónde está el tío Doj?

—Probablemente informando al portavoz.

Probablemente.

—¿Sí? Mira, tenemos un montón de desertores de la primera legión. A ver si alguno accede a volver para sacar más información.

—Aquí viene el gordito.

Hablábamos en la misma cara de Thai Dei, como si este fuera sordo. O como si nos importara un pimiento que se enterara de algo.

El tío Doj trajo a otros dos nyueng bao. Rodeaban a otro gordito, este último un tagliano bajo y ancho. Parecía más prisionero que acompañante, aunque no había armas a la vista.

Me asombraba que el tío Doj pudiera subir hasta el parapeto sin perder el aliento. Quizá usaba algún tipo de hechicería que robaba el de Resuello.

Aquello sonaba como algo sacado del libro de mitología Gunni.

—¿Qué tienes, tío? —Miré fijamente al achaparrado tagliano. Este se mostró indiferente ante mi mirada.

—Un extraño. El portavoz envió a Banh y a Binh a observar a los hombres negros, que querían atacar al propio Maestro de las Sombras. Pero se dieron contra otros que venían de fuera con el mismo propósito. Este dejó su grupo y se unió a los que corrían hacia la muralla cuando saltaron las bolas de fuego. Puede que el grupo de fuera se traicionara intencionadamente para que este pudiera separarse en la confusión.

Yo seguí estudiando al extraño. Era gunni, y más corpulento que nadie en esta región. Quizá se ejercitaba para conseguirlo. Parecía poseedor de una poderosa arrogancia.

—¿Tiene algo de especial? —pregunté. El tío Doj también parecía muy interesado en él.

—Lleva la marca de Khadi.

Aquello me llevó un momento. Ah, sí. En los libros de las catacumbas. Khadi era un nombre alternativo o regional para Kina. Tenía bastantes.

—Si tú lo dices... Yo no la veo. Indícamela.

El tío Doj entrecerró los ojos. Respiró hondo, exasperado.

—¿Incluso ahora te niegas a revelarte, soldado de la oscuridad?

—Incluso ahora no tengo ni puñetera idea de lo que hablas. Y estoy cansado de escucharlo. —Aunque empezaba a sospechar—. En vez de farfullar, molestar y ofrecer quejas crípticas, ¿por qué no dices algo que pueda comprender? Finge que soy lo que digo ser y que no puedo llamar al rayo para hacerte un peinado. ¿Quién es este tipo? ¿Qué creéis que soy? Vamos, tío. Háblame.

—Es un esclavo de Khadi. —El tío Doj me miró furiosamente, desafiándome a que no entendiera eso. No quería ser más explícito.

Aquello no tenía sentido para mí. Pero no soy un hombre supersticioso. ¿Realmente creía que su boca tenía por sí sola el poder de levantar a la diablesa?

—Kina tiene que ser una zorra de cuidado —le dije a Un Ojo—. Hace que el tío se orine patas abajo. Tú, ¿tienes nombre?

—Me llamo Sindhu. Pertenezco a la plana mayor de la mujer guerrera a la que llamáis Dama. Me enviaron a observar la situación de aquí.

Me miraba a los ojos. Su mirada era más fría que la de un lagarto.

—Parece lo bastante razonable —tomado con precaución—. ¿La Dama? ¿La misma Dama que era segunda al mando de la Compañía Negra?

—Esa Dama. La diosa le ha sonreído.

—¿Entonces es un enlace? —le pregunté al tío Doj—. ¿Entre nosotros y la Dama?

—Puede que eso sea lo que dice. Pero es un espía de los *toog*. No dirá la verdad si una mentira basta.

—Tío, viejo amigo, tú, el anciano y yo tenemos que sentarnos e intentar hablar el mismo idioma durante un tiempo. ¿Qué opinas?

El tío Doj gruñó. Lo que podía significar cualquier cosa.

—Los *toog* nunca dirán la verdad si una mentira basta.

Sindhu parecía divertido.

El hombre me pareció un falsario redomado.

—Goblin, búscale a este tipo un sitio donde dormir —dije, y cambié de idioma—. Y no lo pierdas de vista.

—Ya tengo bastantes cosas que hacer.

—Pues hazlo vigilar, ¿vale? No me gusta nada. Y me parece que mañana me va a gustar aún menos. Huele a problemas.

Un Ojo estuvo de acuerdo.

—Problemas gordos.

—Entonces, ¿por qué no nos limitamos a tirar su peludo trasero muralla abajo? Goblin puede ser extremadamente pragmático.

—Porque quiero descubrir más cosas acerca de él. Creo que hemos llegado al borde del misterio que nos tiene cogidos desde que estamos aquí. Déjalo a sus anchas. Nos haremos los tontos y lo seguiremos. —Estaba seguro de que para ello

podría contra con la ayuda del portavoz.

Mis dos magos fruncieron el ceño y gruñeron. No era de extrañar. Siempre son ellos los que acaban llevando la carga.

Capítulo 47

Estaba roncando heroicamente en lo más profundo de nuestra madriguera, ya que me había ido a la tierra de Nod confiado en que podría dormir tranquilo. Mañana no le quedaría a nadie ambición para meterse en problemas.

Estaba allí abajo, tan lejos y tan apartado del camino que apenas cinco personas sabían dónde encontrarme. Había emprendido la misión de recuperar el sueño perdido. Si llegaba el fin del mundo, los muchachos podían celebrarlo sin mí.

Alguien me sacudió. Me negué a creerlo. Sería un mal sueño.

—Murgen. Vamos. Tienes que ver esto.

Pues no, no tenía que ver nada.

»¡Murgen!

Entreabrí un ojo.

—Estoy tratando de dormir un poco, Cangilón. Vete.

—No hay tiempo, tienes que venir a ver.

—¿Qué es lo que tengo que ir a ver?

—Ya verás. Vamos.

No había escapatoria. Me seguiría incordiando hasta que perdiera los nervios, y luego se molestaría. Pero la larga subida hasta la luz no era precisamente un acicate para levantarse.

—Vale. Vale. —Me levanté y traté de despejarme.

No necesitaban haberme arrastrado, pero comprendí el impulso. La situación había cambiado. Radicalmente.

Miré la llanura, boquiabierto. Solo que..., ¿qué llanura? Dejagore estaba rodeada por un lago poco profundo que dejaba las cimas de los montículos funerarios como pequeños islotes. Cada montículo lucía un puñado de animales asustados.

—¿Qué profundidad tiene? —pregunté—. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos atrapar alguno de esos bichos para la olla?

Con toda esa agua ahí abajo no habría sureños de guardia contra las salidas.

—Ahora mismo aproximadamente un metro y medio —dijo Goblin—. He hecho bajar a unos hombres para medir.

—¿Sigue subiendo? ¿De dónde viene? ¿Dónde está Conjura Sombras?

Goblin señaló.

—No sé nada de Sombras, pero el agua está ahí y sigue viniendo.

Tengo buena vista. Pude distinguir el agua bullir y espumar mientras atravesaba rugiendo las colinas.

—El viejo acueducto discurría por allí, ¿no?

Antes de que empezara la lucha había dos grandes canales que irrigaban las granjas de las colinas y alimentaban los acueductos de Dejagore. La Compañía los

había cortado cuando los sureños estaban dentro, y ahora la ciudad sobrevivía del agua de lluvia y del contenido de aljibes grandes, profundos y muy estancados de los que entonces no sabíamos nada.

—Exactamente. Cletus y su hermano suponen que han desviado el río por el canal. Y lo mismo al sur de la ciudad.

Dejagore se asienta en una llanura que está por debajo del nivel del terreno que hay al otro lado de las colinas. Hay un par de ríos modestos que fluyen al oeste y al sureste de las colinas, respectivamente.

—Supongo que los chicos estarán estudiando los aspectos de ingeniería — pregunté.

—Ellos y tres decenas de taglianos cualificados.

—¿Alguna conclusión por ahora?

—¿Como qué?

—Como la altura que puede alcanzar el agua. ¿Nos vamos a ahogar?

Si ese era el plan de Conjura Sombras, aquello indicaba unos cambios importantes en su forma de pensar. Al principio quería recuperar Dejagore intacta. Esto parecía una solución más práctica y definitiva para sus problemas, aunque más destructiva para la propiedad... que, por supuesto, era más valiosa que las vidas humanas.

—Ahora mismo están intentando averiguarlo.

—Supongo que Sombras se fue justo después que la Dama.

—No —respondió Un Ojo—. Se quedaron a nadar. En su tierra no hay muchas fiestas playeras.

—El tipo no es tan estúpido como creíamos —pensé yo en voz alta.

—¿Eh?

—Inundando la llanura, aunque no nos ahogue nos deja encerrados de forma que no necesitaba apenas hombres para mantenernos controlados. Puede perseguir a la Dama a su antojo. Nosotros no podemos ayudarla y ella no puede ayudarnos. Para él es mejor que recibir refuerzos de las Tierras de las Sombras. No podía fiarse de tener a los soldados de Sombra Larga a sus espaldas.

Apareció Thai Dei. Siempre aparecía poco después de que yo saliera, lo que indicaba que nos vigilaban de cerca.

Thai Dei era un desperdicio de esfuerzo. Apenas llevaba mensajes. No comprendía ninguno de nuestros idiomas lo bastante bien para ser un buen espía para el portavoz. Pero siempre, siempre, estaba a unos pasos de distancia.

Tenía que haber algún motivo. El portavoz no haría nada sin pensarlo bien. Solo es que yo no comprendía su visión del mundo.

Cuanto más miraba a la inundación, se me ocurrían más preguntas que requerían una respuesta rápida. ¿Las más críticas?: ¿cuánto subiría el agua? ¿Cuánto tardaría en

hacerlo? El ritmo de subida iría descendiendo sustancialmente ya que cada metro en vertical requeriría un mayor volumen de agua debido a la forma de embudo del valle, la evaporación del agua de una superficie cada vez mayor y la absorción del suelo.

—Coged a todos los hombres letrados de la ciudad —les dije a Goblin y Un Ojo— y llevádselos a los hermanos.

Pensé en construir botes, añadir altura a las torres y asegurar los suministros. Pensé en nuestra vasta y maravillosa madriguera y en la posibilidad de que cientos de horas de trabajo hubieran sido para nada. Pensé en cómo tendríamos que prepararnos mentalmente para cosas mucho peores si queríamos sobrevivir. Pensé en Ky Dam y lo que me había dicho de tiempos peores por venir.

Cuando los demás se separaron, Thai Dei se acercó.

—El abuelo quiere hablar contigo. Lo antes posible. —Sus modales eran impecables. No me llamó soldado de piedra ni una sola vez.

El anciano debía querer algo con urgencia.

—Muy bien. —Vi al tal Sindhu en el parapeto, en dirección a la Puerta Occidental. Pude sentir cómo me observaba.

—Un Ojo.

—¿Qué?

—No hace falta que ladres. Si quieres ladrar, veré si puedo conseguir que el Maestro de las Sombras te convierta en perro.

Un Ojo dio un respingo.

—¿Eh?

—¿Le estáis echando un ojo a nuestro invitado?

—Grotesco y Fenómeno se están turnando. No ha hecho gran cosa. Ha vagabundado por la ciudad. Ha hablado con gente. Ha tratado de visitar taglianos, de los nuestros y de los de Mogaba. Los nuestros no quisieron tener nada que ver con él. La compañía al-Khul lo echó a punta de espada.

—¿Alguien quiere hablar de él?

Un Ojo negó con la cabeza.

—La misma mierda de siempre. Quizá peor. Más vale que dejes muy claro que su presencia aquí no ha sido idea tuya.

Thai Dei, que estaba escuchando, murmuró algo que sonó cabalístico. Lo siguió con un gesto parecido a los que suelen usarse para evitar el mal de ojo.

—Vaya —dijo Un Ojo—, después de todo sí que hay algo que preocupe a esa gente.

—Voy a ir a escuchar a su jefe. Te quedas al cargo, pero solo porque todos los que hay por aquí son menos de fiar que tú.

—Un montón de gracias, Cachorro. Haces que uno se sienta en la cima del mundo.

—A ver si queda algo cuando yo vuelva.

Capítulo 48

El vértigo me dio en el mismo callejón que antes... ¿Ayer? Lo recordé cuando la oscuridad se me vino encima. Esta vez fue una oscuridad sigilosa, amable, envolvente, en vez de los mazazos que me habían caído antes.

Los pensamientos se me hicieron un lío, pero recordé varios pequeños detalles desde el gran apagón, simples momentos en los que estuve fuera de mi cabeza pero volví tan pronto alguien dijo algo.

Este fue más fuerte. Las manos de Thai Dei se cerraron sobre mi hombro derecho. Habló, pero sus palabras fueron sonidos sin significado. La luz se desvaneció. Se me doblaron las rodillas. No había sensación alguna.

Había un lugar más brillante que el día, aunque era al atardecer. Unos espejos enormes captaban la luz solar y la reflejaban sobre un alto y demacrado individuo vestido de negro. El hombre demacrado se encontraba sobre un parapeto azotado por el viento, desde el que se dominaba una tierra en la que empezaba a oscurecer.

Un grito recorrió el aire. Un rectángulo oscuro volaba por el cielo descendiendo hacia la torre desde muy lejos.

La figura demacrada se cubrió el rostro con una máscara estilizada. Su respiración se aceleró, como si necesitara más aire para enfrentarse a los visitantes.

Otro grito desgarró el aire.

—¡Un día de estos...! —masculló el hombre demacrado.

La ajada alfombra voladora se posó a poca distancia. El hombre enmascarado se mantuvo inmóvil, mirando atentamente cada indicio de sombra alrededor del artilugio. El viento tiró de su túnica.

En la alfombra voladora iban tres personas. Una era una cosa diminuta envuelta en andrajos oscuros que se deshacían del moho. También iba enmascarado y temblaba continuamente. No podía controlar el ocasional alarido. Era el Aullador, uno de los hechiceros más viejos y más perversos del mundo. La alfombra era creación suya. El hombre demacrado lo odiaba.

El hombre demacrado odiaba a todo el mundo. Incluso a sí mismo se quería poco. Solo lograba dominar sus odios por cortos periodos de tiempo, mediante un implacable ejercicio de fuerza de voluntad. Poseía una voluntad poderosísima, siempre que no se viera amenazado físicamente.

El fardo de andrajos gorgoteó al reprimir un aullido.

El acompañante más cercano del Aullador era un hombrecillo bajo, delgado y sucio vestido con un andrajoso taparrabos y un turbante. Estaba asustado. Se llamaba Narayan Singh, santo viviente de la secta de los Impostores, vivo solo por la

intercesión del Aullador.

Sombra Larga consideraba a Singh menos que un excremento de búfalo. Pero a pesar de todo, tenía potencial como herramienta. El alcance de su culto era largo y letal.

La opinión que tenía Singh de su nuevo aliado tampoco era para echar las campanas al vuelo.

Junto a Singh había una niña preciosa, aunque más sucia que el *jamadar*. Tenía unos enormes ojos castaños, ojos como las ventanas del infierno, ojos que conocían todos los males antiguos y se deleitarían en ellos ahora y por siempre.

Aquellos ojos turbaron incluso a Sombra Larga.

Eran remolinos de oscuridad que tiraban, tiraban, retorcían, hipnotizaban...

Un repentino dolor en la rodilla izquierda me provocó aguijonazos por todo el cuerpo. Gemí. Sacudí la cabeza. El hedor de un callejón penetró mis sentidos. Me pareció estar ciego. Pero al parecer eran mis ojos, que estaban acostumbrados a la luz brillante. Unas manos tenían agarrado mi brazo izquierdo. Tiraban, me levantaban. Empecé a recuperar la vista. Levanté los ojos.

Un rostro demacrado me devolvió la mirada; me sobresalté. Conservaba un poso de miedo de mi visión, aunque ya empezaba a desaparecer. Intenté aferrarme a la visión, pero el dolor de mi rodilla y las palabras de Thai Dei hicieron trizas mi concentración.

—Estoy bien —dije—. Solo me he hecho daño en la rodilla. —Traté de ponerme de pie. Nada más dar un paso, la rodilla casi se dobló—. ¿Puedo apañármelas, maldita sea! —Aparté sus manos.

La visión había desaparecido salvo por un recuerdo de lo que había sucedido.

¿Habría pasado igual con mis demás apagones? ¿Serían visiones que habían huido tan rápido que no podía recordar haberlas tenido? ¿Tenían alguna conexión con la realidad? Recordaba vagamente haber visto muchos rostros familiares.

Ya lo discutiría con Goblin y Un Ojo. Ellos sabrían qué hacer. Se sacaban un dinerillo extra interpretando sueños.

Thai Dei empezó a parlotear tan pronto llegamos a la presencia del portavoz. Ky Dam me estudió pensativamente, y su expresión fue ganando intensidad de forma extraña a medida que Thai Dei hablaba.

Cuando entramos parecía que el anciano estaba solo, pero a medida que Thai Dei iba hablando y el tío Doj prestaba cada vez más atención fueron saliendo de las sombras más *nyueng bao*, que me estudiaron. Hong Tray y Ky Gota fueron las primeras. La anciana se sentó junto a su marido.

—Espero que no te importe —dijo Ky Dam—. A veces es capaz de perforar el velo del tiempo.

Gota no dijo nada. Supuse que aquello era algo desacostumbrado.

Apareció la bella mujer. Empezó al momento a servir el té. El té es muy importante para los nyueng bao. ¿Tendría ella otra función en la familia?

El tipo de las sombras hoy no gemía ni se lamentaba. ¿Nos habría dejado?

—Todavía no —dijo el portavoz, que había leído mi mirada—. Pero será pronto. —Volvió a sentir una pregunta—. Nosotros cumplimos nuestra parte de los votos matrimoniales aunque él traicionó la suya. Nos presentaremos antes los Jueces del Tiempo sin mancha alguna en el karma.

Tuve cierta noción de lo que decía solamente porque había leído las escrituras jaicuri.

—Son ustedes buena gente.

Aquello divirtió a Ky Dam.

—Algunos podrían discutirlo. Nos esforzamos por ser gente de honor.

—Lo comprendo. —En eso mismo nos esforzamos en la Compañía Negra.

—Excelente.

—He venido porque Thai Dei me ha dicho que usted quería hablar conmigo.

—Sí.

Esperé. Mi mirada se desviaba constantemente a la mujer que preparaba el té.

—Portaestandarte.

Empecé a negar, sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta. No había caído en uno de esos ataques. Solo me había distraído momentáneamente. No se podía culpar a un hombre por eso. No con una mujer como aquella para distraerlo.

—Gracias, portavoz. Por no dirigirse a mí con uno de esos nombres desagradables que suele usar.

No pude contener una leve sonrisa que le indicó que yo sabía que él quería algo lo bastante como para mantenerme de buen humor.

Me respondió asintiendo y reconociendo lo que yo ya sabía.

Maldición. Me estaba volviendo como el Viejo. Quizá podríamos quedarnos aquí sentados a gruñir y sonreír, y a decidir el futuro del mundo.

—Gracias —dije cuando la preciosa mujer me sirvió el té.

Aquello la sorprendió. Me miró a los ojos momentáneamente y me sobresaltó. Sus ojos eran verdes; no sonrió ni reaccionó ante mi presencia de ningún otro modo.

»Curioso —dije para nadie en particular—. Ojos verdes.

Entonces me controlé y esperé mientras el portavoz sorbía algo de té, antes de atacar el problema.

—Los ojos verdes son muy raros y apreciados entre los nyueng bao —me dijo, y dio un sorbo ritual—. Hong Tray puede perforar el velo de vez en cuando, pero sus visiones no son siempre ciertas, ni siempre iguales. O puede tratarse de visiones que todavía no han sucedido. No ve gente reconocible, así que es difícil determinar a qué

tiempo pertenecen.

—¿Eh?

La mujer en cuestión estaba sentada con la mirada baja, dándole vueltas lentamente a un brazalete de jade que colgaba con amplitud en su muñeca izquierda. Ella también tenía los ojos verdes.

—Predijo la riada. Creímos que podía ser una visión falsa porque no imaginamos la forma en que podría traerse tanta agua a Jaicur.

—Pero ahora estamos en medio de un lago. El foso más ancho del mundo. Los sureños no nos molestarán más.

El anciano tardó un minuto en darse cuenta de que yo no hablaba en serio.

—Oh —dijo con una risita. Hong Tray levantó los ojos y sonrió. Había pillado la broma antes—. Ya veo. Sí. Pero eso beneficia al Maestro de las Sombras, no a nosotros. Cualquier intento de salir requerirá balsas o botes, que son fáciles de ver y no pueden transportar suficientes hombres para romper el cerco.

El muchacho también era general.

—Precisamente.

Conjura Sombras había encontrado una solución ingeniosa a su problema de falta de gente. Ahora podía enfrentarse a la Dama confiado de que no saltaríamos a su espalda.

—La razón de que quisiera hablarte es que, en su visión, Hong Tray vio cómo el agua llegaba a unos tres metros de los parapetos.

—Eso son veintitantos metros de agua. —Miré a la anciana. Parecía estar estudiándome de una forma que no tenía nada que ver con la curiosidad—. Es una barbaridad de agua.

—Hay otro problema.

—¿Cuál?

—Hemos intentado calcular cuántas estructuras quedarán por encima del agua.

—Oh-oh. Ya veo. —Lo vi. La arquitectura de Dejagore era muy vertical, como la de todas las ciudades amuralladas, pero no había demasiados edificios que superaran la altura de las murallas. Y la mayor parte de las estructuras supervivientes, incluso muchas que estaban parcialmente incendiadas, estaban ocupadas por alguien. No iba a quedar disponible mucho alojamiento si la ciudad se inundaba.

Por suerte para nosotros los de la vieja guardia, nuestro barrio tenía muchos edificios altos.

—Efectivamente, oh-oh. En esta zona hay las suficientes estructuras para alojarnos a nosotros los peregrinos. Pero en el resto de la ciudad las cosas van a ser difíciles para los jaicuri cuando los hombres negros y sus soldados descubran al fin cuánto espacio les va a hacer falta.

—Sin duda.

Reflexioné unos instantes. Demonios, la gente podía acampar en la muralla. Militarmente hablando no iba a suponer ningún problema que estuvieran en medio.

A pesar de todo, hiciéramos lo que hiciéramos, la vida se convertiría en un infierno si el nivel del agua subía tanto.

—Se plantea un dilema, ¿no?

—Posiblemente un dilema mayor del que sospechas.

—¿Cómo?

—Si no empezamos inmediatamente con los preparativos perderemos mucho que puede sernos de utilidad. Pero si le dices esto a Mogaba, entonces lo más probable es que los fuertes roben a los débiles y los dejen a su suerte. Ya no tienen necesidad de contenerse por miedo a posibles ataques.

—Ya veo. —Realmente yo había previsto la lucha por los suministros y el terreno elevado. Pero se me había pasado el hecho de que la salida de Conjura Sombras dejaba a Mogaba las manos libres para ocuparse de las fricciones internas más a su gusto—. ¿Tiene usted algo en mente?

—Deseo examinar la posibilidad de una alianza temporal. Hasta que Jaicur sea socorrida.

—¿También ha predicho eso Hong Tray?

—No.

Me sorprendí por la negra desesperación que cayó sobre mí.

»No ha visto ni eso ni lo contrario.

Me animé. Muy poquito.

—Yo me resisto a ese compromiso —confesó Ky Dam—. No ha sido idea mía. Fue de Saha. —Señaló a la belleza que servía el té—. Pero ella confía en ti por alguna razón que no puede explicar, y, además, sus argumentos tienen sentido.

Hong Tray tenía el gesto divertido. En la forma de mirarme había el indicio de que había visto mucho más de lo que decía.

Tuve un escalofrío.

Ky Dam continuó:

»No tenemos esperanza alguna si adoptamos la actitud tradicional de los nyueng bao y dependemos solo de nosotros mismos. Vosotros tenéis pocas esperanzas si ese Mogaba decide que ya no necesita vuestras armas.

Miré fijamente a la belleza, aunque era de mala educación. Se sonrojó. La atracción era tan poderosa que, repentinamente, di un grito ahogado. Me sentí como si ya llevara varias vidas conociéndola.

¿Qué demo...? Esto no me pasaba a mí. Ya no, en todo caso. No tenía dieciséis años... Demonios, nunca me había sentido así, ni con dieciséis años.

Mi alma estaba tratando de decirme que conocía a esta mujer tan bien como un hombre podía llegar a conocer a una mujer, cuando en realidad acababa de oír su

nombre por primera vez.

Había algo más en ella. Aquello era más que una agradable ensoñación. Conocía a otra igual que ella, en otro lugar...

La oscuridad vino.

Fue repentina y absoluta y no tuve tiempo para decidir si estaba huyendo o hundiéndome hasta el fondo.

Capítulo 49

Pasó un largo, largo tiempo en la oscuridad sin sueños. Un tiempo sin yo. Un tiempo ni cálido ni frío, un tiempo sin felicidad, ni miedo ni dolor en un sitio que ningún alma torturada querría abandonar. Pero una aguja hizo un agujero en la concha. El más fino rayo de luz se abrió camino y cayó sobre un ojo imaginario.

Movimiento.

Corriendo hacia un punto que creció hasta convertirse en un pasaje hasta un mundo de tiempo, materia y dolor.

Yo sabía quién era. Me tambaleé bajo el peso aplastante de una hueste de recuerdos congruentes que salieron a la superficie, todos a la vez.

Una voz me habló pero no pude comprender sus palabras. Floté como una gasa a través de cavernas doradas donde había unos ancianos sentados junto al camino, congelados en el tiempo, inmortales pero incapaces de mover un párpado. Locos. Algunos estaban cubiertos con etéreas telarañas de hielo, como si un millar de arañas invernales hubieran tejido hebras de agua congelada. Arriba, un bosque encantado de carámbanos crecía en el techo de la caverna.

Como yo tenía recuerdos de recuerdos dentro de los recuerdos, recordé haber leído palabras muy parecidas a esas en algún sitio que creía que no se había escrito aún.

—¡Ven!

El poder de la llamada fue como el puñetazo de un trueno.

Vino la oscuridad. Me alejé tambaleándome, dejé de ser yo. A pesar de todo, antes de desvanecerme de aquella caverna sentí una presencia sobresaltada que se ponía alerta y se esforzaba por concentrar su atención en mí.

De algún modo había llegado a un sitio donde ningún mortal era bienvenido ni se le dejaba salir.

Los recuerdos huyeron. Pero el dolor siguió conmigo para el resto del viaje.

Capítulo 50

De nuevo luz en la oscuridad. Empecé a ser yo, aunque sin nombre. Me aparté de la luz. La luz no era un sitio agradable. El dolor me estaba esperando allí. Pero algo muy por debajo de mi superficie se volvió hacia la luz como un hombre que se ahoga y lucha buscando aire.

Fui consciente de mi corporeidad. Sentí los músculos, tensos hasta que algunos sufrieron calambres. Tenía la garganta dolorosamente seca. Traté de hablar.

—Portavoz... —dije con voz ronca.

Alguien se movió pero nadie respondió.

Yo estaba tirado en una silla.

Los nyueng bao no tenían muebles en su casa, que era poco más que una madriguera de animales. ¿Me habían devuelto con mi propia gente?

Obligué a uno de mis ojos a abrirse.

¿Qué demonios? ¿Qué era este sitio? ¿Una mazmorra? ¿Una cámara de tortura? ¿Me había secuestrado Mogaba? Allí había un escuchimizado tagliano, atado a una silla como la mía. Y había otro hombre echado sobre una mesa.

¡Era Humo, el mago de la corte de Taglios!

Me puse en pie. Dolió. Mucho. El prisionero de la silla me observó con desconfianza.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

Su desconfianza se redobló. Frunció los labios. No dijo nada. Miré a mi alrededor. Me encontraba en una habitación polvorienta, casi desolada, pero la naturaleza de la piedra respondió a mi pregunta. Estaba en Taglios. Era el palacio real. No hay piedra como esta en ninguna otra parte.

¿Cómo?

¿Han visto alguna vez la pintura chorreando por la pared? Eso fue lo que le pasó a la realidad. Justo delante de mis ojos corrió, goteó y chorreó. El hombre de la silla chilló. Empezó a temblar. No tengo ni idea de lo que pensó haber visto. Pero la realidad se fue y me encontré en un sitio gris, confuso, lleno de recuerdos de cosas que yo nunca había experimentado ni visto. Entonces la confusión empezó a organizarse y el gris se desvaneció. En poco tiempo me encontré en una habitación del palacio de Trogo Taglios. Humo estaba tumbado en su mesa, respirando lenta y levemente como siempre. El Impostor estaba en su asiento. Se ganó una mirada amenazadora por la forma en que estaba sudando. ¿Qué tramaría ahora?

Los ojos se le desorbitaron. ¿Qué veía al mirarme?

Me levanté, consciente de que debía de estar recuperándome de uno de mis ataques. Pero no había nadie que pudiera haberme sacado de él. ¿Es que no hacían falta Matasanos o Un Ojo para salvarme de las profundidades de la oscuridad?

Indicios de recuerdo se agitaron en las profundidades de mi mente. Los cogí y traté desesperadamente de aferrarme a ellos. Algo en una caverna. Una canción de sombra. Despertarse una vez en un pasado remoto, pero aun así solo un momento antes en esta línea temporal.

Estaba débil. Estas cosas te debilitan bastante. Y la sed rabiaba en mi interior.

Podía hacer algo al respecto. En la mesa junto a la cabeza de Humo había una jarra y una copa de metal. Bajo la copa encontré un trozo de papel arrancado de una hoja más grande. Tenía un mensaje escrito con la letra menuda de Matasanos:

Ahora no tenemos tiempo de acunarte, Murgén. Si te despiertas por ti mismo bébete el agua. En la caja hay comida. Un Ojo o yo volveremos en cuanto podamos.

El trozo provendría posiblemente de algún formulario de intendencia. El Viejo odia desperdiciar trozos de papel en blanco. El papel es demasiado valioso.

Comprobé la caja de hojalata que había al otro lado de la cabeza de Humo. Estaba llena de bollos sin levadura y duros como los que hornea mi suegra, a pesar de nuestras súplicas para que desista. De hecho, una vez examinados de cerca supe que nadie más podía haberlos preparado. Si sobrevivía a esta le iba a dar a Matasanos una buena patada en las pelotas.

Posdata: comprueba las ligaduras del estrangulador. Ya casi se escapa una vez.

Así que eso era lo que estaba haciendo cuando me desperté. Quería soltarse para poder asesinarnos a mi colega Humo y a mí, y luego salir pitando.

Bebí de la jarra. El Impostor me miró con un ansia que casi se podía oler.

—¿Quieres un sorbito? —pregunté—. Pues dime qué está pasando.

El hombre no estaba aún dispuesto a vender su alma por un trago de agua.

En cuanto me tragué uno de los pedruscos de madre Gota sentí cómo me volvían las fuerzas.

—Vamos a amarrarte bien apretado —le dije a mi acompañante—. No queremos que te vayas por ahí y te hagas daño.

Me miró fijamente en silencio mientras le ajustaba las ligaduras. No necesitaba hablar para que yo supiera lo que se le estaba pasando por la cabeza.

»Este es el riesgo que corrías cuando te apuntaste con los malos —le dije.

No me lo discutió, pero se negó a admitirlo. Yo estaba equivocado.

Y o era el malo porque no estaba implicado con todo mi ser en el esfuerzo para devolver a Kina a este mundo. Le di unas palmaditas en la cabeza.

»Puede que tengas razón, hermano. Pero espero que no. Venga.

Cogí la sábana y volví a cubrirlo con ella, como debía estar. Luego bebí un poco más de agua y me comí parte de un bollo. Cuando empecé a sentirme nervioso decidí volver a mi alojamiento. La percepción era subjetiva de narices, pero me parecía que hacía una eternidad que no veía a mi esposa. En realidad no podían haber pasado más que unas pocas horas.

Me perdí.

Capítulo 51

Por supuesto que me perdí. Era inevitable. El yo futuro que había en mi interior no recordaba nada más aparte del hecho que me iba a perder e iba a llegar a un sitio al que no estaba intentando ir. De eso me acordé tras darme cuenta de que no tenía ni idea de cómo llegar a alguna parte conocida de palacio. Me detuve para orientarme.

En ese momento tenía bastantes reflejos de recuerdos de otros Murgen de otros tiempos como para fiarme de cualquier recuerdo de cualquier tiempo, aunque no tuviera contexto para fundamentarlo.

El recuerdo de perderme traía consigo un regusto a la excitación del descubrimiento inesperado y poderosas connotaciones de dolor. Un eco me dijo que yo no quería volver a encontrar el camino.

En alguna parte, mientras seguía tozudamente intentando salir, llegué a un tenebroso pasillo que parecía oler a magia antigua. A unos metros de distancia, una puerta descuajeringada colgaba precariamente de una sola bisagra.

El descubrimiento me llamaba.

Avancé sin miedo.

Una mirada al interior me dijo que había encontrado la biblioteca secreta de Humo, el sitio donde la única copia que quedaba de los primeros Anales había sido reunida y sellada para que no hubiera posibilidad de que nosotros, los de la Compañía Negra, la localizáramos.

Yo estaba ansioso por leerlos. Pero no había venido a leer. No tenía tiempo de separar el grano de la paja de otro centenar de libros. Tenía que volver con mi familia.

Me esforcé con valentía, pero no lo conseguí. Traté de desandar mis pasos mientras la cabeza me daba vueltas. Parecía que iba a tener que esperar con Humo hasta que Un Ojo o el Viejo aparecieran. Ellos podrían guiarme con facilidad... y quizá decirme porqué yo no quería ir, por qué esa parte no me venía con claridad a la cabeza.

Llegué hasta Humo fácilmente, sin confundirme. Había empezado a sospechar que había conjuros entretnejidos con esa parte de palacio, para que cualquier intruso que no contara con la bendición de Un Ojo se perdiera por el laberinto. Puede que todos los pasillos condujeran al mismo destino. O quizá todos se alejaban salvo que uno empezara desde el propio Humo.

Aquello no me sorprendería, aunque no tenía ni idea de si Un Ojo poseía la habilidad y el poder necesario para hacerlo. Y tampoco me sorprendería descubrir que se había olvidado de lanzar el hechizo, y por eso no había tomado medidas para que yo pudiera sortearlo.

El Impostor estaba forcejeando cuando yo llegué, con un paso tan suave que al

principio no notó mi presencia. Se quedó helado al verme. Al menos hay que reconocer la determinación del hombre.

Me senté en la silla vacía. Esperé. No vino nadie. Parecía que habían pasado horas, pero probablemente no eran más que unos largos minutos. Me levanté y paseé un poco arriba y abajo. Atormenté un ratito al estrangulador, pero aquello me hizo volver a sentirme mal. Lo cubrí y volví a sentarme.

Miré fijamente a Humo. Pensé en la Compañía Negra y en sus tribulaciones. Recordé lo que podía hacer Humo.

¿Por qué no? Solo para matar el tiempo. ¿Pero a dónde ir? ¿Qué ver? ¿Cuándo?

¿Por qué no al gran enemigo de nuevo?

Esta vez fue fácil. Pan comido. Como cerrar los ojos y ponerme a soñar.

No fui sin cierta reticencia. Estaba pasando demasiado tiempo fuera de este mundo en contra de mi voluntad. ¿Para qué aumentar mi confusión haciéndolo también por gusto?

Casi con un chasquido me encontré flotando sobre la fortaleza de Atalaya. Sombra Larga el hechicero loco estaba en la cima de una de las altas torres, en medio de la luz reflejada, a menos de tres metros de distancia. Sufrí un leve acceso de pánico. Me estaba mirando directamente.

Directamente a través de mí.

Tras él, copiándole la postura, estaba ese mamarracho de Narayan Singh con la niña de Matasanos, la carne mortal de Kina, la Hija de la Noche, la predestinada a traer el Año de los Cráneos de los Impostores, año que acabaría con el despertar de su diosa. Singh nunca perdía de vista a la niña.

Singh era una herramienta peligrosa, pero Sombra Larga necesitaba todos los aliados dispuestos a unirse a él.

Y había un buen montón de gente dispuesta a unirse contra la Compañía Negra.

Una figura emergió de una trampilla, que aparentaba estar a oscuras solo debido a la intensidad de la luz que rodeaba al mago loco. El hombre era alto, con piel de ébano, ágil como una pantera. Ninguna ira me tocó porque las emociones palidecen en el dominio de Humo, aunque se tratara de Mogaba, el más peligroso de los generales del Maestro de las Sombras.

Sospecho que Sombra Larga apreciaba a Mogaba menos por su habilidad que por el hecho de que podía fiarse de él. Mogaba no tiene sitio a donde ir. La Compañía se interpone en todas sus rutas de huida.

No puedo entender por qué Matasanos no odia a Mogaba. Demonios, si incluso se inventa excusas para el hombre. Hasta siente compasión por él. Se toma su duelo con Hoja mucho más en serio.

—El Aullador ha traído noticias —dijo Mogaba—. El sistema de tormentas no funciona.

Sombra Larga gruñó.

—Lo he visto. Mis sombras pequeñas siguen funcionando. Recuerdo haber predicho que se darían cuenta rápido. ¿Alguna idea de cómo la mujer Senjak ha podido recuperar sus poderes cuando, por la propia naturaleza de esas cosas, debería estar a merced de cualquiera que conozca su nombre verdadero?

Me dio la sensación de que en realidad quería saber cómo el Aullador había sobrevivido a una Dama con sus poderes restaurados y su antiguo y pérfido conocimiento intacto. Sombra Larga veía el mundo a través de unas lentes hechas de paranoia.

Yo también me lo pregunté. Lo de los poderes de la Dama. Matasanos suponía que tenía algo que ver con haber cruzado el ecuador. Aquello no sonaba plausible. Ni Un Ojo ni Goblin se atrevían a emitir una hipótesis. La Dama se negaba a hablar de ello. Yo no tenía ni idea de qué creer. Nadie insistía. Nadie que quisiera caerle bien a alguien como la Dama. La Dama puede ponerse muy desagradable si no le caes bien.

—Ni idea —dijo Mogaba—. Yo de eso no entiendo. —Había muchas cosas de las que Mogaba no entendía, entre ellas los idiomas nativos de la región. Se comunicaba con Sombra Larga en su mejorado pero todavía imperfecto tagliano—. Quizá se ha cambiando el nombre.

¿Eso podía hacerse?

Me di cuenta de que el comentario era un intento de Mogaba de hacer una broma. Pero Sombra Larga empezó a darle vueltas como si fuera posible de alguna forma subjetiva.

El momento pasó. Sombra Larga miró a Singh.

—¿Por qué estás aquí, Impostor? ¿En qué maquinación te ha metido ahora el Aullador?

Mogaba respondió por Narayan:

—La Compañía Negra los sorprendió en su arboleda sagrada y mató a todo el mundo excepto a la niña y a él. Vuestros tejesombras apenas tuvieron tiempo de llamar al Aullador antes de morir. El Aullador encontró a estos dos ocultos a unas millas de distancia y los sacó justo cuando se les echaban encima.

Vaya. Así que esto era poco después de nuestra incursión. Y una sorpresa. Yo creía que el Maestro de las Sombras había avisado a Narayan. Pero no. ¿Cómo se habría sacudido el conjuro de sueño?

La mención de los tejesombras estremeció a Sombra Larga casi hasta el punto de uno de sus famosos ataques de ira y espumarajos por la boca. Aquellos extraños hombrecitos eran un recurso que no se atrevía a desperdiciar. Hacía falta una vida para entrenarlos.

Y a lo largo de los años nos hemos encargado de unos cuantos de ellos.

Sombra Larga respiró hondo, contuvo el aliento y reprimió su locura.

—Fallo mío. No debí haberlos enviado. ¿Alguna idea de cómo pudieron aparecer nuestros enemigos en un momento tan propicio para su causa?

Nadie le aportó la noticia de que podíamos flotar junto a su hombre cada vez que nos daba la gana.

»Esto no es bueno —comentó Sombra Larga—. Cada día desarrollan nuevos recursos. Cada día los nuestros merman. —Miró fijamente a Singh—. ¿Qué estamos sacando de esos Impostores?

—Espían —replicó Mogaba—. Pronto empezarán con asesinatos selectivos. El enemigo no parece estar al tanto de su programa. Si los asesinatos tienen éxito, los resultados serán más valiosos que cualquier cosa salvo una victoria decisiva en el campo de batalla. —Mogaba invitó con la mirada a Singh para que hiciera algún comentario, pero Narayan contuvo su lengua—. Por desgracia, la inteligencia que reúnen los Impostores se vuelve menos precisa a cada informe. El enemigo ha disfrutado de un éxito considerable en sus intentos por eliminar el culto.

Y la gente sigue sin hablar.

»La Dama y Matasanos se han vuelto muy agresivos contra los espías —siguió Mogaba—. Creo que eso indica un inminente movimiento de importancia.

—Es invierno —dijo Sombra Larga—. Y mis enemigos no tienen prisa. Se contentan con irme matando poco a poco. Este supuesto Libertador nunca estará satisfecho de tener suficientes hombres y armas.

En eso tenía razón. Matasanos siempre iba a por más.

El Aullador se unió al grupo reprimiendo un grito. Habló con voz ronca.

—Los batallones de trabajo del enemigo han completado la calzada que une Taglios con Borrascosa. Hay una carretera similar casi completa de Borrascosa a Luz de las Sombras.

Luz de las Sombras se encuentra cerca del corazón de la región más populosa y próspera de las Tierras de la Sombra. Conjura Sombras había sido el señor del lugar. Nominalmente, la ciudad y sus alrededores seguían debiendo fidelidad a Sombra Larga. Y sin embargo nuestros soldados estaban construyendo una carretera en la zona sin impedimentos.

Yo me preguntaba por qué. El plan estratégico de Matasanos no lo requería. No tenía intención de asediar Luz de las Sombras. Eso comprometería demasiados hombres durante demasiado tiempo.

—Nos presionan por todas partes —se quejó Mogaba—. No pasa un día en que no oigamos de la caída de otra ciudad o aldea. En muchos sitios los lugareños ya no oponen resistencia. Y sería una estupidez suponer que Matasanos y la Dama respetarán la estación.

Sombra Larga volvió su horripilante máscara hacia Mogaba, que se estremeció.

—¿Has hecho algo para dificultarles el sostenimiento de una campaña de

envergadura, general?

Un ejército debe subsistir sobre el terreno si se aventura demasiado lejos de casa. No se puede llevar suficiente comida y forraje para mantenerlo durante un tiempo significativo.

—Muy poco. —Mogaba no demostró ni un gramo de arrepentimiento—. Tengo mis órdenes, y mis enemigos saben qué órdenes son.

—¿Qué? —Ahora Sombra Larga se estaba picando.

—Esperan que me mantenga quieto. —Mogaba señaló a Singh, que asintió con reticencia—. Su estrategia presupone que yo defenderé un punto fijo. Debido a que vuestras órdenes me constriñen a hacer eso, ellos dispersan sus fuerzas y atacan por todas partes. Hoja no puede mellar el filo de su espada solo. Las aldeas no resisten porque la gente sabe que no recibirá ayuda. Yo podría derrotar contundentemente a esos tontos en poco tiempo, si nuestra estrategia diera un giro.

No lo creo, pensé yo, flotando allí satisfecho con el conocimiento de que teníamos a Humo.

—¡No!—Sombra Larga obligó a su temblorosa carne a mirar al sur. Observó fijamente la llanura de piedra reluciente—. Solo discutiremos los asuntos militares en privado, general.

El Aullador emitió un horrible alarido teñido de burla. Singh prácticamente se arrojó por la trampilla. Su desprecio por el Maestro de las Sombras era evidente para todos excepto para el propio Sombra Larga..., aunque lo más posible es que a Sombra Larga no le hubiera importado. Para el Maestro de las Sombras, el estrangulador era poco más que una termita útil. En su mente ninguno de nosotros éramos más que insectos molestos.

La niña se fue rápido. Miró a Sombra Larga con frialdad. Sus ojos parecían viejos y perversos como el mismo tiempo. Ciertamente era una cosita que daba miedo.

Me pregunté qué pensaría el Viejo cuando la viera. O siquiera si se atrevería a mirarla.

—Creen que no sé lo que hago —dijo Sombra Larga.

—Mis soldados están desperdiciados donde están —contestó Mogaba—. Están perdiendo el temple.

—Puede que tengas razón. Pero para atacar en cualquier dirección tendrás que abandonar la protección que yo puedo proporcionarte. Sin mis camaradas perdidos mi alcance ya no es el de antes. ¿Te enfrentarás a su hechicería sin la mía para respaldarte?

Mogaba gruñó. Miró a la llanura reluciente.

»¿Crees que soy un cobarde por temer eso, general?

—Y o evalúo el peligro. Admito el valor de vuestra protección. Pero de todas formas hay mucho que yo podría hacer. A Hoja se le ha permitido actuar a escala

limitada y ha logrado grandes cosas. Con certeza ha demostrado repetidamente cómo se derrumban los taglianos si se ataca su punto débil.

—¿Confías en Hoja?

—Más que en los demás. No tiene otro sitio a donde ir, igual que yo. Pero yo no confío en nadie por completo. Y en nuestros aliados menos que en los demás. Ni el Aullador ni el Impostor se nos han unido porque simpaticen con nuestra causa.

—Pues sí. —Aparentemente divertido, Sombra Larga pareció relajarse—. Debo explicarme, general. —La sorpresa de Mogaba me dijo que este era un acontecimiento extraordinario—. No estoy encerrado aquí debido a la llanura. Puedo salir de Atalaya por periodos cortos. Lo haré si es necesario. Las defensas mágicas de la Puerta de la Sombra son nuevas, fuertes, de confianza, y están por completo bajo mi control. Pero si me aventuro a salir, tendré que hacerlo con sigilo.

Mogaba volvió a gruñir.

»La razón por la que me quedo aquí es que en esta partida hay jugadores menos evidentes.

Mogaba frunció el ceño. A mí también me pareció una trola.

—El Aullador proviene de ese clan que una vez fue conocido como los Diez que Fueron Tomados.

—Lo sé.

—Sombra de Tormenta también se matriculó en dicha escuela de esclavos. Y otra graduada fue la hermana de Senjak. La llamaban Atrapa Almas.

—Creo que nos hemos conocido.

—Sí, te puso en ridículo en Borrascosa.

En realidad, aquella vez había sido la Dama, ¿no?

Mogaba asintió. Yo estaba sorprendido. El tiempo parecía haberle dado la habilidad de controlar su temperamento.

—Hace algunos años, las circunstancias nos llevaron a engaño al Aullador y a mí. Cogimos prisionera a Atrapa Almas pensando que habíamos capturado a su hermana. En aquel tiempo se estaba haciendo pasar por Senjak, así que el error fue más culpa suya que nuestra. Se escapó durante una confusión que aconteció más tarde. Aunque no la tratamos con severidad, nos tiene una irracional inquina. Nos ha fastidiado antes y espera la oportunidad de hacernos daño en serio.

—¿Creéis que si dejáis Atalaya ella podría invitarse y olvidarse de cerrar la puerta?

—Exactamente.

¡Ja! Imagina que lograra apoderarse de esta increíble fortaleza.

Mogaba suspiró.

—Así que me guste o no tendrá que decidirse en la llanura de Charandaprash.

—Sí. ¿Vencerás?

—Sí. —A Mogaba nunca le ha faltado la confianza—. Si Matasanos sigue siendo el hombre que conocí, debilitado por esa fibra de blandura.

—¿Sí?

—Se oculta detrás de un centenar de máscaras. Su blandura puede ser otra más.

—Así que ese hombre te preocupa a pesar de tus deseos de quitarle importancia.

—Seguimos amoldándonos a sus puntos fuertes, no atacando sus puntos débiles. Le damos tiempo para pensar, planear, maniobrar, así que no necesita ser sutil. Sus fuerzas avanzan por todas partes. En la frontera la gente teme más a la Compañía Negra que a vos. En pura ferocidad no hay rival para su guerra con la gente de Singh. El Matasanos que yo conocí habría tomado prisioneros. Habría perdonado a los estranguladores dispuestos a abandonar su religión.

Cierto, pensé yo sarcásticamente. Luego volví a pensarlo. Puede que Mogaba estuviera en lo cierto. Hace un tiempo Matasanos había sido clemente.

—Quizá Senjak quiere que se dé ejemplo.

—Probablemente. Ella es así de dura. Pero su influencia no explica que Matasanos haya sacrificado siete mil vidas para cazar a Hoja.

¿Qué? Esto era noticia.

—Hoja desertó.

—Yo deserté. Y yo era miembro de la Compañía. Hoja solo era un aventurero, no un hermano. Y no ha venido tras de mí de ese modo. Con Hoja está luchando una guerra privada.

La rencilla con Hoja y la subsiguiente huida y deserción de este habían asombrado a mucha gente, especialmente a sus compadres fibroso y Sauce. Y mi nombre estaba en los primeros puestos de la lista. Se rumoreaba que Matasanos se había encontrado con algo real entre Hoja y la Dama. Fuera lo que fuese, era tan obsesivo con Hoja como con Narayan Singh.

La Dama no intervenía en la venganza personal de Matasanos. Pero tampoco ayudaba.

—¿Eso te preocupa?

—Matasanos me confunde. En ciertos sentidos se ha vuelto peligrosamente impredecible. Al mismo tiempo se está convirtiendo cada vez más y más en el sumo sacerdote de las leyendas de la Compañía Negra, y no admite más dioses que sus preciados Anales.

Aquello no era cierto. Matasanos cada vez estaba menos interesado. Pero permitámosle a Mogaba su hipérbole. Quería vender algo.

Mogaba siguió.

—Temo que se vuelva tan retorcido que ataque de una forma tan nueva que no lo reconozcamos hasta que sea tarde.

—Mientras venga... Aquí solo le aguarda el desastre.

—Vendrá. ¿Pero es tan seguro el resultado final?

Me dio la sensación de que ambos hombres albergaban grandes dudas, pero principalmente el uno del otro.

—Sigues dándole vueltas a las limitaciones que te pongo. Déjalo. ¿Le temes?

—Me espanta. Me espanta más que la Dama. La Dama va de frente en sus enemistades. Va derecha a por uno con todo lo que tiene. Matasanos está decidido a marearte para que mires en otra dirección mientras te clava un cuchillo en la espalda. El también vendrá con todo lo que tiene, pero ¿cómo lo usará? No es un hombre de honor. —Mogaba no quería decir realmente que Matasanos careciera de honor, sino que no era un caballero en el sentido que significaba tanto para Mogaba... que ya puestos tampoco podía considerarse un paladín—. Ya no está cuerdo. No creo que sepa con seguridad lo que está haciendo. Estos días tiene que hacer frente a mucho para lo que no hay precedente en sus Anales.

Otra vez equivocado, amiguito. Tras cuatrocientos años hay un precedente para todo en algún punto de los Anales. El truco está en saber buscar.

—Tiene sus límites, general.

—Por supuesto. Esos taglianos tienden a dividirse y fragmentarse en facciones.

—Y eso podría ser su perdición. Políticamente no le quedará otra opción que probar su suerte en Charandaprash, y pronto. Allí lo aplastaremos.

—¿Y si lo aplasto? Deberíamos reflexionar sobre la posibilidad de una vida no perturbada por esa enfermedad llamada Compañía Negra.

—¿Y Cómo?

—Ganar una batalla no será suficiente. Con que solo uno de ellos sobreviva y mantenga la posición de la Lanza de la Pasión, nuevos ejércitos se alzarán contra nosotros. La Dama lo ha demostrado.

—En ese caso tendrás el placer de volver a aplastarlos.

Mogaba quiso discutir, pero decidió no ladrarle al viento.

—Una vez Atalaya esté completa, podrás emprender cualquier aventura que gustes, con mi aprobación y mi total apoyo.

—¿Aventura?

—Te comprendo mejor de lo que crees. Eras el mejor guerrero de Gea-Xle pero no pudiste demostrártelo a ti mismo. En la Compañía Negra fuiste eclipsado por tu capitán y por Senjak. Necesitabas tener el mando para poder demostrar tus cualidades y tu genio. Cuando tuviste una oportunidad, todos tus intentos fueron saboteados y menospreciados. Viniste a mí porque la Compañía Negra no te permitía tener la oportunidad que necesitabas.

Mogaba asintió. Pero no parecía contento consigo mismo. Y aquello me sorprendió. Pensaba que era demasiado egoísta para tener dudas morales.

—Ve a conquistar el mundo, general. Disfrutaré ayudándote. Pero primero debes

aplastar a la Compañía Negra. Debes detener a los taglianos. Porque si yo caigo no tendrás nada. ¿Será realmente de ayuda el estrangulador?

—Podría serlo. Habla mucho de la implicación de su diosa pero yo no cuento con ello. Nunca he visto a un dios implicándose directamente en los asuntos de los mortales.

Extraño. El dios de Mogaba era la diosa de Narayan, más o menos. ¿Había perdido la fe Mogaba? Quizá Dejagore también le había dejado profundas heridas.

—Úsalos. No dejes ninguno que pueda volverse contra nosotros más tarde.

En mi imaginación, el Maestro de las Sombras siempre era una enorme y apestosa encarnación del diablo, un lunático pintoresco de la magnitud de los peores Tomados allá en el norte. Pero el verdadero sombra Larga no era más que un anciano mezquino bendecido con demasiado poder.

—Si este se convierte en el Año de los Cráneos, quiero que sea nuestro año, no el suyo.

—Entendido. ¿Qué opinas de la niña?

Sombra Larga gruñó incómodo.

—Da miedo, ¿no? Mil años de edad. Su madre en miniatura, pero peor. Más intensa, con una oscuridad más profunda en su interior.

Puede que tuviera razón, la cría definitivamente tenía un aspecto raro y maligno desde mi vista de fantasma.

—Puede que tengamos que acelerar su camino hasta los brazos de su diosa — pensó en voz alta el Maestro de las Sombras.

Mogaba se encogió de hombros. Se dio la vuelta para irse.

—¿Alguien más a quien quieras ver a solas?

—Al Aullador. ¡Espera!

—¿Qué?

—¿Dónde está la Lanza de la Pasión?

—Supongo que donde quiera que esté Matasanos. O el portaestandarte. Creo que sigue siendo esa serpiente de Murgen.

Yo también te quiero, Mogaba.

—Debemos apoderarnos de ella. ¿No podría ser una buena tarea para los Impostores? Incluso destruir a la Compañía Negra puede que no sea suficiente a largo plazo. Y otra cosa para los Impostores: que descubran para qué quiere Senjak todo ese bambú.

—¿Bambú?

¿Un eco?

—Lleva meses despojando los territorios taglianos. Dondequiera que van sus soldados se apoderan del bambú.

Curioso. Lo descubriré. Seguí a Mogaba por unos instantes. Una vez que se alejó

del parapeto, murmuró:

—Bambú. Tengo que complacer a un lunático.

Intenté viajar al sur de Atalaya. Humo solo recorrió un pequeño trecho antes de echarse atrás. Bueno.

Lo descubriría antes de lo que yo quería, suponía. Después de que nos hubiéramos encargado de Sombra Larga y Atalaya, la llanura era la siguiente en la lista de obstáculos que bloqueaba nuestro camino hacia Khatovar.

Capítulo 52

Volví a la habitación con Humo y con nuestra apestosa mascota estranguladora. Estaba hambriento y sediento, pero también tan excitado que temblaba. No había descubierto mucho de importancia, pero... ¡dioses! ¡Qué potencial!

Bebí de la jarra. Me aclaré la garganta, levanté una esquina de la sábana que cubría al prisionero.

—¿Estás ahí? ¿Quieres un trago? ¿Quieres decirme...? —Estaba dormido—. Pues vale.

¿Y ahora qué? No había llegado ayuda. Roí uno de los pedruscos de madre Gota. Engañaban al hambre. Eso era todo lo que quería por el momento.

¿Y ahora? ¿Seguir adelante hasta que alguien viniera a buscarme? ¿Ver a la Dama? ¿Buscar a Goblin? ¿Cazar a Hoja? ¿Qué tal buscar el escondrijo de Atrapa Almas? Tenía que estar ahí fuera, en alguna parte, aunque últimamente no nos habíamos cruzado con ella. Ningún lugar estaba libre de cuervos si la Compañía estaba cerca.

Atrapa Almas es paciente. Ese es su rasgo más terrible.

Me sentí como un niño en una tienda de caramelos.

Decidí buscar a Atrapa Almas. Actualmente era el misterio más antiguo que continuaba.

Humo saltó enseguida, pero se quedó atascado. Su alma, su ka o lo que fuera se fue poniendo más agitada a medida que yo insistía.

—¡Vale! De todas formas siempre ha sido demasiado problemática para mi gusto. Busquemos a la tonta de su hermana.

La Dama no intimidaba a Humo para nada.

La encontré en la ciudadela de Dejagore, en la sala de reuniones, junto a cuatro hombres. Inclined sobre un mapa. Las fronteras marcadas estaban muy al sur de Dejagore. Había fronteras anteriores señaladas y marcadas con una fecha.

Necesitaba un mapa nuevo. El suyo viejo estaba muy usado. Había ganado demasiadas escaramuzas.

La Dama es una belleza incluso recién salida del campo de batalla, parece demasiado joven para Matasanos, aunque es muchísimo más vieja que Un Ojo. Un Ojo nunca ha logrado dominar la hechicería rejuvenecedora.

Dos de los acompañantes de la Dama eran hombres de la Compañía, nar de Gea-Xle ansiosos por demostrarle al mundo que Mogaba y sus traidores eran mutantes, y que nunca volvería a verse gente de su calaña. Yo no me lo tragaba. Y tampoco la Dama ni el Viejo. Estábamos seguros de que Mogaba había dejado alguien atrás. Matasanos me dijo una vez: «espera a que alguien empiece a señalar con el dedo. Ese será el traidor».

El tercer hombre era el prahbrindrah Drah, el príncipe reinante de Taglios. Era tan anodino, para ser tagliano, como puede serlo un hombre sin dejar de respirar. Había pasado los últimos cuatro años aprendiendo el arte de la guerra. Ahora estaba al mando de una división completa, el ala derecha del ejército de campaña. La Dama y el Viejo se habían esforzado por enredarlo en su maquinaria de guerra para que tuviera un interés personal en ella.

El último hombre era el improbable Sauce Swan. Cuando me concentré en él Humo se puso nervioso, lo que me demostró que la consciencia de Humo existía al menos parcialmente en otro plano. Sauce y él se llevaban como el perro y el gato.

Actualmente Swan es el capitán del destacamento de la Guardia Real desplegado en Dejagore.

Swan lleva el pelo pajizo más largo que la media melena de la dama. A veces se hace trenzas, pero en ese momento lo llevaba en una cola de caballo. El de la Dama también estaba recogido en una coleta. Normalmente se lo deja suelto. Cuando puede lo mantiene cepillado y limpio.

Soldado por accidente, Swan no quería ser un héroe. Su guardia existía fuera del ejército y funcionaba principalmente como policía militar. El y ellos debían su lealtad directamente al príncipe y su hermana.

—El Aullador ha dejado de atacar a las avanzadillas —dijo la Dama.

—Dijiste que no era estúpido —contestó Swan.

—Me acerqué demasiado cuando se me escapó. Eso le ha metido el miedo en el cuerpo.

—Nuestras incursiones deben de resultarles preocupantes —comentó uno de los nar.

—Me resultan preocupantes a mí, Isi. Y yo las ordené. —La Dama sufrió un escalofrío momentáneo.

—Son efectivas.

—Más allá de toda duda.

—¿Pero las aprobaría el Libertador? —preguntó el príncipe.

La sonrisa de la Dama reveló unos resplandecientes dientes blancos que eran casi demasiado perfectos. Había dominado pronto la hechicería cosmética.

—No las aprueba. Definitivamente. Pero no interferirá. Yo soy la que está aquí, y actúo basándome en mi propia experiencia.

—¿Lanzará Sombra Larga a Mogaba contra nosotros? —preguntó el príncipe.

Los brigadieres nar se tensaron. Mogaba los avergonzaba grandemente por haber dejado que el orgullo y la vanidad lo apartaran de los ancestrales ideales de los nar. Por no mencionar el hecho de que en la lucha iba a ser un verdadero demonio.

—¿Se han cogido prisioneros allí abajo? —preguntó Swan.

—Sí. Y lo que saben cabría en una brizna de paja y quedaría sitio para el nido de

una cigüeña. Allí abajo los mandos no se sientan al fuego a compartir secretos con la tropa.

Swan la miró fijamente mientras la mirada de ella se dirigía a otra parte. Él veía a una mujer de un metro sesenta y cinco, ojos azules y cincuenta kilos perfectamente repartidos. Era alta para esa parte del mundo. Tenía aspecto de estar a punto de cumplir veinte años.

Aquella vieja magia negra.

Swan era transparente.

La Dama es fría, dura, decidida y más mortífera que una espada con voluntad propia, pero parece que estos tipos no pueden hacer nada por evitarlo. Empezó con el Viejo, pero el desfile sigue. La calentura le salió cara a Hoja.

A pesar de lo que pueda haber pasado con Hoja, estoy convencido de que la Dama es la mujer del capitán por completo. Fuera lo que fuese lo que pasó, Matasanos se lo tomó muy a pecho. Hizo que un buen hombre se pasara al enemigo y él mismo se volvió tan frío como la Dama. La mitad del tiempo, Matasanos es un dios viviente de la guerra, tan feroz que cuando ladra hasta el príncipe y la Radisha dan un respingo.

En voz alta, la Dama se preguntó cuál sería el objetivo que esperaban conseguir las incursiones del Aullador. Swan soltó la respuesta de Cangilón.

—Quería ir eliminando miembros de la Compañía Negra. Es obvio.

—¿Eso crees? —preguntó la dama—. ¿No habrá algo más?

Uno de los nar contestó:

—Mogaba no se pondría a prueba contra hombres inferiores. Sombra Larga podría intentar eliminarlos para manipular mejor las obsesiones de Mogaba. O puede que esté tratando de provocar la batalla definitiva a base de convertirse en un incordio constante.

El príncipe asintió para sí. Ahora era él quien observaba a la Dama con aquel brillo en los ojos.

¿Cuál es la atracción fatal del mal?

—Quizá quiere atraer a Matasanos al frente.

¿Cuántas veces a lo largo de los siglos había estado la Dama así, a punto de desencadenar el fuego y la espada?

—Necesitamos acercar este cuartel general a la acción —dijo ella—. El retraso en las comunicaciones se ha vuelto inaceptable. Swan, acércame ese mapa de ahí.

Swan cogió un mapa de una mesilla lateral atestada de parafernalia mística. Su cautela indicó que sabía poco de aquello y pretendía que siguiera siendo así.

El mapa representaba el lejano sur. Había un gran espacio en blanco a la izquierda etiquetado como Shindai Kus, que era un desierto. Más allá del borde inferior del desierto había otro espacio en blanco etiquetado como océano.

Empezando en el Shindai Kus, en dirección este y torciéndose hacia el norte, discurrían unas montañas conocidas genéricamente como las Danda Presh. Se van haciendo cada vez más abruptas y se curvan para formar el límite oriental de los territorios taglianos. La cordillera cambia frecuentemente de nombre local. Se supone que es impasable al este del Shindai Kus, excepto por el paso de Charandaprash.

Sombra Larga, Lugar de las Sombras y Atalaya están al otro lado de las Danda Presh. El ejército de Mogaba es el corcho en el cuello de botella de Charandaprash, que bloquea la carretera al sur. Durante muchísimo tiempo, un tema habitual de conversación cuando los oficiales no estaban escuchando era la paliza que nos iban a dar cuando fuéramos a por Mogaba.

Al parecer se produjo algún jaleo afuera, porque Swan fue hacia la ventana.

—Un correo —anunció.

Yo no lograba oír ningún sonido de fuera de la habitación. De hecho, cuando traté de mirar por la ventana no puede ver nada más que una masa gris. Extraño.

La Dama empujó con el codo a Swan para apartarlo.

—No pueden ser buenas noticias. Traedlo antes de que hable demasiado.

Swan volvió enseguida.

—No es demasiado malo. Parece que una buena turba de fanáticos shadar y vehdna que estaba persiguiendo a Hoja ha tenido la mala suerte de encontrárselo.

¿Qué? Eso no era una noticia. Yo ya lo sabía. El Maestro de las Sombras lo sabía... Por supuesto, la Dama no tenía un Humo ni un esbirro chillón y majareta con una alfombra voladora. Y yo solo lo sabía desde hacía poco. Quizá parecía más tiempo por la distancia.

—¿Qué farfullas? —preguntó imperiosamente la Dama.

—Hoja ha aniquilado a unos cinco mil mamarrachos religiosos que lo perseguían para castigarlo por sus excesos contra la religión.

Hoja era bastante duro con los templos y los sacerdotes siempre que tenía la oportunidad.

Su actitud religiosa también tenía mucho que ver con su huida. Mucho antes de caer en desgracia ante el Viejo, se había granjeado la enemistad encarnizada y amarga de todos los sacerdotes taglianos. Los devotos consideraban que esa caída en desgracia era una bendición del cielo.

Yo estaba seguro de que los sacerdotes deseaban en secreto que el destino de todos nosotros fuera un regalo de los ángeles.

—¿Cinco mil?

—Quizá más. Puede que hasta siete mil.

—¿Suelos por ahí? ¿Cómo puede haber pasado eso? —Ni a la familia reinante ni a nosotros nos gustaba que hubiera grupos enormes de hombres armados vagando por ahí para hacer justicia—. Fuera. Todos, fuera de aquí. Volved en un par de horas.

La Dama empezó a murmurar en cuanto se quedó sola.

—Ese maldito Matasanos. —Cogió algunas cosas de la mesita lateral—. Ha perdido la cabeza.

Aprendí que uno se concentraba muchísimo cuando estaba aquí fuera con Humo. El tiempo pasaba volando si uno se ponía introspectivo. Fragmentos de todo lo que estaba pasando me llegaron sin ningún orden racional, y casi me perdí tratando de recomponer el rompecabezas.

El darme cuenta, y el terror resultante, por muy débil que fuera aquí, me devolvieron al presente en el sitio que estaba observando cuando perdí la concentración. Habían pasado horas.

La Dama seguía quejándose acerca del Viejo.

—¿Qué pasa con él? ¿Cómo pudo creerse esos malditos rumores?

Estaba enfadada. Había logrado escudriñar místicamente el lejano campo de batalla tal y como había quedado después del acontecimiento. La masacre la había alterado aún más.

—Maldito tonto.

Era el peor desastre para las armas taglianas desde Dejagore.

De un compartimiento oculto en la mesilla sacó un trozo de tela negra. Yo me sobresalté, a pesar de haber estudiado atentamente sus Anales. Era el pañuelo de seda de un maestro estrangulador. Empezó a ejercitarse con la pañoleta de estrangular.

Quizás aquello la ayudaba a relajarse.

Estaba molesta porque la habían dejado al margen de algo. Normalmente solía ser la compañera del capitán.

Ya te vas dando cuenta, mujer, pensé yo. Últimamente está dejando fuera a todo el mundo.

El pañuelo de la Dama se movía como el rayo. Era buena. Me pregunté si aún habría alguna conexión con Kina.

¿Temía Matasanos que la hubiera?

No se los llamaba Impostores por nada.

Se tranquilizó. Hizo llamar a su estado mayor. Una vez que se reunieron, les dijo:

—Ha habido supervivientes de la batalla. Algunos siguen allí enterrando a los muertos. Traedme unos cuantos.

Capítulo 53

Matasanos no fue a la habitación oculta. Ni Un Ojo, ni siquiera la Radisha para atormentar al prisionero. Nadie me despertó.

Yo volví casi sin darme cuenta, quizá invocado por mi cuerpo. Estuve fuera mucho tiempo. Más que el tiempo subjetivo pasado fuera. Mi momento de introspección debía de haberse extendido más de lo que había parecido.

El estómago me rugía. Pero los pedruscos horneados de madre Gota se habían acabado.

El estrangulador había vuelto a sacudirse la tela de encima. Me miraba con los ojos desorbitados. Tuve la sensación de que el tipo había estado a punto de hacer algo que a mí no me habría gustado.

Descubrí que había logrado soltar una mano.

—Niño malo.

Di un buen trago de la jarra de agua y volví a mirarlo. Luego traté de decidir si arriesgarme al laberinto una vez más, en un esfuerzo por conseguir algo más del letal pienso de madre Gota, o quedarme y echarle otro vistazo al ancho mundo a través de los ojos de Humo mientras esperaba la ayuda.

—Agua.

—Lo siento, compañero. Creo que no. A menos que quieras contarme lo que planean tus amiguitos. —El vientre volvió a rugirme.

El estrangulador no respondió. Por muy débil que estuviera, su voluntad seguía siendo firme. Incluso ignorando mi propia presencia, parecía que alguien debería haber venido a alimentarlo.

Era tarde. Quizá madre Gota estuviera dormida y Sari me preparara la cena. Ella no cocinaba como si fuera en busca de venganza.

Estaba en el umbral, tratando de decidirme. ¿Habría alguna forma de señalar mi paso? ¿Alguna forma de seguir las pisadas en el polvo? Pero no había luz. Esta parte de palacio estaba en desuso. Nadie mantenía velas ni antorchas. La lámpara que había en la habitación tras de mí sería la única luz disponible. A menos que esperara hasta el amanecer, cuando la luz se filtraría a través de grietas aquí y allá, y por las diminutas ventanas.

Volví la vista hacia la lámpara. Llevaba bastante tiempo ardiendo. No había venido nadie a recargarla. Tendría que rellenarla antes de hacer otra cosa.

Se produjo un sonido metálico lejos, muy lejos, cien esquinas y muchos pasillos abandonados más allá. Me heló hasta los huesos, a pesar del calor y la humedad naturales de Taglios.

—Agua.

—Cállate.

Encontré un tarro de aceite de lámpara. Trabajé con la cabeza inclinada. El sonido metálico no se repitió.

No había vuelto a cubrir al estrangulador. Cuando lo miré, descubrí su rostro cadavérico fijo en una sonrisa de oreja a oreja. Era la sonrisa de la muerte.

Salí de allí a toda prisa, derramando aceite.

Me perdía otra vez.

Enseguida.

Capítulo 54

Perderse en el palacio no era motivo de pánico, así que no me asusté. Aunque tengo que confesar cierto nivel de frustración.

Se podría pensar que la situación era susceptible de la aplicación del sentido común. Yo por lo menos lo pensaba.

Una buena regla era no entrar en ningún pasillo más polvoriento que el que yo estaba usando. Otra era evitar los aparentes atajos religiosamente. Nunca conducían a ningún sitio al que yo quisiera ir. Y lo más importante, no ceder a la emoción ni a la frustración.

El palacio es el único sitio del mundo donde puedes atravesar una puerta y encontrarte en otra planta. Lo descubrí por las malas. Y no se debía a ninguna clase de magia élfica. Se debía a que el sitio era un conglomerado de eras y eras de añadidos construidos sobre un terreno muy desnivelado.

Mi ansiedad llegó al punto en que decidí seguir lo que me pareció la ruta de los tontos. Decidía bajar a la planta baja, buscar uno de los miles de poternas de palacio, que solo pueden abrirse desde dentro, y salir a la calle. Allí fuera sabría dónde estaba y podría volver a la entrada que uso habitualmente. Entonces estaría en casa.

Ahí dentro está muy oscuro en mitad de la noche. Lo descubrí cuando tropecé al bajar una escalera y se me cayó la lámpara.

Se rompió, faltaría más. Y por un rato hubo mucha luz allá abajo. Pero el fuego se apagó enseguida.

Bueno, vale. Era una certeza que abajo habría una puerta que diera a la calle. La escalera se curvaba hacia la pared exterior. Me había asomado a una ventana para asegurarme antes de empezar la bajada.

Bajar una escalera de caracol antiquísima no es fácil cuando no hay barandillas y no puedes ver lo que estás haciendo. Con todo, llegué abajo sin romperme ningún hueso, aunque resbalé un par de veces y tuve que soportar un ataque de vértigo después de atravesar el humo del aceite de lámpara quemado.

En un momento dado llegué al final de la escalera. Tanteé en busca de una puerta. Mientras lo hacía, fruncí el ceño. ¿Qué estaba haciendo? Me llevó un momento profundizar en mi mente y hallar la respuesta.

Encontré la puerta y seguí tanteando en busca del cerrojo. Encontré un viejo cerrojo de madera tallada, que no era en absoluto lo que yo esperaba.

Tiré, empujé. La puerta se abrió hacia fuera.

Respuesta equivocada para tu problema, Murgan.

Dentro de la fortaleza nada se mueve, aunque a veces unas brumas luminosas

resplandecen al filtrarse desde más allá de las puertas de los sueños. Las sombras se ciñen a los rincones. Y muy adentro, en el corazón del lugar, en el más débil latido del corazón de la oscuridad, hay vida en cierto sentido.

Un inmenso trono de madera se alza en un estrado en el corazón de una cámara tan enorme que solo un sol podría iluminarla entera. En el trono hay despatarrado un cuerpo, tapado por bancos de sombra, clavado con cuchillos de plata que atraviesan sus pies y sus manos. A veces ese cuerpo suspira levemente en su sueño, impelido por amargos sueños que habitan detrás de sus ojos ciegos.

En cierto sentido es supervivencia.

En la noche, cuando el viento ya no lame a través de las ventanas que han perdido los cristales, ni recorre sus abandonadas estancias, ni susurra a su millón de sombras reptantes, aquella fortaleza queda llena con el silencio de la piedra.

Capítulo 55

Sin voluntad.

Sin identidad.

En casa en la casa del dolor.

Capítulo 56

¡Ahí estas! ¿Dónde has estado? Bienvenido de vuelta a... ¿la casa del dolor?

Capítulo 57

La casa del dolor.

He estado allí, pero no recuerdo ni el viaje ni la visita.

Estaba a gatas en un pavimento roto. Me dolían las manos y las rodillas. Levanté una mano. Tenía la palma desgarrada. Manaba sangre de una docena de abrasiones. Tenía la mente embotada. Levanté la otra y empecé a recoger fragmentos del pavimento de ladrillo.

A cincuenta metros de distancia, el costado de un edificio brillaba en un tono oliváceo, intermitente. Un círculo de sillares salió despedido hacia fuera. De la oscuridad brotaron unas sombras. Atravesaron el agujero con armas desenvainadas. Del interior llegaban gritos y entrechocar de metal.

Me levanté y fui en esa dirección, vagamente interesado pero sin estar seguro de por qué, incapaz incluso de tener pensamientos definidos.

—¡Hey! —Una sombra de las que se veían por el agujero me miró fijamente. Yo no grité, así que debió haber sido la sombra—. ¿Eres tú, Murgen?

Seguí andando. La cabeza me daba vueltas. Me desvié a la derecha. Choqué de lleno con un edificio. Después de eso, tuve un medio claro de orientación. Como un borracho, fui avanzando con una mano apoyada en la pared.

—¡Ahí está! —me señaló la sombra.

—¿Candelas?

—Sí. ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho?

Sentía pequeños dolores por todo el cuerpo. Sentía como si me hubieran apuñalado, cortado y quemado.

—¿Quién? ¿Qué me ha hecho quién? ¿Sí? ¿Dónde estoy? ¿Cuándo?

—¿Eh?

Un hombre se asomó. Llevaba el rostro envuelto en una bufanda. Solo se le veían los ojos. Me estudió momentáneamente y se retiró. Alguien gritó.

Un grupo de gente llegó a la calle. Algunos llevaban armas ensangrentadas. Todos iban enmascarados. Un par me cogió de los brazos y se me llevó.

Nos escabullimos por las calles oscuras de una ciudad de noche y nadie respondió las preguntas que hice entre jadeos, así que durante un rato no tuve ni idea de dónde ni cuándo estaba. Entonces cruzamos un espacio abierto desde el que vislumbré la ciudadela de Dejagore.

Aquello respondió mis preguntas más inmediatas.

Pero dio pie a otras nuevas. ¿Por qué estábamos fuera del territorio de la Compañía? ¿Cómo había llegado yo allí? ¿Por qué no lo recordaba? Lo último que recordaba era estar sentado con Ky Dam, deseando en secreto a su nieta...

Los hombres que me acompañaban se quitaron embozos y máscaras. Eran de la

Compañía. Más el tío Doj y un par de nyueng bao. Nos metimos en un callejón que conducía a territorio nyueng bao.

—Un poco más lento —jadeé—. ¿Qué pasa?

—Alguien te ha secuestrado —explicó Candelas—. Al principio pensamos que fue Mogaba.

—¿Eh?

—Conjura Sombras se ha llevado su ejército al completo para ir detrás de la Dama. Podríamos irnos si queríamos. Pensamos que había decidido tomarte como rehén.

Yo no creía que Sombras se hubiera ido.

—Tío Doj. Lo último que recuerdo es estar bebiendo té con el portavoz.

—Empezaste a actuar de forma extraña, soldado de piedra. —Gruñí. No se disculpó—. El portavoz pensó que quizá habrías estado bebiendo antes de tu llegada. Le ordenó a Thai Dei que te llevara a casa. Estaba ofendido. Resultaste ser una carga tal que Thai Dei fue incapaz de defenderse cuando os atacaron. Lo apalearon, pero logró llegar hasta casa con las noticias. Tus amigos empezaron a buscarte tan pronto como les informamos. —Su tono sugería que se preguntaba por qué se habrían molestado—. Parecen más hábiles de lo que fingen ser. Te localizaron enseguida. No estabas en la ciudadela, que es donde Mogaba te habría confinado.

—¿Cómo he travesado la ciudad?

Hice una mueca de dolor. Aparte de los demás dolores tenía una jaqueca propia de una resaca. Me habían drogado.

Nadie supo responderme.

—¿Es la misma noche, tío?

—Sí, pero muchas horas más tarde.

—¿Y seguro que no fue Mogaba el que me cogió?

—No. No había nar en el sitio. De hecho, poco después de que te capturaran, también atacaron a Mogaba. Puede que planearan asesinarlo.

—¿Jaicuri?

Quizá los lugareños habían decidido solucionar el problema.

—Quizá.

No sonaba muy convencido. A lo mejor debería haber tomado prisioneros.

—¿Dónde está Un Ojo?

Solo Un Ojo podía haber abierto aquel agujero en la pared.

—Cubriéndonos el rastro —me dijo Candelas.

—Bien.

Yo ya estaba casi normal. Lo que quería decir que estaba tan confuso como siempre, supongo. Quienquiera que me hubiese atrapado había hecho un buen trabajo para infiltrarse en territorio nyueng bao sin ser visto.

El tío Doj me adivinó el pensamiento.

—No hemos descubierto cómo lograron emboscarte, ni cómo los otros lograron acercarse tanto a Mogaba. Esos cuatro lo pagaron con sangre.

—¿Los mató?

—Según dicen fue un combate épico, cuatro contra uno.

—Bien por Mogaba. Incluso él se merece un poco de felicidad en la vida.

Nos estábamos acercando a los edificios que fingían ser el cuartel de la Compañía. Invité a pasar a todo el mundo. Los chicos encendieron un fuego. Cuando apareció Un Ojo, le sugerí que fuera a buscar un poco de cerveza porque había oído que había alguna suelta por ahí, y un trago nos iba a venir de perlas.

Quejándose, Un Ojo volvió a la noche. Poco después, Goblin y él volvieron con un barril a cuestas.

—Yo invito —le dije al todo el mundo. Un Ojo gimoteó.

Me desnudé y me tumbé en una mesa. Por eso el fuego. Para amortiguar el golpe de frío.

—¿Qué aspecto tengo, Un Ojo?

Su tono fue el de un hombre que responde una pregunta estúpida.

—El de un hombre al que han torturado. ¿No sabes cómo acabaste en la calle?

—Supongo que os oirían venir y me tiraron afuera para distraeros mientras ellos huían.

—No funcionó. Ponte de costado.

Vi un rostro al otro lado de la puerta.

—Pasa. Tómate una cerveza con nosotros.

El forastero Sindhu se unió a nosotros. Aceptó una jarra pero parecía estar muy incómodo.

Noté lo atentamente que lo observaba el tío Doj.

Capítulo 58

Todavía era aquella noche agitada. Yo seguía desorientado, dolorido y definitivamente exhausto, pero aquí estaba bajando al exterior de la muralla ayudándome con una cuerda.

—¿Seguro que los nar no pueden vernos desde la barbacana?

—Maldita sea, Cachorro, ¿por qué no te limitas a moverte? Incordias más que una suegra.

Un Ojo hablaba con conocimiento de causa. Ha tenido varias.

Empecé a bajar. ¿Porqué me habría dejado liar por Goblin y Un Ojo?

Dos soldados taglianos me esperaban cuando llegué a la tosca balsa. Me ayudaron a bajar.

—¿Qué profundidad alcanza el agua? —pregunté.

—Poco más de dos metros —me dijo el más alto—. Podemos impulsarnos con las pértigas.

La cuerda se tensó. La sostuve. Pronto, el tal Sindhu bajó hasta la balsa. Mi ayuda fue la única que tuvo. Los taglianos ni siquiera reconocieron su existencia. Tiré de la cuerda tres veces para que los que estaban en el extremo superior supieran que partíamos.

—Adelante con las pértigas.

Los taglianos eran voluntarios escogidos en parte porque estaban descansados. Parecían bastante contentos por salir de la ciudad... y deprimidos porque no iban a quedarse fuera.

Consideraban este periplo como un experimento. Si lográbamos cruzar, llegar hasta los sureños, escurrirnos a través de sus líneas y luego volver a Dejagore la noche siguiente o la otra, flotas enteras podrían muy pronto arriesgarse a realizar el viaje.

Si volvíamos. Si los hombres de Conjura Sombras no nos interceptaban. Si después de todo encontrábamos a la Dama, que los soldados no sabían que era parte de la misión...

Un Ojo y Goblin me presionaron para que fuera a buscar a la Dama. «No importan las heridas, Cachorro. No son una mierda». Sindhu venía porque Ky Dam pensó que sería buena idea sacarlo de Dejagore. A Sindhu no se le había pedido su opinión. Se suponía que los taglianos debían protegerme y proporcionar músculo. El tío Doj había querido venir, pero no logró convencer al portavoz.

Cruzamos sin incidentes. Una vez llegamos a la orilla saqué una diminuta caja de madera verde del bolsillo y solté la polilla que había dentro. Volaría hasta Goblin y le anunciaría que había llegado sano y salvo.

Tenía varias cajas más, cada una de un color distinto y cada una con su polilla

para soltarla en circunstancias concretas.

Cuando empezamos a avanzar por un barranco, Sindhu se ofreció tranquilamente a ir en punta.

—Tengo experiencia en esta clase de cosas —me dijo. Y lo creí en cuestión de minutos. Se movía lentamente, con mucho cuidado, sin hacer el más mínimo ruido.

Yo iba bien, pero no tanto. Los dos taglianos era como si llevaran cencerros al cuello.

No habíamos avanzado mucho cuando Sindhu siseó en señal de aviso. Nos quedamos helados mientras un grupo de sureños quejumbrosos cruzaba nuestra senda a unos veinte metros de distancia. Solo pude distinguir lo suficiente de la conversación para comprender que preferían una manta calentita a una patrulla nocturna por las colinas. Qué sorpresa. Pensaba que en otros ejércitos las cosas serían distintas.

Nos encontramos con otra patrulla una hora después. Esta también pasó sin detectar nuestra presencia.

Habíamos cruzado la cresta de las colinas cuando el amanecer empezó a aproximarse desde el este, extendiendo la visibilidad hasta el punto en que era demasiado peligroso seguir en movimiento.

—Debemos encontrar un escondite —me dijo Sindhu.

Procedimiento estándar en territorio hostil. Y no fue problema. Los barrancos estaban atascados de maleza. Un hombre podía desaparecer allí con facilidad siempre que no se olvidara de quitarse el camisón naranja.

Desaparecimos. Empecé a roncar segundos después de echarnos en el suelo. Y no fui a ningún sitio, ni a ningún tiempo.

Me despertó el olor a humo. Me incorporé sentado. Sindhu se puso en pie casi al mismo tiempo. Me encontré un cuervo estudiándome tan de cerca que tuve que poner bizcos los ojos para enfocarlos bien. El tagliano que se suponía que debía montar guardia estaba dormido. Vaya con los que estaban bien descansados. No dije nada. Sindhu tampoco.

En unos instantes se confirmaron mis terrores.

Una voz sureña gritó. Otra respondió. Los cuervos graznaron. Sindhu susurró:

—¿Saben que estamos aquí? —Parecía que le costaba creerlo.

Levanté un dedo para pedir silencio. Escuché y alcancé a distinguir algunas palabras.

—Saben que hay alguien por aquí, pero no saben quién. No están muy contentos porque no pueden matarnos. El Maestro de las Sombras quiere prisioneros.

—¿No están tratando de hacernos salir?

—No saben si alguno de nosotros entiende su dialecto.

El cuervo albino que había ante mí graznó y aleteó hasta salir de la maleza. Unos

veinte más lo siguieron.

—Si no podemos evitarlos tenemos que rendirnos. No debemos luchar.

Sindhu era un joven infeliz.

Asentí. Yo también era un joven infeliz. Los soldados taglianos eran otros dos jóvenes infelices.

No pudimos evitar a nadie. Los cuervos se divertieron con nuestros esfuerzos.

Capítulo 59

El tiempo carecía de sentido. El campamento del Maestro de las Sombras estaba en algún punto al norte de Dejagore. Nosotros cuatro fuimos de los primeros prisioneros capturados, pero pronto se nos unieron más en el corral. Muchos de los chicos de Mogaba querían salir de la ciudad.

Menos problemas para alimentar a los que se quedaban.

Un Ojo y Goblin al parecer llevaban bien nuestra parte de la ciudad. No había ningún conocido entre los prisioneros.

No envié más polillas para que supieran que se había encontrado con problemas en vez de con la Dama.

Ni siquiera nuestros guardias tenían idea de cómo pensaba usarnos Conjura Sombras. Probablemente nos iba mejor no saberlo.

Pasé incontables días en una situación miserable. Los cerdos en la porqueriza viven mucho mejor que como vivíamos nosotros. Llegaron más y más prisioneros. La comida era deleznable. Tras unas cuantas, todo el mundo cogió diarrea. No teníamos evacuación de residuos, ni siquiera una mala zanja. No nos dejaban excavarla nosotros. Quizá no querían que nos pusiéramos demasiado cómodos.

De hecho, nuestra vida no era mucho peor que la de los soldados rasos del Maestro de las Sombras. No tenían nada y solo podían esperar nada. Se solazaban con una abultada tasa de desertiones, a pesar de la reputación del Maestro de las Sombras. Odiaban a Conjura Sombras por llevarlos a aquel estado. Y pagaban su ira con nosotros.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Perdí la noción. Estaba demasiado ocupado tratando de morirme de disentería. Solo me di cuenta un día de una repentina ausencia de cuervos. Estaba tan acostumbrado a tener cuervos alrededor que solo los noté cuando no estuvieron allí.

Me desmayé y me recuperé. Sufrí varios de mis ataques. Ahora eran más frecuentes y me dejaban emocionalmente agotado. La diarrea agotaba físicamente.

Si al menos pudiera dormir un poco...

Sindhu me despertó. Me aparté de su contacto. Era asombrosamente frío y vagamente reptiliano. Yo era el único hombre del corral que conocía, así que intentaba ser mi amigo. Yo estaba dispuesto a apañarme sin un amigo. Me ofreció una taza de agua. Era una taza de latón bastante bonita. ¿De dónde la había sacado?

—Bebe —me dijo—. Es agua limpia. —A nuestro alrededor había prisioneros tirados en el barro, temblando en su sueño febril. Algunos chillaban—. Va a pasar algo.

—¿Qué?

—He sentido el hálito de la diosa.

Por un instante olí algo que no era el hedor del vómito, los cuerpos sin lavar o muertos, o los charcos de mierda líquida.

—Ah —susurró Sindhu—. Ya está sucediendo.

Miré hacia donde me señalaba.

Aquello que estaba sucediendo lo hacía dentro de la gran tienda que pertenecía al Maestro de las Sombras. Luces de extraños colores destellaban y parpadeaban.

—Quizá está preparando algo especial para alguien. —A lo mejor había localizado a la Dama.

Sindhu resopló. Parecía encontrarse a sus anchas en estas condiciones.

Aquello duró bastante tiempo, pero no atrajo la atención. Empecé a sospechar. Todavía tenía sobre mí la custodia contra hechizos de sueño de Goblin. ¿Y si...? Me arrastré hasta la cerca del corral. Cuando nadie me hizo retroceder de un golpe con el asta de una lanza estuve seguro. El campamento estaba bajo los efectos de un hechizo.

El agua de Sindhu me dio fuerzas rápidamente y puso mi cerebro a funcionar. Se me ocurrió que, si no había nadie inclinado a detenerme, aquel podía ser el momento perfecto para abandonar la hospitalidad del Maestro de las Sombras. Empecé a escurrirme entre dos postes de la cerca.

Mi estómago gruñó en señal de protesta. Lo ignoré. Sindhu me agarró del brazo. Su presa era férrea.

—Espera —dijo.

Esperé. ¿Qué demonios? Ese era uno de mis brazos favoritos, y no deseaba privarme de su compañía.

La luna fue ascendiendo. Un gran huevo escalfado naranja en el oeste. Sindhu siguió agarrándome y mirando fijamente a la gran tienda.

Desde lo alto bajó un alarido.

—Mierda —mascullé—. El no.

Sindhu también maldijo. Estaba tan sobresaltado que me soltó, miró hacia arriba.

—Ese es el Aullador —le dije—. Muy malas noticias. Podría darle a Conjura Sombras lecciones avanzadas de crueldad.

El costado de la tienda de Sombras se abrió. Por allí salió un puñado de gente que cargaba con lo que resultaron ser trozos de cuerpos humanos. Reconocí varias, personas, se entiende. ¿Quién podría confundir a Sauce Swan con su larga cabellera rubia? ¿O a la Dama, que llevaba una cabeza cogida por el pelo revuelto? Y Hoja estaba solo a un paso tras ella, con su piel de ébano brillando a la luz de la luna. No reconocí a ninguno de los otros.

El conjuro de sueño que había sobre el campamento, pobremente engarzado, se deshizo. Los sureños se levantaron rápidamente preguntando qué pasaba. El metal tintineó al localizarse armas y armaduras.

Uno de los acompañantes de la Dama, un enorme shadar, empezó a bramar algo acerca de inclinarse ante la auténtica Hija de la Noche.

Sindhu soltó una risita. Parecía que nada le preocupaba. Lo soportaba todo.

Ya no me tenía cogido, pero yo ni tenía la fuerza ni sentía la inclinación de ir a ninguna parte.

Capítulo 60

Lo lograron, la Dama y su maldita banda de locos. La audacia funciona. Se infiltraron en el campamento y asesinaron a Conjura Sombras, y cuando se vieron atrapados convencieron a los sureños de que todo estaba escrito en el destino y por ello no debían hacer nada. No pude ser testigo de aquella conversión masiva. Mis tripas contradijeron mis deseos de observar. Pasé casi todo el tiempo poniéndome peor de lo que estaba.

En un momento dado nuestros antiguos guardias decidieron conducirnos ante la Dama para caerle en gracia.

Hoja nos reconoció en el mismo instante en que nos sacaban del corral.

Hoja tiene aspecto de haber nacido nar. Igual que ellos es alto, negro y musculoso, sin un gramo de grasa. Habla poco, pero tiene una fuerte presencia. Su pasado es nebuloso. Iba con Sauce Swan y Fibroso Mather, que lo habían salvado de unos cocodrilos varios miles de kilómetros al norte de Taglios. Lo que todo el mundo sabía, lo que Hoja no se esforzaba en ocultar, era su odio hacia los sacerdotes como individuos, como colectivo y sin prejuicio alguno por lo que respectaba al sistema de creencias. Una vez pensé que se trataba de un ateo que odiaba la idea de la divinidad y las religiones, pero tras conocerlo algo más decidí que solo detestaba a los intermediarios de la religión. Aquello sugería graves incidentes en su pasado.

Ahora no importaba. Hoja nos apartó a Sindhu y a mí de nuestros guardias.

—Portaestandarte, apestas.

—Llama a nuestras damas de compañía. Que me den un baño.

No me acordaba de mi último baño. En Dejagore no desperdiciábamos el agua en trivialidades.

Por supuesto, ahora podíamos bañarnos todo lo que quisiéramos... aunque el agua no estaba limpia.

Hoja nos consiguió ropa limpia por el expeditivo procedimiento de robársela a unos oficiales sureños, hizo que nos laváramos y nos llevó a visitar a los inadecuados médicos de campaña que Matasanos había tratado de entrenar para las fuerzas taglianas. Sabían menos que yo acerca de parar las cagaleras.

Era de día cuando la Dama vino a verme. Ya sabía que los prisioneros eran desertores de la ciudad. Fue franca y al grano.

—¿Por qué saliste huyendo, Murgen?

—No huía. Decidimos que alguien tenía que salir en vuestra busca. Yo perdí la elección... Esto... —Ella estaba de muy mal humor, al parecer también enferma. *Nada de chistecitos, Murgen*—. Un Ojo y Goblin supusieron que yo era el único de confianza que tenía alguna posibilidad de atravesar las líneas. Ellos no podían irse. Pero no lo logré.

—¿Por qué sentisteis la necesidad de enviar a alguien?

—Mogaba se ha elegido a sí mismo dios. Ahora que el agua nos rodea y mantiene a los sureños a distancia no necesita soportar a los que están en desacuerdo.

Habló Sindhu:

—Los hombres negros creen servir a la diosa, señora. Pero sus herejías son grotescas. Se han vuelto mucho peores que infieles.

Agucé el oído. Quizá descubriera algo sobre la gente de Sindhu. Se la tenía guardada. Todavía no había encontrado ninguna prueba que sugiriera que no habían sido ellos los que me habían secuestrado y habían intentado asesinar a Mogaba.

Con todo, no lograba imaginarme por qué se habrían molestado.

Sindhu y la Dama hablaron. Las preguntas de ella parecían ser vagamente doctrinales. Las contestaciones de Sindhu no tenían sentido.

La Dama interrumpió una vez la conversación para vomitar. Un tipejo pequeño y escuchimizado llamado Narayan, que estaba por allí cerca, tenía un aspecto tremendamente satisfecho. Noté que Sindhu le demostraba una deferencia considerable.

Yo no estaba contento. Lo poco que sabía de su culto me aseguraba que no los quería como influencia de mis capitanes.

La entrevista acabó. Los compinches de Hoja se me llevaron. Me quedé con Swan y Mather, lo que significaba que durante un tiempo tendría alguien con quien hablar en un idioma razonable, pero pronto me sentí olvidado.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a Swan.

—No lo sé. Fibroso y yo nos limitamos a seguir a su Señoría mientras fingimos que no la espiamos en nombre de la Radisha.

—¿Fingís?

—Ser espía no sirve de mucho si todo el mundo sabe que lo eres, ¿no? En cualquier caso, Fibroso es el que se encarga de estar preocupado. Él es el que hace manitas con la mujer.

—¿Quieres decir que no es un rumor malintencionado? ¿Realmente está liado con la Radisha?

—Difícil de creer, ¿no? El rostro de ella es como... ¡Eh, Fibroso! ¿Dónde están las cartas? Tenemos aquí un pichón que cree que sabe jugar al tonk.

—¿Que creo? Swan, si te enfrentas a mí vas a pensar que yo he inventado el juego.

Mather era un individuo anodino de altura media y pelo color jengibre, que solo destacaba porque era blanco en una tierra donde solo las mujeres de los harenes, a las que mantenían encerradas fuera del alcance del sol desde su nacimiento, tenían la tez clara.

—¿Otra vez se ha pasado Sauce de bocazas? —preguntó Mather.

—Posiblemente. Yo soy un profesional del tonk. Demonios, si no eres un jugador de primera te echan de la Compañía.

Mather se encogió de hombros.

—Entonces a ver si pones a Sauce en su sitio. Tomad. Id barajando, voy a ver si el gran general Hoja quiere unirse.

—Eso lo quitaría de la vista de la Dama —protestó Swan. Parecía que por aquí había ciertos malos sentimientos. Mather le mostró una sonrisa sarcástica que confirmó mis sospechas.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté—. Todo hombre que se le acerca más de cinco minutos empieza a flotar en el aire con la lengua fuera y a chocarse con las cosas. Pero yo he estado años cerca de ella. Puedo ver que tiene de todo en su sitio y muy bien puesto, pero no creo que pudiera excitarme aunque ya no fuera la Dama ni estuviera casada con el Viejo.

No es que aquello fuera literalmente cierto. Ni siquiera se habían molestado en formular los votos.

Swan barajó.

—Corta.

Corté. Siempre corto. Un Ojo me lo enseñó.

—¿Realmente sientes eso? —me preguntó Swan—. Tío, en cuanto se me acerca pierdo la cabeza. Y ahora es viuda, así que...

—No creo.

—¿Qué?

—No es viuda. Matasanos sigue vivo.

—Mierda. Mala suerte. ¿Quieres amañarle la mano a Fibroso? Que parezca que tiene una jugada ganadora y luego nos lo ventilamos.

Tan pronto negué con la cabeza, quiso saber por qué pensaba yo que Matasanos estaba vivo. Evité dar una respuesta concreta los pocos momentos que tardó Mather en volver.

—Hoja está demasiado ocupado buscando un ángulo que usar mientras está cerca de la magia. ¿Me has vuelto a amañar la mano, Sauce? ¿No? Y yo me lo creo. Recogemos y volvemos a repartir.

—La historia de mi vida —me lamenté—. Mirad. —Tenía dos ases, una pareja de doses y un tres. Una jugada ganadora, casi imposible de derrotar—. Y natural, sin ayuda.

—No importa —dijo Swan con ironía—. De todas formas no tienes otra cosa que hacer.

—Eso es verdad. ¿Por qué no os venís a Dejagore? Os invitaría a una jarra de cerveza casera de Un Ojo.

—¡Ja! Así que competencia, ¿eh?

Swan y Mather se habían dedicado al negocio de la cerveza nada más llegar a Taglios. Pero ahora estaban fuera del asunto, entre otras razones por el hecho de que los sacerdotes de todas las religiones nativas condenaban el consumo de alcohol.

—Lo dudo. Lo único bueno que tiene esa cerveza es que emborracha.

—Eso era lo único bueno que tenían los orines de rata que hacíamos nosotros —dijo Mather—. Mi querido y anciano padre, el maestro cervecero, se revolvía en su tumba cada vez que abríamos un barril.

—Nosotros nunca almacenábamos cerveza —contraatacó Swan—. Tan pronto como estaba lista la seleccionábamos y la vertíamos en las gargantas taglianas. Y no te creas esa mierda sobre su padre. Papá Mather era un recaudador de impuestos tan tonto que no aceptaba sobornos.

—Cierra el pico y reparte las cartas. —Mather cogió sus naipes—. Elaboraba su propia cerveza. Y el viejo de Swan era albañil.

—Pero era guapo, Fibroso. Y buen amante. Yo heredé su atractivo.

—Te pareces a tu madre. Y si no haces pronto algo con ese pelo te vas a encontrar en el harén de alguien.

Este era un lado de estos dos que yo nunca había visto. Pero tampoco es que hubiera pasado mucho tiempo con ellos. No eran miembros de la Compañía. Mantuve la boca cerrada, me concentré en mis cartas y les dejé hablarme de lo que eran antes de que el ansia de viajar se apoderara de ellos y los impulsara a vagabundear contra todo pronóstico.

—¿Y qué hay de ti, Murgen? —preguntó Swan tras darse cuenta de que yo estaba ganando una buena cantidad de manos—. ¿De dónde vienes?

Les conté que había crecido en una granja. No hubo nada excitante en mi vida hasta que decidí que el campo no era lo mío. Me uní a uno de los ejércitos de la Dama, descubrí que no me gustaba cómo se hacían allí las cosas, deserté y me uní a la Compañía, que fue en el único sitio en el que pude esconderme con los gendarmes detrás de mí.

—¿Te arrepientes de haber abandonado tu casa? —preguntó Mather.

—Todos y cada uno de los malditos días, Mather. Todos y cada uno. Criar patatas era aburridísimo, pero nunca ninguna patata trató de clavarme un cuchillo. Nunca pasé hambre y casi nunca frío, y el terrateniente era bueno. Se aseguraba de que sus arrendatarios tuvieran lo suficiente antes de llevarse su parte. No vivía mucho mejor que nosotros. Ah, y la única magia que veíamos era la que los magos ambulantes hacían en las ferias.

—¿Y por qué no te vuelves a casa?

—No puedo.

—Si tienes cuidado, no pareces demasiado próspero y no vas por ahí jodiendo a la gente, puedes viajar casi a cualquier parte sin problemas. Nosotros lo hicimos.

—No puedo volver a mi casa porque mi casa ya no está allí. Un ejército rebelde pasó dos años después de que yo me fuera. La Compañía pasó por allí algo más tarde, de camino desde un sitio desagradable a otro donde seríamos infelices. Todo el territorio había sido convertido en un desierto, en nombre de la libertad frente a la tiranía del imperio de la Dama.

Capítulo 61

La Dama me mandó buscar después de seis días. Me había librado de la diarrea y había comido lo bastante bien como para recuperar alguno de los kilos que había perdido en el corral. Seguía teniendo el aspecto de un refugiado del infierno. Y lo era. Vaya si lo era.

La Dama no tenía buen aspecto. Cansada, pálida, bajo una grave presión, aparentemente aún en lucha contra la enfermedad que la había hecho vomitar el otro día. No perdió el tiempo con charlas.

—Te voy a enviar de vuelta a Dejagore, Murgén. Estamos recibiendo informes realmente inquietantes sobre Mogaba.

Asentí. Yo también había oído algunos. Cada noche más y más balsas cruzaban el lago. Los desertores y refugiados siempre quedaban asombrados de que Conjura Sombras estuviera muerto y la Dama controlara su ejército... aunque este seguía evaporándose por las deserciones.

La Dama era dura. Supongo que pretendía dejar que el problema planteado por Mogaba se resolviera solo... a pesar de lo que aquello le costaría a Taglios y a la Compañía Negra.

—¿Por qué?

Aquello no era inteligente. Todos esos taglianos que había dentro tenían parientes en casa. Muchos eran gente honrada de familia, ya que era esa clase de hombres la que se había presentado voluntaria para defender Taglios.

—Necesito que vuelvas y seas tú mismo. Pero escribe lo que pase. Perfecciona tus habilidades. Mantén unida la Compañía. Estate preparado para todo.

Gruñí. Aquello no era algo que yo quisiera oír, sabiendo que se podía poner fin al asedio ahora mismo.

La Dama percibió mis reservas. Sonrió lánguidamente e hizo un gesto repentino.

—Duerme, Murgén.

Me derrumbé en el sitio.

Había vuelto a su antigua y desagradable personalidad.

No tenía la mente clara. Los taglianos que me habían ayudado a salir de Dejagore parecían zombis. No hablaban y parecían casi ciegos.

—¡Al suelo! —murmuré—. Viene una patrulla.

Hicieron lo que les dije, pero como hombres drogados.

Durante el día las patrullas eran escasas. Era fácil evitarlas. De todas formas, su misión no era impedir que la gente entrara. Llegamos a la orilla del lago sin problema alguno.

—Descansad —ordené—. Esperaremos a la oscuridad. —No estaba seguro de por qué habíamos atravesado las colinas durante el día. No recordaba haber empezado—. ¿He estado actuando de forma extraña? —pregunté.

El tagliano más alto negó lentamente con la cabeza, inseguro. Estaba más confundido que yo.

—Siento como si hubiera salido de entre la niebla hace un par de horas —dije—. Recuerdo que nos capturaron. Recuerdo que nos tuvieron encerrados en un desagradable corral. Recuerdo que hubo una lucha o algo así. Pero no recuerdo cómo escapamos.

—Ni yo tampoco, señor —dijo el soldado más bajo—. Tengo una fuerte sensación de que debemos volver enseguida con nuestros camaradas. Pero no se por qué.

—¿Y tú?

El hombre más alto asintió con el ceño fruncido. Le iba a explotar una vena de tanto esforzarse por recordar.

—Quizá Conjura Sombras nos ha hecho algo y luego nos ha soltado —dije—. Eso es algo a tener en cuenta... especialmente si tenéis impulsos que os sorprendan.

Después de que oscureciera, avanzamos sigilosamente por la orilla hasta que encontramos una balsa, saltamos a bordo y nos dirigimos hacia Dejagore. Y descubrimos de inmediato que no íbamos a ninguna parte usando las pértigas. El agua era demasiado profunda. Acabamos usando las pértigas y tablas rotas como ineficaces remos. Nos llevó la mitad de la noche cruzar hasta la muralla. Y entonces, como es natural, todo se fue al infierno.

Un Ojo estaba de guardia y había pasado el tiempo haciendo el amor con un barril de cerveza. Oyó chapoteo en el agua y gente que pedía una mano para subir y dedujo que las hordas del mal habían caído sobre él, por lo que comenzó a disparar bolas de fuego acá y allá para que los arqueros cercanos pudieran distinguirnos.

Un Ojo me reconoció antes de que me pasaran rozando más de tres o cuatro flechas. Gritó para que dejaran de disparar, pero el daño ya estaba hecho: los nar de la puerta norte nos habían visto.

Estábamos lo bastante lejos como para que no pudieran reconocer caras. Pero la posibilidad de que la vieja guardia pudiera tener contactos en el exterior llamaría la atención de Mogaba.

—Vaya, Cachorro, me alegro de verte —dijo Un Ojo mientras yo subía a duras penas al parapeto—. Pensábamos que habías muerto. Íbamos a celebrar el funeral en unos días si teníamos tiempo. Yo lo he estado retrasando, porque si se te declaraba oficialmente muerto la labor de analista pasaba a mí. —Generosamente me ofreció un trago de su propia jarra, que no conoce el fregado desde hace eras. Decliné tal honor—. ¿Estás bien, Cachorro?

—No sé. Quizá tú puedas decírmelo —le dije lo que podía recordar.

—¿Has sufrido otro ataque?

—Si ha sido así, estos tipos lo han tenido conmigo.

—Interesante, ven a verme mañana por la mañana.

—¿Mañana?

—Dentro de diez minutos acabo la guardia y tengo la intención de irme a dormir.

Y tú también necesitas dormir.

Qué gran amigo. No sé lo que haría si no tuviera a Un Ojo para preocuparse por mí.

Capítulo 62

Cangilón me despertó.

—Uno de los tipos de Mogaba está aquí, Murgén. Dice que su Majestad desea verte.

Gemí.

—¿Tiene que haber tanta luz ahí fuera?

No me había molestado en bajar a las madrigueras.

—Está cabreado. Hemos estado fingiendo que estabas aquí pero no podías hablar con él. Goblin y Un Ojo ponían de vez en cuando dobles tuyos en la muralla para que los nar pudieran verlos.

—Y ahora que tenéis al Murgén de verdad queréis arrojarlo a los lobos.

—Esto... bueno... No ha preguntado por otra persona.

Lo que significaba que no quería nada con Goblin y Un Ojo. Deseaba mantenerse apartado de esos dos.

—Encuentra a mis amigos del alma y diles que los necesito. Ahora.

Los magos aparecieron cuando tuvieron a bien, por supuesto. Les dije:

—Ponedme en una camilla y llevadme hasta la ciudadela. Vamos a admitir que habéis estado mintiendo acerca de mí pero solo porque yo estaba muy enfermo. Lo que estábamos haciendo en esa balsa anoche era darme unos baños. Tú pensaste que sería gracioso iluminar con unas bolas de fuego mientras yo tenía los pantalones bajados.

Un Ojo empezó a quejarse, pero lo corté con un gruñido.

—No voy a enfrentarme a Mogaba sin respaldo. Ya no tiene ninguna razón para ser amable.

—No va a estar de buen humor —predijo Goblin—. Ha habido disturbios. La escasez de comida es realmente grave. Mogaba no suelta ni un grano de arroz. Incluso sus sargentos taglianos escogidos han empezado a desertar.

—Todo se derrumba a su alrededor —dije—. Iba a tomar el mando y a mostrar maravillas al mundo, pero sus seguidores no están a la altura de su férrea voluntad.

—¿Y nosotros somos alguna clase de hermandad filantrópica? —masculló Un Ojo.

—Nosotros nunca matamos a nadie que no lo pida. Vamos. Hagámoslo. Y preparaos para cualquier cosa. Los dos.

Pero primero subimos al parapeto, tanto para que yo pudiera ver el mundo a la luz del día como para que los nar de la puerta norte pudieran verme con aspecto enfermo antes de que yo me presentara así.

El nivel del agua estaba a poco más de dos metros por debajo del parapeto, más alto de lo predicho por Hong Tray.

—¿Alguna inundación dentro?

—Mogaba ha logrado sellar las puertas de algún modo. Y tiene brigadas de trabajo de jaicuri con cubos para drenar las filtraciones.

—Bien por él. ¿Y abajo?

—Hay algunas filtraciones en las catacumbas. No mucho. Podemos tenerlo controlado a base de cubos.

Gruñí. Miré fijamente el lago de Conjura Sombras. Vi más cadáveres de los que pude contar.

—Esos no han salido a flote de las fosas comunes, ¿no?

—Mogaba arrojó gente desde la muralla durante los disturbios —me dijo Goblin—. Y puede que algunos sean de balsas volcadas o rotas.

Forcé la vista. Pude vislumbrar una patrulla montada al otro lado del agua. Una balsa atestada de jaicuri había sido atrapada a la luz del día. La gente de a bordo estaba intentando alejarse de la patrulla remando con las manos.

Thai Dei apareció para que supiéramos que su gente nos observaba. Supuse que querría que yo visitara al portavoz. Pero no dijo nada.

—Llévame con su Ilustrísima —dije a mis porteadores.

Nos acercamos a la ciudadela.

—La ciudadela parece sacada de un cuento de terror —comenté.

Y era verdad, recortada contra el cielo encapotado y con bandadas de cuervos revoloteando a su alrededor. Dejagore era un paraíso para los cuervos. Iban a engordar tanto que no iban a poder volar. Quizá nosotros deberíamos engordar comiéndonoslos.

Los nar de la entrada se negaron a dejar pasar a Goblin y Un Ojo.

—Pues volvamos a casa —dije.

—¡Espera!

—Lo siento, amigo. No tengo por qué aguantar las pamplinas de Mogaba. La teniente está viva. Y probablemente el capitán también. Mogaba ya no es una mierda, salvo dentro de su propia cabeza.

—Al menos podrías haber discutido hasta que nos hubiera dado tiempo de descansar. —Un Ojo empezó a desplazarse para dar la vuelta con la camilla y bajar las escaleras.

Ochiba nos alcanzó antes de que llegáramos a la altura de la calle. Lo habían hecho en el mismo molde que a todos los nar. Mantuvo el rostro impassible.

—Disculpas, portaestandarte. ¿No vas a reconsiderarlo?

—¿Reconsiderar el qué? No tengo ningún interés especial en ver a Mogaba. Habrá estado comiendo setas mágicas o mascando hierba de la suerte o algo así. Yo llevo una semana cagándome vivo. No estoy de humor para jueguecitos con un

lunático homicida.

Algo tembló detrás de los ojos oscuros de Ochiba. Quizá estaba de acuerdo. Quizá había otra guerra en su interior, una lucha entre mantener su lealtad hacia el nar más grande de Gea-Xle de todos los tiempos y mantener su lealtad hacia su propia humanidad.

Yo no iba a presionar. Cualquier indicio de interés exterior empujaría a los dubitativos en la dirección de «así ha sido siempre».

Así que los dos lugartenientes cuestionaban en silencio a Mogaba. Si esos tipos dudaban de él, es que las cosas estaban peor de lo que yo pensaba.

—Como desees. Que pasen los camilleros —dijo Ochiba a los centinelas.

A nadie se le escapó el significado de quiénes eran mis porteadores. Fue una afirmación directa.

Me sentía confortablemente hostil.

Capítulo 63

¿Se alegró Mogaba de ver a Goblin y Un Ojo, y de que ambos estuvieran tan en forma? Pueden apostar que no. Pero no demostró su desagrado. Se limitó a anotar algo en su pizarra mental de cuentas pendientes. Ya me haría más infeliz de lo que había planeado. Más tarde.

—¿Puedes incorporarte? —preguntó. Como si le importara.

—Sí. Me he asegurado, por eso he tardado tanto. Por eso y para estar seguro de mantenerme racional.

—¿Y eso?

—Llevo una semana sufriendo de fiebres y disentería. Anoche me sacaron y me arrojaron al agua para enfriarme. Funcionó.

—Ya veo. Ven a la mesa, por favor.

Goblin y Un Ojo me ayudaron a sentarme en una silla. Dieron un buen espectáculo.

Solo había seis personas en la sala de reuniones: nosotros tres, Mogaba, Ochiba y Sindawe. A través de la ventana que había detrás de Mogaba pude ver agua y colinas. Y cuervos: estaban apiñados en el alféizar, pero ninguno se atrevía a entrar. Uno albino me echó una mirada especialmente mala con sus ojos rosados.

Supongo que teníamos aspecto de estar hambrientos.

Por un instante vi esa misma habitación en otro tiempo, con la Dama y algunos de los mismos rostros alrededor de la misma mesa. Mogaba no estaba entre ellos. La ventana a su espalda se abrió a un espacio gris.

Un Ojo me tiró de la oreja.

—Ahora no es momento, Cachorro.

Mogaba nos observó con interés.

—Menos recuperado de lo que pensaba —expliqué.

Me pregunté qué quería decir la visión. Y era una visión porque era demasiado detallada para ser una imaginación.

Mogaba se acomodó en una silla frente a mí. Fingió amabilidad, evitando su habitual carácter seco.

—Nos enfrentamos a numerosos y graves problemas, portaestandarte. Están ahí fuera y son indiferentes a las animosidades que podamos haber desarrollado entre nosotros. —¡Maldición! ¿Es que se iba a poner razonable conmigo?—. Y estarán ahí queramos creer o no que la teniente o el capitán han sobrevivido. Tendremos que enfrentarnos a ellos porque no creo que recibamos socorro con prontitud. —Eso no se lo discutí—. Estaríamos mejor si la Dama no hubiera intervenido esta vez. Ahora estamos atrapados y aislados porque el Maestro de las Sombras se ha visto obligado a encontrar una solución para encargarse de dos frentes.

Yo asentí. Estábamos en peor situación. Por otro lado, ya no tendríamos hordas aullantes lanzándose contra la muralla cada pocas noches. Ni Mogaba iba a estar lanzando hombres aquí y allí sin consideración alguna por sus vidas, solo para irritar a los sureños y que hicieran algo estúpido.

Mogaba miró por la ventana. Pudimos ver dos patrullas sureñas levantando polvo en las colinas.

—Ahora puede dejarnos morir de hambre.

—Quizá.

Mogaba hizo una mueca pero controló su ira.

—¿Sí?

—No tengo ningún motivo racional, pero confío en que nuestros amigos nos liberarán.

—He de confesar que esa clase de fe me resulta extraña. Aunque admito la importancia de presentar una cara optimista frente a los soldados.

¿Iba yo a discutir? No. Él tenía más razón de la que podía tener yo.

»Y bien, portaestandarte. ¿Cómo sobrevivimos a un asedio prolongado cuando la mayor parte de nuestras existencias de comida se ha agotado? ¿Cómo recuperaremos el estandarte una vez que salgamos de esta?

—No tengo respuestas. Aunque creo que el estandarte ya está en manos amigas.

¿Por qué estaba tan interesado? Casi todas las veces que hablábamos me preguntaba algo acerca del estandarte. ¿Creía que poseerlo lo legitimaría?

—¿Y cómo es eso? —Estaba sorprendido.

—El Creaviudas que apareció ahí fuera la primera vez llevaba el estandarte auténtico.

—¿Estás seguro?

—Lo conozco —prometí.

—Entonces comparte tus pensamientos acerca de la comida.

—Podríamos intentar la pesca.

Hacerse el gracioso no era una buena idea con Mogaba. Solo lograba enfadarlo.

—No es ninguna broma —dijo súbitamente Goblin—. Esa agua proviene de ríos normales. Tiene que haber pescado.

El mierdecilla no era tan estúpido como parecía a veces.

Mogaba frunció el ceño.

—¿Tenemos alguien que sepa algo de pesca? —le preguntó a Sindawe.

—Lo dudo.

Hablaban de sus soldados taglianos, por supuesto. Los nar son guerreros desde hace una decena de generaciones. No se mancillan realizando trabajos menestrales.

Yo fui olvidadizo. Se me olvidó mencionar que los nyueng bao provienen de un territorio donde, probablemente, la pesca sea una forma de vida.

—Es una idea —dijo Mogaba—. Y siempre queda el cuervo asado. —Miró a la ventana—. Pero la mayor parte de los taglianos no come carne.

—Un dilema —admití yo.

—No me rendiré.

Ninguna contestación me pareció adecuada.

»¿Vosotros tenéis recursos?

—Menos que vosotros —mentí.

Todavía nos quedaba un poco de arroz de las catacumbas. Pero no demasiado. Nos apretábamos el cinturón todo lo posible, siguiendo los consejos de los Anales. No teníamos el aspecto de víctimas del hambre. Aún no.

Pero sí que parecíamos peor alimentados que los nar, me di cuenta.

—¿Sugerencias para reducir el número de bocas improductivas?

—Yo dejo que mis taglianos extenuados y los lugareños que quieran construyan balsas y se vayan. Pero no les permito que se lleven nada consigo.

Volvió a controlar su ira.

—Eso consume valiosa madera. Pero es otra idea que merece la pena reconsiderar.

Estudí a Sindawe y Ochiba. Se mantenían como estatuas de azabache. Parecía que ni respiraban. No expresaron ninguna opinión.

Mogaba me dedicó una mirada furiosa.

—Me temía que esta reunión fuera así de improductiva. Ni siquiera me has restregado los Anales por la cara.

—Los Anales no son mágicos. Lo que dicen acerca de los asedios son cuestiones de sentido común. Ser testarudos. Racionar. No mantener a los improductivos. Controlar la extensión de enfermedades. No agotar la paciencia del enemigo si no hay esperanzas de aguantar más que él. Si la rendición es inevitable, hacerlo mientras el enemigo todavía puede avenirse a términos.

—El enemigo nunca se ha mostrado dispuesto.

Yo me hacía preguntas acerca de eso, aunque los Maestros de las Sombras tenían cierta tendencia a pensar como dioses.

»Gracias, portaestandarte. Examinaremos nuestras opciones y os mantendremos informados de lo que pretendemos hacer.

Goblin y Un Ojo me ayudaron a levantarme de la silla y me acostaron en la camilla. Mogaba no dijo nada y a mí no se me ocurrió nada más que decirle. Los otros nar se limitaron a quedarse allí plantados y a ver cómo nos íbamos.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté cuando estuvimos fuera—. Yo esperaba gritos y amenazas.

—Quería tirarte de la lengua —dijo Goblin.

—Mientras decidía si matarte —añadió alegremente Un Ojo.

—Vaya, eso sí que le da ánimos a uno.

—Se ha decidido, Murgén. Y no ha escogido la opción que te gustaría oír. Es hora de empezar a tener cuidado de verdad.

Llegamos a casa ilesos.

Capítulo 64

—No os molestéis en arrastrarme allí arriba hasta que no sepamos qué quiere el tío.

Goblin y Un Ojo estaban al pie de las escaleras que conducían hasta el parapeto. Doj estaba justo arriba y miraba hacia abajo.

—No tenía pensado cargar con tu culo a ningún sitio más —me dijo Un Ojo—. Por lo que a mí respecta, esto ha sido un ejercicio de camuflaje.

El tío Doj empezó a bajar.

Miré atentamente la muralla. Estaba cubierta de gotitas de humedad, pero aquello se debía a que la piedra estaba más fría que el aire, no a que se estuviera filtrando agua desde fuera.

Los Maestros de las Sombras eran buenos constructores.

—¿Estás bien, soldado de piedra?

—No muy mal para tener diarrea. Dispuesto a bailar sobre tu tumba, tapón. ¿Algún asunto?

—El portavoz desea verte. ¿No ha tenido éxito tu excursión? —Señaló con la cabeza para indicar mi viaje al exterior.

—Si puede llamarse éxito a pasar dos semanas como huésped del Maestro de las Sombras, entonces ha sido la leche, tío Doj. Por lo demás, lo único que hice fue enfermar, perder peso y conservar apenas el suficiente sentido para salir corriendo cuando unos taglianos lanzaron una incursión de hostigamiento. Está bien. Puedo andar hasta allí. —Solo esperé no caer en otro pozo de tinieblas.

Podía andar sin problemas hasta la casa del portavoz, pero... ¿por qué abandonar mi fingida debilidad si podía resultarme útil?

No había cambiado nada en la familia del portavoz. Excepto que esta vez había un olor ausente. Lo noté nada más entrar. Pero no pude identificar el olor que faltaba.

El portavoz estaba listo. Hong Tray se hallaba en su sitio. La belleza preparaba el té.

Ky Dam sonrió.

—Thai Dei se ha adelantado. —Leyó la curiosidad en mi mirada y en la forma de olfatear—. Danh ha partido a su juicio. Al fin. Una estación de penurias ha acabado para esta casa.

No pude evitarlo. Miré a la bellísima mujer. Me la encontré mirándome a mí. Apartó la vista de inmediato, pero no tanto como para que yo no me sintiera culpable cuando devolví mi atención al portavoz.

El anciano no se había perdido nada. Ni se ponía nervioso por algo que convenía más ignorar. Era sabio, este Ky Dam.

Yo había llegado a respetar mucho a este frágil anciano.

—Los tiempos difíciles han llegado, portaestandarte, y llevarán a un mañana más

terrible.

Comentó mi discusión con Mogaba lo bastante bien como para convencerme de que alguien nos había estado observando.

—¿Por qué me cuenta usted esto?

—Para reforzar mi afirmación cuando te digo que espiamos a los hombres negros. Después de tu partida hablaron solo en su lengua natal hasta que enviaron mensajeros a los tribunos de las cohortes y demás oficiales taglianos. Van a reunirse a la hora de la cena.

—Parece algo gordo.

El anciano se inclinó levemente.

—Me gustaría que vieras algo por ti mismo. Conoces a esos hombres mejor que yo, con toda seguridad. Tú puedes determinar si mis sospechas están fundadas.

—¿Quiere usted que yo espíe esa reunión?

—Algo así. —El anciano no me contó la historia completa. Entonces no. Quería que me cogiera en frío—. Doj te guiará.

Capítulo 65

Doj me guió. El camino discurría por sótanos tan intrincadamente interconectados como los nuestros, aunque no se había puesto tanto cuidado al excavar los túneles. La gente que había hecho esto solo quería una vía de escape discreta. No habían tenido intención de esconderse en ellos. Debían de haber sido jaicuri colaboradores de la administración de Sombra de Tormenta, actuando en su nombre. Ella habría querido una salida de emergencia.

—Estoy sorprendido —le dije al tío Doj—. No creía que los subterráneos se les ocurrirían a la gente de las marismas. No creo que haya muchos túneles en el delta.

—No muchos —sonrió.

Lo que yo creo es que encontraron la ruta de escape de pura suerte, quizá unida a una sospecha informada de cómo funcionaba la mente de Sombra de Tormenta.

Entonces, acceder a la ciudadela no representaba ningún problema, aunque hacía falta reptar un poco. A los arquitectos no les había preocupado la dignidad de Sombra de Tormenta. Me resultó duro. Aún no me había recuperado del todo.

Llegamos a un pequeño espacio abierto bajo una escalera. Esta ascendía hasta el infinito, hasta donde yo podía ver a la luz de una débil vela. Tuve la sensación de que la vela era un lujo dispuesto para mí, de que los nyueng bao hacían este viaje enteramente en la oscuridad.

Yo no lo habría soportado. Aborrezco los espacios cerrados intensamente, a pesar de haber vivido en ellos. Espacios cerrados, oscuridad, ataques recurrentes y visiones no eran una combinación que quisiera probar.

Aunque últimamente parecía más estable, pensé.

Puse una mano y un pie en la escalera.

El tío Doj me cogió de la muñeca y negó con la cabeza.

—¿Qué? ¿No se va por ahí a la sala de reuniones? —Mi susurro produjo un eco como el corretear de los ratones.

—No es lo que el portavoz quiere que veas. —Doj casi no usó aire al susurrar—. Ven.

Ahora no tuvimos que arrastrarnos, solo avanzar de costado por un espacio casi demasiado estrecho para el tío. Le iba a doler la barriga de frotarse contra la piedra.

Descubrí que había mucho más de la ciudadela de Sombra de Tormenta de lo que yo había visto en el poco tiempo que había pasado allí durante los últimos meses. Aquí abajo, debajo de las plazas que la rodeaban, había incontables almacenes y celdas, armerías y barracones, aljibes y herrerías cuya existencia nadie sospechaba.

—Aquí abajo tienen suministros para resistir durante años —susurré refiriéndome a los nar y a sus favoritos, atrincherados en la ciudadela. Sombra de Tormenta había preparado un gran almacén para cuando llegaran los días malos.

Mogaba me había mentido para intentar saber qué tal nos iba a la vieja guardia.

¿Era esto lo que el anciano quería que yo supiera?

¿Era este el motivo de que los nyueng bao hubieran prosperado mientras el resto del mundo se volvía macilento? ¿Estaban atacando estos suministros como ratones, llevándose un poco de aquí y otro de allí para que su pillaje pasara desapercibido?

—Aprisa —me apremió el tío Doj.

Pronto empecé a oír un cántico en la distancia.

»Puede que no lleguemos a tiempo, guerrero de hueso. Aprisa.

No le golpeé principalmente porque el jaleo habría alertado a los hombres de los cánticos.

Supe que eran nar antes de ver nada. Había oído antes los ritmos y el estilo, aunque no esa letra en concreto. Pero antes siempre había alegría en sus canciones de trabajo y celebraciones. Este cántico era frío y lúgubre.

El tío Doj soltó la vela y me tiró del codo. Seguimos andando de lado hasta que de repente nos encontramos en un pasillo normal, no un estrecho pasadizo secreto detrás de las paredes. La entrada a la ruta secreta no estaba oculta. No era más que un rincón oscuro que no atraía la atención.

Había luz allí fuera, proveniente de velas en soportes muy espaciados. La gente que estaba al cargo era muy frugal a pesar de su riqueza.

El tío Doj se llevó un dedo a los labios. Estábamos cerca de gente peligrosa que podría detectarnos en un instante. Se arrodilló y me condujo hasta una gran cámara donde se habían reunido la mayor parte de los nar. La iluminación era inexistente salvo donde ellos estaban. Doj se escondió tras un pilar. Yo me agaché tras una mesa que había justo pasada la puerta. Deseé ser tan oscuro como los nar. Mi frente debía de estar brillando como una diminuta media luna.

Esta vida te endurece mucho. Pronto has visto tanto que cuando encuentras algo terrible no aúllas y te pones a correr en círculos tratando de morderte la cola. Pero la mayoría de nosotros reconocemos el horror cuando lo vemos.

El horror estaba allí.

Había un altar. Mogaba y Ochiba estaban envueltos en algo ritual. Sobre el altar había una pequeña estatua de piedra oscura, una mujer con cuatro brazos danzando. Yo estaba demasiado lejos para distinguir detalles, pero estaba seguro de que tenía colmillos de vampiro y seis tetas. Puede que llevara un collar hecho con cráneos de bebé. A lo mejor los nar le daban otro nombre, pero era Kina. Aunque el culto que le rendían los nar no era como el descrito en las escrituras jaicuri.

Los Impostores no derraman sangre. Por eso se los llama estranguladores.

Los nar no solo derramaban sangre en honor a su diosa, se la bebían. Y parecía que llevaban bastante tiempo haciéndolo aquí abajo. A un lado colgaban cadáveres resacos. Su último sacrificio, un desdichado jaicuri, pronto colgó con ellos después de

mi llegada.

Los nar eran pragmáticos en su religión. Después de que acabara la siniestra ceremonia empezaron a trocear uno de los cadáveres.

Me puse a gatas y me fui de allí. Me importaba un pimiento lo que opinara el tío Doj.

He visto mucho con la Compañía, incluyendo torturas y crueldades casi más allá de toda comprensión, e inhumanidades que no tengo la capacidad de asimilar; pero nunca me había encontrado con un canibalismo socialmente aceptado.

No vomité ni perdí los nervios de asco. Hubiera sido una tontería. Me limité a poner tierra de por medio hasta poder hablar sin preocuparme de quien pudiera oírme.

—Ya he visto suficiente. Vámonos de aquí.

El tío Doj respondió con una ligera sonrisa y una ceja levantada.

—Tengo que transmitir esto. Tengo que ponerlo por escrito. Puede que no sobrevivamos a este asedio. Ellos sí sobrevivirán. Y también debe sobrevivir el testimonio de lo que son.

Me observaba atentamente. ¿Se estaría preguntando si el resto de nosotros disfrutaba también del ocasional asado?

Probablemente.

Esta clase de cosas explicaría en parte nuestra ambigua recepción en estas tierras.

Mogaba no sabía leer. Si no se le ocurría que el lado oculto de los nar ya no estaba oculto, yo podría dejar el testimonio en mis Anales para cuando los recuperaran la Dama o el Viejo.

—Todos están ahí abajo, así que volveremos por un camino más rápido —dijo el tío Doj. Lo que quería decir que volveríamos caminando por pasillos normales, como si aquel fuera nuestro sitio.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté.

El tío me hizo un gesto de silencio. Avanzamos sigilosamente.

Descubrimos un grupo de soldados taglianos que tapiaban una poterna que podríamos haber usado para salir. ¿Por qué lo estarían haciendo? Aquella puerta no podía forzarse desde fuera. Aún mantenía los hechizos defensivos de Sombra de Tormenta.

El tío tiró de mí y nos encaminamos en otra dirección. Obviamente conocía la ciudadela bastante bien, y no tuve problemas en imaginármelo vagando por aquí constantemente, solo por gusto. Parecía de esa clase de tipos.

Capítulo 66

—Tienes el mismo aspecto que si alguien se hubiera comido tu cachorro favorito — me dijo Goblin. Podían oírse bromas como esta todo el tiempo, ahora que ya no quedaban perros. Ya solo quedaban dos fuentes de carne. Los nar las explotaban ambas. Nosotros nos limitábamos a los estúpidos cuervos.

Les conté a Goblin y Un Ojo lo que había visto. El tío Doj estaba detrás de mí, molesto en silencio porque había querido ver a mi gente antes de visitar al portavoz. No había llegado a la mitad cuando Un Ojo me interrumpió.

—Esto hay que contárselo a toda la Compañía, Cachorro.

Por una vez estaba tan serio como un lanzazo en las tripas.

Y por una vez Goblin se mostró de acuerdo con Un Ojo, sin quejas ni lamentos acerca de lo injusto que era todo.

—Tienes que plasmarlo exactamente como quieras que se sepa. Se va a hablar mucho de esto. Y no querrás que la gente lo infle al transmitirlo.

—Entonces reúnelos. Mientras espero voy a echarle una ojeada a esos libros jaicuri. Puede que haya algo más que necesite decirles.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó el tío Doj.

—No. Ve a decirle al anciano que estaré allí tan pronto como pueda. Esto es un asunto de familia.

—Como deseas.

Le dijo algo a Thai Dei y se fue sin hacer ruido.

Cangilón interrumpió mi lectura.

—Ya los he reunido, Murgen. A todos menos a Cletus. Se ha ido por ahí de putas y ni siquiera sus hermanos saben dónde encontrarlo.

—Vale.

—¿Es algo malo? Tienes ese aspecto...

—Sí.

—¿Pueden empeorar aún más las cosas?

—Lo vas a oír todo justo dentro de un ratito.

En cinco minutos me encontré delante de sesenta hombres y les conté mi historia, maravillándome mientras lo hacía de que una banda tan debilitada y escasa fuera tan temida. Más aún, me maravillé de que hubiera tantos de nosotros cuando, hace apenas dos años, no había más que siete que fingíamos ser la Compañía Negra.

—¿Queréis callaros hasta que acabe? —Las noticias los habían excitado de forma siniestra—. Escuchad. Esto es lo que hay. Están haciendo sacrificios humanos y comiéndose los cadáveres. Pero eso no es todo. Desde que se unieron a nosotros en

Gea-Xle han estado insinuando, e incluso afirmando en voz alta, que nosotros los norteños somos herejes. Eso quiere decir que ellos creen que la Compañía solía hacer las cosas a su manera.

Aquello hizo que todo el mundo se pusiera a hablar y chillar.

Golpeé con un mazo de cantero sobre un bloque de madera.

—¡Callaos, retrasados mentales! La Compañía nunca fue así. Los nar nunca han mantenido Anales. Lo sabrían si lo hubieran hecho, pero ni siquiera saben leer.

Yo no estaba absolutamente seguro de que el sacrificio humano nunca hubiera sido un rito de la Compañía. Nos faltaban varios de los primeros volúmenes de los Anales y ahora yo tenía la fuerte sospecha de que nuestros primeros antecesores seguían a una deidad oscura y hambrienta, con un hálito tan maligno y cruel que incluso el relato oral había sido suficiente para mantener aterrorizada a la población nativa.

A la mayor parte de los muchachos no les importaban las implicaciones. Solo estaban enfadados porque los nar iban a hacerles la vida más dura.

—Esto es una cosa más que va provocar problemas entre nosotros y ellos —les dije—. Quiero que todos os deis cuenta de que quizá tengamos que enfrentarnos a ellos antes de salir de aquí.

»Esta noche voy a traer de vuelta una tradición que hemos ido abandonando desde la capitania de Matasanos. Vamos a tener lecturas periódicas de los Anales para que todos sepáis en parte de qué os habéis convertido. Esta primera lectura es del libro de Kette, un fragmento que probablemente fue escrito por el analista Agrip cuando la Compañía estaba al servicio del Dios del Dolor de Cho'n Delor. Nuestros antecesores habían soportado un largo y duro asedio, aunque había muchos más de ellos para sufrir. Además, tengo previstas lecturas de los libros que Matasanos escribió en la Llanura del Dolor, cuando la Compañía pasó tanto tiempo bajo tierra.

Despedí a los hombres para que fueran a cenar.

—Un Ojo, nada de quejidos la próxima vez que anuncie una lectura, ¿vale? Estos muchachos no han pasado por esos acontecimientos.

—Cho'n Delor fue mucho antes de mi tiempo.

—Entonces necesitas oírlo.

—Cachorro, llevo doscientos años oyendo hablar de ello. Cada maldito analista se ha recreado en los horrores de Cho'n Delor. Me gustaría ponerles la mano encima a los tipos que escribieron el libro de Kette. ¿Sabes que Kette ni siquiera era el analista? Era él...

—Goblin. Trae a Otto y Lamprea. Quiero confabularme con la vieja guardia más veterana.

Juntamos las cabezas y urdimos algo de pura malicia.

—Veré qué opina el portavoz —dije una vez que tuvimos un plan.

Capítulo 67

Ky Dam escuchó pacientemente, como hace un adulto con un niño que ha tenido una idea ingeniosa pero impracticable.

—¿Eres consciente de que esto podría desencadenar un enfrentamiento?

—Sí. Pero eso es inevitable. Doj dice que Mogaba lo decidió en nuestra reunión. Goblin y Un Ojo están de acuerdo. —Igual que Otto y Lamprea. Ninguno de nosotros era partidario de un esfuerzo por la convivencia pacífica—. Somos más que los nar. —Pero sus taglianos superaban en número a los nuestros y no había forma de saber cómo iban a reaccionar los taglianos de ambos grupos.

El anciano se volvió hacia Hong Tray. Una expresión intrigada acentuaba las arrugas de las comisuras de sus ojos.

Ky Sahra se arrodilló a mi lado para servirme el té. Aquello era un paso más allá de todo lo anterior. Miró mis ojos pensativos. No creo haber babeado.

Hong Tray observó sin reacción alguna. Aquello indicaba que estaba más calmada que yo. Se concentró en su marido. Asintió. Él habló:

—Pronto habrá lucha. Los jaicuri se rebelarán.

Aquello no era lo que yo quería oír.

—¿Molestarán a su gente o a la mía? —pregunté. No debería haber interrumpido. Me disculpé de inmediato.

Ky Sahra me sirvió más té. Antes incluso que a sus abuelos.

Ky Gota se manifestó como un demonio invocado por su lengua viperina. Le ladró a su hija en un torrente duro pero cantarín.

El anciano levantó la vista y pronunció una sola palabra, con sequedad. Hong Tray lo apoyó con una frase completa en lo que yo llamaría un susurro seco. Parece que no sabía hablar de otra forma.

Ky Gota se retiró. En la familia Ky había límites bien definidos y una jerarquía absoluta.

Miré de soslayo a la bella mujer. Ella me devolvió de nuevo la mirada y se balanceó hacia atrás para ponerse en pie. Sonrojada.

¿Pasaba algo? No estarían intentando manipularme, ¿no?

No funcionaría. Ninguna mujer, ni siquiera esta, era tan especial.

Y Ky Dam ya me había visto lo suficiente como para saber eso de mí.

Si quería manipularme tendría más suerte si me decía de una vez y a las claras por qué demonios todo el mundo se ponía a orinar sangre cada vez que se mencionaba a la Compañía.

La anciana y él intercambiaron ráfagas de susurros.

—Nos uniremos a ti en esta empresa, portaestandarte —me dijo de repente—. Provisionalmente. Hong cree que la lucha entre los jaicuri y los soldados de los

hombres negros es inminente. Será feroz pero no nos tocará a ninguno de nosotros. Eso debería proporcionarnos una distracción suficiente. Pero debo insistir en que Doj tiene la opción de ponerle fin si existe riesgo de atraer una atención hostil sobre nuestra gente.

—Excelente. Por supuesto. Hecho. Aunque lo habría intentado sin su gente.

Ky Dam se permitió una pequeña sonrisa, bien por mi entusiasmo, bien ante la idea de añadir más desdichas a la vida de Mogaba.

Después de que oscureciera, suponiendo que comenzaran los disturbios, íbamos a robar los suministros de víveres de Mogaba.

Capítulo 68

Todo empezó como una obra de teatro bien ensayada en la que los personajes de Mogaba estaban desesperados por satisfacer a su público. Me refiero a los disturbios. El tío Doj y yo organizamos cuadrillas de trabajo para aprovecharnos. Llegamos hasta los almacenes sin problemas, diez de la vieja guardia y diez nyueng bao. Empezamos a coger sacos de arroz, harina, azúcar y judías. En los disturbios la cosa se puso fea desde el principio. Sumieron toda la zona sur de Dejagore. Todos y cada uno de los hombres de Mogaba tuvieron que salir a sofocar la rebelión. Y todos y cada uno de los hombres y jóvenes jaicuri parecían ir a por los nar, aunque tuvieran que exterminar a la primera legión para llegar hasta ellos.

Mi gente se puso alerta y tomó posiciones mucho antes de la caída de la noche. Igual que los nyueng bao, que no esperaban problemas de momento. Emboscamos a una turba. Una lluvia de proyectiles desde delante, los lados y arriba les hizo cambiar de idea al instante.

Los hombres de Mogaba tenían más problemas. No estaban preparados. Peor aún, estaban dispersos, a menudo en cuadrillas de trabajo y patrullas aisladas.

Durante algún tiempo todo el mundo hizo bromas y chascarrillos, y especuló sobre cuáles serían las primeras palabras de Mogaba una vez acabara la lucha y se diera cuenta de que le habían saqueado la bodega.

Me encontré con Cangilón al volver de mi segundo viaje.

—Habichuelas —le dije mientras dejaba caer un saco enorme—. El cambio de dieta nos vendrá bien.

—Esta vez está corriendo la sangre ahí fuera, Murgen. Mogaba nos ha pedido apoyo dos veces. Le dijimos que no podríamos encontrarlo.

—Bueno, pues sigue sin poder. A menos que parezca que podría ser peor para nosotros no ayudar.

—No es muy probable. El tiene todas las armas. Sus hombres han estado arrojando gente por la muralla a centenares, a cualquiera, sean o no rebeldes. Hombres, mujeres, niños...

—Así hace las cosas Mogaba. ¿Qué hay de esos incendios?

Había unos cuantos. Cada vez que se producen desórdenes la gente empieza a quemar cosas.

—Se están apagando solos.

—Entonces todo va de perlas. Pero sigue ojo avizor.

Volví al pillaje más contento que unas castañuelas. Puede que esto fuera el fin de Mogaba como grano en el trasero.

Más tarde, el tío Doj me alcanzó en el almacén.

—Algunos soldados taglianos están abandonando sus puestos y se retiran a la

seguridad de la ciudadela. Si seguimos con el saqueo nos cogerán.

—Sí. Si no nos ven, Mogaba culpará a algún nativo que conozca los pasadizos. Esta incursión iba a costarnos la posibilidad de espiar más reuniones de mando. Valía la pena.

¿Me sentiría igual mañana, cuando Mogaba empezara a buscar sus víveres? ¿Cuando tuviera la barriga llena?

—Hay un pequeño problema, portaestandarte —dijo el tío Doj algo más tarde. Ambos íbamos encorvados bajo el peso de sendos sacos de arroz. Éramos los últimos en salir.

—¿Cuál?

—Es seguro que van a filtrarse noticias de nuestro éxito.

—¿Por qué? Lo sabe muy poca gente. Y a todos les interesa mantener la boca cerrada.

—Alguien ha hablado acerca de lo que te mostré antes.

—¿Eh?

—La ceremonia oscura. Alguien ha hablado. Los rumores han desatado los disturbios de esta noche.

—No lo creo. Estaban demasiado organizados.

—Había un núcleo organizado, naturalmente. Pero este alzamiento ha sido más amplio. Y también está fuera de control.

—Como digas. —Había pasado la tarde conmigo. No había tenido la posibilidad de observar los disturbios.

Antes de que pudiera responderme, Thai Dei salió corriendo de entre las sombras. Empezó a resoplar, demasiado animado para el espacio disponible. Como apagase mi vela, lo mataba. Tan pronto lo encontrase.

—¿Qué pasa?

—Los hombres negros están intentando abrir la puerta norte para inundar la ciudad.

—¿Que están intentando qué? —Cierto que eso acabaría con los disturbios. Pero ni siquiera Mogaba iría tan lejos. ¿O sí?

El tío Doj y yo hicimos todo lo que pudimos por correr cargados con sacos de arroz. Me apuesto a que teníamos un aspecto realmente ridículo.

Capítulo 69

—Otto. Lamprea. Un Ojo. Goblin. Grotesco. Fenómeno. Cangilón y Candelas. Vosotros venís conmigo. La compañía al-Khul nos ayudará. Resuello ha ido a avisarlos. Iremos por el parapeto. Si los nar se interponen les pasamos por encima. Si se enfrentan a nosotros, los matamos. ¿Entendido?

Ni siquiera Goblin y Un Ojo trataron de protestar. Éramos parte de la gente que Mogaba intentaba ahogar.

Los taglianos llegaron. Eran de religión vehdna y los mejores taglianos subordinados a la Compañía. Eran de confianza y casi amistosos. De los seiscientos que habían venido al sur desde Taglios hacía meses solo quedaban unos sesenta.

Les expliqué lo que estaba pasando, lo que yo quería hacer al respecto y cómo podían ayudar: pasándole por encima a cualquiera que tratara de abrir la puerta, después de que Goblin y Un Ojo los ablandaran.

—No hiráis a nadie a menos que os obliguen.

—¿Por qué no? —preguntó Candelas—. Ellos están tratando de herirnos.

—El que trata de hacernos daño es Mogaba. Esos tipos solo obedecen órdenes. Os apuesto a que no encontraremos ningún nar cuando lleguemos allí, y os apuesto a que, si abren la puerta, ellos saldrán tan perjudicados como los demás. Mogaba ya no los necesita.

—Hagámoslo de una vez —dijo Goblin—. O vayamos por unas cervezas.

Los hice salir.

Quizá mis ataques me proporcionaban el don de la profecía. No había ningún nar en la puerta norte. La lucha fue tan breve y desganada que casi no tuvo lugar. Los taglianos que trabajaban allí salieron huyendo. ¡Maldición! Mogaba sabría quién había frustrado su última bellaquería. Se lo dije a Un Ojo.

—Esto significa que se acabó fingir que somos camaradas.

—Sí. Muéstreme cómo infiltrarme en la ciudadela. Le pondré un conjuro de sueño y repartiré sus pedacitos por todo ese enloquecido templo suyo.

Aquello no parecía mala idea.

No tuvimos oportunidad de llevarla a cabo.

Alguien me gritó. Bajé la vista hacia las tinieblas. Era el tío Doj. Yo no había incluido ningún nyueng bao en esto. No había visto la necesidad de ponerles también a Mogaba en contra.

—¿Qué?

—¡Esto ha sido una distracción! —gritó—. La verdadera inundación empezará en...

—¡Mierda! Sí... —Mogaba me conocía lo bastante bien como para suponerse que yo intervendría—. ¡Vamos, todos! —dije bruscamente—. ¿Adonde? —le pregunté a

Doj.

—La puerta oriental.

¿Se esperaba también Mogaba que yo cruzara la ciudad para estropearle el juego en medio del levantamiento jaicuri?

Puede que sí. Quizá tenía la esperanza de que mi gente quedara atrapada y aplastada, o vapuleada. Ya no había forma de suponer qué pensaría. Estaba loco.

Un Ojo y Goblin nos abrieron paso entre bandas tanto de jaicuri como de taglianos. Tuvimos un par de escaramuzas con los jaicuri, aunque nuestro número y nuestra magia las decidieron rápidamente. La luz de los incendios proyectaba sombras danzantes por todas partes.

Buen momento para que los Maestros de las Sombras enviaran a sus monstruos a jugar.

Nos encontramos con unas barricadas levantadas para proteger a los soldados que estaban intentando abrir la puerta. Esta vez nos enfrentamos con nar además de con taglianos. Se produjo un gran griterío. Algunos de sus taglianos gunni trataron de huir cuando nuestros taglianos vehdna los convencieron de que Mogaba pretendía llevarse por delante a todo el mundo. Los nar mataron a varios desertores.

—Impedid lo que sea que estén haciendo para abrir las puertas —les dije a Goblin y Un Ojo—. El resto de nosotros vamos a hacerlos retirarse. Primero a por los nar.

Un instante después, una flecha encontró el ojo de un nar llamado Endibo. Otro de los nar clavó la lanza en el Grotesco, un joven increíblemente atractivo que se había unido a la Compañía cuando estábamos cruzando la sabana al norte de Gea-Xle, hacía ya varios años. Un Ojo le colgó el ofensivo apodo. Lo llevaba con orgullo y se negaba a que lo llamaran de ninguna otra forma.

Por primera vez en la historia, que yo supiera, un hermano de la Compañía mataba a otro hermano juramentado en combate.

El Fenómeno, hermano de sangre del Grotesco, mató al nar responsable de su muerte. Nunca llegué a saber el nombre del nar, así que no puedo plasmarlo aquí.

En ese momento, la mayor parte de los taglianos de la primera legión salió huyendo. Muchos de los soldados al-Khul tampoco querían luchar, aunque los otros taglianos fueran gunni. Con todo, enseguida se produjo una pequeña batalla con supuestos amigos que se atacaban mutuamente.

Por azar miré hacia atrás y vi que se empezaban a reunir jaicuri armados a observarnos. El tío Doj estaba solo frente a ellos, en guardia, en una posición extraña pero aparentemente relajada, con la espada larga en vertical.

—¡Oh, mierda! —chilló Goblin—. ¡Maldita sea! ¡Cuidado!

—¿Qué pasa?

—Demasiado tarde. Va a saltar.

Algo empezó a crujir y a gemir como si las bisagras del mundo se estuvieran rompiendo. La sillería que tapaba la puerta empezó a abombarse hacia dentro.

La lucha se detuvo al instante. Todo el mundo se quedó mirando la puerta.

Del abombamiento brotó un caño de agua.

Todo el mundo salió por pies, nar y Compañía Negra, taglianos vehdna y gunni, jaicuri y el único nyueng bao. Corrieron codo con codo, se separaron, huyeron en cualquier dirección que pareciera segura, pero todos se alejaron de la puerta.

La cantería emitió un último y potente gemido. El agua rugió triunfante y entró a la carga.

Capítulo 70

El agua tronaba a través de la puerta pero aún no había evidencia de ella donde yo me encontraba. Estaba de buen humor, considerando lo que había pasado. Al pasar junto a la ciudadela vi cómo los nar trataban de entrar sin admitir a ningún tagliano. Me reí. A Mogaba le iba a explotar la cabeza cuando viera el agua inundando su sótano.

Ahora comprendí por qué aquellos soldados habían estado tapiando la poterna. La inundación no había sido un plan improvisado. Mogaba seguramente había estado considerando la idea desde que Conjura Sombras usara el agua para aislar Dejagore.

Al separarnos le hablé al tío Doj:

—Pásate nadando a verme alguna vez.

Quince minutos más tarde estaba hablando de la impermeabilización. Habíamos tomado medidas desde el mismo día en que habíamos empezado a excavar las madrigueras, pero no habíamos previsto nada como esto. La preocupación principal había sido que los enemigos usaran fuego o humo.

—¿Habéis explorado tú y tus muchachos cada trozo de esas catacumbas, Longo? ¿No estarán abiertas por alguna parte?

Me sorprendía que Sombra de Tormenta no se hubiera topado con ellas durante la construcción de la ciudadela. Quizá se había hecho aconsejar por lugareños enterados.

—No he visto nada. Estaban bien tapadas porque a fin de cuentas están por debajo del nivel de la llanura. Pero si pones veintitantos metros de agua ahí fuera y otros diez en las calles, más pronto o más tarde el agua va a encontrar un camino de entrada. Realmente, lo mejor que podemos hacer es librar una batalla de contención.

—¿Y qué tal si las aislamos?

—Se podría intentar. Pero yo no me molestaría hasta que la inundación fuera una amenaza. Si las cerramos y aparece una filtración aquí, no tendremos sitio a donde evacuar el agua.

Me encogí de hombros.

—¿Está en alto todo lo que se pudiera dañar?

Los muchachos habían empezado a prepararse para lo peor cuando la llanura empezó a inundarse. No estábamos cargados con demasiadas posesiones.

—Estamos bien. Todavía podemos aguantar bastante tiempo. Pero podría convenirnos reforzar un poco nuestras fortificaciones.

—Haced lo que podáis.

Longo y sus hermanos siempre veían que podía hacerse un poco más.

Capítulo 71

Mogaba contraatacó mientras el agua estaba todavía a la altura de los tobillos y en el resto de la ciudad empezaba a cundir el pánico. Usó a todos sus taglianos y alentó el comportamiento cruel. La masacre fue terrible.

Puede que yo nunca descubra la verdad acerca del ataque contra los nyueng bao. Se ha dicho que el tribuno tagliano Pal Subhir confundió las órdenes. Otros, como yo, creen que Mogaba fue responsable, quizá porque sospechaba que los nyueng bao estaban robándole suministros.

Yo sé que él sabía que algo le habían sisado. Lo descubrió enseguida porque envió soldados a los sótanos a comprobar si estaba entrando agua. Interrogando a algunos prisioneros jaicuri descubrió que no había ningún lugareño que hubiera mencionado el robo de una tonelada de comida. También es posible que alguien de mi grupo se fuera de la lengua.

Fuera lo que fuese, la cohorte de Pal Subhir, con refuerzos para devolverla a plena potencia, atacó a los nyueng bao. El tribuno no puede testificar. Murió en los primeros compases. De hecho, durante el ataque murieron muchísimos taglianos. Pero siguieron llegando refuerzos, y ese es el motivo por el que creo que Mogaba ordenó la masacre.

Al principio no supe nada. No había situado puestos de escucha fuera de nuestro perímetro. No tenía forma de garantizar la seguridad de mis hombres ahí fuera. Y en nuestra frontera con los nyueng bao no había razones para dudar de que recibiríamos aviso.

Thai Dei estaba, como siempre, cerca. Yo había subido a una torre albarrana para mirar hacia las colinas envueltas en la noche y meditar. ¿Llegaría ayuda alguna vez? Últimamente no llegaban noticias del exterior.

Mucha gente quería salir. Ahora mismo podía oír algunos allí fuera, dispuestos a arriesgarse con el Maestro de las Sombras. Gente veleidosa. Un poco de hambre y tensión y se olvidaban de la libertad.

—¿Qué ha sido eso?

Thai Dei me dejó pasmado articulando una pregunta completa. Estaba asombrado. Miré hacia donde señalaba.

—Parece un incendio.

—Es cerca de casa del abuelo. Debo ir.

—Voy contigo —dije yo, más por curiosidad que por sospecha.

Empezó a discutir, se encogió de hombros.

—No sufras ningún ataque —dijo—. No podré ocuparme de ti.

Así que los nyueng bao sabían lo de mis ataques. Y al parecer sospechaban que se trataba de epilepsia. Interesante.

Thai Dei seguramente se enteraba de muchas cosas estando por ahí con las orejas abiertas y la boca cerrada. Mis muchachos ya casi ni le prestaban atención.

El agua no llegaba ni a medio camino de la rodilla. Pero me tiraba de los pies cuando intentaba correr. Y Thai Dei tenía prisa. Estaba seguro de que algo iba mal. Y tenía razón.

Atravesamos corriendo el callejón donde yo había tropezado y me había sumergido en el infierno. Por un segundo pensé que había salido de Dejagore y entrado en otra pesadilla.

Los soldados taglianos estaban sacando mujeres, niños y ancianos nyueng bao de los edificios y arrojándoselos a otros soldados que había en la calle. Estos soldados atacaban con sus espadas. Sus rostros estaban convulsos por el horror de sus propios actos, pero estaban fuera de control. Habían superado el punto de no retorno. El titilar de la luz del fuego lo hacía todo aún más infernal y surrealista.

Yo había visto esto antes. Había visto así a mis propios hermanos, alguna vez allá en el norte. El olor a sangre toma el control, mata la mente, embota el alma y no deja nada humano.

Thai Dei aulló un grito torturado y se lanzó hacia el edificio que ocupaba la familia Ky. El lugar no mostraba signos evidentes de haber sido invadido. Yo lo seguí con la espada desenvainada, inseguro del porqué pero pensando fugazmente en la mujer, Sahra. Probablemente mis actos fueron tan irreflexivos como los de esos taglianos.

Unos taglianos se interpusieron en nuestro camino. Thai Dei comenzó una especie de elaborada danza saltando de un lado para otro. Dos soldados cayeron sangrando por la garganta. Yo golpeé a otro con mi espada y le dejé una colección de magulladuras y una lección acerca de enfrentarse a un tipo treinta centímetros más alto y veinticinco kilos más pesado.

Había taglianos por todas partes, la mayoría de los cuales no nos prestaba atención. No tuve demasiado problema en defenderme. Esos tipos eran más bajos y más débiles, y tenían menor alcance. Y lo que yo lograba mediante la fuerza bruta, Thai Dei lo conseguía mediante la maniobra. Para cuando llegamos a la puerta del portavoz casi nadie estaba interesado en nosotros.

Antes me había equivocado. Cinco o seis taglianos habían conseguido entrar. Pero no iban a salir. Andando, por lo menos.

Thai Dei ladró algo en nyueng bao. Una voz contestó. Lancé un brutal tajo a un último tagliano particularmente estúpido, y gasté el resto del filo de mi espada en su casco. Luego cerré la puerta de un empujón y la atranqué. Miré a mi alrededor en busca de algo con que bloquearla. Por desgracia, los Ky eran tan pobres que su mejor mobiliario consistía en ajadas esterillas de caña.

Una lámpara se encendió. Luego otra, y otra. Por primera vez vi entera la habitación que ocupaba la familia Ky. Vi los cuerpos destrozados de varios invasores. Se habían concentrado en la bella mujer antes de rematar a los demás.

Ky Gota seguía mutilando los cuerpos.

Pero no todos los cadáveres era taglianos. Ni siquiera la mayoría. Solo un pequeño porcentaje.

Sahra tenía a sus hijos abrazados contra su pecho, pero ninguno de los dos volvería a conocer el miedo. Los ojos de ella estaban vacíos.

Thai Dei emitió un sonido como el gimoteo de un gato. Se echó sobre una mujer. La mujer estaba tumbada boca abajo sobre dos pequeños a los que había intentado escudar con su cuerpo. Su esfuerzo no había sido en vano. El más pequeño, de menos de un año, estaba llorando.

Ningún tagliano parecía inclinado a atreverse con la puerta. Me puse de rodillas donde había estado tantas veces charlando con el portavoz. Parecía que Hong Tray y él había visto venir la muerte y la habían recibido en su lugar de honor. El anciano se hallaba estirado, con la cabeza y hombros en el regazo de Hong Tray, pero sus piernas permanecían como si siguiera sentado. Su mujer estaba caída sobre él.

El jaleo de fuera se fue intensificando.

—¡Thai Dei! —grité—. Recupérate, hombre.

¿Qué? La anciana aún respiraba, con un sonido ronco y gorgoteante. La levanté con suavidad.

Estaba viva e incluso consciente. No se le habían nublado los ojos. No pareció sorprendida al verme. Sonrió. Logró susurrar a pesar de la sangre en la garganta.

—No pierdas el tiempo conmigo. Llévate a Sahra. Llévate a los niños.

Su herida era una estocada que había entrado sobre su pecho izquierdo y le había atravesado el pulmón hacia abajo. A su edad era un milagro que hubiera sobrevivido tanto.

Volvió a sonreír.

—Sé bueno con ella, portaestandarte.

—Lo seré —prometí, sin saber lo que había querido decir.

Hong Tray logró guiñar un ojo y poner una mueca de dolor. Volvió a inclinarse sobre Ky Dam.

Afuera, el jaleo seguía aumentando.

—¡Thai Dei! —Salté sobre los cadáveres y propiné una patada que le pasó rozando el trasero—. Si no mueves el culo y te organizas no vamos a ayudar a nadie. —Vi a otros dos niños acurrucados al fondo. Uno de ellos había encendido las lámparas. Aparte de Sahra y su madre no parecía que hubieran sobrevivido más adultos—. ¡Sahra, levántate! —dije bruscamente, y la abofeteé—. Reúne a esos niños.

Estaban demasiado asustados para fiarse de mí, aunque me conocieran. Yo seguía siendo un extranjero.

Unos cuantos gritos fue todo lo que necesitaron Thai Dei y su hermana. Su universo recuperó súbitamente la estructura y la dirección, aunque no lograban verle el sentido. Necesitaban alguien que los pusiera en marcha.

Solo encontramos un niño superviviente más y ningún adulto.

—¿Puedes mantener a esos niños juntos si salimos corriendo hacia el callejón, Thai Dei? —Los taglianos dejarían de ser un problema si llegábamos hasta allí. Allí un hombre podía contener a una horda hasta que llegara ayuda.

Negó con la cabeza.

—Están demasiado asustados y malheridos.

Eso me temía.

—Entonces los cargaremos. ¿Puedes tranquilizar a tu madre? Necesitamos su ayuda. Sahra, coge al bebé. Yo llevaré a la niña. A la espalda, quiero las manos libres. Dile que se agarre fuerte pero que mantenga las manos fuera de mi cara. Si no puede que lo diga, la ataremos.

Sahra asintió. Había superado la histeria. Se arrodilló junto a Hong Tray, abrazó a la anciana un momento y luego le quitó el brazalete de jade. Con un profundo suspiro y evidentes reticencias, se lo puso en su propia muñeca izquierda. Entonces se volvió hacia Ky Gota y empezó a tratar de calmarla.

Thai Dei habló con los niños y les tradujo mis instrucciones. Me di cuenta de que Sahra no hablaba, ni siquiera en susurros.

La niña que iba a llevar yo tendría unos seis años. Y no quería ir.

—¿Entonces ácala, maldita sea! —espeté secamente. Yo mismo había empezado a temblar. No sabía durante cuánto tiempo podría mantener el control—. Se nos acaba el tiempo.

Solo el bebé estaba ileso. Un niño de unos cuatro años parecía que no lo conseguiría. Seguro que no, si no se lo llevaba enseguida a Un Ojo.

El agua chapoteó y un hombre chilló justo fuera. Un cuerpo golpeó contra la puerta, que crujió y cedió un poco. Sahra acarició a la niña para tranquilizarla y me la acomodó en la espalda.

—¿Qué hay de tu madre? —pregunté yo.

Sin problemas. El trol ya estaba con nosotros. Tenía una criatura de unos dos años y sexo indeterminado apoyada en la cadera izquierda y el lado de pinchar de una lanza rota en la mano derecha. Estaba lista para los taglianos.

Prepararnos nos llevó menos tiempo del que se tarda en contarlo.

Sahra llevaba al bebé. Thai Dei se ató el niño herido a la espalda y conservó la espada en la mano. El y yo fuimos hasta la puerta. Miré por las grietas que había entre los maderos resquebrajados. Un soldado tagliano pasó corriendo afuera.

—¿Primero tú o yo? —pregunté—. Uno abre camino y otro cubre la retaguardia.

—Yo. De hoy en adelante.

¿Qué?

—¡Atrás! —dije. Pero él había visto la forma que se nos venía encima a la vez que yo. Se deslizó a la derecha mientras yo me apartaba a la izquierda de la puerta. Estábamos fuera del camino cuando la puerta explotó hacia dentro. Saltamos contra el intruso, pero lo reconocimos justo a tiempo.

—¿Tío Doj?

Tuvo suerte. El peso de los niños que llevábamos nos obstaculizó lo suficiente para darnos tiempo de ver quién había entrado.

—Ve —le dije a Thai Dei. No necesitábamos un debate.

Thai Dei se encontró inmediatamente con una pareja de taglianos. Yo salí de un salto e hice alejarse a uno. Ky Gota salió bamboleándose detrás de nosotros. Clavó la punta de la lanza en la garganta del tagliano más próximo. Luego se acomodó al crío en la cadera y se volvió hacia el otro soldado.

Un cuervo blanco pasó volando, riéndose como un tropel de monos.

El tagliano superviviente no era un jovencito estúpido. Se dirigió hacia el grupo más cercano de compatriotas.

—¡Vamos, vamos! —le ladré a Thai Dei—. ¡Gota, Sahra, seguid a Thai Dei! ¡Tío! ¿Dónde estás? Vamos a dejarte aquí.

El tío Doj salió justo en el momento en que el tagliano señalaba nuestra presencia a sus camaradas.

—Llévate a la niña, portaestandarte. Varita de Fresno será tu escudo.

Realizó una exhibición asombrosa... aunque yo solo pude contemplar unos pocos instantes furiosos. Ese hombrecillo bajo, ancho y raro se enfrentó solo a todo el grupo de taglianos y mató a seis de ellos en el mismo número de segundos. El resto huyó.

Entonces alcanzamos chapoteando el callejón y llegamos a lugar seguro momentos después. En cuestión de minutos, Un Ojo estaba trabajando en el chiquillo herido, aunque no de buena gana. Y yo desplegué a varios de la vieja guardia, junto con Goblin, para un contraataque limitado.

Capítulo 72

Aquella noche fue la gota que colmó el vaso. Ya no volvió a haber ninguna pretensión de amistad con Mogaba. Yo no tenía dudas de que vendría a por nosotros si el ataque «por error» contra los nyueng bao había sido un éxito.

La lucha siguió hasta que la profundidad del agua se hizo excesiva.

A pesar de la insistencia de Un Ojo y alguno más de que proteger a los nyueng bao no era nuestra misión, logré salvar a un tercio de los peregrinos, unas seiscientas personas. Mogaba pagó un amargo precio por el ataque. A la mañana siguiente la mayoría de los taglianos se encontró en la tesitura de tomar partido a favor o en contra de Mogaba.

Los taglianos que habían estado con nosotros desde el principio permanecieron con nosotros. Igual que los que habían desertado para unírseles. Llegaron más desde el lado de Mogaba, pero no tantos como yo esperaba. A decir verdad, me sentí decepcionado. Pero Mogaba podía pronunciar unos discursos endemoniadamente buenos para las tropas cuando quería.

—Es esa ancestral maldición —me dijo Goblin—. Están más asustados del ayer que del ahora.

Y el agua siguió subiendo.

Metí a los nyueng bao en nuestras madrigueras. El tío Doj estaba asombrado.

—Nunca lo habíamos sospechado.

—Bien. Entonces tampoco lo habrán sospechado nuestros enemigos, cuya inteligencia queda eclipsada por la vuestra.

También metí a la vieja guardia. Acomodamos a la gente lo mejor que pudimos. Las madrigueras eran bastante espaciosas para sesenta hombres. Añadir seiscientos nyueng bao apretó las cosas un poco.

También tuvimos que aprender a reconocernos. Mis hombres estaban entrenados para atacar de inmediato a cualquier rostro desconocido que encontraran en el subterráneo.

Volví a salir al caer la oscuridad. Thai Dei y el tío Doj me siguieron de cerca. Reuní a los oficiales taglianos que se habían unido a la vieja guardia. Les hablé.

—Creo que ya hemos hecho aquí todo lo que podíamos. Creo que es el momento de empezar a evacuar a todo el que quiera salir de este agujero. —No sabía por qué, pero estaba convencido de que no iba a hacer falta mucho esfuerzo para evitar las patrullas sureñas que vigilaban la orilla—. Enviaré a uno de mis magos para cubrirlos.

No se lo creyeron. Un capitán se preguntó en voz alta si yo pretendía enviarlos a la esclavitud para tener menos problemas alimentando a mis hombres.

Yo no había pensado demasiado en ello. No había considerado las posibles dificultades. Me había olvidado de que muchos de esos hombres se habían unido a nosotros solamente porque creían que esa era su mejor oportunidad de salir con vida.

—No importa. Si alguien quiere quedarse a morir con nosotros, nos alegrará mucho. Solo estaba intentando liberaros de vuestros juramentos para que tuvierais alguna oportunidad.

Después de oscurecer, también dejamos que los hombres nyueng bao volvieran a sus casas en busca de restos, supervivientes y víveres. No encontraron mucho. Los soldados de Mogaba habían sido concienzudos en su propia búsqueda y el nivel del agua había subido hasta cubrirlo todo.

Los hombres de Mogaba, usando botes y balsas improvisadas, empezaron a atacar uno a uno los edificios ocupados por los jaicuri, recolectando los suministros que la riada había obligado a sacar de sus escondites.

Mogaba había ahogado sus propios víveres.

Capítulo 73

Cuando estuve seguro de que nadie se daría cuenta, hice entrar a todos mis hermanos. Nos encerramos y dejamos a su suerte lo que quedaba de Dejagore. Nos llevamos a los supervivientes nyueng bao con nosotros. Excepto un puñado de hombres que montaban guardia en apostaderos solo accesibles desde dentro, nos retiramos a las partes más profundas y ocultas de las madrigueras, detrás de trampas, puertas secretas y una telaraña de conjuros de confusión esparcidos por Goblin y Un Ojo, que solo dejaron fragmentos de ilusiones para marcar nuestro paso.

Empecé compartiendo mi alojamiento con ocho huéspedes. Tras unas horas, fui a por el tío Doj.

—Demos un paseo.

Con todos esos nyueng bao el aire estaba cargándose rápido. La luz provenía de velas tan dispersas que uno podía perderse en el viaje de una a otra.

El tío Doj estaba al borde de estar asustado.

—Yo también lo odio —le dije—. Me tiene a punto de ponerme a gritar. Pero nos apañaremos. Una vez vivimos así durante años.

—Nadie puede vivir así, no por mucho tiempo.

—Pues la Compañía lo hizo. Era un lugar terrible. Se llamaba la Llanura del Miedo, y por un buen motivo. Estaba llena de criaturas extrañas y todas ellas te matarían en un parpadeo. Constantemente nos hostigaban ejércitos mandados por magos mucho peores que Conjura Sombras. Pero lo soportamos. Y salimos de allí. Justo ahí, en esos túneles, tienes a cinco supervivientes que pueden hablarte de ello.

La luz era demasiado mala para leer su expresión, algo que ya era difícil a plena luz del día. Seguí hablando:

»Me voy a volver loco si os quedáis todos conmigo. Necesito espacio. Ahora mismo nadie puede moverse sin pisar a otro.

—Lo entiendo. Pero no sé cómo ayudar.

—Tenemos habitaciones vacías. Thai Dei y su bebé pueden ocupar una. Y tú. Sahra podría compartir otra con su madre.

Sonrió.

—Eres abierto y sincero pero prestas poca atención a las costumbres de los nyueng bao. La noche en que ayudaste a Thai Dei a rescatar a esta familia pasaron muchas cosas.

—Menudo rescate —resoplé.

—Salvaste a todos los que podían ser salvados.

—Qué buen chico soy.

—No tenías ni obligación ni deuda de honor.

Realmente usó «honor» y «obligación» en vez de conceptos nyueng bao de

significado parecido pero no idéntico, que incluyen ciertas connotaciones de participación voluntaria en una maquinación divina.

—Hice lo que me pareció que estaba bien.

—Sí. Sin que se te pidiera ni obligara. Y eso ha provocado tu situación actual.

—Se me debe de estar escapando algo.

—Porque no eres nyueng bao. Thai Dei no se separará de ti. Es el varón de mayor edad. Te debe seis vidas. Su hijo no se separará de él. Saha no se irá porque debe permanecer bajo la protección de su hermano hasta que se case. Y, como puedes ver, quizá le cueste un tiempo superar el horror. En esta ciudad, en una peregrinación que ella nunca quiso hacer, ha perdido todo lo que significaba algo para ella. Excepto su madre.

—Se podría pensar que los dioses le tienen manía —dije, y luego tuve la esperanza de que no hubiera sonado demasiado a chiste.

—Se podría, portaestandarte. La única cosa buena que recuerda de esa noche eres tú. Se aferrará a ti como un nadador desesperado se aferra a una roca en un río revuelto.

Llegaba el momento de ser cuidadoso. Una parte de mí deseaba que ese aferramiento fuera más que metafórico.

—¿Y qué hay de Ky Gota y los demás niños?

—Las familias de las madres pueden adoptar a los niños. Y seguramente Gota puede mudarse. —Doj siguió mascullando por lo bajo, lo que no era habitual en él. Parecía algo como que le gustaría que se mudara a unos tres mil kilómetros—. Aunque no se lo tomará bien.

—No me digas que tú también adoras a madre Gota...

—Nadie adora a esa arpía de mal carácter.

—Y yo que pensé una vez que estabais casados.

Se detuvo en seco, aturdido.

—¿Te has vuelto loco?

—He cambiado de idea, ¿no?

—¿Qué me has echado encima, Hong Tray, vieja bruja?

—¿Qué?

—Hablando conmigo mismo, portaestandarte. Un debate que no puedo perder. Esa mujer, Hong Tray, la madre de mi primo, era una bruja. A veces podía ver el futuro, y si lo que veía no le gustaba lo cambiaba. Y tenía unas ideas algo extrañas acerca de eso.

—Espero que sepas de lo que estás hablando.

No lo cogió.

—No del todo. La bruja jugaba con el destino de todos nosotros, pero nunca daba explicaciones. Quizá estaba ciega a su propio destino.

Me dejé distraer.

—¿Qué va a hacer ahora tu gente?

—Sobreviviremos, portaestandarte. Igual que vosotros los soldados de la oscuridad, es lo que hacemos.

—Si realmente crees que estás en deuda conmigo por traerme aquí a Thai Dei, dime qué significa eso. Soldados de la oscuridad. Soldado de piedra. Guerrero de hueso. ¿Qué significa?

—Uno casi podría aceptar tus protestas.

—Míralo de este modo: si sé de lo que estás hablando, no tienes nada que perder diciéndome lo que ya sé.

Con aquella luz era difícil de decir, pero creo que el tío Doj sonrió. Por segunda vez en un día.

—Muy inteligente —dijo.

Y no me explicó nada.

Capítulo 74

El tío Doj me libró de la mayoría de mis huéspedes. Acabé compartiendo mi habitación con Thai Dei, su hijo To Tan y Sahra. Sahra ayudaba con el niño y se esforzaba en preparar las comidas, aunque la cocina de la Compañía podía abastecer toda la madriguera. Necesitaba mantenerse ocupada. Thai Dei me seguía casi a todas partes. Tanto Sahra como él se mostraban letárgicos y poco comunicativos, y sumaban medio ser humano entre los dos.

Empecé a preocuparme. Perteneían a un pueblo duro acostumbrado a sobrevivir a crueles desastres. Deberían mostrar algún signo de recuperación.

Reuní a los cerebros del grupo: Cletus, Loftus, Longinus, Goblin y Un Ojo, Otto y Lamprea.

—Tengo algunas preguntas, tropa.

—¿Ese tiene que estar aquí? —Goblin se refería a Thai Dei.

—No hay problema, ignóralo.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió Un Ojo.

—Hasta ahora no hemos tenido ningún problema importante de salud en la Compañía. Pero ahí fuera hay cólera y tifus, para no mencionar las cagaleras de toda la vida. ¿Estamos bien?

Goblin murmuró algo y soltó una sonora ventosidad.

—Bárbaro —dijo despectivamente Un Ojo—. Nosotros estamos bien porque seguimos las normas de higiene de Matasanos como si fueran leyes religiosas. Solo que no podremos mantenerlas mucho más. Casi se nos ha acabado el combustible. Y esos nyueng bao. No les gusta molestarse en hervir el agua, limpiar y no cagar donde viven. Por ahora nos siguen la corriente, pero eso no va a durar.

—He oído que ha estado nublado y con mal aspecto los últimos días. ¿Estamos recogiendo agua de lluvia?

—Para nosotros más que de sobra —dijo Loftus—. Pero insuficiente para nosotros y ellos, y mucho menos para almacenar en los aljibes.

—Eso me temía. Al combustible me refiero. ¿Alguno de vosotros sabe alguna forma de preparar el arroz o las habichuelas para poder digerirlos sin tener que guisar?

Nadie lo sabía.

—Quizá remojarlas en agua mucho tiempo sirva —sugirió Longinus—. Mi madre lo hacía.

—Maldición. Yo realmente quiero que salgamos de esta. ¿Pero cómo?

Ante esto Goblin exhibió una sonrisita secreta. Como si tuviera alguna idea. Intercambió miradas con Un Ojo.

—¿Tenéis algo, muchachos?

—Todavía no —dijo Goblin—. Hay un experimento que queremos probar.

—Adelante con él.

—Después de la reunión. Necesitamos tu ayuda.

—Maravilloso. Vale. ¿Puede decirme alguien lo que piensa el resto de la ciudad de nuestra desaparición?

Lamprea carraspeó para aclararse la garganta. Normalmente no hablaba mucho, así que todo el mundo se calló para escucharle.

—Yo he estado observando desde los apostaderos. A veces se oye a gente hablar. No creo que hayamos hecho nada bueno por nuestra reputación. Tampoco creo que hayamos engañado a nadie. No hablan mucho de nosotros, pero nadie cree que hayamos salido huyendo. Piensan que hemos encontrado alguna forma de cavar un agujero, llenarlo de mujeres, vino y comida, meternos dentro y no salir hasta que todos ellos estén muertos.

—Bueno chicos, intenté lo del vino, las mujeres y la comida, pero lo único que pude conseguir fue el agujero.

—El nivel del agua está bajando —dijo Otto de la nada.

—¿Qué?

—Sí, Murgan. Ya ha bajado casi dos metros.

—¿La inundación de la ciudad provocaría esa diferencia? ¿No? ¿Entonces qué? Goblin y Un Ojo intercambiaron una mirada muy significativa.

—¿Qué? —pregunté.

—Después del experimento.

—Vale. El resto de vosotros, ya conocéis los problemas. Id a ver qué podemos hacer al respecto.

Capítulo 75

—Decidme —les dije a los dos enanos.

—Creemos que te hicieron algo cuando estuviste ahí afuera. —Goblin señaló en dirección a la orilla con una inclinación de cabeza.

—¿Qué? ¡Seamos serios! Yo...

—Estamos siendo serios. Estuviste fuera bastante tiempo. Y cambiaste. ¿Cuántos de tus ataques has tenido desde que volviste?

Lo pensé sinceramente.

—Solo uno. Quizá. Cuando me secuestraron. No recuerdo nada acerca de él. Estoy seguro de que me drogaron. Estaba bebiendo té con el portavoz, y luego me vi en la calle donde me encontrasteis. No tengo ni idea de cómo llegué allí. Tengo vagos recuerdos de oler a humo y salir por una puerta que no me llevó a donde yo esperaba que me llevara. Recuerdo vagamente haber pensado algo sobre estar en la casa del dolor.

—Te torturaron.

—Sí. —Todavía tenía las cicatrices y magulladuras para demostrarlo. No tenía idea de lo que podían haberme preguntado, si me preguntaron algo. Sí que sospechaba que los amiguetes de Sindhu podían estar detrás de mi secuestro y del intento de asesinato de Mogaba.

Si eso es así, su vida dio un giro a peor cuando la Compañía los localizó.

—Te hemos estado observando —dijo Goblin—. Y a veces has actuado de forma bastante extraña. Lo que queremos hacer es ponerte a dormir y ver si podemos llegar hasta la parte de ti que estaba allí cuando pasaron las cosas.

—No te entiendo.

—No tienes por qué. Solo tienes que cooperar.

—¿Estáis seguros?

—Estamos seguros.

No parecía seguro.

Me desperté en mi propio catre. No estaba descansado. Alguien me estaba frotando el acalorado rostro con un paño húmedo y frío. Abrí los ojos. A la luz de la única y diminuta vela Sagra tenía un aspecto más adorable que nunca. Tenía mejor aspecto que cualquier imaginación. Siguió frotándome la cara.

Yo tenía otro dolor de cabeza como los que dan la resaca. ¿Qué me habían hecho? Al menos debería ser capaz de recordar el disfrute que viene antes del dolor.

To Tan empezó a llorar. Dormía en una cesta de andrajos apestosos debajo de mi escritorio. Alargué la mano y lo cogí de la suya. Dejó de llorar, contento de tener

contacto humano. Ya no lloraba demasiado por su madre.

Levanté mi otra mano para coger la de Sahra. Ella me la apartó suavemente. No habló. Nunca la había oído hablar, ni siquiera con sus propios hijos.

Miré a mi alrededor. Thai Dei no estaba. Nunca antes había tenido mejores posibilidades de sacudirme a mi sombra. Thai Dei siempre estaba ahí, incluso en la oscuridad.

Empecé a incorporarme. Sahra me contuvo con dos dedos. Yo estaba demasiado débil para hacer algo. Y solo con levantarse esos treinta centímetros, mi cabeza pareció hincharse al doble de su tamaño.

Sahra me ofreció una escudilla de madera tallada a mano llena de algo que olía tan mal que los ojos me lagrimearon. Medicina del pantano nyueng bao. Bebí. Sabía peor que olía.

Siguió limpiándome la cara. Yo tuve un escalofrío y temblé. El dolor se fue. Empecé a relajarme, a sentirme a la vez lleno de energía y optimista. Buena cosa. Quizá hacían que oliera y supiera tan mal para que la gente no lo tomara constantemente.

Nos quedamos un buen rato mirándonos fijamente el uno al otro, sin decirnos nada, pero llegando a una decisión que nuestras mentes conscientes no reconocieron en aquel instante. Hong Tray pasó fugazmente por mis pensamientos con una sonrisa de aprobación.

Esta vez logré sonreír mientras me incorporaba. Sin que me lo impidiera.

—Tengo trabajo que hacer.

Sahra negó con la cabeza. Buscó a To Tan debajo de la mesa y lo sacó de su cesta. Necesitaba desesperadamente un cambio de pañales. Sahra me tiró del dedo.

—Llevo veinte años sin hacer esto. —Desde que yo mismo era niño y tenía que cambiar a mis hermanos, hermanas y primos—. Deja ya de moverte, pequeño cagoncete. Ya deberías saber lo que toca.

To Tan me miró con esos ojos tan grandes y serios, sin comprender mis palabras pero captando perfectamente el tono.

Lo limpiamos y volvimos a vestirlo, con unos andrajos que habrían avergonzado a un pordiosero.

—Voy a ir a matar a alguien para conseguirle algo mejor que ponerse —le dije a Sahra.

Ella me puso la mano en el brazo para retenerme.

»Es una broma, cariño. Si te quedas junto a mí vas a escuchar cosas un poco fuertes. No lo estaba diciendo de verdad. Me voy a trabajar.

Avancé lentamente por el pasillo, con las piernas temblorosas. Sahra me seguía con To Tan apoyado en la cadera izquierda. Nos cruzamos con Cangilón, que iba adormilado en busca del catre.

—¿Has visto a Goblin y Un Ojo? —pregunté.

—Han subido arriba con sus trastos mágicos. Al observatorio grande.

—Gracias.

No habíamos avanzado dos metros cuando Cangilón dijo:

—¿Te ha dicho Longo que está entrando agua en las catacumbas?

Suspiré y negué con la cabeza, escuché el desanimado rugido de mi estómago, me pregunté si alguien habría encontrado la manera de cocinar algo de comida y empecé a abrirme camino por el laberinto de escaleras que me conduciría hasta Goblin y Un Ojo.

La luz del día me vendría bien. Si tenía fuerzas para subir hasta allí. Llevaba mucho tiempo sin ver el sol.

Capítulo 76

E iba a seguir una temporada sin verlo.

Sahra me pasó a To Tan por la trampa. Volvía a estar dormido. Supongo que duermes mucho cuando eres un bebé que se muere de hambre.

Era de día pero estaba cayendo un chaparrón. Lamprea estaba sentado a horcajadas en una silla, con los brazos apoyados en el respaldo, mirando la lluvia melancólicamente.

—¿Cuánto tiempo lleva? —pregunté.

—Dos o tres días.

—¿Estamos sacando agua potable?

—Toda la que podemos escondidos como estamos.

—¿Qué están haciendo esos dos?

Goblin y Un Ojo estaban sentados con las piernas cruzadas en el centro del suelo de la habitación, el punto más lejano de la llovizna que el viento hacía entrar. No levantaron la vista.

—Cosas de magos, no los molestes o te arrancarán la pierna de un mordisco.

—Y alguien va a perder dos orejas si no deja de parlotear —gruñó Goblin.

Lamprea y yo empleamos uno de nuestro decreciente repertorio de saludos con un solo dedo. Un Ojo no se dio por aludido.

El observatorio tenía una ventana en cada dirección. Fui a la mayor.

Esta lluvia no era lo que llamábamos un chaparrón en casa, pero era fuerte y constante. Apenas podía distinguir la difusa silueta de las colinas circundantes. Más cerca, pude distinguir la superficie del agua. El nivel había bajado a pesar de la lluvia. Era de un color gris que hablaba de enfermedad.

Vi una balsa jaicuri allí fuera, tan cargada de gente que estaba parcialmente sumergida. Los hombres se esforzaban por impulsarla hacia la orilla usando tablas cortas a modo de remos.

Hice la ronda por las demás ventanas, estudiando la ciudad. Me alegré de ver a nuestros taglianos en sus puestos, como les habíamos enseñado.

—Lo han estado haciendo en grupos grandes —admitió Lamprea—, y eso ha hecho que los dejaran en paz.

—¿Mogaba?

—Todo el mundo. La lucha es casi constante.

Las calles y callejones se habían convertido en canales. Vi cuerpos flotando por todas partes. El hedor era abrumador. Pero el nivel del agua era más bajo de lo que yo esperaba. Desde la ventana oriental pude ver la ciudadela. Había nar allí arriba, e ignoraban el tiempo. Se movían por el parapeto y estudiaban nuestra parte de la ciudad.

Lamprea notó que yo los observaba.

—Les preocupamos. Creen que podemos ir a ajustarles las cuentas en cualquier momento.

—Y vaya si iremos.

—Son supersticiosos y temen a tipos como Goblin y Un Ojo.

—Lo que demuestra lo peligrosa que puede llegar a ser la ignorancia.

—Lo he oído —protestó Un Ojo.

Por lo que yo veía, Goblin y él igual podían estar jugando a algún juego de dados raro. Me gustaba más cuando conjuraban grandes luces que iban por ahí aplastando las cosas y quemándolas. La destrucción puedo entenderla.

Sahra parecía cansada de cargar con To Tan, así que lo cogí. Me ofreció una sonrisa agradecida. Aquello iluminó el observatorio.

Un Ojo y Goblin hicieron una pausa para intercambiar miradas entre ellos y con Lamprea.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí.

—Hemos descubierto que teníamos razón.

—¿Sí? Eso puede ser un principio. ¿Acerca de qué teníais razón?

—De que habían trasteado con tu cabeza.

Sufrí un repentino escalofrío. Eso no es plato del gusto de nadie.

—¿Quién lo hizo? ¿Cómo?

—El cómo no lo sabemos con seguridad. Podría haberse hecho de varias maneras. De todas formas, el quién y el qué son más interesantes.

—Hablad.

—El «quién» fue la Dama. Y «qué» fue el conocimiento de que ella está ahí fuera.

—¿Perdón?

—Es un poco difícil decirlo desde aquí, especialmente cuando tenemos turistas paseando por nuestro lugar de trabajo con sus novias, pero parece que la Dama y los taglianos están al mando ahí fuera. Su campamento está al otro lado de las colinas, por la carretera norte. Los sureños que vemos patrullando son auxiliares que informan a la Dama.

—Repíte.

Goblin lo hizo.

—Vosotros seguid —dije—. Yo me voy a sentar en el rincón de ahí para pensar.

Capítulo 77

El tío Doj y Thai Dei habían vuelto de donde fuera que hubieran ido. Nos miraron con mala cara a Sahra y a mí cuando volvimos, pero ninguno dijo nada. Hong Tray seguía teniendo cogidos a los Ky. Thai Dei cogió a su hijo. El pequeñín se animó al momento.

—Mi gente no son champiñones, portaestandarte —me dijo el tío Doj—. No pueden soportar esto mucho más. Los soldados de piedra habéis demostrado una generosidad sin reproche y habéis evitado cualquier provocación, pero incluso así llegará el momento en que haya problemas. Un animal herido ataca incluso al amo más cariñoso.

—Saldremos de aquí antes de lo planeado. —Yo no estaba precisamente de buen humor. Quería echarme a la Dama en el regazo y propinarle unos buenos azotes—. Ya he dado órdenes de empezar el proceso.

—Pareces enfadado.

—Estoy enfadado.

La Dama me había utilizado en un juego político con Mogaba sin pensar en el bienestar de la Compañía. Ella no era más parte de la Compañía que él.

Longo apareció en la puerta.

—¿Te han dicho que se están inundando las catacumbas, Murgén?

—Me lo ha dicho Cangilón. ¿Cuándo empezará a ser un problema?

—En cuatro o cinco días. Quizá más. A menos que la filtración empeore.

—Ya estaremos fuera. Tus hermanos y Un Ojo están arriba, en el observatorio. Ve y entérate de lo que pasa.

Longo se encogió de hombros y emprendió el camino, quejándose acerca de la subida.

—¿Quién habla ahora por los nyueng bao? —pregunté.

—Todavía no lo hemos elegido —respondió el tío Doj.

—¿Podrías? ¿Rápido? Va a venir un general tagliano llamado Lanore Bonharj, el que está actualmente al mando de los esclavos liberados y los taglianos y jaicuri amigos. Necesitamos a alguien de los nyueng bao para que se una a nosotros en la planificación de la evacuación. —Empezó a decir algo. Yo continué sin dejarle interrumpir—. Parece que el Maestro de las Sombras ya no es problema; solo es que alguien se ha olvidado de decírnoslo. Nuestros supuestos amigos han jugado con nosotros por razones políticas. Podemos irnos en cualquier momento... y no sé desde cuándo.

Le eché toda la culpa de nuestra ignorancia a Goblin y Un Ojo. Puedes culpar a un mago de cualquier cosa y la gente te creerá.

Sahra trató de preparar una comida con lo que teníamos. Toqué su mano al pasar

junto a ella. Sonrió.

—Debería ser la última vez que tenemos que hacer esto.

Tenía esa esperanza.

Estaba equivocado.

Todo lleva su tiempo.

Lanore Bonharj me siguió a la madriguera. Quedó a la vez asombrado y asqueado. Era un gunni de casta elevada. Arriba se estaba mal, pero la miserable situación de abajo escapaba a su imaginación. Hablamos. El tío Doj habló por los nyueng bao. Se cerraron tratos, se hicieron acuerdos, se dispusieron planes. Los preparativos empezaron con ganas.

Capítulo 78

En la oscuridad de la noche, con lluvia, la Compañía Negra partió sigilosamente, cruzó un precario puente improvisado hasta las escaleras que daban acceso al parapeto y allí se reunió con los taglianos de la compañía al-Khul. Con Goblin en punta nos deslizamos a lo largo del muro y tomamos la barbacana de la puerta norte de manos de los nar y sus taglianos. El conjuro de sueño de Goblin lo facilitó. Nadie salió herido. De los nuestros.

Antes de que el último cuerpo cayera al agua, Goblin, el cuadro de la Compañía y yo fuimos a apoderarnos de la puerta oeste y su barbacana.

Con las puertas en nuestras manos podíamos proceder sin ser vistos por los hombres de Mogaba.

Loftus y sus hermanos se pusieron a trabajar en el interior de la torre central de las tres que había entre las puertas. Aunque la muralla propiamente dicha era de piedra con relleno de mampuesto, las torres no eran macizas. Tenían que ser huecas para permitir a los ballesteros del interior cubrir con sus proyectiles la cara de las murallas. Los muchachos empezaron a abrir un agujero al exterior desde el piso más cercano al nivel actual del agua.

Los nyueng bao sacaron nuestra comida restante a la superficie. Las mujeres usarían el último combustible que les quedaba a los taglianos para cocinar para todo el mundo. Yo quería que todos cogieran fuerzas. Para entonces muchos de nosotros éramos muñecos de palo.

Cuando salió el sol al día siguiente, los nar de la ciudadela no vieron nada que no hubieran visto el día anterior, salvo menos lluvia. No recibieron señales de las barbacanas norte u oeste, pero no parecieron preocupados.

—Ya no hay muchos cuervos por aquí —comentó Goblin cuando la luz diurna empezaba a desvanecerse.

—Quizá sea que nos los hemos comido todos.

Volvió la noche, y todos regresaron al trabajo. Los martillazos y golpes y la caída de escombros al agua debía de ser audible desde toda la ciudad, pero nadie podía ver lo que estábamos haciendo y nada se hizo evidente con la salida del sol, salvo que faltaban varios edificios parcialmente derruidos.

El lago siguió su lento descenso. El tiempo continuó húmedo.

Las balsas que estaban construyendo los carpinteros flotaban fuera, contra la muralla. Todo lo que era capaz de ofrecer flotabilidad se había empleado en su construcción. Incluso el ocasional barril de cerveza vacío.

Aquella tarde adquirimos más madera útil cuando Mogaba envió tres balsas a la barbacana norte para ver por qué no respondía a sus señales.

No pudimos impedir que la emboscada se viera desde la ciudadela. Mogaba no

desperdició más hombres ni materiales.

Loftus y sus hermanos dijeron que las mejores balsas eran largas y estrechas, para que más gente pudiera remar con una menor resistencia al agua. Trabajando en un metro de agua, los tres hermanos y un puñado de taglianos cualificados fueron ensamblando una balsa tras otra, cada una de ellas capaz de transportar diez o más adultos. Usando todo lo que pudieron encontrar construyeron cuarenta y una. Calcularon que dicha flota podría llevar setecientas personas, más de quinientas de las cuales podrían quedarse en la orilla mientras el resto volvía con las balsas, las volvía cargar y salía de nuevo antes del amanecer.

Así que en una noche podríamos pasar unos mil doscientos. Lo bastante para establecer una cabeza de playa moderadamente sólida en lo que no sabíamos con certeza si iba a ser una orilla amistosa.

Problema: la cantidad que necesitábamos mover sigilosamente era mayor de la que yo me esperaba. Tenía a mis cuarenta de la vieja guardia, más de seiscientos nyueng bao y un montón mucho mayor del que yo había pensado de taglianos, esclavos liberados y voluntarios jaicuri.

Lanore Bonharj quería mover cerca de un millar de hombres y dependientes. No había forma de sacar a todo el mundo en una noche.

—Esto es lo que harás —dijo Un Ojo—: la primera noche solo cruza una tanda. Los puestos se sortean, así conseguimos que la gente no empiece a subirse unos encima de otros y nadie consiga salir en medio del pánico. Dispón el sorteo para que vaya un porcentaje representativo de cada grupo. Así nadie se queja. Manda a los quinientos y alguno más con órdenes de construir un campamento. Que las balsas vuelvan y amarren, y luego acaba con dos viajes la noche siguiente.

—El hombre es un genio —dije—. Goblin o tú tendréis que ir, por si acaso.

—No debería ser necesario.

—¿Por qué no?

—Ya no hay peligro.

—Entonces no necesitamos atrincherarnos. Podemos enviar primero a los nyueng bao y a los dependientes.

—Eso caerá bien entre la gente.

—¿Mujeres, niños y ancianos? Funcionará. Te apuesto lo que quieras. Incluimos a los dependientes de los taglianos, pero retenemos a los jaicuri, o tendremos a la ciudad entera haciendo cola. Calculamos cuántos serán y luego sorteamos el resto de las plazas.

Resultó que se podían enviar treinta taglianos, cinco muchachos de la Compañía Negra y quince guerreros nyueng bao con el primer grupo. Tendríamos cincuenta espadas en la playa.

El tío Doj se quejó del plan porque durante una noche no tendría toda su tribu reunida.

—Muy inteligente, soldado de la oscuridad. —Ya estábamos—. Así nos conviertes en rehenes a nosotros los guerreros.

—Si queréis ir, id. Hay más de vosotros que de nosotros. Apoderaos de las balsas.

Hizo una mueca, había descubierto que iba de farol.

»Solo es una noche tío. Y con ellos irán quince guerreros. Serán elegidos por sorteo, así que puede que uno de ellos seas tú.

Un Ojo y Goblin no querían irse.

—Yo no me voy esta noche —me dijo Un Ojo.

—Y yo tampoco —insistió Goblin.

Tenían ese aspecto de comadreja que tienen cuando están jugando con cartas marcadas.

—¿Por qué no? —Parecía que podía venirles bien un hombre honrado.

—Ahí fuera no se está seguro —me dijo Un Ojo después de que Goblin fracasara en convencerme de su altruista deseo de proteger el mundo conteniendo la maldad de Mogaba—. Esa zorra de Enebro, Lisa Daela Bowalk. Nos está esperando ahí fuera.

—¿Quién? —No me sonaba.

—Lisa Bowalk, de Enebro. Una zorrita de armas tomar. Iba con Chozo de Castañas, el ladrón de cadáveres. Cambiaformas la tomó de aprendiz cuando la Compañía emprendió su camino. Estaba allí cuando liquidamos a Cambiaformas. El Viejo la dejó ir. Bueno, pues está ahí fuera, acechando, esperando una oportunidad para ajustar las cuentas. Ya lo ha intentado un par de veces.

—¿Y nunca os habéis molestado en decírmelo?

Cada vez que Un Ojo se pone vehemente con un tema, se impone una saludable dosis de escepticismo.

—Hasta ahora no ha sido problema.

¿Para qué discutir la verdad cuando parecía evidente? Esos dos tenían un botín escondido y no querían dejarlo sin vigilar. Y tampoco querían dejar al otro solo con él.

—Participaréis en el sorteo como los demás —les dije.

Bonharj y el tío Doj, Goblin y Un Ojo, todos me miraban furiosamente.

—Yo no debería entrar en el sorteo.

—A lo mejor no. Pero fuiste tú el que dijo que todos debíamos participar —dijo Un Ojo con una risita.

Yo todavía no había sacado. El problema era que no había dudas acerca del resultado. Solo quedaba una piedra en la vasija. A la Compañía Negra se le habían asignado cinco guijarros negros y solo se habían sacado cuatro.

Yo iría a tierra con la primera oleada.

¿Por qué parecían tan contentos mis amigos del alma?

—Coge la piedra y empaqueta tus mierdas —dijo Goblin.

No habrían amañado el sorteo, ¿no? No, esos dos no. Parangones de virtud que son.

—¿Alguien quiere comprar esto? —Sostuve en alto el esperado guijarro negro.

—Guárdatelo, Cachorro —dijo Un Ojo—. Nos apañaremos sin ti. De nuevo. De todas formas... ¿qué podría ir mal en un día?

—¿Con vosotros dos al mando?

No me parecía bien ir a tierra antes de que el último hermano de la Compañía Negra hubiera salido de la ciudad.

—Limítate a recoger tus cosas e irte —espetó de nuevo Goblin—. Oscurecerá en una hora.

Seguía llovisnando. Oscurecería pronto, aunque no lo suficiente para completar dos viajes y llevar las balsas de vuelta sin que las vieran. Maldición.

Sahra iba cargada de cachivaches y tres kilos de arroz y habichuelas. Y o llevaba un bulto consistente en una tienda nyueng bao, mantas, algunos cacharros útiles en el campo y a To Tan apoyado en la cadera. El chiquillo era el niño menos problemático que había visto en mi vida.

Thai Dei no había sacado un guijarro negro.

Yo tenía intención de disfrutar de su ausencia.

Salimos de la madriguera. Bajamos la escalera, cruzamos hasta la muralla, volvimos a subir, avanzamos por el parapeto, bajamos al interior de la torre central. Y ese era todo el ejercicio que yo quería.

En mi balsa éramos todos nyueng bao, excepto Rubro y yo. Los nyueng bao esperaron sus turnos con paciencia. Los chicos de la torre, que operaban a la débil luz de las velas, también fueron pacientes. La moral era buena.

—Con cuidado —me dijo Cletus al subir yo a bordo. Fui cogiendo los niños que empezó a pasarme—. Te he escogido una buena, jefe, pero si no mantenéis el peso equilibrado puede zozobrar. Señorita. —Ayudó a Sahra. Ella agradeció la cortesía con una deslumbrante sonrisa.

—Gracias, Cletus. Te veo mañana por la noche.

—Vale. Ve reuniendo ganado y bailarinas.

—Miraré por ahí.

—Arrodíllate. Hay que mantener el centro de gravedad bajo para que la maldita

cosa no vuelque.

Miré a mi alrededor, estábamos listos para partir.

Había a bordo seis hombres nyueng bao. Ellos remarían. Cinco se encargarían de devolver la balsa. Aparte de ellos, Rubro, yo y un cojo nyueng bao de unos cincuenta años éramos los únicos varones adultos a bordo. Había quince o dieciséis niños y la mitad de mujeres, íbamos apretados, pero los nyueng bao pesan poco. Me ofrecí para ayudar a remar, pero los hombres que estaban a ello perdieron la capacidad de entender el tagliano.

—Si quieren hacer el capullo y reventarse las pelotas, mejor para nosotros —dijo Rubro.

—Tienes razón. Pero baja la voz. Estamos tratando de ser sigilosos.

Resultó que los nyueng bao eran remeros expertos. Lo que no debería sorprender si consideráramos su origen.

Se mantenían tan en silencio como plumas que caen. Y avanzaban rápidamente. Las balsas que nos habían precedido llevaban remeros taglianos que no solo hacían mucho ruido, sino que además eran lentos. Solo tuve que susurrar una palabra y mis remeros viraron a la derecha y las adelantaron.

Globalmente no fue una salida muy sigilosa. Los remos chapoteaban. La gente tropezaba, se quejaba, se caía y ocasionalmente lograban chocar con otra balsa. Pero esos eran ruidos que salían del agua todas las noches, y en esta la llovizna amortiguaba parte del jaleo. Y por supuesto, nos estábamos alejando de la ciudad. La luz que había en el interior de la torre abierta servía como faro.

Puede que mis remeros no le prestaran la atención debida a la luz. Nos apartamos del rumbo y lo perdimos del todo.

Alguien siseó.

Los remos dejaron de moverse. Incluso el murmullo de los pequeños cesó cuando las madres les taparon las bocas o se las llevaron a los pechos.

No oí nada.

Esperamos.

Sahra apoyó suavemente la mano en mi brazo, compartiendo tranquilidad.

Entonces oí a los torpes remeros. Alguien se había desviado del curso más que nosotros... solo que su balsa iba en sentido contrario.

Demasiado pronto para eso.

Los sonidos se hicieron más fuertes.

La otra balsa nos pasó por estribor, tan cerca que parecía que debían vernos a pesar de la oscuridad y la lluvia.

Una voz dijo algo en voz baja, solo unas pocas palabras teñidas de ira. En el idioma de Gea-Xle. Yo sabía quizá unas veinte palabras, ninguna de las cuales reconocí.

No necesitaba reconocer las palabras. Conocía la voz.

Mogaba.

No lo habíamos visto partir durante el día. Desde las barbacanas norte y oeste era posible ver casi toda la superficie del lago. Lo que significaba que al menos llevaba fuera desde la noche anterior. Lo que a su vez explicaría por qué no había habido respuesta a nuestra captura de las barbacanas.

¿Qué asuntos se traería entre manos Mogaba ahí fuera?

Los nar se alejaron chapoteando en la oscuridad. Nosotros reanudamos el viaje. Seguí perdido en mis pensamientos hasta que la balsa tocó tierra y me tiró de espaldas.

Sahra y yo recogimos nuestras cargas y a To Tan y bajamos a la orilla. El pequeño estaba durmiendo como si los brazos de su tía fueran una cama palaciega.

En un momento descubrí que mis compañeros, aunque completamente ignorantes del idioma tagliano, esperaban que yo también me hiciera cargo a este lado. Idea del tío Doj, sin duda, y efectiva solo hasta que él llegara.

—Rubro, hazte cargo de levantar el campamento.

Habíamos vuelto a la ruta general del resto de la flota y habíamos tomado tierra junto a los demás, que se unieron a nosotros para saborear el milagro de la vida fuera de Dejagore.

Estar por ahí en mitad de la noche y con lluvia no me parecía excesiva mejora.

»Vamos, gente. No podemos quedarnos aquí plantados. Empezad a montar esos refugios. —Teníamos las tiendas que los nyueng bao llevaban en su peregrinación. Y teníamos mantas envueltas en esas tiendas para que permanecieran secas—. Que alguien recoja algo de leña y encienda fuego. —Más fácil de decir que de hacer con este tiempo—. Hermanito, coge algunos hombres y organiza un perímetro. ¿Joro? ¿Ese es su nombre, sargento? —Le hablaba a uno de los soldados taglianos—. Mande una patrulla. ¡Vamos! ¡Vamos! No sabemos si hay gente por aquí dispuesta a matarnos.

Pero cuesta pensar en eso cuando tienes frío y estás empapado y cansado.

Yo estaba agotado hasta el punto de derrumbarme, pero di ejemplo. Sahra me siguió y ayudó. Mientras yo le ladraba a la gente, nos turnábamos en ocuparnos del bebé. Tuve visiones de algunos guerreros legendarios como Khrombak el Terrible dando órdenes a sus hordas con un bebé cagado en brazos.

To Tan era un buen chico, pero había que estar cambiándolo constantemente.

Pronto todo el mundo se movía industriosamente. Se levantaron tiendas. Se cortó matorral para leña. Pequeños fuegos cobraron vida y engendraron a otros hasta que hubo suficientes para calentar agua y cocinar arroz. El agua la conseguimos usando algunas tiendas para recolectarla en las ollas. Iba ser difícil que algunos nos mojáramos más de lo que ya estábamos.

Incluso mandamos una pequeña carga de ramitas a la ciudad en las balsas que volvían. Nuestros amigos también podrían cocinar algo.

Capítulo 79

Llevábamos tanto tiempo conociendo solo desdichas que aquella noche se convirtió en una tarea desagradable más. Y con tiempo hubo alojamiento pobre, mala comida y poco calor para todo el mundo. Pero para entonces estaba amaneciendo y la lluvia no era más que un chispeo ocasional. Sahra, To Tan y yo nos metimos en nuestra tienda y nos acurrucamos. Durante un rato casi fui feliz.

Ese To Tan era asombroso. La mayor parte del tiempo era tan silencioso como Sahra, aunque cuando quería podía armar un buen escándalo. En aquellos momentos se contentaba con dormir. Por primera vez en una semana tenía la barriga llena.

Y yo también.

Tuve cuatro horas de maravilloso sueño antes de que el desastre me interrumpiera.

Primero tomó la forma de Ky Gota. Yo no había visto a la madre de Sahra desde que el tío Doj la había sacado de mi alojamiento. Tampoco la había echado de menos.

Como estaba dormido, no fui testigo de la parte en que abrió la tienda por las malas. Cuando me desperté, estaba aullando y bramando en una mezcla de nyueng bao y tagliano realmente malo. Sahra ya se había incorporado, tenía la boca abierta y estaba empezando a llorar.

To Tan se puso a berrear.

Ky Gota no era inmune al sonido de las lágrimas de un bebé. El alma de una abuela seguía acechando detrás de todo ese mal carácter. Muy detrás. Le dijo algo al crío... ¡dulcemente!

Rubro apareció corriendo.

—¿Devuelvo a esta al lago, Murgen?

—¿Qué?

—Salió del agua hace un rato. Dijo que alguien había tratado de asesinarla. Supuestamente alguien la tiró de la balsa en la que iba. A mí me parece que ella se lo buscó.

—Probablemente sí. —Sahra me miró sorprendida. A pesar de las lágrimas—. Pero tengo que ser amable. Es casi familia.

—Vaya —dijo Rubro, y se fue sacudiendo la cabeza.

Sahra empezó a gesticular exasperada. To Tan miraba fijamente a su abuela y se chupaba el dedo. Tuve una idea.

—Ve con la yaya —le susurré—. Enséñale lo bien que andas.

Él no me entendió pero ella sí, y extendió los brazos.

Por lo que yo sabía, To Tan era la única persona del mundo que quería a Ky Gota. Fue gateando hacia ella y su abuela se olvidó de la humedad, el frío y el enfado.

Sahra volvió a mirarme muy seria. Yo me encogí de hombros, sonreí y le dije:

—Necesita que lo cambien de nuevo.

Rubro me encontró mirando fijamente hacia la ciudad. Humo reciente flotaba sobre nuestra parte de la misma.

—Hermanito acaba de emboscar a una patrulla, Murgén.

—Mierda. Cuando no informen...

—Dice que sabían que estábamos aquí. Se iban. El tal Swan está con ellos.

—Entonces Un Ojo estaba en lo cierto. ¿Algún herido?

—Aún no.

—Bien. Bien. ¿Llegaron a ver el campamento? —Los nyueng bao habían hecho un buen trabajo de camuflaje, dadas las circunstancias. Se podía distinguir dónde estaba el campamento, pero no su extensión.

—Creo que solo han visto el humo. Según Hermanito se sorprendieron bastante de que los pillaran.

—¿Lo han visto?

—Sí.

—Mala suerte, quizá no lo reconocieron. —Me encogí de hombros—. Algunas cosas son inevitables. Yo me encargaré de ellos. Espera. —Fui hasta Sahra y su madre—. ¡Silencio! —espeté cuando la anciana abrió la boca para empezar con la retahíla—. Tenemos problemas. ¿Quién puede hablar por los nyueng bao?

No sabía a quién preguntarle. Esta extraña gente hacía lo que yo decía cuando se lo decía si eso mejoraba nuestra situación, pero no hablaban.

La anciana soltó al bebé y se levantó. Entrecerró los ojos. No veía bien.

—¡Tam Dak! —ladró.

Un frágil anciano se dio la vuelta. A pesar de su edad iba cargando un enorme hato de leña. Ky Gota lo llamó imperiosamente. El anciano se apresuró a venir.

Salí a su encuentro.

—Saludos, padre. Yo soy el que trataba con el portavoz. —Hablé lento y en voz alta.

—Todavía no estoy sordo, mozalbete —me contestó en un tagliano mejor que el mío—. Y sé quién eres.

—Bien, entonces iré al grano. Los soldados de allí nos han encontrado. No sabemos cuál puede ser su actitud respecto a su gente. Si están de malas no seré de mucha ayuda. Sus guerreros han explorado. ¿Podrían desaparecer?

Me miró durante un buen rato. Yo le devolví la mirada. Sahra se puso a mi lado. Detrás de nosotros, To Tan reía al jugar con su abuela. El anciano miró a Sahra. Por un momento pareció estar viendo el ayer. Sufrió un escalofrío. Su expresión se hizo más inescrutable.

—Podemos.

—Bien. Háganlo mientras yo estoy con ellos. —Señalé colina arriba con el pulgar—. Se lo comunicaré al tío Doj. Él les encontrará.

Tam Dak siguió mirándome con frialdad. No con hostilidad, simplemente sin entender. No me estaba comportando como debía un extranjero.

—Buena suerte. —Volví con Rubro—. Así está la cosa. Los nyueng bao tienen que poner pies en polvorosa. Yo iré con Swan. Cuando llegue a su campamento trataré de ganar tiempo. Encárgate de que los nyueng bao se vayan, y luego haz que este desastre parezca como si estuviéramos preparando el campamento para los que vienen esta noche. —El anciano oyó cada palabra—. Por lo que sabemos todos, esta gente no ha existido nunca.

—Pero...

—Encárgate. Y que se lleven la mayor parte de la comida. Nosotros podemos gorronear de la gente de la Dama. —Ojalá.

Rubro miró a Sahra. Todo el mundo parecía pensar que ella era la clave. Se encogió de hombros.

—Tú eres el jefe. Supongo que no tengo que entender. ¿Cómo vas a explicarla a ella?

—No tengo por qué. —Me dirigía hacia donde habían rodeado a la patrulla de Swan.

Sahra fue tras de mí, y solo se detuvo para recoger a To Tan.

—Quédate aquí —le dije. Me miró impasible, afligida por una repentina sordera. Di unos pasos. Me siguió—. Tienes que quedarte con tu propia gente.

Una leve sonrisa bailó en sus labios. Negó con la cabeza.

Hong Tray no era la única bruja de la familia.

—Ky Gota...

¡Blam!

—¡Tú! ¡Soldado de la oscuridad! ¿Eres su ruina y ahora no buena para ti? Bruja cruel mi madre pero... —se volvió ininteligible, pero no se calló ni por asomo. Miré a Tam Dak. Seguía inescrutable, pero me apostaba mis posibilidades de ir al cielo a que estaba deseando reírse.

—A la mierda. ¡Rubro! Coge las pertenencias de Sahra y encárgate de que se queden en nuestra tienda. Vamos, mujer.

Capítulo 80

—Joder —murmuró Swan cuando me puse a la vista—. No me extraña que volvieras.

—Las manos quietas, niño bonito. ¡Eh, nyueng bao! Los que estéis ahí fuera, id a ver a Tam Dak. Es importante. Taglianos. Acudid a Rubro, de la Compañía. —Me volví hacia Swan—. Ya está, solo quedan unos pocos francotiradores por si acaso.

Dejó de mirar fijamente a Sahra.

—Lo siento. Te ha tocado el premio gordo de verdad, ¿no? —Tuvo la cortesía de hacer los comentarios en forsbeger.

—Pues sí. ¿Qué está pasando? Me despierto el otro día después de que mis magos hicieran un experimento conmigo y descubro que alguien ha estado trasteando con mi cabeza y cambiándome los recuerdos. Descubro que he vuelto a la cocina del infierno a cazar ratas y luchar contra caníbales mientras mis supuestos amigos están por ahí sentaditos sin haberse molestado siquiera en decirme que el Maestro de las Sombras había muerto.

Swan me miró extrañado.

—Pero... si tú lo sabías, Murgén. Tú estabas allí cuando matamos al bastardo. Estuviste allí una semana después de aquello.

—¿Cuándo lo matasteis?

Empezó a darse cuenta.

—¿No insististe en volver? Ella dijo que tú...

—Pues no. Cuando me encontré volviendo creía estar escapando de Conjura Sombras. Realmente creía que no había llegado hasta vosotros. Creo. —Cuando trataba de pensar en ello se volvía más confuso.

Alguien gritó algo en nyueng bao. Mis tropas no habían seguido las órdenes. Alguien más gritó en tagliano.

—¿Puede venir usted, señor Murgén?

—No sé qué pasa —le dije a Swan—. Más vale que tengas cuidado, estos tipos son muy susceptibles.

—No tengo otra cosa que hacer.

—Lo digo en serio. Son paranoicos a lo grande. Si hubieras pasado los últimos meses allí lo entenderías.

Subí una empinada ladera hasta donde había un tagliano arrodillado entre unos arbustos junto a un nyueng bao de unos quince años.

El chico señaló, ansioso por ser el primero en dar malas noticias.

Salía humo de Dejagore. De la barbacana norte, por lo que yo podía decir. Parecía que había lucha.

Un destello color malva me dijo que Un Ojo o Goblin estaban implicados.

Mogaba estaría intentando recuperar la barbacana.

También vislumbré brillitos en la puerta oeste.

—Maldito Mogaba... Gracias muchachos. Pero no podemos hacer nada. —Tuve la esperanza de que Un Ojo y Goblin le hicieran a Mogaba una nueva escotilla para la caca—. Volved al campamento, ¿queréis? Hay cosas que hacer.

La Dama se había ido. Hoja estaba al mando y se limitaba a recoger a los refugiados de la ciudad e impedir que volvieran con noticias de Conjura Sombras. Eso lo admitió.

—Eso es lo que ella quiere que se haga.

Pareció indiferente hacia Sahra, a diferencia del resto de los hombres del campamento.

—Tiene suerte de no estar aquí. Le iba a dar unos azotes.

Ya que no pasaba nada más, me quedé sentado con él, Swan y Mather hasta que empezó a oscurecer. Alguien encontró un cachorrillo para que To Tan jugara con él.

—Más vale que volvamos con nuestra gente. Se estarán poniendo nerviosos.

—Imposible, compañero —me dijo Mather.

Hoja estuvo de acuerdo.

—Ella dijo que sin excepciones.

La calidez desapareció del aire. Le dediqué a cada uno una mirada a lo nyueng bao. Swan y Mather apartaron los ojos. Hoja la aguantó, pero con un leve estremecimiento.

Sahra no parecía preocupada. Supongo que después de Dejagore era difícil imaginarse que las cosas pudieran ir a peor. Incluso sonrió.

—Supongo que el corral de los prisioneros estará donde lo dejé. —Esa parte de mi anterior visita la recordaba a la perfección.

—Te meteremos en un sitio más confortable —prometió Hoja.

—Yo te enseñaré dónde puedes alojarte —se ofreció Mather.

Swan pensó que nos habríamos alejado lo suficiente para no escucharlo.

—¿La has visto bien? —le dijo a Hoja—. Esa mujer asusta.

Miré de soslayo a Sahra. Supuse que también lo habría oído, pero su expresión no me dijo nada.

Si Hoja le respondió a Swan, lo hizo en voz más baja.

Seguí estudiando a Sahra, preguntándome qué habría visto Swan.

Capítulo 81

La tienda era decente. Debía de haber pertenecido a un oficial sureño de escalafón medio. Éramos huéspedes merecedores de respeto. Y la tienda venía con un hombre asignado para acomodarnos y traernos la cena. Parecía que las tropas de Hoja estaban forrajando con éxito. Comí mejor de lo que había comido en mucho tiempo.

—Lo que más quiero en el mundo ahora mismo —le dije a nuestro hombre, que nunca supe cómo se llamaba— es un baño.

Sahra le dedicó una sonrisa que podría derretir una coraza de acero. La idea la había entusiasmado.

—Estoy tan sucio que hasta mis ladillas tienen piojos —dije.

En las altas esferas debía de estar circulando una importante ración de sentimiento de culpa. Una hora después aparecieron varios soldados cargados con una bañera. Con ellos venían unos tipos con cubos de agua caliente.

—Hemos muerto y hemos vuelto como príncipes —le dije a Sahra. Nuestra tienda era lo bastante grande para contener la bañera y los cubos, y sobraba espacio.

Apareció Swan.

—¿Qué opinas de eso, eh?

—Si no tuviera amigos muriendo allí, pediría cadena perpetua.

—Tómatelo con calma, Murgen. Todo saldrá bien.

—Lo sé, Swan, lo sé. Pero algunos de nosotros no vamos a estar contentos con la forma en que se resuelva.

—Sí. Bueno. Buenas noches.

Lo fueron. Empezando con el baño, Sahra dejó muy claro que su definición de nuestra relación era exactamente la que los demás temían o sospechaban. Me dejé pasmado con su capacidad para comunicarse sin palabras, me asombró que en medio de un infierno inmisericorde como aquel una flor de tal belleza pudiera florecer y desafiar a la noche.

Dormí más y mejor de lo que había hecho en años. Quizá una parte de mí se limitó a resignarse y dejarlo estar.

El agua en el rostro me despertó.

—¿Qué? —Abrí un párpado. Me levanté. Sahra lo hizo a la vez que yo—. ¿To Tan? ¿Qué haces, chaval?

El pequeño estaba inclinado al borde de la bañera, salpicando el agua. Me miró y sonrió. Dijo algo en su charla de bebé nyueng bao que sonó como «paappa».

—¿Qué pasa?

Sahra se encogió de hombros. To Tan volvió a decir «paappa» y salió de la tienda.

Afuera pasaba algo. Agarré mis ropas. Fui hasta la entrada. Asomé la cabeza.

—¡Mierda! ¿De dónde demonios habéis salido vosotros dos?

Thai Dei y el tío Doj estaban sentados afuera. Tenían las espadas sobre el regazo. Envainadas, por suerte. Venían varios grupos de taglianos a ver qué pasaba. Supuse que no llevaban demasiado tiempo allí y que tampoco habrían pedido permiso para entrar en el campamento y asumir sus puestos.

Aparecieron Swan y Mather.

—Anoche solo conseguí salir un grupo —me dijo el tío Doj—. Los hombres negros atacaron. Muchos resultaron heridos. Muchas balsas quedaron dañadas. Pero sus soldados no querían luchar y muchos pidieron unirse a Bonharj.

—¿Quién demonios son estos tipos? —inquirió Swan—. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Son el resto de la familia. Supongo que habrán entrado sigilosamente. Se les da bien. Evidentemente, vuestro perímetro no es lo que debería.

Hoja gritó algo desde lejos.

—Mierda —protestó Swan—. ¿Ahora qué?

Se fue corriendo.

Mather estudió brevemente a Thai Dei y al tío Doj. Se encogió de hombros y siguió a Swan. El tío Doj le dijo algo a Saha. Ella asintió. Supongo que quería saber si estaba bien.

A To Tan lo cogió su padre.

—Has hecho bien —me dijo el tío Doj—, y más de lo que tenías obligación, portaestandarte. Nuestro pueblo está a salvo y esta gente no sabe nada de ellos.

—¿Sí? Bien. ¿Y qué hay de los míos?

—No quisieron salir. Los magos deseaban culminar su venganza contra Mogaba. Puede que vengan esta noche.

Capítulo 82

No vinieron esa noche. Ni la siguiente, aunque enviaron un montón de taglianos y jaicuri en lugar de la Compañía.

Dos mañanas después, Mather me dijo por fin lo que había provocado la excitación cuando Hoja interrumpió nuestra discusión sobre el tío Doj y Thai Dei.

—Matasanos estará aquí en una hora o dos, Murgen. Ve preparando el saludo.

—¿Qué?

No fue una hora y no fue solo el Viejo. Matasanos viajaba con el prahbrindrah Drah en persona. Tenía aspecto de haber echado bastantes horas en el camino. Avancé hacia él a trompicones, inseguro de cuál sería nuestra relación después de todo este tiempo.

Desmontó de un salto.

—Soy yo. Soy real.

—Pero te vi morir...

—No. Viste cómo me alcanzaban. Aún respiraba cuando te largaste.

—¿Sí? Por tu aspecto no había forma de...

—Pues no. Es una larga historia. Ya lo hablaremos algún día, con unas cervezas.

—Hizo un gesto. Un soldado se acercó al trote. Matasanos cogió la lanza que llevaba, casi tan larga como para ser una pica, y me la entregó—. Toma, te dejaste esto cuando fuiste a jugar a Creaviudas.

No podía creerlo. Al principio no. Era la lanza del estandarte.

—¿Realmente hace falta que la abrases?

—¡Es de verdad! Estaba casi seguro de que se había perdido. —A pesar de lo que le había dicho a Mogaba—. No tienes ni idea de lo culpable que me sentía. Aunque pensé haberla visto una vez... ¿Eres tú de verdad?

Lo miré de cerca. Conociendo las ilusiones que podían conjurar Goblin y Un Ojo, yo no estaba muy dispuesto a aceptar la evidencia de mis propios ojos.

—Soy yo. De verdad. Vivo y con ganas de dar unos azotes. Pero eso no es lo que tengo ahora en mente. ¿Dónde está la Dama?

Pobre chico. Hoja le dio las malas noticias. Su amor había partido hacía más de una semana, rumbo al norte. Se habían cruzado en el camino.

Swan y Mather estaban impresionados por la presencia del príncipe, su supuesto jefe.

¿Qué hacía dando vueltas por aquí?

Noté que Matasanos miraba malamente a Sindhu, que se había quedado atrás al irse la Dama.

—Deja de enrollarte con esa maldita cosa, Murgen —dij o bruscamente Matasanos—. Tengo que ponerme al día. He estado demasiado tiempo en el dique

seco. ¿Cogerá alguien este maldito revientaculos? —Un soldado cogió las riendas de su montura—. Refugiémonos del sol.

—Oigamos tu historia —dije— mientras está fresca.

—¿Es que vas a ponerla en los Anales? ¿Los tienes al día?

—Lo intento. Solo que tuve que dejarlos en la ciudad.

A mí tampoco me gustaba. Un Ojo podía prometer la luna... ¿pero cumpliría su compromiso de cuidarlos?

—Entiendo. Espero poder leer algún día el Libro de Murgen. Si se te da bien, tendrás trabajo de por vida.

Swan dijo algo de que la Dama planeaba escribir un libro propio cuando tuviera tiempo. Matasanos arrojó una piedra a un cuervo. Era el primero de dichos pájaros que yo veía desde el albino aquella noche. Quizá había venido con él. Le expliqué grosso modo lo que había estado sucediendo en Dejagore.

—Supongo que nadie se lo ha estado pasando bien. Parece que el principal problema es Mogaba, mejor que vayamos directamente a por él. ¿Cuánta gente sigue allí?

—Mi suposición es que los nar y él disponen de entre mil y mil quinientos hombres. No sé cuánta gente tengo yo. Cada noche vienen unos cuantos, pero desde que me nombraron prisionero no puedo llevar el control. Goblin, Un Ojo y la mayoría de la Compañía siguen allí.

Tenía la esperanza de que el tío Doj y Thai Dei estuvieran aprovechando esta distracción para emprender el camino con To Tan y Sahra.

—No quieren salir. Prefieren esperar a que la Dama recupere sus poderes. Dice que aquí fuera los espera algo.

—¿A que recupere sus poderes?

—Está sucediendo —dijo Hoja.

—Vaya. ¿A qué tienen miedo?

—A la aprendiz de Cambiaformas. Esa zorra de Enebro. Ya ha estado a punto de cazar a Un Ojo una vez... —¿Cómo es que ahora creía a la pequeña rata y cuando me lo había dicho antes no?

Tuve una visión momentánea de Un Ojo corriendo y jadeando por la noche con una muerte colmilluda pisándole los talones. Fue tan sólida como un recuerdo auténtico.

—La recuerdo. Era un elemento de cuidado. Chozo de Castañas debería haberse ocupado de ella cuando tuvo la oportunidad.

—Evidentemente quiere ajustarnos las cuentas por haber liquidado a Cambiaformas. Y puede que también esté atrapada en forma de forvalaka. Lo que supongo que jodería bastante a la gente. Pero si quieres mi opinión personal, solo se trata de una excusa. Quieren quedarse donde están porque de lo contrario dejarían

algo atrás.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—Son Goblin y Un Ojo. Han tenido meses para sisar y lucrarse.

—Háblame de Mogaba.

Ahora pasamos a lo verdaderamente feo.

Antes de que la discusión acabara, incluso el siniestro Sindhu había condenado a los nar.

—Le pondré fin a eso. ¿Le llevarías un mensaje a Mogaba?

Miré hacia atrás por encima del hombro. No podía estar preguntándole al que estaba detrás de mí porque no había nadie.

—No quisiera parecer un cagado, capitán, pero lo haré solo si es una orden. Y a lo mejor ni así. Quiere matarme, por no mencionar que le encantaría desayunarse con mi corazón y mi hígado. Ha enloquecido, y tal y como está ahora podría querer hacerlo incluso delante de tus propios ojos.

—Mandaré a otro.

—Buena idea.

—Iré yo —se ofreció Swan.

Entonces él y Mather empezaron a discutir acerca de ello. Evidentemente Swan tenía algo que demostrarse a sí mismo, y Fibroso pensaba que no tenía por qué molestarse.

Capítulo 83

Mi estatus dentro del campamento cambió notablemente. De repente nunca había sido prisionero, nunca se me había impedido hacer lo que deseara para el bien común.

El único problema era que mi tienda estaba fría. Lo único que me quedaba de Sahra y los nyueng bao era el amuleto de jade que Sahra había cogido de Hong Tray antes de que sacáramos a los niños del matadero.

—¿Has acabado ya? —me preguntó Matasanos, que me había encontrado sentado frente a mi tienda trabajando en el estandarte.

Le mostré mis progresos.

—¿Va bien?

—Perfecto. ¿Estás listo?

—Tan listo como voy a estar. —Toqué el amuleto de jade.

—¿Era especial?

—Muy especial.

—Quiero oírlo todo acerca de su pueblo.

—Algún día.

Anduvimos por las colinas hasta la orilla. En el lago ya había un bote de buen tamaño. Los soldados de Hoja lo habían transportado por tierra después de no haber conseguido traerlo por el canal que unía el río al lago. Matasanos y yo nos situamos en un montecillo prominente. Desplegué el estandarte. Podrían verlo desde la ciudad aunque no fueran capaces de reconocernos al Viejo y a mí.

¿No quería Mogaba saber dónde estaba el estandarte? Ahora podría verlo con sus propios ojos.

Mientras el bote iba y volvía, Matasanos y yo discutimos sobre el motivo de que tanto Mogaba como la Dama quisieran estar al mando tan desesperadamente.

—Parece que Swan ha obtenido resultados. ¿Puedes ver lo que pasa?

—Parece que alguien negro está subiendo al bote.

Ese alguien resultó ser Sindawe.

—Este tipo se portó con nosotros todo lo bien que se podía teniendo a Mogaba de jefe —le dije al Viejo—. Ochiba, Isi y algunos de los demás tampoco fueron demasiado malos. Pero se negaban a desobedecer órdenes.

Sindawe bajó a la orilla. Matasanos lo saludó. Sindawe respondió inseguro, me miró en busca de pistas. Yo me encogí de hombros. Estaba solo. Yo no tenía ni idea de dónde acabaría todo.

Sindawe se aseguró de estar cara a cara con el verdadero capitán. Una vez que estuvo seguro, sugirió que fueran a hablar en privado.

El Viejo hizo un gesto indicándome que debía dejarlos hablar en completa privacidad. Bajaron del montecillo y se sentaron en una roca. Hablaron durante largo

rato, sin levantar nunca la voz. Sindawe finalmente se levantó y anduvo hasta el bote como un hombre que lleva una carga abrumadora.

—¿Cuál es la historia? —le pregunté a Matasanos—. Parece como si de repente hubiera envejecido veinte años, además de todo el desgaste del asedio.

—Años del corazón, Murgén. Sentirte moralmente obligado a traicionar a alguien que ha sido tu mejor amigo desde la infancia puede hacerte eso.

—¿Qué?

No quiso decir nada más.

—Vamos a ir allí. Voy a encontrarme con Mogaba cara a cara.

Se me ocurrió una pila de argumentos en contra de eso. No me molesté. No iba a escucharme.

—Yo no. —Me estremecí. Un escalofrío de los que se dice que sientes cuando alguien camina sobre tu tumba recorrió mi espalda.

Matasanos me miró muy serio. Yo clavé el estandarte en la tierra, queriendo decir con vehemencia que de allí no me movía. Matasanos gruñó, se dio la vuelta y fue hasta el bote. La criatura Sindhu salió de la nada y se unió al grupo. Me pregunté cuánto de la conversación entre Sindawe y Matasanos habría oído. Probablemente ni palabra. El Viejo habría usado el dialecto de las Ciudades Joya.

Una vez que el bote estuvo bien adentrado en el agua me senté al lado del estandarte, me aferré al asta y traté de imaginarme qué me hacía imposible volver allí.

Capítulo 84

Llevaba una temporada sin sufrir ataques de importancia. Ya no estaba en guardia. Este comenzó insidiosamente, igual que cuando uno se queda adormilado de día sin darse cuenta. Miraba fijamente DeJagore pero ya no lo veía, pensaba en la mujer que había entrado en mi vida y la anciana que había salido de ella. Ya echaba de menos a Sahra y al serio To Tan.

Un cuervo blanco aterrizó en la cruceta del estandarte, me graznó. No le presté atención.

Me encontré en el borde de un rielante campo de trigo. Un tocón negro, roto y retorcido se alzaba a unos treinta metros de mí, en el centro del campo. Estaba rodeado de cuervos. Las mágicas torres de Atalaya resplandecían en lontananza, a varios días de camino. Las reconocí por lo que eran sin entender cómo podía saberlo.

De repente los cuervos emprendieron el vuelo, giraron en el aire y se dirigieron hacia allí volando en una bandada muy poco propia de los cuervos. Un cuervo blanco se quedó atrás, volando en círculos.

El tocón rieló de forma siniestra. Una ilusión se desvaneció.

Era una mujer. Se parecía mucho a la Dama, pero era mucho más bella. Parecía mirar a través de mí. O quizá directamente a mi interior. Sonrió de forma perversa, juguetona, seductora, tal vez enloquecida. En un momento el pájaro albino se le posó en el hombro.

—Eres imposible.

Su sonrisa saltó en pedazos con una carcajada. A menos que yo me hubiera vuelto rematada y completamente loco, solo había una persona que pudiera ser. Y había muerto mucho antes de que yo me uniera a la Compañía.

Atrapa Almas.

Matasanos estaba allí cuando cayó.

Atrapa Almas.

Aquello explicaría muchas cosas. Aquello iluminaría un centenar de misterios. ¿Pero cómo podía ser?

Una enorme bestia negra de aspecto similar a un tigre pasó a mi lado desde detrás y fue a sentarse sobre sus cuartos traseros cerca de la mujer. No había nada servil en su actitud.

Me asusté. Si Atrapa Almas estaba viva y en esta parte del mundo, e inclinada a entrometerse, podía convertirse en el más grande de los terrores. Era más poderosa que Sombra Larga, el Aullador o la Dama. Pero, a menos que hubiera cambiado desde los viejos tiempos, prefería usar sus talentos poco a poco, por rencor o para divertirse.

Me guiñó un ojo. Luego giró sobre sus talones y simplemente desapareció. De

ella solo quedó una risa en el aire. La risa se convirtió en la alegría del cuervo blanco.
El forvalaka se aburrió del espectáculo y se alejó en la distancia.
Y yo me desmayé.

Capítulo 85

Un cuervo graznó sobre mí.

Una mano me sacudió del hombro, sin demasiada amabilidad.

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Algún problema?

—¿Qué?

Estaba sentado en un escalón de piedra, aferrado el borde de un enorme portón de madera. Un cuervo albino iba a de un lado para otro en el borde superior de la puerta. El hombre que me tenía cogido del hombro trató de espantar al pájaro con la mano libre y algunas breves maldiciones. Era enorme y peludo.

Era de noche. La única luz provenía de una lámpara que el hombre había dejado sobre los adoquines. Proyectaba ojos brillantes por toda la calle, a baja altura. Por un instante pensé haber visto pasar algo grande y de aspecto felino.

El hombre era uno de los serenos shadar que el Libertador había contratado para vigilar las calles tras la caída de la noche, mantener el orden y vigilar en busca de extranjeros de dudosa proveniencia.

De la oscuridad al otro lado de la calle llegó una risa. El sereno no estaba haciendo un buen trabajo. Se suponía que yo era uno de los buenos. Ella era uno de los extranjeros de dudosa proveniencia.

¡Estaba en Taglios!

Olí humo. ¿La linterna?

No. El olor venía de la escalera tras de mí.

Recordé que se me había caído una lámpara. Recordé una confusa cacofonía de dónde y cuándo.

—Estoy bien. Solo me ha dado un mareo.

Risa desde el otro lado de la calle.

El sereno volvió la cabeza, pero por lo demás pareció indiferente. No quería creer mi historia. Quería encontrar algo mal aquí y ahora. No le gustaban los extranjeros, y todos nosotros los nortños éramos unos locos borrachos. Pero, por desgracia, también gozábamos del favor de palacio.

Me levanté. Tenía que ponerme en movimiento. Se me estaba aclarando la mente. La verdad volvía. Sentía una desesperada necesidad de llegar hasta la vieja entrada conocida de palacio, porque tenía que llegar enseguida a mi aposento.

La luna hizo caer su luz repentinamente sobre la calle. Tenía que ser pasada la medianoche. Vi a la mujer observando desde el otro lado de la calle. Empecé a decirle algo al shadar, pero desde lejos llegó un agudo silbido, desde la dirección en la que me había parecido que iba el monstruo. Otro sereno necesitaba ayuda.

—Cuidado, extranjero —me dijo, y salió corriendo.

Yo también corrí, sin tomar la elemental preocupación de cerrar la puerta.

Llegué a mi entrada de costumbre. Algo iba mal. Los guardias de Fibroso Mather deberían haber estado allí de servicio.

Yo me encontraba desarmado salvo por un cuchillo. Lo desenvainé y fingí ser un fiero comando. No había forma de que la gente de Mather dejara una entrada sin vigilar. No se les podía sobornar para que la jodieran.

Encontré a los centinelas en el cuarto de guardia. Los habían estrangulado.

Ya no hacía falta seguir interrogando al prisionero. ¿Pero quién sería el objetivo? ¿El Viejo? Casi con toda seguridad. ¿La Radisha? Probablemente. Y cualquier otra persona importante que pudieran encontrar.

Me enfrenté al pánico, reprimí el impulso de salir corriendo a ciegas. Después de todo, Thai Dei y el tío Doj estaban allí arriba.

Arranqué la camisa de un guardia muerto y me envolví la garganta. Aquello me ofrecería cierta protección frente a la pañoleta de un estrangulador. Luego subí las escaleras a saltos como una cabra montesa desentrenada. Llegué a mi planta tan cansado que tuve que apoyarme contra la pared y contenerme para no vomitar. Mis piernas eran de gelatina.

Empezaron a sonar alarmas por todas partes. Sucedió mientras yo estaba allí plantado. Recuperé algo de aliento y salí de las escaleras al pasillo... y tropecé con un hombre muerto.

Estaba sucio y desnutrido. Una hoja lo había abierto desde el hombro izquierdo hasta la cadera derecha. Su mano derecha estaba a tres metros de distancia. Seguía aferrando una pañoleta negra. Había sangre por todas partes. Alguna seguía saliendo del cadáver. Miré la pañoleta. El muerto había matado muchas veces. Ahora Kina lo había traicionado.

Ese carácter traicionero es una de las cualidades más adorables de la diosa.

Solo Varita de Fresno podía hacer cortes tan limpios y profundos.

Había otro cadáver cerca de la puerta de mi aposento, y un tercero en el hueco de la puerta, manteniéndola abierta.

Toda la sangre era fresca. Los cadáveres seguían sangrando. Todavía se veían pocas moscas.

Sabiendo que no quería hacerlo, entré en mi alojamiento dispuesto a clavar los dientes en cualquier cosa que se moviera.

Olí algo.

Giré sobre mis talones y apuñalé en el momento en que algo canijo, marrón y sin lavar se arrojaba contra mí, me golpeaba y me hacía caer. Una pañoleta negra rodeó mi cuello pero no pudo cumplir su función debido a la camisa con que me había envuelto.

Retrocedí hasta dar contra mi escritorio. Se produjo un fuerte dolor en mi nuca. ¡Otra vez no!, grité en mi interior.

La oscuridad cavó sobre mí.

El dolor me despertó. Tenía el brazo ardiendo.

Al chocar contra la mesa había volcado una lámpara. Mis papeles, mis Anales ardían. Me puse en pie de un salto chillando, agitando el brazo, y cuando lo apagué empecé a dar saltos para intentar salvar los papeles. No veía ni pensaba en nada más. Aquella era mi vida convertida en humo. Y más allá del humo solo estaba la casa del dolor, las estaciones de penurias.

Lejos, muy lejos, como al otro extremo de un largo y cruel túnel, vi al tío Doj arrodillado junto a Thai Dei. Entre ellos y yo había tres hombres muertos. El suelo era invisible bajo la sangre. Dos de los muertos mostraban los característicos cortes de precisión de Varita de Fresno. El otro había caído de un tajo transversal que revelaba un indicio de desgarró. El espadachín había estado preso de una ira incontrolable.

El tío Doj tenía la cabeza de Thai Dei apoyada en el pecho. El brazo izquierdo de Thai Dei colgaba como si estuviera roto. Con el derecho apretaba a To Tan contra su regazo. La cabeza del niño de cinco años estaba doblada en un ángulo antinatural. El rostro de Thai Dei estaba pálido. Su mente no estaba en este mundo.

El tío Doj se puso en pie, se acercó a mí, me miró a los ojos, negó con la cabeza, se acercó y me envolvió con sus poderosos brazos.

—Eran demasiados y demasiado rápidos.

Me derrumbé.

Este era el presente. Este era el hoy. Este era el nuevo infierno donde yo no quería estar.

... fragmentos...

... nada más que fragmentos ennegrecidos que se desmenuzan entre mis dedos. Chamuscadas esquinas de páginas que revelan media docena de palabras en una escritura abigarrada, de contenido ilegible.

Todo lo que quedaba de dos volúmenes de los Anales. Mil horas de trabajo. Cuatro años de historia. Desaparecidos para siempre.

El tío Doj quiere algo. Me va a hacer beber algún extraño filtro nyueng bao.

Fragmentos...

... por todas partes, fragmentos de mi trabajo, de mi vida, de mi amor y de mi dolor, esparcidos en esta estación de penurias...

Y en la oscuridad, esquivas del tiempo.

¡Eh, ahí! Bienvenido a la ciudad de los muertos.

Capítulo 86

El aposento estaba abarrotado de guardias.

¿Qué pasaba? Estaba confuso. ¿Otro de mis ataques?

Humo. Sangre. El presente. El duro presente que exhalaba dolor como un dragón exhala fuego.

Fui consciente de la presencia del capitán. Venía del fondo del aposento sacudiendo la cabeza. Miró con curiosidad al tío Doj.

Fibroso Mather entró con el aspecto de un hombre que se enfrentara al peor horror de una vida larga e infeliz. Fue directo hacia el Viejo, pero solo pude oír:

—... hombres muertos por todo el lugar.

No logré coger la respuesta de Matasanos.

... a por vos.

Matasanos se encogió de hombros.

Vos acababais de salir de...

Un guardia entró a la carrera. Le susurró algo a Mather.

—¡Escuchad! —ladró este—. Todavía tenemos algunos vivos ahí fuera. Tened cuidado. —El viejo y él se acercaron un poco—. Se han perdido en el laberinto. Necesitaremos a Un Ojo para encontrarlos a todos.

—La diversión no acaba nunca. —Matasanos sonaba genuinamente cansado.

—Solo han empezado a pagar —anunció el tío Doj a nadie en particular.

Su tagliano era excelente, si teníamos en cuenta que el día anterior no sabía ni una palabra.

Madre Gota llegó desde el fondo, encorvada y moviéndose lentamente. Como es habitual en las mujeres nyueng bao cuando se enfrentan al desastre, había preparado té. Posiblemente aquel era el peor día de su vida. El té iba a ser excelente.

El capitán le dedicó otra mirada inquisitiva al tío Doj, y luego se arrodilló a mi lado.

—¿Qué ha pasado aquí, Murgén?

—No estoy seguro. Entré en medio de todo. Apuñalé a un tipo. Ese. Me di contra la mesa. Tropecé y caí en un agujero en el tiempo. Quizá. Me desperté ardiendo. —Seguía teniendo páginas chamuscadas a mi alrededor. El brazo me dolía como el infierno—. Había gente muerta por todas partes. Perdí el conocimiento. Lo siguiente fue despertarme ahora mismo.

Matasanos miró a Mather a los ojos. Señaló al tío Doj con un gesto de la mano.

Fibroso Mather le pidió al tío Doj que contara su historia. Habló en perfecto nyueng bao.

La noche de las mil sorpresas.

—Esos Impostores eran bastante hábiles —dijo el tío Doj—. No dieron aviso. Me

desperté justo en el instante en que dos caían sobre mí.

Explicó cómo había evadido la muerte, rompiendo un cuello y una columna vertebral en el proceso. Describió las muertes clínica, incluso críticamente.

Habló con dureza de Thai Dei y de sí mismo. Se castigó por haberse permitido caer en la tentación de perseguir a los Impostores que huían. La huida resultó ser una distracción. Thai Dei, que no se había alejado, recibió críticas por el momento de vacilación que le había costado el brazo roto.

—Le ha salido barata la lección —comentó Matasanos. El tío Doj asintió, sin captar el sarcasmo del capitán. Tenía que enfrentarse al cruel precio de haberse dejado engañar.

Había catorce cadáveres en mi aposento, sin incluir los masacrados Anales. Doce impostores. Uno mi esposa y otro mi sobrino. Seis habían perecido por Varita de Fresno, tres a manos de Thai Dei. Madre Gota había destripado a dos y yo apuñalé a uno al entrar.

El tío Doj me cogió del hombro en lo que pretendía ser un gesto reconfortante.

—Un guerrero no mata mujeres ni niños. Eso es obra de bestias. Cuando las bestias matan hombres todos los hombres tienen el deber de cazarlas y destruirlas.

—Bonitas palabras —dijo Matasanos—. Pero los Impostores nunca han afirmado ser guerreros. —El discurso del tío no lo había impresionado.

Ni a Mather.

—Es religión, anciano. Su senda. Son sacerdotes de la muerte. El sexo y la edad de sus sacrificios no importan un pepino. Todas sus víctimas van directas al paraíso y nunca deben dar otra vuelta a la rueda de la vida, no importa lo jodido que tuvieran el karma.

El tío Doj se iba poniendo de peor humor por minutos.

—Conozco la *tooga*, —murmuró—. No más *tooga*.

Nadie iba a revelarles ningún misterio.

Fibroso sonrió perversamente al maestro espadachín.

—Seguramente os habéis ganado un lugar alto en su lista de víctimas deseables al matar tantos de ellos. Si eres un Impostor ganas mucho estatus al matar a gente que a su vez ha matado a mucha otra gente.

Oí lo que decía Mather pero no le vi el sentido.

—La *tooga* no es una locura mayor que el resto de las religiones de por aquí —murmuré.

Aquello pareció ofender a todo el mundo por igual.

Bien.

Mather fue a discutir con sus guardias. Habían fallado. Mi propio desastre era uno entre varios. Y seguían sucediendo.

—Es imposible defenderse de esta clase de cosas, Mather —dije con apatía—.

Esos tipos no eran comandos. —Golpeé el cadáver más cercano con las hojas que aún tenía en las manos—. Vinieron aquí con la esperanza de estar en el paraíso para medianoche. Probablemente ni tenían plan de huida. —Bajé la voz—. Capitán, habría que ir a ver a Humo.

Matasanos frunció el ceño como si yo lo hubiera contado todo.

—¿Necesitas algo? —se limitó a preguntar—. ¿Quieres que se quede alguien?

Comprendía lo que Sari significaba para mí.

—Aquí es de donde vengo. Cada vez que caigo en el tiempo. Tengo a la familia conmigo, capitán. Si se me empieza a ir la cabeza ellos me enfriarán. ¿Quieres ayudar de verdad? Arréglale el brazo a Thai Dei. Luego ve a ver qué puedes hacer.

Matasanos asintió.

Hizo un pequeño gesto que, en tiempos normales, significaba «vamos», pero que ahora significaba mucho más.

—Narayan Singh se va a despertar una mañana para descubrir que ha recogido la tempestad. Ya no hay ningún lugar seguro para él.

Me levanté. Fui hacia mi habitación, lúgubramente. Tras de mí, Thai Dei gritó mientras Matasanos le colocaba el brazo. El Viejo no le prestó más atención. Estaba ocupado dando órdenes que significaban una intensificación de la guerra.

El tío Doj me siguió.

La realidad me dolió menos que la anticipación. Me permití el gesto inútil de quitar la pañoleta de la garganta de mi esposa. Me quedé allí de pie, con el pañuelo en la mano, mirándola fijamente. Este estrangulador debía de haber sido un verdadero maestro. No tenía el cuello roto ni la garganta magullada. Parecía que estaba durmiendo. Pero no percibí pulso al tocarla...

—Tío Doj. ¿Puedes dejarme solo?

—Por supuesto. Pero primero bebe esto. Te ayudará a descansar.

Me entregó algo que olía realmente mal.

¿No lo habíamos hecho ya antes?

Se fue. Yo me tumbé al lado de Sari por última vez. La abracé mientras la medicina empezaba a recorrer mi interior, llamando al sueño. Pensé todos los pensamientos habituales, engendré los odios habituales. Imaginé lo impensable: que quizá era mejor que hubiera pasado esto antes de que Sahra descubriera lo que significa realmente pertenecer a la Compañía.

Rememoré el gran milagro. El nuestro fue un emparejamiento que nunca debería haber sucedido. Un emparejamiento nunca lamentado ni por un solo instante, y sin embargo creado por una fuerza tan ínfima como el capricho tácito de una anciana maldita con visiones histéricas y erráticas del futuro.

Pensé tanto con cordura como con locura... y empecé el proceso de beatificación que es inevitable después de toda muerte prematura. Dormí. Pero ni siquiera en Nod

pude escapar del dolor. Soñé sueños crueles que no pude recordar del todo al despertar. Era casi como si Kina se estuviera burlando de mí, diciéndome que el triunfo era un costoso engaño.

Sari había desaparecido cuando me desperté, con la cabeza retumbando por la resaca de la medicina. Salí dando tumbos hasta dar con madre Gota. La anciana estaba preparando un té y hablando sola igual que hablaba con el resto del mundo.

—¿Dónde está Sahra? —pregunté—. Té, por favor. ¿Qué le ha pasado?

Gota me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Está muerta.

Menudo tacto.

—Ya lo sé. Su cuerpo ha desaparecido.

—Se la han llevado a casa.

—¿Qué? ¿Quién? —Empecé a enfadarme. ¿Cómo se atrevían?—. ¿Quiénes?

—Doj. Thai Dei. Sus primos y tíos. Se han llevado a Sahra y To Tan a casa. Yo me quedo a cuidar de ti.

—Era mi esposa. Yo...

—Era nyueng bao antes de ser tu esposa. Ahora es nyueng bao. Y mañana lo seguirá siendo. Las fantasías de Hong Tray no pueden cambiar eso.

Conseguí controlarme antes de explotar por completo. Gota tenía razón. Desde el punto de vista de los nyueng bao.

Aparte, tampoco es que yo pudiera hacer mucho en ese momento. No sin mucha más ambición de la que sentía esa mañana. Lo único que quería era quedarme sentado compadeciéndome de mí mismo.

Volví a mi habitación con el té. Me senté en nuestra cama y cogí el amuleto de jade que había pertenecido a Hong Tray. Aquella mañana parecía muy cálido, más vivo que yo. Hacía mucho tiempo que no me lo ponía. Me lo puse en la muñeca.

Ya desataría mi ira sobre el tío Doj cuando volviera.

Si es que volvía.

Capítulo 87

Ninguno de los grupos de ataque de los estranguladores alcanzó su objetivo táctico, pero incluso así su incursión fue un éxito psicológico. Dejó aturdida a la ciudad. Conmoción al liderazgo. Generó un terror desproporcionado a los daños reales.

Matasanos lo cogió y le dio la vuelta.

A la mañana siguiente, mientras el resto de nosotros seguíamos luchando con nuestras emociones, fue ante la muchedumbre tagliana y habló en su vieja faceta de libertador. Anunció una nueva y furiosa era de guerra sin cuartel contra el Maestro de las Sombras y la *tooga*, aunque divulgó pocos hechos concretos del ataque al palacio. Aquello hizo que se desataran los rumores en calles y callejones, y alimentó la ira. Durante años la guerra había estado lejos, en las antiguas Tierras de la Sombra, y así la gente se había distanciado emocionalmente de ella. El ataque de los Impostores la había traído de nuevo a casa. El viejo entusiasmo resurgió.

El liberador le dijo a la multitud que los años de preparativos habían acabado. Era hora de llevar la justicia a los malvados.

Pero moverse de inmediato significaba una campaña de invierno. Le pregunté al viejo si realmente era eso lo que pretendía.

—Por supuesto. Más o menos. Están ahí abajo. Eso lo sabes. Has estado usando a Humo. O sea, ¿quién estaría lo bastante loco para atreverse con las Danda Presh con nieve?

Pues sí.

—Eso significará penalidades para los soldados.

—Si un vejestorio como yo puede soportarlo, todos pueden.

Cierto. Solo que algunos de nosotros pueden soportarlo mejor que otros. Algunos de nosotros están obsesionados.

Demonios. Nosotros los chicos de la Compañía Negra tenemos obsesiones y odios de sobra para todo el mundo.

El trabajo se convirtió en mi todo. Pasé los malos tiempos. Ya no caía a un ayer cruel para escapar de un hoy más cruel aún... que yo me diera cuenta. Pero no dormía bien. El infierno todavía me aguardaba tras el velo del sueño. Me perdí en los Anales y volví a poner por escrito lo que el fuego se había llevado. Huía con Humo al pasado, donde y cuando podía, para verificar mis recuerdos.

El arsenal de Un Ojo incrementó su producción. El Viejo volvía loca a la clase gobernante tratando de conseguir dinero para todo.

La noticia de esta nueva fase corrió por todo el territorio tagliano tan rápido como podían ir los caballos.

La Dama empezó a reunir a sus fuerzas y a entrenarlas para hacer frente a la oscuridad que había dado nombre a los Maestros de las Sombras.

Me di cuenta de que Goblin se había perdido de vista por completo, pero solo semanas después del hecho. Temí que lo hubieran asesinado. Pero Matasanos no parecía preocupado.

Un Ojo estaba molesto. Estaba desesperado por conectar a su compinche con mi suegra, pero no lograba encontrar ni rastro del sapo.

En la noche, cuando el viento ya no lame las ventanas sin cristales, ya no danza por sus estancias vacías ni susurra al millón de sombras acechantes, la fortaleza queda llena por el silencio de la piedra.

Sueños fríos y crueles se agitan en el interior de la figura clavada al trono tan antiguo que algunos trozos han sucumbido al moho del tiempo. Un resplandor del más allá parpadea. La figura suspira, atrae la luz, exhala un globo de sueños que de algún modo se abre camino por los tortuosos pasillos de la fortaleza y sale al mundo en busca de una mente receptiva. En la llanura propiamente dicha las sombras se arremolinan como pececillos que sienten el paso de un enorme depredador.

Las estrellas parpadean con una fría ironía.

Siempre hay una forma.

Capítulo 88

¿Casa del dolor?

Risa burlona.

Es bella. Sí, casi tan bella como yo. Pero no es para ti.

La mujer acurrucó a un niño para dormir. Su más mínimo movimiento hablaba de gracilidad.

Yo... Repentinamente hubo un yo.

¡No! ¡Para ti no!

¡Es mía!

Nada es tuyo salvo lo que yo te doy. Y yo te doy dolor.

Esta es la casa del dolor.

¡No! Dondequiera que estés...

¡Vete!

Capítulo 89

—¡Ay!

Abrí los ojos. El tío Doj y Thai Dei estaban agachados uno a cada lado de mí, con gesto preocupado. Moví la cabeza, sorprendido de verlos de vuelta tan pronto.

Estaba en el suelo de mi habitación de trabajo. Pero estaba vestido para la cama.

—¿Qué hago aquí?

—Andabas en sueños —me dijo Doj—. Y también hablabas. Eso nos avisó.

—¿Hablabas? —Yo nunca hablo en sueños. Pero tampoco ando en sueños. ¡Malditos sean los dioses! ¡Estaba teniendo otro ataque! Y esta vez recordaba parte—. Tengo que anotarlo. Ahora. Antes de que se me olvide.

Atravesé la habitación como pude. En unos momentos estaba preparando la pluma.

Y cuando acabé me di cuenta de que no tenía ni idea de nada. Tiré la pluma.

Apareció madre Gota. Llevaba una tetera. Me sirvió, y luego a Doj y Thai Dei. La muerte de Sahra le había hecho mucho daño. Por el momento su habitual carácter arisco estaba sumergido. Era un autómata.

Llevaba así días.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el tío Doj.

—No hay nada. Lo recordaba perfectamente pero ahora no puedo encontrar ni una pista ni explicación.

—Entonces debes relajarte. Deja de luchar contigo mismo. Thai Dei. Trae las espadas de práctica.

Quise gritar que no era el momento. Pero esta era su respuesta a la tensión. Echar mano de la espada. Hacer los ejercicios rituales. Ensayar las posturas. Hacerlo bien requería una concentración total.

Y siempre funcionaba, a pesar de mi incredulidad.

Incluso Gota se unió a nosotros, aunque tenía menos práctica que yo.

Capítulo 90

La noche que intenté encontrar mi camino de vuelta desde el escondite de Humo me había preguntado si Un Ojo había lanzado algunos conjuros de confusión por allí. Descubrí que sí... y que había situado bolsillos de confusión al azar en las zonas en desuso del palacio para que la zona crítica no resaltara. Me dio un amuleto de hilos de lana multicolores hechizados y trenzados, que se suponía que debía llevar en la muñeca. Me permitiría pasar por los conjuros sin sufrir más confusión que la habitual en mí.

—Ten cuidado —me dijo—. Cambio los hechizos a diario ahora que trabajas regularmente con Humo. No quiero que nadie llegue allí por accidente mientras estás fuera de tu cuerpo, en especial la Radisha.

Aquello tenía sentido. El valor de Humo era incalculable. Nunca antes había existido un instrumento de espionaje tan valioso. No nos arriesgábamos a comprometerlo.

El Viejo me dio una lista de comprobaciones que quería que hiciera regularmente. Incluían vigilar de cerca a Hoja. Sin embargo, no usó la información inmediatamente. Supongo que estaba esperando a que Hoja se confiara. Y en ocasiones dejaba que Hoja se encargara también de nuestros problemas religiosos.

No pregunté, pero estoy seguro de que la política era fríamente deliberada. Los sacerdocios eran nuestra principal oposición política. También tenía sentido usarlos para impedir que Hoja acumulara demasiada fuerza.

Yo también tenía mi propia lista privada de investigaciones, algunas para satisfacer mi propia curiosidad, pero la mayoría para poder plasmar los acontecimientos en los Anales. Pasaba unas diez horas al día trabajando en los libros.

Me levanto, escribo, como, escribo, visito a Humo. Escribo, duermo un poquito, luego me levanto y vuelta a empezar. No duermo mucho ni bien porque no quiero pasar mucho tiempo en la casa del dolor.

El tío Doj ha decidido no volver a su pantano. Lo mismo que madre Gota. Se mantienen fuera de mi camino la mayor parte del tiempo. Pero siempre están ahí, siempre observando. Tienen expectativas.

La nueva fase de la guerra está aquí. Ellos han decidido tener su papel. Pretenden que la crueldad de los Impostores sea correspondida por la crueldad de los nyueng bao.

Uno de los grandes problemas del espionaje, he descubierto, es saber dónde buscar la

información que quieres. Cuando quiero buscar algo para los Anales, suelo tener una idea de cuándo y dónde pasaron los acontecimientos, y de quiénes estaban implicados. Es una oportunidad para comprobar cómo va mi memoria, que he descubierto asombrosamente poco de fiar.

Aparentemente, ninguno de nosotros recuerda las cosas del modo exacto en que sucedieron. Y a menudo la divergencia es proporcional al ego y a las fantasías invertidas.

Un Ojo tiene sus problemas de ego, por supuesto. Quizá ese es el motivo de que no me deje vagar por su fábrica de armas, si no es por algo relacionado con mantener los libros de cuentas fuera del alcance de ojos ajenos. Lo espiaré ahora que piensa que está a punto de cerrar.

Un Ojo lleva mucho peso sobre sus ancianos hombros. Una de las cosas que hace es actuar como una especie de ministro de defensa. Tiene una sección amurallada de la ciudad donde supervisa la fabricación de muchas cosas, que van desde cabezas de flecha hasta monstruosos ingenios de asedio. Gran parte de su producción se embala y envía directamente hasta los muelles, donde se carga en barcazas y se envía río abajo hasta el delta. Desde allí, por unos toscos canales, las balsas son conducidas hasta el río Nagir, que comparte el delta. Luego remontan el Nagir y sus afluentes hasta las armerías próximas a la frontera. No tengo dudas de que parte del material no llega a su destino. Supongo que Un Ojo se beneficia de algún modo. Espero que tenga el bastante seso como para no vender al enemigo. Si Matasanos lo pilla haciendo eso, Un Ojo va a pensar que a Hoja se le ha tratado como a un hermanito travieso.

Mi primera pasada por el arsenal fue una rápida incursión psíquica. El complejo de Un Ojo consistía en un grupo de edificios diferentes y sin ninguna relación, que se habían interconectado para formar un laberinto enloquecedor. Todas las ventanas y la mayoría de las puertas se habían tapiado. Las pocas entradas estaban infestadas de hombres escogidos por su tamaño, sus malas pulgas y su falta de imaginación. No dejaban que nadie entrara ni saliera. La calle que daba a la entrada de carga estaba atestada día y noche. Hileras de carros y carretas tirados por bueyes cansados avanzaban para ser cargados y descargados por obreros cansados que eran observados con hostilidad por los hombres poco imaginativos, que echaban espumarajos por la boca solo con que carreteros o trabajadores hicieran contacto ocular. Alrededor y entre las carretas corría un enjambre de recaderos que llevaban pértigas de las que colgaban decenas de cubos llenos de comida caliente para los trabajadores. Los guardias inspeccionaban cada cubo. Incluso se turnaban para inspeccionarse

mutuamente.

Taglios tiene una economía laboral rica, diversa, compleja y extremadamente especializada. La gente se gana la vida de una forma u otra, y otra gente les facilita el espacio. Cerca del palacio hay un bazar dedicado en exclusiva a los servicios de cosmética, que trabaja principalmente con los funcionarios palaciegos. Hay un tipo que lo único que hace es cortar los pelos de la nariz. Justo a su lado, trabajando en un espacio de algo menos de un metro veinte de ancho, con aceites y herramientas de plata expuestas en una pequeña mesilla con incrustaciones, hay un anciano que limpia la cera de los oídos. No hace nada más aparte de traficar con cotilleos. El negocio lleva en su familia desde hace generaciones. Está triste porque no tiene ningún hijo que lo herede. Cuando él desaparezca, su familia perderá el espacio en el bazar.

Todo esto es sintomático de la horrenda superpoblación y las desesperadas dificultades de sobrevivir en lo más bajo. No me gustaría ser un tagliano de casta baja.

Por suerte no tuve que pasar ante los matones de Un Ojo. No parecía haber ninguna defensa contra el espionaje mágico. Volé al interior. Supongo que Un Ojo no se preocupaba porque Sombra Larga ya no podía enviar a sus mascotas a espiar tan lejos. ¿Pero qué había del Aullador? Él podía colarse siempre que quisiera.

Tratar de rastrear al Aullador era una de mis tareas habituales.

Los trabajadores del arsenal hacían cosas normales. Fabricar puntas de flecha. Afilarlas. Hacer flechas. Emplumarlas. Construir piezas de artillería. Intentar producir en cantidad una armadura ligera de algodón para el infante ordinario... que sin duda la tirarían porque daba calor, era incómoda y molesta de llevar.

Solo me sorprendieron los sopladores de vidrio.

Había dos docenas de trabajadores en ese departamento y la mayoría estaba fabricando pequeñas y delicadas botellitas. Un pelotón de aprendices se ocupaba de los fuegos, calentaba los silicatos que se convertían en cristal en bruto, o llevaban bandejas de botellas ya enfriadas. Esas iban a los carpinteros, que las guardaban en cajas rellenas de aserrín para amortiguar. Algunas de las cajas salían en carromato, pero la mayoría iba al muelle.

¿Qué demonios?

Había una pizarra grande en la oficina de Un Ojo. Sobre ella, en forserger, había escrito lo que parecían ser objetivos de producción. Cincuenta mil botellas. Tres millones de flechas, quinientas mil jabalinas. Diez mil lanzas de caballería, diez mil sables. Ocho mil sillas de montar. Ciento cincuenta mil espadas cortas de infantería.

Algunas de esas cantidades eran absurdas, y no había forma de que el arsenal de Un Ojo pudiera alcanzarlas solo. Pero la producción se llevaba a cabo por todos los territorios taglianos, principalmente en herrerías individuales. El principal trabajo de Un Ojo era llevar el control. Lo que a mí me parecía dejar al zorro al cuidado el

gallinero.

La lista también incluía animales, carromatos y madera a centenares de cargas, gran parte de lo cual yo encontraba comprensible. Pero... ¿cinco mil cometas de caja de cuatro por un metros, listas para montar y con trescientos metros de cable cada una? ¿Cien mil metros de seda en balas de dos metros de ancho?

Esa no iba a colar.

Me di un paseo para ver qué más se estaba preparando para Mogaba y sus amigos.

Vi campos de entrenamiento donde se preparaban comandos para cualquier terreno y misión imaginables. Más al sur, la Dama tenía sus propios programas, destinados a la creación de una fuerza preparada para funcionar de forma ofensiva en el campo de batalla de la magia.

Había rastreado los territorios taglianos en busca de toda persona que poseyera hasta el talento mágico más ínfimo, y los había entrenado lo justo para hacerlos útiles en un programa al que yo no le encontraba sentido por más que lo intentaba. Igual que había notado Sombra Larga, estaba despojando de bambú los territorios taglianos. El bambú se cortaba en varas de tamaños preestablecidos y se cauterizaban las junturas con varillas al rojo. La Dama hacía rellenar los tubos resultantes con pequeñas canicas de colores pastel que habían creado sus escuadras de magos improvisados.

¿Otro juego para despistar al Maestro de las Sombras? La mitad de lo que estábamos haciendo era humo y espejos destinados a confundir al oponente y obligarlo a desperdiciar recursos, o destinarlos al sitio equivocado. Pero yo estaba más confuso de lo que podía estarlo Sombra Larga.

La Dama dormía menos que el capitán. Matasanos pocas veces dormía más de cinco horas por noche. Si bastara la determinación para derrotar a Mogaba y al Maestro de las Sombras, éramos vencedores seguros.

La Dama y Matasanos ocultan tanto en su interior que incluso después de todos estos años no sé con seguridad cómo piensan. Comparten un profundo amor, pero raras veces lo demuestran. Quieren recuperar a su hija y vengarse de los Impostores, pero nunca hablan de la niña en público. Matasanos sigue decidido a conducir a la Compañía de vuelta a la misteriosa Khatovar, para desenterrar sus orígenes, pero ya apenas habla de eso.

En la superficie parece que esos dos solo viven para la guerra.

Volví a la factoría de Un Ojo. Me resistía a dejar a Humo. Sabía que si me retrasaba mucho más volvería y me encontraría mi cuerpo agotado, hambriento y extremadamente sediento. La forma inteligente de usar a Humo era hacer viajes cortos mezclados con bastantes momentos para comer y beber. Pero aquí fuera era difícil recordarlo, especialmente cuando había tanto dolor esperándome en mi propia

parcela de la realidad.

Esta vez descubrí una habitación que antes se me había pasado por encima. En ella había trabajadores vehdna que se movían perezosamente entre una docena de cubas de cerámica. Algunos llevaban cubos desde los que vertían líquido en las cubas, taza a taza. El líquido provenía de un barreño que un hombre removía constantemente, mientras echaba agua o unos polvos blancos.

No veía nada destacable en las cubas. Por un lado añadían la disolución. Por el otro extremo el fluido se vertía por un tubo de cristal hasta un frasco grande de barro. Una vez llenos, los frascos se cerraban y se llevaban con mucho cuidado a unas estanterías apartadas donde se almacenaban. A diferencia del vino, se almacenaban en pie. Curiosamente, las lámparas del almacén ardían con una intensidad inusual.

Estudí una de las cubas, y noté que en el sitio donde los trabajadores añadían el fluido había un burbujeo. En el otro extremo, bien por debajo de la superficie, había decenas de varillas cortas cubiertas de una sustancia de color plateado blancuzco. En el fondo de la cuba había varios vasos de cristal. Usando herramientas de cerámica, un trabajador enguantado movió un vaso bajo una de las varillas y rascó parte de la sustancia hasta hacerla caer en el vaso. Una vez que se hubo asentado, usó unas pinzas de madera para sacar el vaso de la cuba. Lo transportó con un cuidado considerable, pero a pesar de todo se las arregló para tropezar.

La cosa que había sacado de la varilla dio un violento fogonazo al exponerse al aire.

Tuve que volver a mi carne. Tenía que comer. Pronto tendría que preparar el equipaje, porque no faltaba mucho para que fuéramos al sur. La siguiente fase de la guerra estaba adquiriendo impulso.

Capítulo 91

Otto y Lamprea estaban de vuelta, después de innumerables y frustrantes retrasos en el último tramo del viaje por el río, que debería haber sido la parte más fácil del viaje. Estaban ocultos en el mismo almacén shadar del puerto que yo había usado para retener a los cautivos de la Arboleda de la Condena. Un Ojo me recogió en mi aposento. Él, yo y mi sombra marrón nos dirigimos al río.

El Viejo se nos adelantó. Podía dejarlo todo a un lado cuando quería.

—¿Estás bien, Murgén?

—Vamos tirando.

—Pasa demasiado tiempo con Humo —dijo Un Ojo.

—No parece saludable. ¿Vamos a hablar con esos tipos?

Se refería a Otto y Lamprea, aunque el resto de su expedición también estaba confinada en el almacén, y ninguno estaba muy entusiasmado con que los mantuvieran apartados de sus familias.

Casi habían pasado tres años.

Ni Otto ni Lamprea habían cambiado demasiado.

—Casi os había dado por perdidos, chicos —le dije a Lamprea. Nos dimos la mano. Y también Otto y yo—. Pensé que finalmente se os había acabado la suerte.

—Estuvimos cerca, Murgén. Hemos gastado bastante.

—¿Y? —dijo el Viejo—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—En realidad tampoco hay tanto que contar. —Lamprea miraba a Matasanos con extrañeza, como para asegurarse de que estaba hablando con el Viejo de verdad. Matasanos iba disfrazado de shadar—. Fuimos, hicimos lo que pudimos y volvimos. —Como si un viaje de más de veinte mil kilómetros fuera cosa de rutina. En la Compañía no fanfarroneamos con las cosas grandes—. No hicimos mucho turismo.

Mientras Lamprea hablaba, Otto hizo un circuito de las puertas y ventanas.

—¿Hay que preocuparse por los espías? —preguntó.

—Esto es Taglios —contestó Matasanos.

Lo que quería decir que todo el mundo vigila a todo el mundo, para tratar de obtener alguna ventaja.

—Suponíamos que ya los habríais liquidado a todos.

—Eso es mucho liquidar. Los espías de las Tierras de la Sombra sí. Esos no son problema. La Dama, Goblin y Un Ojo se ocuparon de ellos.

—Seguimos teniendo el sacerdocio —dije yo.

—Y últimamente hemos tenido algunos problemillas con los Impostores.

Algo en mi rostro hizo que Lamprea no siguiera con ese tema. Ahora no.

—¿Cómo va la guerra entonces?

—Lenta —le dijo Matasanos—. Ya hablaremos después de eso. ¿Habéis hecho

algo de provecho allí arriba?

—No mucho, para ser sinceros.

—¡Maldición!

—Hemos traído un montón de material para los Anales. Murgen, puede que quieras incorporarlo. Son cosas acerca de lo que estaba haciendo otra gente que ayudará a que lo nuestro tenga más sentido. Creo que podrías intercalarlo con los escritos de Matasanos. Así el que venga después conocerá ambos lados. ¿Eh?

—Quizá quieras hacerte cargo tú —dije con cierta acritud.

—Enséñame a leer y escribir. Ya soy viejo para esta mierda.

—Puede que lo haga. —Miré a Matasanos—. Siempre que no me corrijas tú.

El Viejo sonrió ampliamente.

Lamprea se rio.

—Que los dioses no lo quieran, Murgen. Yo no. Bueno. También descubrí todo lo que había pasado después de que nos fuéramos nosotros. No os creeríais el jaleo. El renco volvió una vez más. No os preocupéis: ya está todo solucionado. El imperio está últimamente muy aburrido.

—Parece que me gustaría estar de vuelta en casa.

—¿Llegasteis a entrar en la Torre? —preguntó Matasanos.

—Pasamos seis meses allí. Al principio haciéndonos con la situación, principalmente.

—¿Y?

—Conseguimos convencerlos al fin de que la Dama estaba recuperando sus poderes. Entonces se mostraron cooperativos. A la gente que hay ahora en la Torre no le gustaría tenerla de vuelta.

—Vaya. Eso le va a romper el corazón —dije yo.

Lamprea sonrió.

—Sí. No nos enviarán ninguna ayuda. Dicen que no quieren hacerse nuevos enemigos. Creo que se debe principalmente a que no quieren que la Dama sienta nostalgia de los buenos viejos tiempos y vuelva al norte.

—Lo suponíamos —dijo Matasanos—. Lo único que tienen que ganar en esto es mantener lejos a la Dama. ¿Qué conseguisteis?

—Abrieron sus archivos. Nos prestaron traductores. Incluso abrieron tumbas cuando lo pedimos.

—Ellos también tendrían interés en saber quién estaba enterrado.

—Anda que no. Tuvieron que cambiarse los pañales cuando les dijimos quiénes habían aparecido vivos aquí abajo. Y se dieron un buen susto cuando el renco volvió y casi los hizo pedazos.

—Ese tipo nos tenía más ganas que Atrapa Almas —dije yo. No era cuestión de añadirlo a nuestra lista de enemigos—. ¿Qué hay de mis semillas de nabo?

—Esta vez se aseguraron con el renco —dijo Lamprea—. Por completo. Tengo tus semillas: nabos, chirivías y patatas de siembra... si no se han echado a perder.

—Les convenía asegurarse con el renco —dijo Matasanos. Vio cómo Otto rondaba por el almacén. Estaba nervioso, incómodo—. Así que os dejaron fisgar por allí e incluso os ayudaron. ¿Qué descubristeis?

Aquel había sido el objetivo. Descubrir si en el norte sabían algo que pudiera sernos de ayuda aquí.

—No demasiado. No parece probable que Sombra Larga sea uno de los Tomados.

Yo creía eso. Estaba seguro de que ya se habría traicionado ante el Aullador de haber sido aliados en el pasado.

—Esas patatas... ¿Conseguiste de las pequeñas como yo te...?

Lamprea me miró furioso y siguió hablando con el Viejo.

—Hay alguna posibilidad muy remota de que sea el Sinrostro, Muerdeluna o el Nocherniego. Aunque todo el mundo allí arriba estaba seguro de que esos tres mordieron el polvo. Pero no conseguimos encontrar los cuerpos.

—¿Qué hay de los Tornados más recientes? —pensó Matasanos en voz alta.

—De hecho sobrevivieron cinco de ellos. Jornada, Susurro, Ampolla, Trepador y Erudito. Pero la Dama los despojó de sus poderes. Delante de testigos.

—Pero la Dama ha estado recuperando sus poderes —argumenté yo.

—Es un punto a tener en cuenta. Por otro lado, conocemos el día exacto de la aparición de los Maestros de las Sombras. Incluso la hora, me atrevo a decir. Por aquel entonces todos los últimos Tomados seguían en activo en el norte. De hecho, la mayoría ni siquiera eran Tomados.

Intercambié miradas con el Viejo. Este empezó a andar arriba y abajo.

—Cuando Atrapa Almas me tuvo prisionero, me dijo que uno de los Maestros de las Sombras muerto en Dejagore nunca había pertenecido a los Tomados.

—Y Conjura Sombras tampoco —añadí yo.

—En el fondo, lo que nos dijeron es que no había indicios de que Sombra Larga fuera alguien del viejo grupo. Y los escritos los apoyaban.

Matasanos siguió arriba y abajo, y evitó por poco chocar con Otto, aunque se mantuvo bien apartado del grupo de descontentos taglianos que esperaban su aprobación para irse a casa. ¿Lo habrían reconocido bajo su disfraz de shadar después de todo este tiempo? Probablemente.

Estaba seguro de que ahora estaría pensando que la guerra con los Maestros de las Sombras no era una lucha ordinaria, que la apuesta iba más allá de la simple supervivencia.

—Nos hemos cargado a tres de los bastardos —dijo—. Pero Sombra Larga es el peor. Es el más loco. Trabaja día y noche en Atalaya...

—¿Todavía?

—Todavía. El pobre loco es la prueba viviente de que todo lleva más tiempo y cuesta más. Ni siquiera la magia te evita eso. Pero está mucho más cerca de acabar que cuando os fuisteis. Y si acaba antes de que llegemos hasta él, podemos agacharnos y darles un beso de despedida a nuestros culos. Será el fin el mundo. Su plan es encerrarse en su agujero y liberar los perros del infierno... para salir luego a recoger los pedazos de lo que haya quedado.

—Esa ya la hemos oído antes —tercié yo, que nunca me lo había tomado en serio a pesar de los personajes implicados. Pero al parecer Matasanos creía que Sombra Larga era capaz de hacerlo. Quizá sus aventuras con Humo le habían mostrado algo que a mí se me había pasado.

Así que el fin del mundo era inminente, fuese a manos de Kina y sus Impostores o de las de Sombra Larga. En cualquier caso, solo la Compañía Negra podía impedir la tragedia.

Sí. Claro.

Quise decirle: «Matasanos, viejo amigo, solo somos la Compañía Negra. No somos más que una banda de marginados que solo saben ganarse la vida como espadas de alquiler. Cierto, nos hemos metido en un buen fregado con unos individuos muy raros, pero eso no le va a importar a nadie en cien años. Estamos enredados en un asunto de honor por unas promesas que hemos hecho y cosas como que los estranguladores han raptado a tu hija. Pero no trates de vendernos que vamos a salvar el mundo».

Temía que al Viejo se le estuviera subiendo a la cabeza, como a Sombra Larga, Mogaba, el Aullador, Kina...: todos los demonios de nuestro tiempo. Uno de los deberes del analista es recordarle al capitán que no es un semidiós. Pero yo estaba desentrenado. Diablos, ni siquiera lograba desinflar al tío Doj cuando iba crecido.

—Necesito una ventaja, Lamprea —dijo Matasanos—. La necesito mucho. Dime que habéis encontrado algo. Lo que sea.

—Encontré las semillas de nabo de Murgen.

—Maldita sea...

—La mejor sugerencia que nos dieron fue que intentáramos rastrear al resto del Círculo de los Dieciocho.

Bueno. Eso era interesante.

Matasanos dejó de andar arriba y abajo. Me miró como si yo fuera capaz de decirle algo. Vi cómo se abstraía. Estaba recordando la batalla de Hechizo.

El Círculo de los Dieciocho había levantado enormes ejércitos rebeldes para derrocar a la Dama. La batalla final en Hechizo había sido la más sangrienta de toda la historia.

El Círculo no ganó.

—Matamos a Empedernido y Rastrillador —dijo Matasanos—. La Dama

convirtió a Susurro en Tomado. Eso hace tres.

—Muchos más simplemente se perdieron cuando los machacamos —comenté yo. Mi uso de la primera persona hizo sonreír a Otto, Lamprea y al viejo. Por aquel entonces yo tendría unos doce años, y ni había oído hablar de la Compañía Negra.

—Por aquel entonces éramos condenadamente concienzudos, jefe —dijo Lamprea—. Removimos cielo y tierra y no pudimos encontrar ningún veterano rebelde que interrogar. Ni siquiera llegamos a saber los nombres de siete de los dieciocho. Pero había en la torre gente que por aquel entonces eran oficiales de bajo rango que afirmaron haber sido testigos de la muerte de todos ellos excepto Baratija, los que se convirtieron en Tomados y uno de los de nombre desconocido.

—Baratija. —Matasanos volvió a andar. Pensaba en voz alta—. Recuerdo a Baratija, pero solo el nombre. Estábamos en la Escalera Rota. Nos llegaron noticias de que Baratija estaba bajo asedio en el este. Nosotros estábamos ocupados con Empedernido. Ni siquiera sé si lo mencioné en los Anales.

¡Ja! Una ocasión de lucirse.

—Lo hiciste. Una frase. Dijiste que Susurro había tomado Orín y que Baratija estaba bajo asedio.

—Susurro. Sí. Llevaba poco tiempo entre los Tomados. —Él mismo había contribuido a preparar la toma—. Esa es una para la Dama. Ella sabría si había algo entre esos dos.

—Baratija era mujer —nos dijo Lamprea—. ¿Qué es Sombra Larga? Matasanos frunció el ceño.

—Nunca se desviste por completo —dije yo—. Pero estoy bastante seguro de que es un hombre. Físicamente.

El Viejo me dedicó una mirada asesina. ¡Maldición! Pero los taglianos estaban a lo suyo en un rincón. Ninguno de nosotros se dio cuenta de mi desliz. Pero Lamprea tampoco estaba en la lista de tres. Me apresuré a tratar de arreglarlo.

—Pero Humo es él único que ha llegado a verlo en carne y hueso.

Y no habla.

—¿Sigue vivo? —preguntó Lamprea.

—Apenas —dijo Matasanos—. Nosotros lo mantenemos vivo. Hay gente que ha salido del coma. ¿Eso es todo, Lamprea? ¿Todo ese tiempo y el viaje, y eso es lo que me traes?

—A veces las cosas son así, jefe. —Sonrió ampliamente—. Ah. Casi se me olvidaba. Me dieron un ataúd lleno de papeles y cosas que pertenecieron a algunas de las personas que quizá podrían haberse convertido en Sombra Larga... si es que alguna vez fue uno de los Dieciocho. Está todo empaquetado y etiquetado por si algún mago decide que quiere usarlo.

El rostro de Matasanos se iluminó como una hoguera.

—Capullo. —Sonrió de oreja a oreja—. Otto, envía a los hombres a casa, ¿quieres? Bonharj, el resto de vosotros... ¿Qué diablos hacéis aquí? Vuestras familias quieren veros. —Se volvió hacia mí—. Supongo que tendremos que enviar ese material a la Dama. Ella sabrá qué hacer con él.

Otto hizo salir a los taglianos del almacén. Estaban asombrados por la repentina generosidad del Libertador. Yo también.

—¿Qué tal si alguien me cuenta lo que ha estado pasando? —dijo Lamprea.

—Ha pasado mucho —dije yo—. Pero nada grande y melodramático. Seguimos royéndolos poco a poco hasta la muerte.

—¿Es Mogaba realmente el gerifalte del ejército de Sombra Larga?

—Sí, y es un hijoputa de los gordos. Solo que Sombra Larga no lo deja suelto por ahí. Se mete con nosotros a través de terceros, principalmente. Deja que sea Hoja quien haga el trabajo sucio.

—¿Eh? ¿Hoja? ¿El de Hoja, Mather y Swan?

—Sí. —Miré de soslayo al capitán, cuya expresión se había vuelto pétrea—. Sí. Hoja desertó mientras vosotros estabais fuera.

—Volvamos a palacio, Murgén —dijo Matasanos—. Tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 92

Matasanos no dijo mucho mientras andábamos, aunque le gruñó a la gente que se atrevió a mirar fijamente al shadar y su acompañante el demonio blanco. Los norteños somos tan pocos que incluso después de años pocos plebeyos han visto siquiera uno de nosotros. Y, por supuesto, hemos hecho más bien poco para limpiar nuestra malévola reputación.

Algunos intelectuales dentro del sacerdocio argumentan que la amistad de la Compañía Negra de hoy resultará tan mortal para Taglios como la enemistad de sus remotos antecesores.

Y puede que sus quejas tengan razón.

Estábamos llegando a palacio. Matasanos seguía mascullando por lo bajo, principalmente porque la expedición había dado un magro resultado. Había sido un proyecto personal y sus expectativas se habían disparado.

—¿Cuánto más se va a quedar tu familia política? —preguntó.

No iba a sentarle bien.

—Lo que haga falta. Quieren su trozo de Narayan Singh.

El Viejo seguía desconfiando del tío Doj.

—¿Saben lo de Humo?

—¡Por supuesto que no! ¡Maldita sea...!

—Que siga así. ¿Has vuelto a encontrar su biblioteca?

Le había mencionado que había llegado a ella por accidente.

—Aún no.

El hecho era que solo le había dedicado un esfuerzo testimonial. Tenía muchas otras cosas en la cabeza.

—Ponle más ganas. —Lo sabía—. No pases tanto tiempo con Humo. Y creo que puede ser útil que ojeemos esos viejos Anales antes de encaminarnos al sur.

—¿Cómo es que nunca has buscado la biblioteca tú mismo? Has tenido años.

—Oí que había sido destruida la misma noche que vapulearon a Humo. Ahora supongo que aquello pasó en otra habitación. La Radisha no me engañaría acerca de algo como eso, ¿no? Seguro que no.

Nos detuvimos al paso de un regimiento de caballería vehdna que desfilaba ante palacio. Había llegado de algún punto del norte y presentaba sus respetos antes de partir al teatro de operaciones. Las túnicas y turbantes de los soldados eran limpios y vistosos. Sus lanzas llevaban gallardetes de colores brillantes. Las puntas resplandecían. Las monturas eran bellas, admirablemente entrenadas y perfectamente arregladas.

—Qué mal que lo bonito no gane las guerras —dije yo. La Compañía Negra no es bonita.

Matasanos emitió un gruñido. Lo miré de soslayo. Sorprendí en el rabillo de su ojo algo que podía haber sido una lágrima.

Sabía lo que aguardaba a aquellos valientes jóvenes.

Cruzamos detrás de los jinetes, pisando con cuidado.

Un Ojo nos salió al encuentro en el pasillo donde está el aposento de Matasanos.

—¿Qué hay?

Matasanos negó con la cabeza.

—Ninguna respuesta mágica.

—Siempre tenemos que hacerlo de la forma más dura.

—Se supone que tengo que buscar la biblioteca que encontré la otra noche —le dije—. ¿Tienes algo para protegerme de la confusión?

Me miró como si aquello fuera una tontería.

—Ya te he dado algo. —Señaló la pulsera que yo llevaba en la muñeca.

—Esto es para tus conjuros. Probablemente también quede un puñado de los de Humo.

El enano pensó en eso.

—Podría ser. Dámelo. —Posó la mirada en mi amuleto mientras me quitaba la pulsera—. ¿Jade? —Sostuvo mi muñeca momentáneamente.

—Creo que sí. Perteneció a la abuela de Sari, Hong Tray. No llegaste a conocerla. Era la esposa del antiguo portavoz.

—¿Lo has llevado todos estos años y yo no me he dado cuenta?

—Nunca lo había llevado hasta que Sari... Hasta la otra noche. Pero Sari se lo ponía de vez en cuando. Cuando se vestía de gala.

—Ah, sí. Me acuerdo. —Frunció el ceño como si intentara recordar algo, luego se encogió de hombros, se fue a las sombras y se llevó un rato murmurándole a la pulsera de lana. Volvió—. Esto debería permitirte atravesarlos hechizos de confusión de cualquiera, excepto los tuyos.

—¿Qué?

—¿Has sufrido alguno de tus ataques últimamente?

—No. No que yo recuerde. —Me corregí porque ya alguna vez los había sufrido sin apercibirme de ello. Al parecer.

—¿Tienes alguna idea sobre qué los provoca? ¿O con quién te cruzabas al volver a Dejagore?

—Estaba huyendo del dolor de haber perdido a Sari.

Un Ojo posó en mí una de sus miradas más intensas, igual que hacía cada vez que ayudaba a pescarme del pasado. Evidentemente no estaba convencido.

»¿Vuelve a ser importante de nuevo? —pregunté.

—Nunca ha dejado de ser importante, Murgen. Solo es que no ha habido tiempo

que dedicarle. —Ni lo había ahora—. Tenemos que dejar que te hagas cargo tú mismo, observarte y hacer lo necesario sobre la marcha.

¿Un Ojo hablando totalmente en serio? Aquello asustaba.

Matasanos había perdido el interés. Había vuelto a sus mapas y cifras. Pero insistió:

—Quiero ver esos libros antes de emprender el camino.

A veces puedo captar las indirectas.

—A ello vamos, jefe.

Capítulo 93

Me pasé por allí para comprobar que Humo seguía respirando. Le di de comer. Mantenerlo alimentado y limpio era mi tapadera para estar allí, por si alguien como la Radisha llegaba a penetrar la telaraña de conjuros de Un Ojo, muy reforzada desde que yo había empezado a trabajar con el viejo mago. Luego intenté recordar los pasillos y bifurcaciones que había tomado la noche que encontré la biblioteca de Humo. Mis recuerdos no eran claros. Había sido un periodo de tensión, y desde entonces habían pasado muchas cosas.

Sabía que estaba en el mismo piso. No había subido ni bajado escaleras. Y estaba en una zona que aparentemente no había sido perturbada desde la última visita de Humo. Había mucho polvo, y telarañas que parecían no haber sido tocadas.

No tardé mucho en alcanzar territorio desierto. Era casi como si el interior de palacio se convirtiera en un enorme laberinto polvoriento que no necesitara hechizos de confusión para protegerlo.

Encontré el cadáver minutos después de dejar a Humo. Primero lo olí, por supuesto, y oí las moscas. Aquello me dijo lo que se avecinaba antes de verlo. Solo el quién era un misterio, hasta que el estrangulador apareció en el límite de la iluminación de mi lámpara. Había huido por aquí para morir de sus heridas, atrapado por la oscuridad y los hechizos de confusión.

Me estremecí. Aquello tocaba mis más profundos miedos, mi aplastante pavor a los espacios cerrados y oscuros bajo tierra.

Me preguntaba si su veleidosa diosa se habría deleitado con su triste final.

Rodeé cuidadosamente el cadáver, apartando los ojos y con la nariz tapada. En la muerte seguía sirviendo a Kina, en su faceta de diosa de la putrefacción.

Pronto descubrí evidencias de que al menos un estrangulador más había quedado atrapado en la confusión del palacio. Casi lo pisé, y solo me di cuenta cuando mi aproximación asustó a las moscas.

Me detuve.

—Oh, oh.

Parecía bastante fresco. Quizás aquí seguía habiendo un loco dispuesto a bailar con su diosa.

Empecé a avanzar más lentamente y con mucho más cuidado, con una mano en la garganta. Empecé a imaginarme ruidos. Todas las historias de fantasmas que había oído alguna vez volvieron para atormentarme. Me detenía cada pocos pasos, me daba la vuelta por completo en busca del brillo de unos ojos traicionado por mi lámpara. ¿Por qué había decidido hacer esto solo?

Empecé a ver signos de tráfico reciente. Me arrodillé y descubrí lo que parecían ser mis propias pisadas dejadas con anterioridad en el polvo. Alguien había pasado

desde entonces, armado con una batería de velas. Habían caído gotas de cera en el polvo. Y alguien había pasado después de eso, posiblemente reptando, quizá incluso comiéndose las gotas de cera que pudo encontrar.

Escuché el silencio, tan profundo en el interior del palacio, donde incluso las ratas eran escasas. Solo se podían comer unas a otras.

Seguí los rastros de los que habían venido después de mí, con cautela. El corazón me latía como si estuviera a punto de explotar.

Empecé a estornudar, y no era capaz de parar. En varias ocasiones pude aguantar medio minuto, pero aquello solo sirvió para que el siguiente estornudo fuera peor.

Entonces empecé a escuchar toda clase de sonidos. Y no pude silenciarme el tiempo suficiente para asegurarme de que no los estaba imaginando, o para saber de dónde provenían si eran auténticos.

Quizá sería mejor hacer esto en otro momento.

Justo entonces, la puerta rota salió de la oscuridad. Me detuve y la estudié. Me pareció que colgaba de forma un tanto diferente. El estado del polvo sugería que alguien más había estado aquí después de mi visita.

Con cuidado, sin tocar nada, rodeé la puerta y entré en la habitación.

—¡Mierda!

Estaba destrozada. Pocos de los libros, encuadernados o en rollos, seguían en sus estanterías y cubículos. Los que quedaban, cuando pude descifrar los títulos, eran inventarios prosaicos, registros de impuestos o irregulares historias de la ciudad de poco interés. Me pregunté por qué se molestaría Humo con aquello. ¿Quizá para esconder lo bueno? ¿Quizá porque aparte de mago de la corte era el jefe de bomberos?

Fuera lo que fuese, el material bueno había desaparecido. Y con eso no solo me refiero a los volúmenes largo tiempo perdidos de los Anales que pudiera haber habido allí, sino también a cierta cantidad de lo que yo había sospechado que eran textos mágicos la última vez que había mirado.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Quería tirar, romper cosas, abrir las cabezas de los villanos a pedradas. Incluso antes de encontrar la solitaria pluma tenía una buena idea de lo que había pasado.

La recogí.

En mi camino de vuelta, definitivamente oí ruidos que no surgían de mi imaginación. No me molesté en investigar. El hombre trató de seguir mi luz, pero no pudo aguantar mi ritmo.

Capítulo 94

Matasanos levantó la mirada, intrigado, cuando deposité la pluma blanca frente a él.

—Los libros han volado. Y hay Impostores perdidos por allí. Al menos uno muerto y otro vivo.

—¿Volado?

Quitó la pluma del documento que estaba estudiando.

—Alguien se los llevó.

Su angustia solo fue evidente porque la mano empezó a temblarle.

—¿Cómo?

—Se limitaron a entrar desde la calle y llevárselos.

No consideré ni por un instante la posibilidad de que alguien del interior de palacio hubiera visitado los libros de Humo.

Estuvo un rato sin decir nada.

—Vaya coincidencia. —Otro silencio—. ¿Qué es esta pluma?

—Quizá un mensaje. Quizá solo una pluma perdida. Encontré una igual cuando descubrí que la armadura de Creaviudas había desaparecido de su escondite en Dejagore.

—¿Una pluma blanca?

—De un cuervo albino.

Recorrí mi catálogo de encuentros. Reales y posiblemente imaginados. Su mano volvió a temblar.

—Nunca la conociste en persona. ¿Pero la reconociste? ¿Estaba allí la noche que atacaron los Impostores? ¿Y no dijiste nada?

—Se me olvidó. Esa fue la peor noche de mi vida, capitán, esa noche ha retorcido lo que había a mi alrededor...

Me hizo un gesto pidiendo silencio. Pensó. Yo lo miré fijamente. No se parecía en nada al Matasanos que había sido cirujano de la Compañía y analista cuando yo me uní.

—Eso debe de ser —murmuró después de un rato.

—¿Qué?

—La voz que te encontrabas cada vez que eras arrastrado a Dejagore. Piensa. ¿Era inconsistente?

—No creo entenderte.

—¿Parecía que podían ser diferentes personas hablando todo el tiempo?

Ahora lo cogí.

—No lo creo. Pero algunas veces parecía tener diferentes actitudes y estilos.

—La zorra. La puñetera zorra. Siempre con sus jueguecitos. No podría jurarlo, Murgén, pero creo que el misterio principal detrás de tus tumbos por el tiempo son

los juegos de Atrapa Almas.

No era una teoría que me resultara nueva del todo. Atrapa Almas estaba en lo alto de mi lista de sospechosos. Lo que no me cuadraba era el móvil. No lograba imaginarme un «¿por qué Murgen?» para nadie. Incluida Atrapa Almas.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Matasanos.

—No tengo la más mínima idea.

—¿Puedes descubrirlo?

—Humo se echa atrás cada vez que trato de ir en dirección hacia ella.

Matasanos reflexionó acerca de eso.

—Vuelve a intentarlo.

—Tú eres el jefe.

—Siempre que le conviene a la gente. ¿Estás seguro de que tu familia política no va volver a casa?

—Irán a donde yo vaya.

—Diles que estaremos en camino antes del fin de semana.

—Lo esperaré con la misma ilusión que un ataque de almorranas.

Cogí mi pluma blanca y me fui a una sesión con el jefe de bomberos.

Capítulo 95

No fui directamente. Pasé por mi aposento, recogí un frasco de té. Unos litros de agua, una cesta de pollo y pescado frito, arroz y varios de los pedruscos especiales de madre Gota. Esperaba una sesión larga. Quería hacer algunas cosas aparte de mi previsto fracaso en la búsqueda de Atrapa Almas.

Humo no aparentaba cambios. Como siempre. Me pregunté qué recordaría si, como pasaba a veces, algún día se despertaba del coma. Había oído que a veces le pasaba a gente que llevaba incluso más años en coma que Humo.

Me llené el estómago de agua antes de salir de mi aposento. Bebí más líquido cuando llegué con Humo. Me puse al trabajo.

Flotando. Comprobación rápida de los villanos. Mogaba y Sombra Larga, Aullador y Narayan Singh y la Hija de la Noche estaban más o menos localizados, bien en Atalaya, bien en Charandaprash. Hoja estaba en los márgenes del Shindai Kus con unos mil doscientos hombres, tratando de ponerse a retaguardia del prahbrindrah Drah, pero el príncipe había desplegado una pantalla de caballería ligera que bastaba para darle aviso.

El hombre tenía una habilidad especial.

Antes de cumplir con mi obligación de buscar a Atrapa Almas hice retroceder en el tiempo a Humo para ver desde qué punto podía empezar a espiar a los personajes principales. Quería ver lo que había pasado la noche que me capturaron y torturaron. Quería desentrañar los detalles de la deserción de Mogaba.

Descubrí que no podía retroceder tanto.

Recordé la balsa en el lago, Mogaba maldiciendo en la oscuridad. Eso tenía que ser. Él no debería haber estado allí. ¿Qué misión honrada podía haberlo llevado a la orilla? ¿Había cambiado de bando mientras seguía defendiendo Dejagore para los buenos? ¿Había sellado ya su acuerdo cuando Matasanos se enfrentó a él?

¿Se encontró con el Aullador allí mismo, lo bastante lejos para que Goblin y Un Ojo no pudieran detectar la alfombra voladora del hechicero?

Quizá, y eso podría explicar por qué incluso Sindawe y Ochiba estaban dispuestos a abandonarlo.

Todos nosotros estaríamos muertos en estos momentos y la guerra se habría perdido si Sombra Larga hubiera sido capaz de aprovechar aquella oportunidad.

Puede que las frías garras de la muerte se hubieran acercado más de lo que yo sospechaba.

Pero me gustaría tener un testimonio de primera mano.

A Humo se le puede engañar, y una voluntad lo bastante fuerte puede empujarlo.

Desde las fronteras del pasado corrí hacia la noche de mi desgracia. Pero no lo llevé hasta el centro de la maldad. En vez de eso, bajé el ritmo y floté hasta las horas previas, cuando los estranguladores se fueron acercando a palacio y, en la mejor tradición de los Impostores, usaron a dos miembros disfrazadas de prostitutas sagradas de Bashra que habían salido a realizar sus obligatorios actos de gozo, para acercarse a los centinelas.

Pero esa no era la historia que yo quería ver. Lo adelanté hasta el momento de mi propio interludio en la escalera de la poterna. Me vi a mí mismo salir de palacio y sentarme en los escalones aturcido. El ataque duró apenas un minuto, a pesar de todo el tiempo que pasé entre los horrores del pasado.

Ahora el movimiento difícil. Concentrarse en la mujer que había entre las sombras al otro lado de la calle, detrás del peludo shadar. Concentrarse en ella a pesar del creciente nerviosismo de Humo y su forcejeo espiritual.

Nunca llegué a conocer a Humo cuando estaba en plenitud de sus facultades, pero según todo el mundo era un perfecto cobarde, invariablemente opuesto a cualquier cosa que pudiera implicar el más mínimo riesgo para él o cualquiera de su personal como mago de la corte o jefe de bomberos. La cobardía debía impregnar hasta el fondo de su ser, porque se retorció como un gusano en un anzuelo mientras veía a Atrapa Almas saquear su librería.

Atrapa Almas no tuvo problemas con los conjuros de confusión. Y tampoco con los estranguladores, aunque se cruzó con un grupo. Se limitaron a mirarla brevemente con los ojos desencajados y luego decidieron que les convenía irse a alguna otra parte.

No parecía consciente de mi escrutinio, a diferencia de aquella vez en el campo de trigo. ¿Puede ser que ni siquiera ella estuviera al tanto del secreto de Humo?

¿No sería eso adorable?

La estuve observando un buen rato, incluso después de que saliera de palacio. Humo se resistió en todo momento.

Luego volví y tomé un trago y un aperitivo antes de emprender el asunto más interesante de seguir el rastro de Goblin y, para saciar mi curiosidad, echar un último vistazo al enfrentamiento final entre Matasanos y Hoja. No había logrado encontrar testigos presenciales de la explosión.

Capítulo 96

Para seguir el rastro de Goblin, retrocedí hasta el último momento en que había visto al enano en persona, y luego lo fui siguiendo a lo largo del tiempo.

Poco después de ayudarme a salir de una de mis zambullidas en el pasado, Goblin salió de su aposento llevando un modesto petate, fue hasta el muelle, subió a una barcaza tripulada por taglianos de confianza que se habían convertido en soldados profesionales y bajó por el río. Justo ahora, aproximadamente hoy, estaba en el corazón del delta, transbordando la carga de la barcaza, la tripulación y a sí mismo a un barco de alta mar que lucía banderas y pendones que me resultaron desconocidos. En las orillas, grupos de niños nyueng bao y adultos ociosos observaban como si este asunto de los extranjeros fuera el mejor entretenimiento que se habían encontrado en años. A pesar de mi familiaridad con la tribu, todos parecían inescrutablemente alienígenos en su contexto natal, mucho más que en Dejagore, donde todos habíamos estado fuera de lugar.

No sabía exactamente por qué nunca había visitado el mundo de Sahra. Simplemente le había dado la bienvenida al mío y había saboreado el milagro.

El comportamiento de Goblin era menos interesante que su situación, algo que ya conocía. ¿Por qué no ver cómo era la vida de los nyueng bao? El tío Doj insistía en que el delta era un paraíso.

Posiblemente, si pertenecías al clan de los mosquitos. Lo juro. El hecho de ser un punto de vista incorpóreo fue lo único que me salvó de ser devorado. Goblin era lo bastante listo para protegerse a sí mismo y a su tripulación con potentes hechizos, reforzados por malos olores. Pero los nyueng bao tenían que enfrentarse con buitres chupasangres capaces de llevarse a un niño pequeño. Me recordé que ya había visto todos los bichos que quería cuando pasamos por la jungla natal de Un Ojo de camino al sur, y que seguramente la gente de Sari se podía apañar perfectamente sin la presencia del marido de ella.

Vagué por la zona, intrigado por la vida que había llevado antes de conocerme. Aldea, arrozales, búfalos de agua, barcas de pesca. Lo mismo ayer que el año pasado, el siglo pasado y mañana. Todo el mundo que veía parecía alguien a quien podría haber conocido en Dejagore o entre los nyueng bao que servían actualmente en la Compañía.

¿Qué?

Estaba volando por allí como un cisne. Vi un rostro que miraba hacia arriba en una aldea a kilómetros de distancia del delta donde Goblin y su tripulación estaban sudando como cerdos. El corazón me dio un vuelco. Por primera vez disfruté de una emoción fuerte durante mis salidas con Humo. Si hubiera estado en mi cuerpo habría llorado como un cocodrilo.

El delta también está adornado de cocodrilos que atacan al hombre.

Retrocedí bruscamente, en busca del rostro tan parecido al de Sahra que podría haber pertenecido a su hermana gemela. Allí abajo en alguna parte, cerca de ese viejo templo.

No. Supongo que no. Fantasías, Murgén. Simples fantasías. Probablemente no era más que otra muchacha nyueng bao recién convertida en mujer, dotada de esa increíble belleza que tienen durante cuatro o cinco años entre la infancia y la empinada pendiente hacia la desesperación.

Lo intenté una vez más, tratando angustiado de encontrar aunque solo fuera el simulacro de Sahra. Y por supuesto no encontré nada. El dolor se hizo tan grande que me retiré de la región por completo y fui a buscar un lugar y un tiempo en el que los dioses me fueran más propicios.

Capítulo 97

Tuve que retroceder en el tiempo y correr a trompicones hasta la única época de mi vida en la que he sido completamente feliz, cuando el orden del universo era perfecto. Fui a la hora que era mi estrella polar, mi centro, mi altar. Fui al momento con el que sueñan todos cuantos hombres han vivido, el instante en el que todas tus fantasías pueden llegar a hacerse realidad y solo tienes que darte cuenta y alargar la mano para hacer que tu vida sea completa. A mí ese momento me llegó casi un año después del final del asedio de Dejagore. Y casi lo eché a perder.

Por aquel entonces los nyueng bao eran casi constantemente parte de mi vida. Unas tres semanas después del enfrentamiento final entre Matasanos y Mogaba, y la huida de este, mientras los supervivientes seguíamos camino a Taglios fingiendo ser héroes triunfantes que habían liberado una ciudad amiga y librado al mundo de una patulea de villanos, me desperté una mañana para encontrarme bajo la dudosa y permanente protección de Thai Dei. No hablaba más de lo habitual pero en pocas palabras me insistió acerca de que tenía una gran deuda conmigo y se iba a quedar para siempre. Pensé que estaba exagerando.

Vaya, menuda alegría. No estaba de humor para rebanarle el pescuezo, así que le dejé quedarse. Y tenía una hermana a la que quería ver mucho más que a él, aunque nunca encontré valor para decírselo.

A pesar de todo...

De vuelta en la ciudad, alojado en palacio, en mi diminuta habitación, con mis papeles y libros, y con Thai Dei durmiendo en una esterilla de cañas junto a mi puerta, insistiendo en que To Tan estaba en buenas manos con su abuela, yo vivía en un estado de confusión e intentaba figurarme qué nos había pasado y descifrar los escritos de la Dama. No pensaba con total claridad cuando recibí a un caballero de nombre Bahn Do Trang, que era pariente de uno de los peregrinos de Dejagore. Tenía un mensaje para mí. Era tan críptico que podría considerarse uno de los mejores trabalenguas de todos los tiempos.

—Once colinas, al otro lado, él la besó —me dijo el hermano Bahn con una enorme sonrisa muy impropia de un nyueng bao—. Pero los demás no estaban en venta.

Ante lo que ofrecí mi contraseña.

—Seis pájaros azules en un árbol de menta, farfullando sonetos de apatía.

Muerte de la sonrisa.

—¿Qué?

—Mi frase, papi. Le dijiste a los tipos de abajo que tenías un mensaje vital para mí. En contra de mi buen juicio te dejo subir aquí, y al momento empiezas a decir paparruchas. ¡Tamal! —llamé al ordenanza que se ocupaba de mí y de los ocupantes

de varias habitaciones próximas—. Enséñale a este payaso el camino de la calle.

Do Trang quiso oponerse, miró a mi acompañante y se le quitaron las ganas de armar jaleo. Thai Dei observó atentamente al anciano, pero no parecía querer el honor de darle personalmente una patada en el enigmático trasero.

Pobre Bahn, tenía que ser importante para él. Parecía desolado.

Tamal era un shadar enorme como un oso, todo pelos, rugidos y mal aliento. Nada le hubiera gustado más que llevar a un nyueng bao a puñetazos hasta la puerta, y de allí a la salida de la ciudad. Bahn se fue sin protestar.

Menos de una semana después recibí el mismo mensaje redactado en una nota que parecía escrita por un niño de seis años. Uno de los guardias de Fibroso Mather me la trajo. La leí.

—Dale al viejo una paliza y dile que no vuelva a molestarme.

El guardia me miró extrañado. Miró a Thai Dei y susurró:

—No es viejo, no es varón, pero probablemente sea una tonta, portaestandarte. Si yo fuera tú le dedicaría un rato.

Por fin lo cogí.

—Le daré unas tortas yo mismo. Thai Dei, vigila el fuerte. Vuelvo en unos minutos.

No me hizo caso, por supuesto, porque no me podía proteger a distancia, pero lo confundí lo bastante para sacarle ventaja. Bajé y le puse las manos encima a Sahra antes de que pudiera adelantármeme. Después de eso tuvo poco que decir. Y mi inteligente dama había traído a To Tan para distraerlo.

Thai Dei no hablaba mucho, pero eso no significaba que fuera estúpido. Sabía que ahora mismo no podía ganar con las cartas que tenía en la mano.

—Muy inteligente —le dije a Sahra—. Pensé que nunca volvería a verte. Hola, pequeñín —le dije a To Tan, que no me recordaba—. Sahra, cariño: tienes que prometérmelo. Ya basta de esa palabrería críptica del abuelo Dam. No soy más que un soldado simplón.

Conduje a Sahra a mi pequeño agujero en la pared. Durante los siguientes tres años me maravillé todas las mañanas al despertarme junto a ella, y casi siempre que la veía durante la jornada. Se convirtió en el centro de mi vida, mi ancla, mi roca, mi diosa, y cada uno de mis malditos hermanos me envidiaba hasta el borde del odio... aunque Sahra los convirtió a todos en devotos amigos. Podía darle a la Dama lecciones sobre cómo ablandar el corazón de los hombres duros.

No fue hasta que el tío Doj y madre Gota vinieron de visita que me di cuenta de que Sahra había hecho algo más que desafiar las costumbres de los nyueng bao. Había ignorado las órdenes expresas de los ancianos de la tribu para venir a convertirse en la esposa de un Soldado de la Oscuridad. Una brujita segura de sí misma.

Aquellos ancianos desdentados no daban valor alguno a los deseos de la «bruja» Ky Hong Tray.

Creo que tengo una imagen realista de quién y qué soy, así que me resulta asombroso que Sahra tuviera una imagen tan alta de mí como yo de ella.

Capítulo 98

Bebí agua, comí y me di cuenta de que en esta ocasión no había tenido problemas en dejar el mundo de Humo. El dolor no se atenuaba si salía a ver a Sari.

¿Qué estaba haciendo allí?

Quedaba un misterio por iluminar antes de dejarme arrastrar por Matasanos a la siguiente fase de diversión de nuestra gran aventura. Quería saber lo que había pasado entre Hoja y él.

Humo y yo retrocedimos en el tiempo dando bandazos. Recorrimos sus confines siguiendo un patrón de búsqueda, buscando anomalías en la relación entre Hoja y mi jefe. Sabía cuándo había sido la pelea, así que por el momento me puse a buscar evidencias justificativas.

Con Humo se puede cubrir mucho tiempo realmente rápido. No me costó demasiado establecer, sin margen de duda, que la relación de la Dama con Hoja nunca había pasado de ser formal, por muchos deseos que hubiera por parte de él. La Dama nunca prestó atención a las miraditas de Hoja... ni a las de nadie más. Parecía demasiado acostumbrada a eso para prestarle mucha atención.

¿Y qué pasó?

Lo intenté como un perro salvaje que trata de sacar a un roedor de la madriguera. Humo no sirvió de nada. Había sitios, tiempos, ángulos que sencillamente se negaba a ir a ver. Intenté engañarlo de diversas formas, solo para saber por qué no quería o no podía ir a donde yo quería. Nada sirvió.

Quizá es que yo iba por el camino equivocado.

La confrontación final había sido menos que explosiva, y solo tenía sentido cuando se la observaba desde otro punto en el tiempo. Lo único que pude ver que tuviera cierto sentido era que Hoja y Matasanos habían estado bebiendo alcohol casero bastante potente antes de empezar a enfadarse.

Las puyas verbales se convirtieron en insinuaciones y estas en amenazas por parte del Viejo. Y la cerveza siguió corriendo.

Tengo que decir que Matasanos era definitivamente el malo. O el tonto. Siguió y siguió mientras que Hoja hacía todo lo que podía por no entrar en el juego.

Aquello solo sirvió para enfurecer a Matasanos. Se puso a amenazar hasta que Hoja no tuvo más opción que salir corriendo.

Retrocedí, avergonzado de mi capitán. No había pensado que pudiera llegar a ser tan gilipollas. No entendía por qué era tan inseguro respecto a la Dama. Lo sentí mucho por Hoja, y bajó mi apreciación de uno de mis héroes.

Ahora que lo pensaba, recordé ocasionales otorgamientos de comentarios

desagradables a Sauce Swan que no se habían ido de las manos. Y Matasanos incluso había tenido una vez unas palabras con el prahbrindrah Drah.

Percibí una tendencia. No era una que me gustara ver. Pero era obvia si se buscaba.

Matasanos estaba obsesionado con su mujer. Podía enemistarse con cualquiera que le prestara demasiada atención, por muy costoso que fuera.

Mierda. ¿Por qué? La Dama no era Sari.

Ya habíamos perdido a Hoja. Sauce Swan no me cae demasiado bien, es demasiado guapo y demasiado rubio. Pero realmente odiaría que la Compañía cayera en desgracia ante el príncipe porque un hombre no estaba seguro de su mujer.

Más velos cayeron de mis ojos, y dejaron decepción tras ellos.

Necesitaba discutir esto con el consejo de cerebros, los más viejos entre los viejos: Un Ojo, Otto y Lamprea. Goblin estaba demasiado lejos y la Dama también estaba demasiado lejos y demasiado involucrada emocionalmente. Un capitán que pensara con las pelotas en vez de con el cerebro podría causar la muerte de muchísima gente.

Yo no adoro a ningún dios, aunque supongo que algunos son reales a su manera. He llegado a creer que todos ellos se parten de risa regularmente porque uno de ellos fue lo bastante ingenioso para crear la sexualidad humana. Ni siquiera la codicia o el ansia de poder generan tantas estupideces como el hecho de ser macho y hembra.

Pero casi sin pensar se me ocurre el mismo número de maravillas surgidas de dicha dicotomía.

Por ejemplo, Ky Sahra.

Dioses, Murgen. Tienes que alejarte de este viejo medio muerto. Eres una espada de alquiler. Un soldado. No deberías estar jugando a juegos filosóficos. Ni siquiera contigo mismo.

Capítulo 99

Desconecté de Humo.

—Es el momento, Un Ojo. Se ha ido.

El diminuto mago arrojó una pequeña lechuza al oscurecido pasillo. Superó los conjuros de confusión y se dirigió a la zona de la ciudad donde creía que estaba su nido. No buscaba ningún humano en particular. No era su misión. Pero muchos humanos la estaban esperando. Cuando pasó aleteando junto a ellos, dos docenas de veteranos de la Compañía Negra y sus guardaespaldas nyueng bao entraron en tromba en un edificio que se merecía que lo arrasaran desde una generación antes de que los Maestros de las Sombras hicieran su entrada en esta parte del mundo.

Yo había seguido el rastro de Atrapa Almas hasta ese edificio después de su incursión sobre la biblioteca de Humo. Se sentía tan a salvo que casi no había medidas de seguridad. Había logrado pasar aquí años sin que la molestaran.

Se iba a sentir muy decepcionada cuando descubriera que tenía menos control del que imaginaba.

Yo observé, complacido, mientras los soldados de la Compañía se hacían con el edificio de forma tan profesional que ningún capitán habría tenido motivo alguno de queja. Los hombres incluso podían hacer su trabajo sin tropezar con los nyueng bao, que eran peor que un rebaño de gatos cuando se trataba del sigilo. Tenías que usarlos como si fueran tu sombra.

Prácticamente nadie que no estuviera implicado directamente vio a mis muchachos. Entraron, se desplegaron, buscaron concienzudamente, encontraron lo que yo quería, lo cogieron y salieron mucho antes de que Atrapa Almas se diera cuenta de que le habíamos ganado por la mano.

Otto y Lamprea dirigieron el ataque. Ponerlos al mando fue mi forma de traerlos de vuelta a la familia. Buenos soldados. Siguieron mis sugerencias y no solo limpiaron el escondrijo de Atrapa Almas, sino que cogieron su cuervo albino favorito. Le arrancaron un par de plumas y las dejaron en el sitio de los libros, atadas con un cabello sacado de la cabeza de una Atrapa Almas mucho más joven, traído al sur hace mucho como parte del botín de Otto y Lamprea.

Aquello tenía que inquietarla.

Quizá debería haber hecho partícipes de mi plan a Matasanos y la Dama. En cierto sentido estaba haciendo una afirmación en su nombre. Pero esto se había convertido en algo personal. Tenía que hacer una afirmación en nombre de Murgén. Y no había tiempo para consultas ni discusiones.

Humo y yo sobrevolamos a los muchachos mientras cargaban el botín hacia palacio. Tenía la intención de darle los libros a Matasanos tan pronto como llegaran. Que hiciera lo que quisiera con ellos. Lo que probablemente significaba que rebotarían y aterrizarían en mi regazo, para desaparecer del alcance de todos los villanos y villanas... Probablemente igual de bien que había escondido la armadura de Creaviudas.

Me preguntaba si iba a intimar demasiado con el significado de la soberbia. Atrapa Almas sabría quién la había agraviado. Y solo era un año menor que la Dama, lo que significaba que era muchos siglos más artera y desalmada que yo.

¿Pero qué tenía yo que perder? La única cosa que había amado en mi vida ya no estaba. Podía bailar con el desastre y sonreír hasta el final. Atrapa Almas no podía hacer nada que me doliera más que la pérdida de Sahra.

¿Realmente?

A veces uno se engaña a sí mismo.

Capítulo 100

Una hora antes de la puesta de sol, cuatro días antes del solsticio de invierno, sin consultar la conveniencia de simple mortal, hechicero, dios o diosa, la tierra se movió y se agitó. En Taglios, los platos cayeron de las alacenas, los durmientes se despertaron entre el pánico y la confusión, los perros aullaron y aparecieron grietas en antiguas paredes cuyos cimientos habían sido sentados sin mucha diligencia, o sin prever la posibilidad de un terremoto. Fue una sensación que duró media hora.

En Dejagore, las estructuras debilitadas por la antigua inundación o defectos estructurales ocultos cedieron a la implacable seducción de la gravedad. Más al sur, el impacto fue más grave. Al otro lado de las Danda Presh, donde las montañas cayeron sobre los valles con feroces rugidos triunfales, el terremoto dejó un horror de proporciones épicas. Kiaulune quedó devastada. Incluso Atalaya sufrió, aunque la cantería resistió lo peor. Sombra Larga estuvo aterrorizado durante horas, hasta que resultó evidente que las convulsiones de la tierra no habían roto sus puertas de sombra y las defensas mágicas. Entonces montó en cólera porque la destrucción y la pérdida de vidas en Kiaulune retrasarían las obras meses, quizás años.

Capítulo 101

Tenía la vaga sensación de que alguien me estaba mirando por encima del hombro, aunque cómo podía alguien ponerse detrás de mí cuando yo solo era un punto de vista flotante se me escapaba. La voz no estaba allí, pero la sensación de presencia era la misma que durante mis anteriores zambullidas en el horror de Dejagore junto al espíritu burlón que debía haber sido Atrapa Almas.

Esta presencia solo venía acompañada de un olor. Un olor como...

Como el olor del estrangulador muerto que había encontrado en las profundidades de palacio, como el hedor que se había convertido tan en parte de mi vida en Dejagore que al final solo lo noté cuando desapareció. Era el olor de la muerte.

Había sentido un dolor punzante en el delta al imaginarme haber visto a Sahra viva entre los nyueng bao, a pesar de que en las salidas con Humo las emociones se amortiguaban. Ahora disfruté de un terror pleno, aunque estaba ahí fuera.

Empecé a, si hubiera sido de carne y hueso, darme la vuelta. Lentamente. Di una segunda vuelta, una tercera y una cuarta, cada vez más rápida que la anterior y cada vez con menos control. Y con cada giro, al mirar en una dirección que yo sospechaba que era el sur, vislumbraba algo inmenso y oscuro y, lo que era más horripilante, cada vez con mayor claridad. Hasta que en la última vuelta vi a una mujer negra tan alta como el cielo. Iba completamente desnuda. Tenía cuatro brazos y seis tetas, y colmillos de vampiro. El hedor era su aliento. Sus ojos ardían como ventanas al infierno, pero miró los míos y los atrapó, y me habló con una ardiente compulsión y ansia..., con un erotismo feroz más allá de cualquier cosa que hubiera conocido con Sahra.

Grité.

Salí del universo de Humo.

Humo también había querido gritar. Creo que estuvo a punto de despertarse del puro miedo.

Un Ojo se rio.

—¿Está lo bastante fría, Cachorro?

Estaba empapado. Con agua muy fría.

—¿Qué demonios?

—Si vuelves a intentar quedarte ahí fuera para siempre, te congelaré el culo.

Empecé a temblar.

—Mierda, qué frío.

No le dije lo que había visto, el verdadero motivo de mis temblores. Probablemente no era más que una mala pasada de la imaginación.

»¿Qué demonios estás tratando de hacer, cagajón de perro? ¿Provocarme un infarto o algo así?

—No. Solo intento evitar que te pierdas. Tú no miras por ti mismo.

—Creo que ya estoy perdido, anciano.

Las estrellas parpadean con una fría ironía.

Siempre hay una forma.

El viento silba y aúlla con un amargo aliento, a través de colmillos de hielo. El rayo enseña los dientes y ladra sobre la llanura de piedra reluciente. La rabia es una fuerza rojiza, casi viva, tan hinchada de compasión como una serpiente hambrienta. Pocas sombras retozan entre las estrellas. Muchas han sido invocadas, allá o acá.

En su corazón, la llanura ha quedado desfigurada por las cicatrices del cataclismo. Una fisura serrada como el rayo desgarró la superficie de la planicie. En ningún punto la fisura es tan ancha que no pudiera saltarla un niño pequeño, pero parece no tener fondo. De ella manan hilillos de niebla. Algunos tienen un reflejo de color al salir.

La superficie de la gran fortaleza gris está mancillada por las grietas. Una torre se ha derrumbado sobre la fisura. De la fortaleza emana un ritmo grave como el palpitar del corazón del mundo, que perturba el silencio de la piedra.

El trono de madera se ha movido. Se ha inclinado un poco. La figura clavada en él ha cambiado de postura. Su rostro está contraído de agonía. Sus párpados aletean como si fuera a despertarse.

En cierto sentido es la inmortalidad, pero el precio se paga en plata de dolor. E incluso el tiempo puede tener fin.